PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS III-V

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 409

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS III-V

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO Y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO SOCAS GAVILÁN.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

Primera edición: junio de 2013

REF: GBCC409
ISBN: 978-84-249-3682-2
Depósito legal: M-13.493-2013

LIBRO III

SINOPSIS
(Año 69 d. C., otoño)

Capítulos

Marcha de las tropas flavianas sobre Italia

1. Los generales del partido flaviano[1] estaban preparando la campaña de guerra[2] con mejor suerte y mayor confianza. Se habían reunido en Petovio[3] en los campamentos de invierno de la legión XIII[4]. Allí debatieron si decidían bloquear los Alpes de Panonia[5] hasta que todas las fuerzas[6] se agruparan a sus espaldas o si resultaría un golpe más osado enfrentarse de una vez al enemigo y luchar para asegurar Italia. Quienes preferían esperar a los refuerzos y [2] alargar la guerra resaltaban el poder y la reputación de las legiones de Germania[7] y la subsiguiente llegada de Vitelio con el grueso del ejército de Britania[8]. Las legiones flavianas, por su parte, eran inferiores en número, habían sido derrotadas recientemente[9] y, a pesar de sus bravatas, la moral entre los vencidos era más bien baja. Pero, mientras ellos controlaran los Alpes, Muciano llegaría con las tropas de Oriente[10]. Más aún, Vespasiano controlaba el mar con la flota[11] y tenía el apoyo de las provincias, gracias al cual podría abrir, por así decirlo, la masiva maquinaria de una segunda guerra. Así que, con una sana espera, llegarían nuevas fuerzas y no perderían nada de las actuales.

2. A estos argumentos Antonio Primo[12], el partidario más entusiasta de la guerra, respondió que la rapidez sería beneficiosa para ellos y fatal para Vitelio. Los vencedores, afirmaba, incrementaban más su indolencia que su confianza, pues ni siquiera se mantenían de servicio en el campamento: andaban descuidados por todos los municipios de Italia, temibles solo para sus anfitriones, hartándose de placeres inusuales con una avidez que [2] igualaba a la violencia con la que se habían comportado antes. Además, el circo, el teatro o los atractivos de Roma los habían ablandado y las enfermedades los había debilitado[13]. Pero, si se les daba un respiro, también ellos recuperarían la energía mientras se entrenaban para la guerra. Germania, de donde procedían sus fuerzas, no quedaba lejos; Britania estaba separada por un estrecho y al lado estaban Hispania y las Galias, de donde llegaban hombres, caballos e impuestos[14]. Estaba la propia Italia y los recursos de Roma. Y si los vitelianos quisieran iniciar una ofensiva, disponían de dos flotas[15] y el mar Ilírico[16] sin defensa. ¿De qué serviría entonces el bloqueo de las montañas? ¿De qué prolongar la guerra hasta el próximo verano? ¿De dónde obtendrían ellos dinero y víveres[17]? Al contrario, debían aprovecharse precisamente de que las legiones de Panonia, engañadas más que vencidas[18], estaban deseosas de levantarse de nuevo para vengarse, y de que los ejércitos de Mesia aportaban sus fuerzas intactas[19]. Si se computaba el número de soldados y no de legiones[20], había más fuerza en los flavianos y ninguna corrupción por los placeres. Además, la misma humillación por la

derrota había ayudado a la disciplina. Es más, la caballería ni siquiera había sido vencida, sino que, a pesar de la situación adversa, habían [4] roto las líneas vitelianas[21]. «Entonces —exclamó Antonio[22]—, dos regimientos de caballería de Panonia y Mesia desbarataron las filas enemigas, ahora las enseñas unidas de dieciséis regimientos con su empuje, su estruendo y su misma polvareda cubrirán y desbordarán a jinetes y caballos olvidados ya del combate. Si nadie se opone[23], seré al mismo tiempo responsable del plan y de su ejecución[24]. Vosotros, que conserváis la suerte intacta, mantened las legiones en la reserva, yo tendré suficiente con unas cohortes ligeras. Pronto oiréis que el camino de Italia se ha abierto de nuevo para los soldados[25] y pronto escucharéis que han sido derrotadas las fuerzas de Vitelio. Tendréis el placer de seguirnos y pisar las huellas del vencedor».

3. Pronunció estas y similares palabras con fuego en los ojos y voz enérgica para que se le escuchara de lejos, pues centuriones y algunos soldados se habían sumado al consejo de guerra[26], y lo hizo de tal forma que impresionó incluso a los cautos y prudentes. Los soldados rasos y demás, despreciando la indolencia de los otros, lo aclamaban entre alabanzas como el único con hombría y el único líder. Esta reputación la había conseguido al instante en la asamblea militar en la que se había leído la carta de Vespasiano[27], pues no habló como la mayoría en términos ambiguos para interpretarlos de una manera o de otra según se presentasen los acontecimientos. Se veía que se había comprometido abiertamente con la causa de Vespasiano, y por eso tenía más peso entre los soldados como su compañero en el fracaso o en la gloria.

4. El siguiente en autoridad era el gobernador Cornelio Fusco[28]. Tampoco a él, acostumbrado a atacar sin compasión a Vitelio, le había quedado esperanza alguna en caso de derrota. Tampio Flaviano[29], indeciso por naturaleza y por edad, levantaba entre los soldados sospechas de que no había olvidado su parentesco con Vitelio. Y es que, al huir cuando se inició el levantamiento de las legiones y regresar después espontáneamente, se creía que buscaba la oportunidad de traicionarlos[30]. En [2] efecto, tras abandonar Panonia Flaviano entró en Italia y se puso fuera de peligro. Y su deseo de cambio revolucionario le había empujado a recuperar el nombre de legado imperial y unirse a la guerra civil. Lo aconsejaba Cornelio Fusco, no porque estuviera necesitado de la ayuda de Flaviano, sino porque tenía la intención de que el nombre de un excónsul aportara al movimiento flaviano que especialmente por entonces tomaba auge.

5. Por lo demás, con el fin de que el paso a Italia se produjera sin peligro y con

provecho, se enviaron instrucciones escritas a Aponio Saturnino[31] para que se diera prisa con el ejército de Mesia. Y para que las provincias desguarnecidas no quedaran a merced de los pueblos bárbaros, se incorporaron al ejército los líderes de los sármatas yáciges[32] que controlaban el gobierno de su ciudad. Ofrecían también a su pueblo y la fuerza de su caballería, en la que reside todo su poder, pero se rechazó tal servicio por miedo a que en medio de nuestras discordias pudieran suscitar una guerra contra el imperio o a que ante una recompensa mayor ofrecida por el otro bando se olvidaran de todo derecho divino y humano. Se atrajo a la causa a Sidón e Itálico, reyes de los suevos[33], quienes desde antiguo se habían mantenido leales a los romanos y cuyo pueblo era más capaz de [2] cumplir la palabra dada[34]. Se apostaron en el flanco derecho tropas auxiliares a la vista de la hostilidad de Recia, cuyo go bernador era Porcio Septimio[35], un hombre de incorruptible lealtad hacia Vitelio. Así que se envió a Sextilio Félix[36] con el regimiento Auriano de caballería[37], ocho cohortes y los jóvenes nóricos a ocupar la ribera del río Aeno[38], que corre entre retos y nóricos. Y como ni unos ni otros presentaron batalla, la suerte de los bandos se decidió en otro lugar[39].

6. Antonio[40], que se apoderó rápidamente de los destacamentos de las cohortes y una parte de la caballería para invadir Italia, estuvo acompañado por Arrio Varo[41], un oficial valiente en la guerra y con una reputación que había ganado bajo la jefatura de Corbulón y tras los éxitos logrados en Armenia. Pero corría el rumor de que en conversaciones secretas con Nerón este mismo había criticado los méritos de Corbulón; por ello, tras alcanzar el puesto de primer centurión por ese infame favor, la mal ganada alegría del momento se tomó pronto en su [2] desgracia[42]. Sin embargo, Primo y Varo, después de ocupar Aquileya[43], fueron recibidos calurosamente en las ciudades vecinas y en Opitergio y Altino[44]. En Altino dejó una guarnición contra la flota de Rávena, de cuya defección todavía no se tenía noticia[45]. Después Patavio y Ateste[46] se incorporaron a su bando. Allí[47] se supo que tres cohortes vitelianas y un regimiento de caballería, el llamado Sebosiano[48], se habían apostado en el Foro [3] de Alieno[49] después de tender un puente. Les pareció que era una buena oportunidad para atacar a los vitelianos que se encontraban desprevenidos. Y es que también se habían informado de ello. Al amanecer aplastaron a muchos de ellos desarmados. Habían recibido instrucciones de que, si mataban a unos pocos, obligarían a los demás a cambiar de bando por miedo. Y hubo quienes se rindieron de inmediato, pero los más, tras romper el puente, cortaron el camino al enemigo que los estaba acosando.

7. Cuando se divulgó este éxito y que las primeras[50] escara muzas de la guerra habían caído del lado de los flavianos, las legiones *VII Galbiana* y la *XIII Gemina* con el legado Vedio Áquila[51] llegaron eufóricas a Padua. Allí se tomaron unos pocos días de descanso y el comandante del campamento[52] de la legión VII, Minicio Justo[53], por ejercer el mando con más rigidez[54] de lo permitido en una guerra civil, tuvo que ser arrancado de la ira de los soldados y enviado ante Vespasiano[55]. Un [2] hecho largamente añorado se exageró mucho debido a la inter pretación que se le dio y al afán de notoriedad, una vez que Antonio cursó órdenes para que se repusieran en todos los municipios los bustos de Galba derribados en las discordias de los tiempos, pensando que sería honroso para la causa, si se creía que el principado de Galba les agradaba y sus partidos volvían a cobrar fuerzas.

8. La siguiente cuestión que se discutió fue el lugar que se elegiría para el escenario de la guerra. Se optó por Verona[56] por disponer en sus alrededores de campos abiertos para la lucha a caballo, en la que eran superiores. Además, privar a Vitelio de una colonia tan rica parecía que era una buena política y buena propaganda. Se ocupó Vicecia[57] en la misma marcha: un hecho de poca importancia en sí mismo (el municipio, en efecto, disponía de pocos recursos) supuso un hito de gran importancia, si se reparaba que allí había nacido Cécina[58] y que se arrebataba su patria a un general de los enemigos. Verona mereció la pena: ayudaron a la causa flaviana con su ejemplo y apoyo material; además, el ejército, desplegado entre Recia y los Alpes Julios, se interponía para que por allí no encontraran paso[59] los ejércitos [2] de Germania. Vespasiano ignoraba o había vetado estas operaciones, pues sus órdenes eran detener la guerra en Aquileya[60] y esperar a Muciano; y a sus órdenes añadía su estrategia de que, dado que tenía el control de Egipto, de sus depósitos de granos y de los impuestos de las provincias más ricas[61], podía forzar al ejército de Vitelio a la rendición por falta de paga y de [3] trigo. El mismo consejo transmitía en reiterados despachos Muciano, quien ponía como pretexto una victoria sin sangre y sin duelos, pero la realidad era que estaba ávido de gloria y de reservarse todo el brillo de la guerra. Por lo demás, desde tierras tan lejanas las instrucciones oficiales llegaban después de los hechos[62]

9. Así pues, Antonio lanzó una repentino ataque contra las avanzadillas enemigas y, tras tantear los ánimos en una escaramuza, se separaron en igualdad de condiciones. Luego, Cécina fortificó su campamento entre Hostilia[63], aldea de Verona, y los pantanos del río Tártaro[64], un emplazamiento seguro, porquelas espaldas quedaban cubiertas por un río[65] y los flancos poruna barrera pantanosa. Y si Cécina hubiera sido leal a Vitelio, o

[2] podría haber aplastado con todas las fuerzas vitelianas a dos legiones[66], pues todavía no se les había unido el ejército de Mesia[67], o los flavianos tendrían que haber dado la vuelta y habríansido obligados a abandonar Italia en vergonzosa huida. Pero Cécina con sucesivas dilaciones permitió al enemigo llevar la iniciativa en las primeras fases de la guerra, mientras increpaba por carta a quienes estaba en condiciones de derrotar por las armas, hasta poder confirmar mediante emisarios los términos de su traición[68]. Mientras tanto llegó Aponio Saturnino con la [3] legión *VII Claudiana*[69]. Al frente de la legión estaba Vipstano Mesala, hombre de ilustres antepasados y él un miembro ilustre y el único que podía aportar buenas artes a esta guerra[70]. A estas [4] tropas que no se podían equiparar de ninguna manera con las vitelianas (pues todavía eran solo tres legiones[71]) envió Cécina unas cartas reprochándoles la temeridad de defender una causa perdida[72]. Al mismo tiempo destacaba entre alabanzas el valor del ejército de Germania con una ligera y trivial mención a Vitelio y sin ningún insulto hacia Vespasiano. Nada, en suma, que [5] pudiera seducir o intimidar al enemigo. Los generales del bando flaviano, soslayando la defensa de su desgracia en el pasado[73], respondieron[74] en términos pomposos a favor de Vespasiano, con lealtad hacia la causa, seguros del ejército y con enemistad hacia Vitelio, aunque ofrecían a tribunos y centuriones la esperanza de conservar las concesiones que les hubiera hecho Vitelio. Al propio Cécina le proponían sin rodeos que se pasara a su bando. La lectura de las cartas[75] en la asamblea levantó la moral de la tropa, pues el tono de los escritos de Cécina era recatado, como si temiera ofender a Vespasiano, mientras que el de susoficiales era despectivo con la intención de insultar a Vitelio.

10. Después, con la llegada de dos legiones[76], la III al mando de Dilio Aponiano y la VIII a las órdenes de Numisio Lupo, se decidió hacer una exhibición de fuerza y rodear Verona de for tificaciones de campaña. Sucedió que a la legión *Galbiana*[77] letocó la obra del vallado en la parte frontal y, cuando vieron a lolejos a jinetes aliados, los tomaron por enemigos provocando una falsa alarma. Corrieron a tomar las armas por miedo a una [2] traición. La ira de los soldados se descargó contra Tampio Flaviano[78] sin ningún fundamento para tal acusación, pero como loodiaban desde hacía tiempo exigían su muerte en medio de untorbellino de rabia. Iban gritando que era pariente de Vitelio, traidor de Otón y ladrón de sus gratificaciones. No se le dio oportunidad para defenderse, aunque tendía sus manos suplicantes, se arrastraba reiteradamente en tierra, se desgarraba la ropa y golpeaba el rostro y el pecho entre sollozos. Eso mismo irritaba más a sus agresores, como si el miedo exagerado fueraprueba de su culpa. El griterío de los soldados ahogaba las palabras [3] de Aponio[79] cuando intentaba hablarles, y a los demás

oficiales los despreciaban entre abucheos y gritos. Únicamente a Antonio prestaron oídos los soldados, pues efectivamente no solo poseía elocuencia y habilidad para calmar a la soldadesca, sino también la autoridad de un líder. Cuando el motín empezó a recrudecerse y pasaban de los insultos y reproches a las manos, ordenó que encadenaran a Flaviano. Los soldados se sintieron burlados[80] y, tras quitar de en medio a quienes vigilaban la tribuna, se disponían a ejercer la máxima violencia. Antonio interpuso [4] su pecho con la espada desenvainada perjurando que moriría a manos de los soldados o con las suyas propias; cuantas veces veía a un conocido y distinguido con alguna condecoración militar, lo llamaba por su nombre para que fuera en su ayuda. Luego, volviéndose a los estandartes y a los dioses de la guerra[81], suplicaba que descargaran más bien aquella locura y aquella rebeldía sobre el ejército enemigo. El motín se fue apagando y hacia el final del día cada cual se fue esfumando hacia sus propias tiendas. Flaviano, que partió esa misma noche, se libró del peligro gracias a un despacho que le llegó en el camino.

11. Las legiones, como si estuvieran contagiadas por la peste, atacaron a Aponio Saturnino[82], comandante del ejército de Mesia, y lo hicieron con la mayor violencia, porque no estaban, como antes, cansadas con el trabajo de trincheras, sino que su ira había estallado al mediodía tras divulgarse unas cartas que, al parecer, [2] Saturnino había escrito a Vitelio[83]. Si antiguamente los soldados rivalizaban en valor y disciplina, ahora lo hacían en insolencia e insubordinación, pues no iban a exigir la ejecución de Aponio con menos violencia que la de Flaviano. Lo cierto era que las legiones de Mesia recordaban que habían ayudado a las de Panonia en su venganza y las de Panonia se alegraban de repetir su culpabilidad, en la idea de que se sentían disculpadas por el motín de los otros. Se dirigieron a unos jardines en los que Saturnino tenía su residencia. [3] Y no fueron Primo, Aponiano y Mesala[84] quienes liberaron a Saturnino, aunque lo intentaron por todos los medios, sino la oscuridad del escondite donde se ocultaba, pues se había metido en los hornos de unos baños que casualmente estaban fuera de servicio[85]. Luego se marchó a Patavio[86] sin la escolta de los lictores. [4] Con la marcha de los excónsules, únicamente Antonio se quedó con el poder y la autoridad de los dos ejércitos[87], pues sus colegas cedieron ante él y los soldados le respaldaron con entusiasmo. No faltaban quienes pensaran que los dos motines se debían a maniobras traicioneras de Antonio para aprovecharse él solo de la guerra.

12. Tampoco en el bando de Vitelio estaban los ánimos tranquilos[88]. Andaban revueltos por una discordia más destructiva, causada no por las sospechas de los soldados rasos, sino por la perfidia de los oficiales. Lucilio Baso, el comandante de la

flota de Rávena[89], había sumado a su bando a soldados indecisos, pues la mayoría provenía de las provincias de Dalmacia y Panonia, que estaban bajo el control de Vespasiano. Eligieron la noche para consumar la traición, con el fin de que únicamente los conspiradores se reunieran en los cuarteles de mando sin el conocimiento de los demás. Baso, sea por vergüenza o por [2] miedo, esperaba el desenlace dentro de su casa. Los capitanesse lanzaron en medio de un gran alboroto contra los bustos de Vitelio y, cuando degollaron a los pocos que ofrecieron resistencia, el resto de la soldadesca, deseosa de cambios, empezó a inclinarse por Vespasiano. En ese momento compareció Lucilio [3] para hacerse públicamente responsable del movimiento. La flota escogió como comandante a Cornelio Fusco[90], quien llegó a Rávena a toda velocidad. A Baso, acompañado de una escolta de honor[91], lo transportaron en una flotilla ligera a Atria[92], donde Memmio Rufino[93], el comandante del regimiento de caballería que estaba allí al frente de una guarnición, lo puso bajo arresto. Sin embargo, lo libraron rápidamente de las cadenas gracias a la intervención de Hormo, liberto del César[94], pues este también pasaba por ser uno de los líderes de los flavianos.

13. En cuanto a Cécina[95], tan pronto como se conoció la defección de la flota, convocó al cuartel de mando a los centuriones de mayor rango y a unos pocos soldados, aprovechándose de la soledad del campamento, mientras el resto de la tropa estaba distribuido en las tareas de la milicia. Entonces ensalzó las cualidades de Vespasiano y la solidez de su bando. Aseguraba que la flota se había pasado a su lado, que las provisiones escaseaban, que las Galias e Hispanias estaban en contra, que en la capital no había nada seguro. Y todo lo que decía de Vitelio era muy pesimista. Inmediatamente, después de que sus cómplices empezaran a prestar juramento a Vespasiano, obligó a hacer lo mismo a los demás, aturdidos por el cambio. Al mismo tiempo, se arrancaron los bustos de Vitelio y se enviaron emisarios a Antonio con la noticia. Pero cuando [2] el rumor de la traición llegó a todo el campamento y los soldados, que regresaban corriendo al cuartel de mando, vieron que se había inscrito el nombre de Vespasiano y se habían derribado los bustos de Vitelio, se hizo primero un gran silencio y luego todo estalló de golpe[96]. Gritaban «¿A tal punto había caído el honor del ejército de Germania, para que sin batalla, sin heridas entregaran sus manos atadas y rindieran sus armas? ¿Pues cuáles eran las legiones que se les oponían? Sin duda legiones vencidas. Y lejos quedaba el verdadero músculo del ejército de Otón, los de la legión I y XIV[97], a quienes sin embargo ellos habían derrotado y aplastado en aquellas mismas llanuras[98]. ¿Que iban a regalar al desterrado Antonio[99] a tantos [3] miles de hombres armados, como si fuera un rebaño de esclavos a la venta? ¡Nada menos que ocho legiones[100] serían el añadido a una sola flota! A Baso y a Cécina, después de sustraerle a Vitelio mansiones, jardines y

riquezas, les parecía bien sustraerle al emperador también sus soldados y a los soldados su emperador[101]. Sin una baja y sin una herida, sin valor incluso a los ojos del bando flaviano, ¿qué iban a decir a quienes les pidieran cuentas de sus éxitos o fracasos?».

14. Tales eran los gritos que lanzaban separadamente y a una, según la indignación empujaba a cada cual. Siguiendo la iniciativa de la legión V[102], repusieron en su lugar los bustos de Vitelio y encadenaron a Cécina[103]. Eligieron como jefes a Fabio Fabulo[104], comandante de la legión V, y a Casio Longo, jefe del campamento; degollaron a los soldados de las tres galeras libúrnicas que se presentaron por casualidad ignorantes y ajenos a lo sucedido. Abandonaron el campamento y, tras cortar un puente[105], sedirigieron de nuevo a Hostilia y desde allí a Cremona para unirse a las legiones *I Italica y XXI Rapax*[106], a las que Cécina había despachado con parte de la caballería para ocupar Cremona.

Segunda batalla de Bedriaco[107]

15. Cuando Antonio se enteró de lo sucedido[108], decidió atacar a aquellos ejércitos enemigos, que estaban en desacuerdo y con sus fuerzas separadas, antes de que los jefes recobrasen la autoridad, los soldados la disciplina y las legiones ya reunidas[109] la confianza. Y en efecto, suponía que Fabio Valente[110] había salido de Roma y se daría prisa al tener conocimiento de la traición de Cécina; en realidad, Fabio también era leal a Vitelio y experto en la guerra. Al mismo tiempo, se temía una enorme invasión de germanos a través de Recia[111]. De hecho, Vitelio había reclamado refuerzos de Britania, Galia e Hispania, lo que hubiera representado un verdadero desastre bélico, si Antonio, que temía eso mismo, no se hubiera asegurado la victoria apresurando el combate. Con el ejército completo [2] se trasladó de Verona a Bedriaco en dos jornadas[112]. Al día siguiente[113], retuvo a las legiones en labores de fortificacióny envió a las cohortes auxiliares al territorio de Cremona, con el objetivo de que, so pretexto de allegar provisiones, los soldados le cogieran gusto al saqueo de civiles[114]. Él mismo con cuatro mil jinetes avanzó hasta ocho millas de Bedriaco[115] para que saquearan con mayor libertad. Los exploradores, como era usual, cubrían más terreno.

16. Èran casi las once de la mañana, cuando un jinete al galope anunció que el enemigo estaba llegando, que unos pocos marchaban en la vanguardia y que se oía un movimiento estruendoso en una gran extensión de terreno. Mientras Antonio debatía el

plan de actuación, Arrio Varo[116], ansioso por intervenir, lanzó un ataque con los jinetes más osados y rechazó a los vitelianos infligiéndoles bajas poco importantes. En efecto, con la llegada de más adversarios se cambiaron las tomas: los perseguidores [2] más encarnizados pasaban a la cola de la huida. Tales prisas no habían partido de la voluntad de Antonio, quien pensó que sucedería lo que había sucedido. Después de arengar a los suyos para que tomasen las armas con la moral alta, desplegó sus escuadrones de caballería[117] hacia los flancos dejando un pasillo libre para dar acogida a Varo y a sus jinetes. Se ordenó a las legiones que tomaran las armas y por los campos se pasó la consigna de que todos y cada uno abandonaran el pillaje y acudieran al combate por el camino más corto. Mientras tanto, un aterrorizado Varo se mezcló con el grueso de los suyos sembrando el pánico entre ellos. Los soldados derrotados, los ilesos junto a los heridos, chocaban entre ellos mismos debido a su propio miedo y las angosturas de los caminos.

17. En medio de aquel pánico Antonio no omitió ninguna responsabilidad propia de un oficial firme y de un soldado valiente. Salía al paso de los que estaban aterrorizados; donde se requería más esfuerzo, donde quedaba algún atisbo de esperanza, con sus órdenes, con sus hechos y con su voz se distinguía ante el enemigo y se dejaba ver ante los suyos[118]. Por último, llegó a tal grado de excitación que atravesó con su lanza a un abanderado que se daba a la fuga, y luego recogió el estandarte[119] y lo volvió contra el enemigo. Ante tal vergüenza, no más de cien jinetes mantuvieron sus posiciones. Les ayudó el lugar, pues el camino se estrechaba allí y estaba roto el puente sobre el río que corría entre los dos ejércitos[120], el cual impedía la huida a causa del fondo inseguro y sus escarpadas orillas. Aquella [2] circunstancia, fuera necesidad o suerte, recompuso al bando que ya estaba hundido. Apoyándose unos en otros con las filas apretadas se enfrentaron a los vitelianos lanzados a lo loco, que fueron rechazados en confusión. Antonio acosaba a los caídos y derribaba a los que le plantaban cara; al mismo tiempo, los demás, según sus inclinaciones, los despojaban, los apresaban y les quitaban armas y caballos. Y los soldados que hacía poco vagaban huyendo por campo abierto, alertados ahora por los gritos de júbilo, se unían a la victoria.

18. A cuatro millas de Cremona brillaban los estandartes de las legiones *Rapax* e *Italica*[121], atraídas hasta allí por el éxito inicial de su caballería en la batalla. Pero cuando la suerte se volvió contraria, no abrieron las líneas, no acogieron a sus compañeros en desorden, no tomaron la iniciativa de atacar al enemigo que estaba cansado de correr y de luchar por una extensión de terreno tan amplia[122] Derrotados por el azar, no habían echado de menos a un jefe en el éxito, del mismo modo que entendían [2] que les faltaba

en el fracaso. La victoriosa caballería se lanzó contra sus líneas vacilantes y se le unió el tribuno Vipstano Mesala[123] con las tropas auxiliares de Mesia, a quienes seguían muchos legionarios pese a su rápido ritmo de marcha. De esta forma, la mezcla de infantes y jinetes rompió la formación en columna de las legiones. Las cercanas murallas de Cremona, cuantas más esperanzas de refugio ofrecían, menos ánimos para resistir infundían. Antonio tampoco insistió más al recordar las fatigas y heridas con que la suerte de tan incierto combate había castigado a jinetes y caballos, pese a su final feliz.

19. Con las sombras de la tarde llegaron todas las fuerzas del ejército flaviano. Y, al marchar sobre los montones de muertos y los recientes vestigios de la matanza, como si la guerra hubiera acabado, exigieron marchar a Cremona y aceptar la rendición de los vencidos o conquistarla. Esto decían en público, bonitas palabras, pero cada cual pensaba para sí que la colonia, [2] situada en el llano, podía tomarse al asalto. Los atacantes mostrarían igual valentía durante las horas de la noche y gozarían de mayor libertad en el saqueo. Pero si esperaban a que amaneciera, entonces habría paz y después seguirían las súplicas de perdón y en pago a sus esfuerzos y heridas recibirían la gloria de la clemencia, es decir, nada, mientras que las riquezas de los cremonenses irían a los bolsillos de los prefectos y legados[124]. Las ciudades conquistadas pertenecían a la tropa, las quese rendían a los generales. Trataron con desprecio a centuriones y tribunos y, para que ninguna voz se pudiera oír, golpearon susarmas con la intención de desobedecer las órdenes si no se les conducía al asalto.

20. Entonces Antonio se metió entre las compañías y, cuando su presencia y prestigio habían conseguido silencio, les aseguró que no pretendía arrebatar ni la gloria ni la recompensa a quienes habían merecido tanto, pero que comandantes y tropa tenían responsabilidades diferentes. A los soldados les correspondía la agresividad en el combate, mientras que los jefes mostraban su utilidad en la planificación y la deliberación, en la prudencia más que en la temeridad. Si antes había ayudado a la [2] victoria con las armas en la mano en la medida de sus fuerzas, ahora sería de utilidad con el cálculo y el consejo, las cualidades propias de un jefe. Y desde luego sobre los peligros que acechaban no había dudas: la noche, el emplazamiento de una ciudad extraña, los enemigos dentro y todo dispuesto para las emboscadas. Ni con las puertas abiertas se debería entrar si no se exploraba antes y si no se hacía de día. ¿Es que empezarían el asalto sin ninguna posibilidad de ver cuáles son los lugares llanos, cuál es la altura de las murallas, o si había que atacar a la ciudad con catapultas y proyectiles o con trincheras o manteletes? Después, dirigiéndose a cada uno por separado, les iba [3] preguntando si llevaban consigo las hachas, picos y demás equipamiento para asaltar las ciudades. Y

cuando le respondieron que no, les espetó: «¿Hay alguna mano que pueda romper y socavar murallas con espadas y lanzas? Si hubiera necesidad de levantar una empalizada, si tuviéramos que protegemos con manteletes y cañizos, ¿nos quedaremos sin hacer nada, como el vulgo temerario, contemplando la altura de las torres y las defensas de nuestros adversarios? ¿No será mejor esperar una sola noche, traer catapultas y maquinaria de artillería y llevarnos así con nosotros el poder de la victoria?». Sin más dilaciones envió a Bedriaco a porteadores y cantineros[125] con los jinetes más descansados con la intención de que trajeran provisiones y demás cosas que pudieran necesitar.

21. Sin embargo, los soldados que llevaban mal esta situación de inactividad, casi llegaron al amotinamiento[126], cuando unos jinetes que avanzaban hasta el pie de las murallas cogieron a unos cremoneses que vagaban por allí. Por sus declaraciones se supo que seis legiones vitelianas[127] y todo el ejército que había estado estacionado en Hostilia había recorrido en un solo día treinta millas[128] y que, al enterarse de la derrota de los suyos, se aprestaban al combate y llegarían de un momento a otro. Tal amenaza abrió [2] aquellas mentes obcecadas a los consejos de su jefe. Antonio ordenó a la legión XIII[129] que ocupara el ancho de la calzada de la vía Postumia[130]. Pegada a ella por la izquierda se apostó la VII *Galbiana* en campo abierto, a continuación la séptima *Claudiana*, atrincherada en unas alcantarillas de drenaje características del lugar. A la derecha, la VIII[131] se desplegó a lo largo de un lindero sin cobertura y luego la III cercada por densa vegetación. Esta era la formación de las águilas y estandartes; las tropas se mezclaron al azar en medio de la oscuridad. La bandera de los pretorianos[132] estaba al lado de los de la III, las cohortes auxiliares ocupaban las alas, mientras que la caballería rodeaba los flancos y la retaguardia. Los suevos Sidón e Itálico[133] patrullaban en primera línea con gente escogida de sus paisanos.

22. Por su parte, la táctica del ejército de Vitelio hubiera sido descansar en Cremona y, tras comer y dormir para recuperar fuerzas, atacar y derrotar al día siguiente a un enemigo extenuado por el frío y el hambre[134]. Sin embargo, carentes de dirección[135] y faltos de un plan, sobre las nueve de la noche chocaron contra los flavianos que ya estaban dispuestos y en sus posiciones. Sobre el orden de despliegue de las columnas vitelianas, [2] desorganizadas por la furia de los soldados y la oscuridad, no me atrevería a hacer afirmaciones seguras, aunque algunos escritores han contado que la *IV Macedonica* ocupaba el ala derecha de los suyos, la V y XV con los estandartes de la IX, la II y la XX, legiones de Britania, el centro de la formación, y la XVI, la XXII y la I el

ala izquierda[136] Los componentes de la *Rapax* y la *Italica* se habían mezclado entre todas las compañías. La caballería [3] y las tropas auxiliares decidieron por su cuenta sus posiciones. El combate, que duró toda la noche, fue voluble, indeciso y terrible, destructivo unas veces para unos y otras para otros. No servían de nada la moral o la fuerza, ni siquiera los ojos para prever los peligros. Las armas eran iguales en ambos bandos[137], se daban a conocer las contraseñas para la batalla a causa de las reiteradas preguntas, los estandartes se mezclaban cada vez que un grupo los capturaba del enemigo y los arrastraba de un lado [4] para otro. Los mayores apuros los pasaba la legión VII, recientemente reclutada por Galba[138]. Cayeron seis centuriones de primer rango y les fueron arrebatadas algunas enseñas. La propia águila la había salvado Atilio Vero, centurión primipilar[139], tras hacer un gran estrago entre los enemigos y acabar perdiendo la vida.

23. Antonio reforzó las líneas vacilantes con la llegada de pretorianos. Cuando entraron en combate, rechazaron al enemigo, pero después fueron rechazados a su vez. Los vitelianos, en efecto, habían concentrado su artillería[140] en la calzada de la carretera para disparar los proyectiles por un espacio libre y despejado, pues al principio los disparos eran dispersos y se [2] estrellaban contras los arbustos sin producir daño al enemigo. Una ballesta de impresionante tamaño de la legión XVI[141] empezaba a producir daños en las líneas enemigas con el lanzamiento de piedras enormes. Y hubiera producido un gran estrago de no ser por el heroísmo de dos soldados[142], quienes, pasando desapercibidos detrás de escudos arrebatados a cadáveres, cortaron las correas y contrapesos de la máquina de artillería[143]. Fueron matados inmediatamente y por ello sus nombres cayeron en el olvido, pero de su hazaña no hay ninguna duda. La fortuna no [3] se decantaba por ningún bando, hasta que, avanzada la noche, la luna creciente iluminaba las líneas y las ocultaba[144]. Pero resultaba más favorable a los flavianos que la tenían a su espalda; de ahí que las sombras de hombres y caballos se agrandaban, y los proyectiles enemigos se quedaban cortos porque erraban el disparo al apuntar a las sombras, como si fueran los cuerpos; los vitelianos, que brillaban con la luz de cara, se ofrecían desprevenidos a quienes les disparaban como si estuvieran en posiciones ocultas.

24. Así pues, Antonio, cuando pudo reconocer a los suyos y ser reconocido por ellos, empezó a animarlos, a unos con el pundonor y los reproches, a muchos con el elogio y la arenga y a todos con esperanzas y promesas. A las legiones de Panonia[145] les preguntaba por qué habían tomado las armas enfurecidos[146], y les decía que aquellos

eran los campos de batalla en los que podían lavar la mancha de su pasada ignominia[147] y donde podrían [2] recuperar la gloria. Luego, se dirigió a los de Mesia[148] para alentarlos como los cabecillas y promotores de la guerra; les recordaba que de nada serviría haber provocado a los vitelianos con palabras amenazadoras si no soportaban su fuerza y sus miradas. Tales eran sus palabras conforme se acercaba a cada grupo. Habló más a la III[149], recordándoles su gloria pasada y reciente: el triunfo sobre los partos al mando de M. Antonio[150], sobre los armenios al mando de Corbulón[151] o [3] recientemente sobre los sármatas[152]. Luego, se indignó con los pretorianos, diciéndoles: «Si no vencéis, aldeanos[153], ¿qué otro emperador, qué otro campamento os va a acoger? Allí tenéis vuestras enseñas y vuestras armas, y la muerte para los vencidos, que el deshonor[154] ya lo habéis logrado». Por todas partes se levantó un griterío de entusiasmo y los de la III, como era costumbre en Siria, saludaron la salida del sol[155].

25. A raíz de ello, surgió un vago rumor —tal vez extendido adrede por el comandante flaviano— de que Muciano había llegado y los ejércitos se habían saludado mutuamente. Los flavianos se pusieron en marcha con la impresión de que se habían reforzado con tropas de refresco, mientras que los vitelianos se mostraban con filas menos densas, como si, al carecer de mando, a cada cual su propio empuje o miedo los hiciera concentrarse o dispersarse. Cuando Antonio se percató de su desconcierto, los dispersó con su formación cerrada. Las debilitadas filas se rompieron y no se pudieron recomponer por impedirlo los carruajes y las máquinas de artillería. Las tropas vencedoras se esparcieron por el lindero de la calzada[156] en sus prisas por perseguirlos. La matanza fue más terrible por el hecho de que [2] un hijo mató a su padre[157]. Referiré el incidente y los nombres basándome en la autoridad de Vipstano Mesala. Julio Mansueto de Hispania, enrolado en la legión *Rapax*[158], había dejado en casa a un joven hijo. Luego, cuando este se hizo adulto, fue reclutado por Galba como miembro de la VII[159]. Luego resultó que se enfrentó a su padre y lo hirió gravemente. Al estar examinando al casi muerto, se reconocieron mutuamente. El hijo abrazó al moribundo y suplicó con voz llorosa que se aplacasen[160] los manes paternos y no se volvieran en contra de un parricida. Tal crimen, decía, era de todos, pues ¿qué parte de la [3] guerra civil le correspondía a un solo soldado? Al mismo tiempo, levantó el cuerpo, abrió la tierra y cumplió con su padre el deber postrero. Los soldados cercanos se percataron del hecho, después muchos más, y a partir de ahí y por todo el campo de batalla cundió el asombro, los lamentos y la maldición contra una guerra tan cruel. Sin embargo, no por eso se mostraron más remisos a la hora de despojar y degollar a parientes, allegados y hermanos. Hablaban de que se había cometido un crimen, pero ellos hicieron lo mismo.

Segunda batalla de Cremona[161]

26. Cuando llegaron a Cremona, los flavianos se enfrentaron a una tarea nueva de enorme dificultad. Durante la guerra contra Otón[162] los soldados de Germania habían construido su campamentocerca de las murallas de Cremona y habían levantado una empalizada a su alrededor, defensas que fueron reforzadas más tarde. A la vista de ello los vencedores se quedaron parados sin [2] saber sus jefes qué órdenes dar. Iniciar el asalto con un ejército cansado de luchar día y noche parecía difícil y peligroso sin disponer de ayuda alguna próxima. Pero si regresaban a Bedriaco, no sería soportable el esfuerzo de una marcha tan larga[163] y la victoria quedaría en nada. Atrincherar[164] el campamento parecía también temerario por la cercanía del enemigo, pues podrían desbaratar mediante una ataque por sorpresa a quienes anduvieran dispersos y afanados en el trabajo. Pero, [3] por encima de todo, lo que asustaba a los jefes flavianos eran sus propios soldados, más dispuestos al riesgo que a la espera, pues les desagradaba lo seguro y ponían todas sus esperanzas en su osadía. Y todas las matanzas, heridas y derramamiento de sangre se compensaban con el ansia de botín.

27. Antonio se inclinó por esta idea[165] y ordenó rodear con un cordón de tropas la empalizada. En la primera fase rivalizaban desde lejos con flechas y piedras con mayor daño para los flavianos, contra los que se disparaban proyectiles desde arriba. En una segunda fase Antonio asignó los tramos de empalizada y puertas a las diferentes legiones, con el fin de que la división de la tarea diferenciara a valientes y cobardes y se estimularan al rivalizar por su honor. El área cercana a la ruta hacia Bedriaco[166] [2] se asignó a los de la III y VII, la parte derecha de la empalizada[167] a la VIII y VII *Claudiana*, mientras que a los de la XIII[168] su iniciativa los llevó hasta la puerta de Brixia[169]. Luego siguió una ligera pausa mientras las legiones recogían azadones de los campos cercanos y otros guadañas y escalas. Entonces, levantando los escudos sobre sus cabezas avanzaron en cerrada formación [3] de tortuga[170]. Ambos bandos empleaban tácticas romanas. Los vitelianos hacían rodar piedras pesadas y, cuando la formación en tortuga se resquebrajaba y desestabilizaba, la sondeaban con lanzas y picas hasta que, deshecha la trama de escudos, dejaban sobre el suelo a muertos o heridos. Con tan gran carnicería les habría invadido la duda si los comandantes flavianos, al ver a los soldados cansados y sordos a sus órdenes, que consideraban sin sentido, no les hubieran puesto ante los ojos Cremona[171].

28. No resulta fácil decidir si esta indicación ingeniosa se le ocurrió a Hormo, como

dice Mesala[172], o es mejor la autoridad de G. Plinio[173] que acusa a Antonio. Desde luego ni Antonio ni Hormo pudieron empeorar la fama de su vida con tal crimen por monstruoso que fuera[174]. Ya ni la sangre ni las heridas podían retrasarles de socavar la empalizada y golpear las puertas. Subiéndose sobre los hombros de otros y encaramándose sobre la rehecha formación en tortuga se agarraban a las armas y brazos de los enemigos. Rodaban ilesos con heridos, semimuertos con agonizantes, muriendo de muchas formas y con todos los rostros de la muerte[175].

29. Las legiones III y VII[176] sostuvieron la lucha más violenta, y sobre el mismo lugar se había asentado Antonio con tropas auxiliares escogidas. Los vitelianos, al no poder aguantar a aquellas tropas que rivalizaban entre sí[177] y como los disparos rebotaban sobre la formación en tortuga, acabaron por arrojar sobre los asaltantes la propia ballesta[178], la cual, si bien en un primer momento dispersó y aplastó a los enemigos sobre los que había caído, también arrastró en su derrumbe las almenas y la parte superior de la empalizada. Al mismo tiempo, la torre aneja sucumbió ante los impactos de las piedras. Mientras los soldados de la VII presionaban en cuñas[179] por allí, los de la III derribaron una puerta con hachas y espadas. Según el testimonio unánime [2] de los autores[180] el primero que entró fue G. Volusio, soldado de la legión III. Se subió a la empalizada, derribó a quienes resistían y, atrayendo la atención con sus gestos y su voz, gritó que el campamento había sido tomado. Los demás se lanzaron cuando ya los vitelianos andaban despavoridos y corrían desde la empalizada. El espacio abierto que había entre el campamento y las murallas se cubrió de cadáveres.

La caída de Cremona[181]

30. Y otra vez tuvieron que hacer frente a nuevas dificultades: las altas murallas de la ciudad, las torres de piedra, las puertas con trancas de hierro, los soldados lanzando sus venablos, la población de Cremona, numerosa y partidaria del bando viteliano, y muchos itálicos[182] congregados allí a causa del mercado que se celebraba por aquellos mismos días. Esto representaba para los defensores una ayuda por su número y un aliciente para los asaltantes [2] a causa del botín. Antonio ordenó coger antorchas y prender fuego a los edificios más hermosos de extramuros[183], por si el daño en sus propiedades empujaba a los cremonenses a cambiar de bando. Además los tejados cercanos a las murallas que excedían su altura los ocupó con los soldados más valientes, quienes con vigas, tejas y teas dispersaron a los defensores.

31. Las legiones ya se estaban agrupando en formaciones de tortuga, mientras otros[184] empezaban a disparar dardos y piedras, cuando poco a poco empezó a decaer la moral de los vitelianos. Cuanto más alta era la graduación militar, más dispuesto se estaba a ceder a la fortuna por miedo a que, si Cremona quedaba también arrasada, ya no hubiera compasión y toda la rabia de los vencedores se volviera no contra la soldadesca desvalida, sino contra los tribunos y centuriones, cuya muerte comportaba una recompensa. Los soldados rasos, despreocupados [2] del futuro y sintiéndose a salvo por el anonimato, seguían resistiendo. Deambulaban por las calles, se escondían en las casas y ni siquiera pedían la paz cuando ya habían renunciado a la guerra. Los comandantes del campamento destruyeron el nombre y las efigies de Vitelio. Libraron a Cécina de las cadenas (pues todavía entonces estaba confinado en prisión) y le rogaron que intercediera en su favor. Entre lágrimas acuciaban a quien se mostraba despectivo y altanero: ¡tantos hombres valientes invocando la ayuda de un traidor, el colmo de las desgracias! Poco después desplegaron desde lo alto de las murallas ramas de olivo e ínfulas[185]. Cuando Antonio dio la orden del cese de [3] las hostilidades, los vitelianos sacaron sus enseñas y águilas, a las que seguía una columna de hombres desarmados sin levantar los ojos del suelo[186]. Les habían rodeado los vencedores y al principio les lanzaban insultos y amagaban golpes. Después, como los vencidos ofrecían sus rostros a las afrentas y soportaban todo sin mostrar ningún tipo de orgullo, cayeron en la cuenta de que estos eran quienes no hacía mucho habían demostrado moderación en la victoria de Bedriaco. Pero cuando [4] Cécina[187], haciéndose notar con la pretexta y los lictores, apartada la multitud, se abrió paso como cónsul[188], se enardecieron los vencedores que le echaban en cara su altanería y crueldad (tan odiosos resultan tales defectos), así como su perfidia. Se interpuso Antonio y, tras asignarle una escolta, lo despachó junto a Vespasiano[189].

32. Entretanto, el pueblo de Cremona sufría encontronazos con la tropa, y poco faltaba para llegar a una masacre, cuando las súplicas de los oficiales lograron calmar a los soldados. Convocados a una asamblea, Antonio se dirigió con orgullo a los vencedores, con clemencia a los vencidos y ni a favor ni en contra de Cremona. El ejército, aparte de su deseo natural de saquear, se volcó en la destrucción de Cremona por antiguos [2] resentimientos. Creían que habían apoyado al bando viteliano también en la guerra contra Otón; más tarde, se habían burlado de los hombres de la XIII[190], que estaban allí para construir un anfiteatro[191], con burlas insultantes, típicas de la naturaleza procaz de la plebe urbana. El rencor de las tropas aumentó también por otras razones: el espectáculo de gladiadores que allí había organizado Cécina, el hecho de que la ciudad hubiera sido dos veces la base de la guerra, los alimentos ofrecidos a los vitelianos en el

frente de batalla[192], y el que mataran a algunas mujerescuando se acercaron hasta el campo de batalla llevadas por suapoyo a la causa. Además, aquella época de mercado llenaba la colonia, ya de por sí rica, y le daba una mayor apariencia de [3] riquezas. Los otros comandantes eran poco conocidos, mientras que el éxito y la suerte habían dejado a Antonio expuesto a las miradas de todos. Marchó a toda prisa a los baños para lavarse las manchas de sangre. Al quejarse de la tibieza del agua, se oyó una voz diciendo que pronto se pondría caliente. Esta respuesta propia de un esclavo concitó contra él todo el odio por lo que siguió[193], pues era como si hubiera dado la señal para incendiar Cremona, que ya ardía en llamas.

33. Irrumpieron en la ciudad cuarenta mil hombres armados[194] y un número mayor de asistentes y cantineros todavía peor dispuestos a la lujuria y la crueldad. Ni la dignidad ni la edad evitaban que se mezclaran las violaciones con los asesinatos y los asesinatos con las violaciones[195] Los ancianos de edad avanzada y las mujeres de edad marchita, sin valor para el botín, eran el blanco de sus burlas. Cuando una doncella crecida o alguien que atraía por su belleza caía en sus manos, la fuerza brutal de quienes intentaban cogerlos los despedazaba y esto al final llevaba a los mismos raptores a matarse unos a otros. Cuando uno se apropiaba del dinero o de las ofrendas de oro macizo de los templos, otros más fuertes le cortaban la cabeza. [2] Algunos despreciaban lo que estaba a la vista, buscaban las riquezas escondidas por sus dueños, a quienes azotaban y torturaban, y desenterraban los tesoros bajo tierra. Portaban teas en las manos, que, al terminar el saqueo, arrojaban por gusto a las casas deshabitadas o a los templos vacíos. Y, como era de esperar en un ejército de lenguas y costumbres diversas, que incluíaa romanos, aliados y extranjeros, diferentes eran sus ideas de lo que era legal para cada uno de ellos, pero nada les estaba vedado. Cremona les duró cuatro días. Cuando todos los edificios, sagrados y civiles, quedaron reducidos a cenizas, solo el templo de Mefitis[196] permaneció en pie, defendido por su situación o por el poder de su divinidad.

34. Este fue el final de Cremona a los doscientos ochenta y seis años de su comienzo. Fue fundada en el consulado de Ti. Sempronio y P. Cornelio[197], cuando Aníbal amenazaba a Italia, como baluarte contra los galos que se asentaban al otro lado del Po y contra cualquier otra irrupción violenta que se lanzara a través de los Alpes. Así que Cremona creció y floreció por el número de colonos, por la situación favorable de sus ríos, por la fertilidad de sus campos y por las relaciones y las uniones matrimoniales con gente de las tribus locales[198]: fue una ciudad respetada por guerras externas, pero desgraciada en las civiles[199]. Antonio, avergonzado por aquella infamia y al aumentar su

[2] impopularidad, publicó un edicto para que ningún cremonense fuera retenido como prisionero. Además, el botín de los soldados había quedado en nada al ponerse de acuerdo toda Italia en rechazar la compra de tales esclavos. Así que empezaron a matarlos. Y en cuanto se supo, parientes y allegados empezaron a comprarlos a escondidas. El resto de la población regresó a Cremona más tarde. Se restauraron los foros y los templos gracias a la generosidad de otros municipios con la bendición de Vespasiano.

35. Por lo demás, la tierra infectada por la podredumbre no permitió durante mucho tiempo asentarse en las ruinas de una ciudad muerta. Avanzaron tres millas[200] y encuadraron a los vitelianos, que se encontraban dispersos y aterrorizados, a cada cual bajo sus propias banderas; y distribuyeron a las legiones derrotadas por el Ilírico[201] para evitar que actuaran de forma dudosa mientras aún durase la guerra civil. Después, despacharon [2] mensajeros para informar a Britania y a las Hispanias[202], mientras que para impresionar enviaron al tribuno Julio Caleno a la Galia[203] y al comandante de una cohorte Alpinio Montano a Germania[204], pues este era de Tréveris y Caleno eduo y ambos a su vez vitelianos. Al mismo tiempo, se ocuparon los pasos de los Alpes[205] para su defensa, pues sospechaban de Germania, no fuera que llegara a tomar las armas para ayudar a Vitelio.

Convulsión en el imperio romano

36. Por otro lado, Vitelio, quien, tras la marcha de Cécina[206], había empujado a la guerra a Fabio Valente unos días después, encubría sus preocupaciones con una vida disipada. No se preparaba para la guerra, no fortalecía la moral de la tropa con arengas y entrenamiento, no aparecía delante del pueblo, sino que, oculto bajo las sombras de los jardines como esos animales perezosos que, si les proporcionas alimento, permanecen echados y amodorrados, se había desentendido con igual olvido del pasado, del presente [2] y del futuro. Estando así sin hacer nada y vegetando en el bosque de Aricia[207] quedó conmocionado con la traición de Lucilio Baso y la defección de la flota de Rávena. Y no mucho después[208] las noticias sobre Cécina le produjeron una mezcla de dolor y alegría al informársele de que se había rebelado pero el ejército lo había arrestado. En un carácter tan débil pudo más la alegría que la preocupación. En medio de una gran euforia regresó a la capital y en una asamblea concurrida colmó de elogios la lealtad de los soldados. Ordenó el arresto de Publilio Sabino[209], prefecto de la guardia pretoriana, por su amistad con Cécina, y puso en su lugar a Alfeno Varo[210].

37. Después[211], se dirigió al Senado con un discurso intencionadamente grandilocuente que los senadores elogiaron con estudiada adulación. L. Vitelio[212] tomó la iniciativa de una severa propuesta contra Cécina. A continuación, los demás, con afectada indignación, porque un cónsul hubiera traicionado al Estado, un general al emperador y una persona colmada con tan grandes riquezas y tantos honores a un amigo, se quejaban como si estuvieran defendiendo a Vitelio, pero en realidad estaban dando rienda suelta a su propio resentimiento[213]. En ningún discurso se [2] oyeron palabras de reproche contra los generales flavianos, pues culpando a los ejércitos de sus errores y falta de visión soslayaban, cautos y huidizos, el nombre de Vespasiano. Y no faltó quien solicitara entre halagos un único día de consulado[214] (era, en efecto, lo que le quedaba a Cécina) en medio de grandes risas para el que lo daba y el que lo recibía. El 31 de octubre Rosio Régulo tomó posesión y cesó en su cargo. Los entendidos hacían notar que nunca antes se había nombrado a un magistrado sustituto sin destituir al magistrado anterior ni promulgar un decreto[215]. En efecto, cónsul por un solo día también lo había sido antes Caninio Rebilo[216] durante la dictadura de G. César, cuando las recompensas de la guerra civil se concedían a la ligera.

38. Por aquellos días se tuvo noticia de la muerte de Bleso, que fue muy comentada[217]. De ella hemos recibido la siguiente versión. Vitelio convalecía de una grave enfermedad en los Jardines Servilianos[218] y advirtió que un palacete del vecindario brillaba durante la noche con muchas luces. Al preguntar por el motivo, se le comunica que en casa de Cécina Tusco[219] se estaba celebrando un banquete concurrido en honor especialmente de Junio Bleso. Se exageraron los detalles sobre el lujo y los ánimos dispuestos a la disipación. Y no faltaron quienes denunciaran al mismo Tusco y a otros, pero con especial encono a Bleso, porque pasaban los días divirtiéndose mientras el príncipe se hallaba enfermo. Cuando quienes analizaban ácidamente [2] las ofensas de los príncipes tuvieron bastante claro que Vitelio se sentía molesto y que Bleso podía caer en desgracia, confiaron el papel de delator a L. Vitelio. Este era enemigo de Bleso por una rivalidad maligna, pues la excelente reputación de Bleso superaba a un Vitelio manchado con todo tipo de infamias. Lucio abrió la alcoba del emperador, abrazando contra el pecho al hijo de este y cayendo a sus rodillas. Al preguntarle por el motivo [3] de su turbación, le respondió que se había presentado entre ruegos y lágrimas no por miedo personal ni porque estuviera angustiado por él mismo, sino para interceder a favor de su hermano y de los hijos de su hermano. No había por qué temer a Vespasiano, decía, pues le separan de aquí en un espacio inmenso tantas legiones germánicas, tantas provincias leales y valientes y, para terminar, tanta tierra y mar. Es en la capital y en su círculo donde hay que precaverse de un enemigo que se jacta de tener de abuelos a los

Junios y Antonios[220] y que con su estirpe imperial se pavonea asequible y espléndido con los soldados. Todas las miradas, continuaba, estaban puestas en él, [4] mientras Vitelio, sin reparar en amigos o enemigos, favorecía a un rival que contemplaba los sufrimientos del emperador desde la mesa de un banquete. Por su alegría a destiempo había que darle una noche triste y fúnebre, para que supiera y se enterara de que Vitelio estaba vivo, era el emperador y, por si ocurría alguna fatalidad, tenía un hijo.

39. Angustiado entre el crimen y el miedo de que el aplazamiento de la muerte de Bleso acarreara su rápida ruina y, si la ordenaba públicamente, produjera un terrible escándalo, decidió recurrir al veneno. Vitelio contribuyó a dar fe del crimen por la especial alegría que mostró en su visita a Bleso. Más aún, se oyó a Vitelio hacer una observación de lo más inhumana[221], cuando se jactó diciendo (citaré, en efecto, literalmente sus palabras) «que sus ojos se relamían con el espectáculo de la muerte [2] de su enemigo». Bleso, además de una cuna distinguida y exquisita moral, estuvo adornado de una lealtad inquebrantable. Incluso en situaciones seguras se mantuvo firme en rechazar unirse a un complot que procedía de Cécina y los líderes del partido que ya despreciaban a Vitelio. Era intachable y enemigo del desorden, no ambicionaba ningún cargo sobrevenido y mucho menos el principado, pero no había logrado evitar el que no se le creyera digno de él.

40. Entretanto, Fabio Valente[222], que con un numeroso y afeminado séquito de concubinas y eunucos avanzaba a un ritmo demasiado lento para una guerra, se enteró por correos urgentes de que Lucilio Baso había entregado la flota de Rávena. Y si hubiera apresurado la marcha emprendida, habría podido adelantarse a las vacilaciones de Cécina o alcanzar a las legiones[223] antes del combate decisivo. Y no faltaban quienes le aconsejaban que con sus más fieles y por caminos poco conocidos evitara Rávena y se dirigiera a Hostilia o a Cremona. Otros [2] proponían hacer venir de Roma las cohortes pretorianas y abrirse paso con esa tropa poderosa. Valente con sus inútiles vacilaciones consumió en deliberaciones el tiempo de actuar. Luego, rechazó ambas propuestas y, quedándose a mitad de camino, que es la peor solución en momentos críticos, no tuvo la osadía suficiente ni la suficiente prudencia.

41. Valente escribió a Vitelio pidiéndole refuerzos. Llegaron tres cohortes con un regimiento de caballería de Britania[224], un contingente que no era apto ni para pasar desapercibido ni para abrirse camino. Pero Valente ni siquiera en una situación tan crítica pudo evitar la infamia de que se creyera que buscaba placeres ilícitos y de que manchara la casa de sus anfitriones con estupros y adulterios. Tenía además el poder, el dinero y

ese último deseo libidinoso[225] propio de una suerte que se venía abajo[226]. Finalmente, con la llegada de la infantería y caballería [2] quedó en evidencia la equivocación de su estrategia, pues ni podía moverse a través de territorio enemigo con tan pequeña fuerza por muy leal que fuera, ni tampoco su lealtad era incuestionable. Sin embargo, les refrenaba la vergüenza y el respeto a su jefe allí presente, lazos poco duraderos entre hombres que temían enfrentarse a los peligros y a quienes no les importaba el deshonor. Con tales recelos y acompañado por unos pocos que [3] no habían cambiado en la adversidad envió las cohortes a Arímino[227] y ordenó al regimiento de caballería que protegiera sus espaldas. Él se desvió hacia Umbría y de allí hasta Etruria, donde, al enterarse del resultado de la batalla de Cremona[228], tomó una decisión nada cobarde, pero terrible, si hubiera tenido éxito. Consistió en apoderarse a la fuerza de unas naves, desembarcar en cualquier parte de la provincia Narbonense[229] y levantar a las Galias y sus ejércitos y a los pueblos de Germania para provocar una nueva guerra.

42. Cuando se marchó Valente, Cornelio Fusco[230], tras acercar el ejército y enviar naves libúrnicas por la costa vecina, rodeó por tierra y mar a las fuerzas de Vitelio desmoralizadas que estaban acantonadas en Arímino. Los flavianos ocuparon las llanuras de Umbría y la región del Piceno bañada por el Adriático, de manera que Italia entera quedaba dividida entre Vespasiano [2] y Vitelio por los montes Apeninos. Fabio Valente se vio arrastrado al puerto de Hércules de Moneco[231] desde el golfo de Pisa[232] forzado por el mar en calma o por la fuerza de vientos contrarios. No lejos de allí se encontraba Mario Maturo[233], gobernador de los Alpes Marítimos[234], que era leal a Vitelio y todavía no había renegado de su juramento de lealtad hacia él pese a estar totalmente rodeado de enemigos. Recibió a Valente con amabilidad, pero con sus consejos le infundió miedo para que no se aventurase temerariamente en la Galia Narbonense. Al mismo tiempo se quebró la lealtad de los demás a causa de ese miedo.

43. El agente imperial Valerio Paulino[235], un soldado valiente y amigo de Vespasiano antes de su llegada al poder, había conseguido el juramento de fidelidad de las ciudades de los alrededores. Tras convocar a todos los que Vitelio había licenciado y estaban dispuestos a retomar voluntariamente las armas[236], se dedicaba a defender con una guarnición la colonia de Foro de Julio[237], llave del mar. La autoridad de Paulino resultó mayor por el hecho de que Foro de Julio era su patria y gozaba del respeto de los pretorianos, a quienes mandó en otro tiempo como tribuno; además, los mismos vecinos, por simpatía hacia un paisano suyo y con la esperanza de su futura influencia, se esforzaban por apoyar a su partido. Cuando estas noticias, confirmadas [2] por los

preparativos y exageradas por los rumores, se divulgaron entre los volubles vitelianos, Fabio Valente regresó a las naves acompañado de cuatro guardaespaldas, tres amigos y otros tantos centuriones. Maturo y los demás decidieron quedarse y jurar lealtad a Vespasiano. Por lo demás, aunque el mar abierto parecía a Valente más seguro que la costa o las ciudades, sin embargo se mantenía indeciso en sus planes para el futuro y veía con más claridad lo que debía evitar que en quién debía confiar. Una tormenta adversa lo llevó a las islas Estécades[238] de Marsella. Allí lo apresaron unas naves libúrnicas enviadas por Paulino.

44. Con la captura de Valente todo se inclinó del lado de las fuerzas victoriosas. Se comenzó en Hispania con la I *Adiutrix*[239], la cual, siendo enemiga de Vitelio y recordando a Otón, arrastró también a la X y a la VI[240]. Tampoco dudaron las Galias[241]. Y en Britania un sentimiento favorable la inclinó hacia Vespasiano, porque allí Claudio lo había puesto al mando de la legión II[242] y había actuado brillantemente en la guerra, pero esto ocurrió no sin la resistencia de las demás[243], en las que muchos centuriones y soldados ascendidos por Vitelio sentían inquietud al tener que cambiar a un emperador que ya conocían.

45. En medio de este enfrentamiento y de constantes rumores[244] de guerra civil los britanos se armaron de valor bajo el liderazgo de Venucio, quien, además de su natural violento y su odio al nombre romano, estaba exaltado por resentimientos personales[245] contra la reina Cartimandua. Reinaba sobre los brigantes Cartimandua[246], de gran influencia por su nobleza. Había aumentado su poder después de que con la captura a traición del rey Carataco[247] había organizado ella el triunfo de Claudio César[248]. De ahí provenía su riqueza y disipación en la prosperidad. Tras despreciar a Venucio[249], que era su marido, recibió en matrimonio y como rey consorte a Velocato, escudero de su marido. Inmediatamente, se produjo una conmoción en palacio. [2] A favor del marido estaban las simpatías de la ciudad y a favor del adúltero el encaprichamiento y la crueldad de la reina. Así pues, Venucio, con la ayuda que pudo reunir y la defección de los propios brigantes, llevó a Cartimandua a una situación de extrema gravedad. Entonces, solicitó protección a los romanos. Y nuestras cohortes y regimientos de caballería, tras inciertos combates, salvaron no obstante a la reina del peligro. Venucio se quedó con el reino, nosotros con la guerra[250].

46. Por aquellos días se produjeron revueltas en Germania[251]. La causa de los romanos casi estuvo abocada al desastre por la negligencia de los generales[252], el

amotinamiento de las legiones y la perfidia de nuestros aliados[253]. Recordaremos más adelante[254] esta guerra con sus causas y consecuencias, pues se [2] alargó más de lo previsto. También se levantó el nunca leal pueblo de Dacia[255], que entonces no abrigaba miedo alguno porque el ejército se había retirado de Mesia. Con todo, observaban tranquilos los primeros acontecimientos. Cuando se enteraron de que Italia ardía en guerra y que todos eran enemigos entre sí, irrumpieron en los campamentos de invierno de las cohortes y la caballería y se apoderaron de las dos orillas del Danubio. Y ya se disponían a destrozar el campamento de las legiones, cuando Muciano[256] se les enfrentó con la legión VI[257], pues estaba enterado[258] de la victoria de Cremona y quería evitar que se produjera una doble invasión masiva de extranjeros, en el caso de que dacios y germanos irrumpiesen por separado. [3] Como en otras muchas ocasiones, ayudó la fortuna del pueblo romano, que llevó allí a Muciano y las fuerzas de Oriente, y el hecho de que entretanto hubiéramos resuelto el asunto de Cremona. Fonteyo Agripa, después de gobernar Asia (había gobernado como procónsul aquella provincia con poderes para un año[259]), fue puesto al frente de Mesia. Se le asignaron tropas adicionales procedentes del ejército de Vitelio, al que tanto la estrategia y la paz aconsejaba distribuir por las provincias[260] y tenerlo ocupado en una guerra exterior.

47. Tampoco estaban en paz las otras naciones. En el Ponto un esclavo extranjero, que en otro tiempo había sido prefecto de la flota imperial, desencadenó un repentino levantamiento armado. Era Aniceto, liberto de Polemón[261], muy influyente en tiempos y que, una vez que el reino se había convertido en provincia romana, no soportaba tal cambio. Así pues, levantó en [2] nombre de Vitelio a los pueblos que habitan el Ponto, además de corromper a los más necesitados con la esperanza de botín. Al frente de una fuerza nada despreciable asaltó por sorpresa Trapezunte[262], antigua ciudad fundada por los griegos en el extremo de la costa del Ponto. Allí aniquiló a una cohorte, que en otro tiempo había constituido las fuerzas auxiliares del reino; a los soldados se les concedió más tarde la ciudadanía romana, reteniendo armas y enseñas a nuestro estilo, pero conservando [3] la desidia y libertinaje de los griegos. Atizó también el fuego en una escuadra que navegaba a su antojo por un mar sin protección, pues Muciano había concentrado en Bizancio las mejores libúrnicas[263] y a toda la tropa. Más aún, aquellos bárbaros vagaban sin temor alguno en naves construidas de prisa y corriendo[264]. Las llaman *cámaras*[265]: tienen bordas estrechas y una ancha panza sin trabazón alguna de bronce o hierro; y en caso de mar picada, conforme suben las olas, aumentan con tablones la altura de naves hasta que quedan cerradas a modo de techo. De esa manera van dando tumbos sobre las olas. Al ser la proa y la popa iguales pueden cambiar los

remos de dirección, mientras que el abordaje por uno o por otro lado les resulta indiferente y sin peligro.

48. Este asunto alertó a Vespasiano hasta el punto de enviar fuerzas especiales de las legiones[266] bajo el mando de Virdio Gémino, un militar de reconocida experiencia[267]. Este atacó a los enemigos que estaban desorganizados y dispersos por su deseo de botín y les obligó a embarcarse. Con libúrnicas construidas a toda prisa alcanzó a Aniceto en la desembocadura del río Cobo[268], donde se sentía seguro bajo la protección del rey de los sedoquezos[269], cuya alianza se había asegurado con dinero y regalos. En un primer momento el rey defendía a [2] su huésped suplicante amenazando con las armas, pero, después de que se le pusiera por delante por un lado la hiciera la traición y por otro la guerra, su lealtad se disipó, como es normal entre los bárbaros, negoció la muerte de Aniceto y entregó a los fugitivos. Tal fue el final de esta guerra de esclavos. [3] Mientras Vespasiano se alegraba por esta victoria y todo se iba desarrollando mejor de lo que esperaba, le alcanzó en Egipto la noticia de la batalla de Cremona[270]. Por ello se dirigió más aprisa a Alejandría[271], con la intención de que, ahora que el ejército de Vitelio estaba doblegado, se presionara con el hambre a la capital, necesitada también de recursos extranjeros[272]. Y en efecto, se disponía invadir la provincia de África, situada en la misma costa, por tierra y mar, pues, al cortar los suministros de trigo, provocaría el hambre y la discordia en el enemigo.

Marcha de los flavianos contra Roma

49. Mientras el poder imperial cambiaba de manos en medio de esta convulsión mundial[273], Primo Antonio no actuaba después de la batalla de Cremona ni mucho menos con la misma honradez. Pensaba que había hecho bastante en la guerra y el resto sería fácil, o tal vez en un carácter como el suyo el éxito destapó la avaricia, la soberbia y demás vicios ocultos. Brincaba por Italia como tierra de conquista, se congraciaba con las legiones como si fueran suyas y todas sus palabras y actos tenían la finalidad de construirse [2] una posición de fuerza y poder. Y, para que la tropa se aficionara a la indisciplina, ofrecía a las legiones la provisión de los puestos de los centuriones caídos en combate. En tal votación se eligieron a los soldados más revoltosos. Así, la tropas no estaban al mando de los jefes, sino que los jefes se veían arrastrados por la violencia de la tropa. Estos actos sediciosos y encaminados a arruinar la disciplina los ponía luego al servicio del pillaje, sin que tuviera el menor temor ante la llegada de Muciano, lo cual resultaba más ruinoso para él que desairar a Vespasiano.

50. Por lo demás, como el invierno se acercaba[274] y la llanura del Po quedaba inundada, se puso en camino una columna ligera. En Verona quedaron las enseñas y las águilas[275] de las legiones vencedoras, soldados con heridas o impedidos por la edad, e incluso otros en buenas condiciones. Se creía que unas cohortes, unos regimientos de caballería y legionarios selectos eran suficientes ahora que la guerra estaba casi terminada. Se [2] les había unido la legión XI[276], dubitativa al principio, pero que a la vista del éxito se mostraba preocupada por no haberse unido antes. Le acompañaban seis mil dálmatas, reclutados hacía poco. Estaba al mando el excónsul Pompeyo Silvano[277], pero el peso de las decisiones recaía en el legado de la legión Annio Baso[278]. Este, aparentando obediencia, manejaba a Silvano, que era indolente para la guerra y malgastaba en palabras el tiempo para la acción, mientras el otro intervenía con tranquila eficacia en todo lo que había que hacer. A estas tropas se incorporaron [3] los mejores marinos de Rávena que solicitaban hacer el servicio militar en las legiones. Los dálmatas ocuparon su lugar en la flota. El ejército y sus jefes hicieron un alto en el camino en Fano de la Fortuna Fortunae[279]. Se mostraban dubitativos sobre la situación general, porque habían oído que las cohortes pretorianas habían salido de la capital y se imaginaban que el paso de los Apeninos estaba controlado por destacamentos. Además, en aquella región devastada por la guerra, les alarmaba la falta de provisiones y las voces amotinadas de los soldados que reclamaban el donativo llamado *clavarium*[280]. Los comandantes no habían hecho provisión ni de dinero ni de trigo. Las prisas y la avaricia resultaban perjudiciales, pues los hombres robaban lo que podían recibir como un regalo.

51. Tengo de historiadores muy famosos[281] el testimonio de que los vencedores mostraron tan gran desprecio por todo lo divino y lo humano que un soldado raso de caballería confesó que había matado a su hermano en la última batalla[282] y había reclamado la recompensa a sus jefes. Ni el derecho de los hombres les permitía premiar aquel crimen ni la naturaleza de la guerra castigarlo. Le dieron largas con la excusa de que sus merecimientos eran mayores de lo que podían pagarle en el momento. Aquí termina la historia. Por lo demás, también en anteriores [2] guerras civiles se habían dado crímenes similares. En efecto, en el combate que tuvo lugar en el Janículo[283] contra Cinna, un soldado de Pompeyo[284] mató a su propio hermano y, cuando se dio cuenta de su atrocidad, se suicidó, como recuerda Sisenna[285]: tan alta era la gloria en las acciones virtuosas como duro el arrepentimiento en las acciones reprobables entre nuestros antepasados. De todas formas, no será inapropiado que recuerde estos y otros ejemplos tomados de la historia antigua, cada vez que el tema y la situación requieran ejemplos del bien y consuelos del mal.

52. Antonio y los otros comandantes flavianos decidieron enviar por delante a la caballería para explorar toda la Umbría con la esperanza de encontrar algún acceso más cómodo a las cumbres de los Apeninos[286]. Se hicieron venir águilas y enseñas y cuantas tropas hubiera en Verona, llenándose el Po y el Adriático de barcos de aprovisionamiento. Había comandantes[287] que urdían dilaciones, pues Antonio se había vuelto ya demasiado poderoso y se cifraban mejores esperanzas en Muciano. En [2] efecto, Muciano, preocupado por una victoria tan rápida, estaba convencido de que se le privaría de la gloria de aquella guerra, a no ser que estuviera él personalmente presente en la entrada a Roma. Así, escribía a Primo y a Varo en términos ambiguos, exponiendo la urgencia de cumplir los planes iniciales o la conveniencia de nuevas dilaciones, todo en un lenguaje tan sofisticado que según el resultado de los acontecimientos se podría sacudir de encima los reveses o arrogarse los éxitos. Dio instrucciones [3] más claras a Plocio Gripo[288], nombrado recientemente senador por Vespasiano y puesto al frente de una legión[289], y a los demás de su confianza. Todos ellos contestaron con informes negativos sobre las prisas de Primo y Varo, tal como quería Muciano. Al desviar estas cartas a Vespasiano había logrado que la estrategia y las acciones de Antonio no recibieran la estimación que él esperaba.

53. Antonio llevaba mal esto y echaba la culpa a Muciano, por cuyas acusaciones habían perdido valor los peligros que él estaba arrostrando. Y no se reprimía en sus conversaciones, pues era un hombre que no se mordía la lengua ni agachaba la cabeza. Redactó una carta a Vespasiano en un tono demasiado arrogante para un emperador y no sin velados ataques contra Muciano. Señalaba que fue él quien había levantado en armas a las legiones de Panonia[290], había espoleado a actuar a los comandantes de Mesia[291], con su firmeza se habían atravesado los Alpes, se había ocupado Italia y se habían interceptado los refuerzos [2] de Germania y Recia. El haber puesto en fuga a las desunidas y dispersas legiones de Vitelio primero con un ataque en tromba de la caballería y después con la fuerza de la infantería de día y de noche, eso fue una acción brillantísima y obra suya. La caída de Cremona había que imputarla a la fatalidad de la guerra, pues las viejas discordias civiles costaron al [3] Estado pérdidas aún mayores y la destrucción de más ciudades. Él no servía militarmente a su emperador con despachos y cartas, sino con sus manos y sus armas. Tampoco, decía, eclipsaba la gloria de quienes entretanto habían restablecido el orden en otro sitio[292]: a estos les correspondía la paz de Mesia, a él la salvación y la seguridad de Italia. Gracias a sus arengas se habían pasado a Vespasiano las Galias y las Hispanias, las regiones más poderosas de la tierra. Pero de nada habría valido tanto esfuerzo, concluía, si los premios por los peligros arrostrados únicamente los conseguían quienes no se habían enfrentado a los mismos. Nada de esto

pasó inadvertido a Muciano. De ahí surgió una profunda enemistad que Antonio alimentaba con más franqueza, mientras Muciano lo hacía de forma más taimada y por ello más implacable.

54. Vitelio[293], por su parte, después del desastre de su causa en Cremona, ocultaba las noticias de la derrota aplazando con ese tonto disimulo el remedio de la enfermedad más que la enfermedad misma. Y es que si hubiera reconocido la verdad y hubiera buscado consejo, le hubieran quedado esperanzas y fuerzas. Pero, al pretender lo contrario, es decir, que todo iba bien, agravaba[294] la situación con mentiras. En presencia del emperador el silencio sobre la guerra era sorprendente, se prohibían los rumores por la ciudad, con lo cual aumentaron y quienes estaban dispuestos a contar la verdad si se les hubiera permitido divulgaban relatos más sensacionales por el mero hecho de que se les reprimiera. Y los comandantes flavianos tampoco [2] paraban de avivar los rumores, pues a los exploradores de Vitelio que capturaban les daban un paseo para que conocieran la fuerza del ejército vencedor y después los despachaban a Roma. A todos ellos Vitelio, una vez que los interrogaba en secreto, mandaba matarlos. El centurión Julio Agreste, de notable entereza, tras muchas conversaciones, en las que trataba en vano que Vitelio actuara como un hombre, logró convencerlo para que le enviase personalmente a inspeccionar las fuerzas enemigas y lo que había ocurrido en Cremona. Y no intentó engañar a Antonio con una inspección a sus espaldas, sino que le reveló las instrucciones del emperador y su propia disposición y le pidió permiso para pasar revista a todo. Se despacharon unos hombres para enseñarle el lugar de la batalla, las ruinas de Cremona [3] y las legiones que habían capitulado. Agreste regresó junto a Vitelio. Cuando el emperador se negó a admitir la verdad de lo que le contaba y, además, lo acusaba de haber sido sobornado, el centurión le dijo: «Puesto que necesitas una prueba contundente y ni mi vida ni mi muerte te pueden prestar otro servicio, te daré una prueba en la que puedas creer». Y con estas palabras salió de la presencia del emperador y ratificó sus palabras con su muerte voluntaria[295]. Algunos cuentan que murió por orden de Vitelio, pero dicen lo mismo de su lealtad y entereza.

55. Como si despertara de un sueño[296], Vitelio ordenó a Julio Prisco y Alfeno Varo[297] ocupar los Apeninos con catorce cohortes pretorianas[298] y todos los regimientos de caballería. Le siguió una legión de marinos[299]. Tantos miles de gente armada[300], caballos y hombres selectos hubieran sido de sobra capaces, si hubieran estado al mando de otro general, de pasar a la [2] ofensiva en la guerra. El resto de las cohortes[301] se confiaron a su hermano L. Vitelio para defender Roma. Él, por su parte, no renunciaba un ápice a su vida de lujo y, urgido por su propia desconfianza, adelantaba las elecciones,

en las que proponía cónsules para muchos años. Regalaba a los aliados provinciales el estatuto de ciudades federadas y a los extranjeros el derecho de ciudadanía. A unos eximía de tributos, a otros les ayudaba con diversas exenciones. En suma, con su absoluta despreocupación por el futuro estaba mutilando el imperio. Pero el populacho asistía con la boca abierta ante tamaña generosidad. Los ciudadanos más necios compraban los favores con dinero, mientras que los sensatos consideraban nulos esos favores, porque no se podían ni dar ni recibir sin arruinar al Estado. Finalmente, [3] ante la exigencia del ejército que se había instalado en Mevania[302] y acompañado de un gran grupo de senadores, a muchos de los cuales arrastraba su ambición y a los más el miedo, Vitelio llegó al campamento con ánimo indeciso y presa de consejos traicioneros.

56. Cuando Vitelio pronunciaba un discurso a las tropas, sobrevoló —¡hecho prodigioso!— tan gran número de aves de mal agüero que oscurecieron el día con una negra nube[303]. Se añadió otro presagio siniestro: un toro que huyó del altar tras desbaratar los preparativos del sacrificio fue degollado lejos y no como se acostumbra dar el golpe a las víctimas. Pero el prodigio [2] principal era el mismo Vitelio, quien, ignorante de la milicia, incapaz de tomar decisiones, andaba preguntando a terceros sobre el orden que debía llevar el ejército en marcha, sobre cuál debía ser la misión de los exploradores y hasta qué límites debía forzar o retrasar la guerra; y ante cada noticia se le demudaba también el rostro y la compostura hasta terminar después borracho. Finalmente, hastiado de la vida en el campamento y enterado de la defección de la flota del Miseno[304] regresó a Roma aterrado con cada nuevo golpe que recibía pero ciego [3] ante el desenlace final. En efecto, cuando se le abría la posibilidad de atravesar los Apeninos con las fuerzas intactas de su propio ejército y de atacar al enemigo fatigado por el invierno y la falta de víveres, al dispersar a sus fuerzas dejó a los soldados más valientes y dispuestos a llegar hasta el final expuesto a la muerte y al cautiverio, y esto pese a que los centuriones más expertos no estaban de acuerdo y habrían dicho la verdad si se les hubiese consultado. Los consejeros más íntimos[305] de Vitelio lo impidieron, pues los oídos del emperador estaban tan mal acostumbrados que despreciaba los consejos útiles y no oía más que lo que le resultaba agradable y, sin embargo, perjudicial.

57. Pero a la flota del Miseno (tanto puede la osadía incluso de un solo individuo en las discordias civiles) la arrastró a la rebeldía[306] el centurión Claudio Faventino, a quien Galba había expulsado con deshonra del ejército[307]. Mostró una carta apócrifa de Vespasiano en la que mostraba la recompensa por su traición. Al frente de la flota estaba Claudio Apolinar[308], un oficial que no era ni constante en su lealtad ni obstinado en la traición. También, Apinio Tirón[309], antiguo pretor que por entonces casualmente vivía en

Minturnas[310], se ofreció como líder de los rebeldes. Estos movilizaron a municipios y colonias, que traducían sus rivalidades locales en guerras civiles. Putéolos[311] quedó especialmente ligada a Vespasiano, mientras Capua permaneció leal a Vitelio. Este eligió a Claudio Juliano[312], [2] que recientemente había dirigido la flota del Miseno con un talante relajado, para la tarea de apaciguar los ánimos de los soldados. Se le entregó como refuerzo una cohorte urbana y gladiadores que mandaba Juliano. Cuando acamparon los unos frente a los otros, Juliano se pasó al bando de Vespasiano sin dudarlo mucho. Ocuparon Tarracina[313], que estaba mejor protegida por sus murallas y emplazamiento que por la capacidad de sus pobladores.

58. Cuando Vitelio se enteró de esta acción[314], dejó en Narnia[315] parte de las tropas[316] con los prefectos de la guardia pretoriana y envió a su hermano Lucio con seis cohortes y quinientos jinetes a hacer frente a la guerra que prendía por Campania[317]. El emperador mismo, de carácter depresivo, recobraba ánimos gracias al entusiasmo de los soldados y al clamor del pueblo pidiendo armas, al tiempo que en su imaginación llamaba ejército y legiones al populacho cobarde e incapaz [2] de atreverse a nada más allá de las palabras[318]. Siguiendo el consejo de sus libertos (pues cuanto más ilustres eran sus amigos, menos leales eran) ordenó convocar a las tribus[319] y tomó juramento a quienes iban dando sus nombres. Ante la enorme afluencia de voluntarios repartió la tarea del reclutamiento entre los cónsules. Impuso a los senadores un cupo de esclavos[320] y una cantidad de dinero. Los caballeros romanos ofrecieron sus servicios y dinero, e incluso los libertos solicitaron de grado la misma contribución. Tal simulacro de cumplimiento de un deber, originado por el miedo, se había convertido en simpatías hacia el emperador, aunque la mayoría se compadecía no tanto de Vitelio como de la desgraciada posición en la que había caído [3] el principado. Y él mismo no dejaba de mover a compasión con sus ademanes, sus palabras y sus lágrimas, pues se mostraba pródigo y sin mesura en las promesas, como es natural entre los que son presa del pánico. Es más, quiso que se le llamara César, título que había despreciado antes[321], pero que ahora lo aceptaba por la magia del nombre y porque en momentos de miedo se oyen lo mismo los consejos de los sabios que los rumores [4] del populacho. Por lo demás, como todo lo que empieza con un impulso irracional es fuerte en sus comienzos y languidece con el tiempo, así poco a poco senadores y caballeros empezaron a flaquear paulatinamente, primero entre dudas y cuando el emperador no estaba presente, pero luego sin respeto ni reparo alguno, hasta que Vitelio, ante la vergüenza de sus intentos fallido, les perdonó los servicios que no le prestaban[322].

59. Si bien la ocupación de Mevania[323] había llevado el terror a Italia y la impresión de que se había emprendido la guerra de nuevo, la cobarde retirada de Vitelio[324] supuso sin embargo un respaldo nada dudoso hacia la causa flaviana. Samnitas, pelignos y marsos se levantaron celosos de que Campania se les hubiera adelantado y se mostraron dispuestos para todos los servicios de la guerra como quien estrena vasallaje[325]. Pese a [2] todo, la crudeza del invierno golpeó al ejército a su paso por los Apeninos y, cuando los soldados se abrían paso a duras penas por la nieve en columnas tranquilas, vieron con claridad la gravedad del peligro que habrían tenido que afrontar si no hubiera hecho retroceder a Vitelio la fortuna que a menudo ayudó a los jefes flavianos[326] no en menor medida que el buen sentido. Allí se encontraron con Petilio Cerial[327], quien había eludido las guardias de Vitelio gracias a un atuendo campesino y a su conocimiento del terreno. Cerial mantenía una estrecha relación con Vespasiano y no carecía de reputación militar, por lo que pasó [3] a formar parte del cuerpo de oficiales. Muchos autores han contado que Flavio Sabino[328] y Domiciano también habían tenido la oportunidad de huir, pues emisarios de Antonio mediante diversas estratagemas llegaron hasta ellos para señalarles el punto de encuentro y el destacamento. Sabino se excusaba con que su salud lo incapacitaba para una empresa arriesgada. Domiciano tenía el coraje para actuar, pero temía que los guardianes que le puso Vitelio, aunque le prometían que se unirían a la fuga, en realidad estuvieran preparando una trampa. Lo cierto era que Vitelio mismo, a la vista de la situación de sus propios parientes, no preparaba nada malo contra Domiciano.

60. Al llegar a Cársulas[329], los jefes del bando flaviano se tomaron un descanso de unos pocos días hasta que las águilas y enseñas de las legiones les alcanzaran[330]. También les agradaba el emplazamiento mismo del campamento, pues ofrecía una amplia perspectiva, acceso seguro para las provisiones y municipios muy prósperos[331] en la retaguardia. Al mismo tiempo, esperaban mantener con los vitelianos que se encontraban a diez millas de distancia[332] conferencias y lograr su deserción. Tal situación no gustaba mucho a los soldados quienes preferían la victoria a la paz. Ni siquiera querían aguardar a sus propias legiones, pues pensaban que compartirían el botín y no los peligros. Antonio convocó en asamblea a sus tropas para explicarles [2] que Vitelio todavía disponía de unas fuerzas indecisas, si se les daba la oportunidad de reflexionar, pero temibles, si se les condenaba a la desesperación. Los comienzos de las guerras hay que dejarlos en manos de la fortuna, decía, pero la victoria se conseguía con estrategia y buenos planes. La flota del Miseno y la bellísima costa de Campania[333] ya habían desertado y de todo el mundo no le quedaba a Vitelio más que el territorio que hay entre Terracina y Narnia. Habían obtenido bastante gloria y [3] demasiadas antipatías en la destrucción de Cremona. Así que no tenían que desear tomar Roma, sino salvarla.

Obtendrían mayores recompensas y mucha mayor gloria, si garantizaban la salvación del Senado y del pueblo romano. Los ánimos se serenaron con estas y otras palabras del mismo tenor.

61. Las legiones llegaron no mucho después[334]. Ante las alarmantes noticias de que el ejército flaviano se había reforzado, las cohortes vitelianas empezaron a flaquear, pues nadie les empujaba a luchar, pero muchos[335] a desertar, rivalizando por entregar sus propias compañías y escuadrones como regalo para el vencedor y como favor personal para el futuro. Por ellos se supo que Interamna[336], del valle vecino, estaba defendida por [2] cuatrocientos jinetes. Inmediatamente se envió a Varo[337] con una fuerza ligera y mató a los pocos que resistieron, mientras que la mayoría depuso las armas y solicitó el perdón. Algunos que lograron refugiarse en el campamento viteliano[338] llenaban todo de miedo exagerando con rumores el valor y las tropas de los enemigos con la finalidad de minimizar la deshonra que suponía [3] la pérdida de la plaza. Entre los vitelianos no había castigo para la cobardía, la lealtad se cambiaba de bando según las recompensas que recibían los traidores, quedando solo la rivalidad en la traición. Se producían constantes defecciones entre tribunos y centuriones, pues los soldados rasos habían seguido apoyando tercamente a Vitelio, hasta que Prisco y Alfeno[339] abandonaron el campamento y regresaron al lado de Vitelio, con lo que eximían a todos de la vergüenza de la traición.

62. En esos mismos días[340] se ejecutó a Fabio Valente, que estaba bajo arresto en Urbino[341]. Se exhibió su cabeza ante las cohortes vitelianas, para que no alimentaran más esperanzas, pues creían que Valente había escapado a las provincias de Germania y estaba movilizando allí ejércitos viejos[342] y nuevos. La vista de su muerte los sumió en la desesperación. Y en cuanto al ejército flaviano fue extraordinaria la alegría con que recibió la muerte de Valente como si se tratara del final de la guerra. [2] Valente había nacido en Anagnia[343] de familia de caballeros. De costumbres licenciosas y no sin talento buscaba la reputación de hombre de moda a través del libertinaje. En el Festival de la Juventud en tiempos de Nerón[344] intervino como actor de mimos aparentemente a la fuerza, pero luego ya gustoso, haciéndolo con más destreza que decencia. Como comandante de una legión apoyó y también difamó a Verginio[345]. Mató a Fonteyo Capitón[346] después de haberlo corrompido o porque no lo había podido corromper. Traicionó a Galba[347], se mantuvo fiel a Vitelio y ganó gloria con la perfidia de otros[348].

63. Perdida la esperanza en todos los sitios, las tropas de Vitelio decidieron cambiar de bando, pero lo hicieron no sin dignidad, pues bajaron a la llanura al pie de Narnia con sus enseñas y estandartes[349]. El ejército flaviano, en alerta y armado como para una batalla, se había apostado en orden cerrado a lo largo de la calzada[350]. Los vitelianos marcharon por el centro y así rodeados Primo Antonio les habló en un tono conciliador. Se ordenó a unos que permanecieran en Narnia y a otros en Interamna[351]. Quedaron también con ellos algunas de las legiones vencedoras, que no resultarían enojosas si los otros se mantenían [2] en paz, pero sí fuertes para sofocar cualquier resistencia. Por aquellos días[352] Primo y Varo no dejaron de enviar frecuentes mensajes a Vitelio ofreciéndole seguridad, dinero y un retiro en Campania, con la condición de que depusiera las armas y se entregara con sus hijos[353] a Vespasiano. Muciano le escribió también cartas del mismo tenor. Vitelio se fiaba más de estas últimas y llegaba a hablar del número de esclavos que se llevaría y del lugar de la costa que elegiría. Tan gran abulia se había apoderado de su ánimo[354] que, si los demás no le recordaran que había sido emperador, él mismo lo habría olvidado.

Sucesos en Roma[355]

64. Por otra parte, los líderes de la ciudad[356] incitaban en conversaciones secretas a Flavio Sabino, prefecto de la Ciudad, a que se hiciera partícipe de la victoria y de la gloria. Disponía de soldados a su mando en las cohortes urbanas, no le fallarían las cohortes de guardia en la ciudad[357], sus propios esclavos, la buena suerte de los flavianos y toda la situación favorable a los vencedores. Él no tenía que ceder, le decían, en la disputa por la gloria ante Antonio y Varo. Las cohortes de Vitelio eran poco numerosas [2] y estaban amedrentadas por las tristes noticias que llegaban de todas partes[358]. El pueblo era de ánimo voluble y, si él se ofrecía como jefe, aquellas mismas adulaciones se volverían a favor de Vespasiano. El mismo Vitelio, que no había estado a la altura de sus éxitos, estaba ahora postrado por el desastre. El agradecimiento por haber terminado la guerra se lo llevaría el que tomara el control de Roma. A Sabino incumbía guardar el imperio para su hermano y no menos incumbía a Vespasiano el que los demás ocuparan el segundo lugar después de Sabino.

65. Sabino[359] recibía aquellas palabras sin entusiasmo alguno, debilitado como estaba por la vejez. Pero había quienes lanzaban sobre él veladas sospechas, insinuando que estaba retrasando la victoria de su hermano por envidia y celos. En efecto, Sabino era el mayor y, cuando los dos eran simples ciudadanos, aventajaba a Vespasiano en

influencia y dinero[360]. Se andaba diciendo que, cuando el crédito de Vespasiano se vio comprometido, le había prestado una ayuda mezquina[361] tras recibir la garantía de su casa y sus granjas. De ahí que, aunque se guardaban las apariencias de un buen trato entre [2] ellos, se tenía miedo de que hubiera agravios encubiertos[362]. Una explicación más positiva sostenía que aquel hombre de carácter pacífico detestaba la sangre y las matanzas, y por ello trataba en las frecuentes conversaciones con Vitelio sobre la paz y un armisticio con condiciones[363]. Se reunieron a menudo en privado y finalmente firmaron un acuerdo, como se dijo, en el templo de Apolo[364]. Dos hombres, Cluvio Rufo y Silio Itálico[365], fueron testigos de sus palabras y afirmaciones, pero quienes los veían a distancia podían observar sus expresiones, la de Vitelio abatida y humillada, la de Sabino sin alegría y más bien cercana a la compasión.

66. Lo cierto es que, si Vitelio hubiera podido doblegar el ánimo de sus más íntimos[366] con la misma facilidad con la que él lo había hecho, el ejército de Vespasiano habría entrado en Roma sin derramar sangre. Sin embargo, cuanto más fieles eran a Vitelio, tanto más rechazaban la paz y sus condiciones, alegando el peligro y la deshonra en un acuerdo firmado al gusto del vencedor. Vespasiano, decían, no era tan desdeñoso como [2] para soportar a Vitelio como un simple ciudadano y tampoco lo consentirían los vencidos, con lo que la misericordia sería fuente de peligro. No había duda de que Vitelio estaba viejo y harto de éxitos y fracasos, pero ¿qué título y qué posición tendría su hijo Germánico[367]? Ahora le prometían dinero, esclavos y la agradable bahía de Campania, pero, cuando Vespasiano tuviera el poder, ni él mismo ni sus amigos ni siquiera su ejército recuperarían la seguridad hasta que su rival fuera destruido. Fabio Valente, cautivo y reservado para una ocasión de [3] peligro[368], les había supuesto una carga muy pesada[369]. Con más razón, pues, Primo, Fusco[370] o Muciano, el prototipo del partido flaviano, no tendrían otra alternativa que matar a Vitelio. César no perdonó a Pompeyo ni Augusto a Antonio[371]. Lo mismo sucedería ahora, a no ser que Vespasiano tuviera miras más altas, él, que fue cliente de un Vitelio, cuando ese Vitelio era colega de Claudio[372]. Al contrario, para hacer honor a la [4] censura de su padre[373], a los tres consulados y a tantos altos cargos de la familia, debía armarse de valor[374] aunque fuera a la desesperada. Las tropas se mantenían leales y quedaba todavía el apoyo del pueblo, y, en fin, no les ocurriría nada peor que a lo que se estaban precipitando por propia voluntad. Si eran vencidos, debían morir; si se entregaban, debían morir. Pero había una sola diferencia: si exhalarían su último aliento en medio de burlas e ignominias o con valor.

67. Vitelio hacía oídos sordos a planes audaces. Su ánimo se mostraba angustiado por la pena y preocupación de que, si se obstinaba en un enfrentamiento armado, dejaría a su esposa[375] e hijos ante un vencedor menos dispuesto al perdón. Tenía también una madre agobiada por los años[376], aunque, con su oportuna muerte unos pocos días antes, se anticipó a la ruina de la familia, pues nada obtuvo del reinado de su hijo [2] sino pesar y buena reputación. El 18 de diciembre, tras enterarse de la defección de la legión y las cohortes que se habían rendido en Narnia, salió de palacio vestido de negro y rodeado de su entristecida servidumbre; su hijo pequeño era llevado en su propia litera[377] como si fuera a un cortejo fúnebre. Los saludos del pueblo eran halagadores y fuera de lugar, mientras que los soldados guardaban un silencio amenazador.

68. Y no había nadie tan indiferente a la suerte humana que no se conmoviera con aquella escena: un emperador romano y poco antes señor del mundo abandonaba la sede de su poder imperial y se encaminaba a través del pueblo y de la capital a abdicar del imperio. Nada igual se había visto ni oído antes[378]. Una muerte por sorpresa había acabado con el dictador César, un complot secreto con Gayo, la noche y la soledad del campo habían ocultado la huida de Nerón, mientras que Pisón y Galba habían caído, por decirlo así, en el campo de batalla[379]. La abdicación de Vitelio[380] tuvo lugar en una asamblea [2] convocada por él, en medio de sus propios soldados y a la vista incluso de las mujeres. Pronunció un discurso breve y acorde con la tristeza de la ocasión, diciendo que él renunciaba por la paz y por el bien de la república, solamente les pedía que le recordaran y que tuvieran piedad de su hermano, de su esposa y de la edad inocente de sus hijos. Al mismo tiempo, tomó en brazos a su hijo encomendándolo unas veces a algunos en particular, otras veces a todos en general. Finalmente, cuando las lágrimas le impedían hablar, sacó un puñal de su costado, símbolo de su derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, y se lo ofreció al cónsul que estaba a su lado, Cecilio Símplice[381]. Al negarse este y ante las protestas de [3] quienes asistían a la asamblea, se marchó con la intención de depositar las insignias del imperio en el templo de la Concordia[382] y dirigirse luego a casa de su hermano. En ese momento se redoblaron los gritos de quienes se oponían a que se marchara a una casa privada invitándole a que fuera al palacio imperial. Se bloquearon todos los demás caminos, quedando únicamente libre el que llevaba a la vía Sacra[383]. Entonces, sin saber qué hacer, regresó al palacio imperial.

69. Ya se había adelantado el rumor[384] de que Vitelio había abdicado del imperio, y Flavio Sabino había dado a los tribunos de las cohortes órdenes escritas para que mantuvieran a los soldados en estado de alerta. Así pues, contando con que todo el

Estado había caído en manos de Vespasiano, los líderes del Senado y la totalidad de los soldados de la ciudad y el cuerpo de vigilancia llenaron la casa de Flavio Sabino[385]. Allí se recibieron noticias de las simpatías del pueblo hacia Vitelio y de [2] las amenazas de las cohortes procedentes de Germania[386]. Pero ya Sabino había ido demasiado lejos como para poder echarse atrás. Movidos cada cual por su propio miedo, no fuera a ser que los vitelianos les atacaran estando dispersos y por ello menos fuertes, le incitaban al verlo vacilar a tomar las armas. Y, como sucede en situaciones similares, todos daban consejos, pero pocos asumían riesgos. En los alrededores del lago Fundano[387], al bajar de la colina la escolta armada que acompañaba a Sabino, les salieron al paso los partidarios más decididos de Vitelio. Se produjo allí una pequeña escaramuza en medio de un altercado inesperado, pero resultó favorable a los vitelianos. Sabino, en una situación de emergencia, tomó la decisión [3] más segura en aquellos momentos y ocupó la ciudadela del Capitolio con una fuerza mixta de soldados y algunos senadores y caballeros, cuyos nombres no son fáciles de identificar, porque después de la victoria de Vespasiano mucha gente pretendió arrogarse ese mérito para la causa. Incluso hubo mujeres que afrontaron el asedio, entre las que destacó Verulana Gratila[388], quien siguió más la llamada de la guerra que la de sus hijos[389] y allegados. Las tropas vitelianas cercaron a los [4] sitiados con una guardia relajada, y por esa razón, entrada la noche, Sabino hizo llegar al Capitolio a sus propios hijos y a Domiciano, el hijo de su hermano. Envió también un mensajero por un sector desguarnecido a los generales flavianos para informarles de que se encontraban sitiados y de su apurada situación si no acudían en su ayuda. En realidad, la noche estaba tan tranquila que Sabino pudo haberse marchado sin sufrir daño alguno. En efecto, los soldados de Vitelio, valientes frente al peligro, eran poco inclinados al sacrificio de las guardias de noche, y, además, de repente descargó una lluvia de invierno que impedía ver y oír bien.

70. Al amanecer[390] y antes de que uno y otro bando rompieran las hostilidades, Sabino envió a uno de los primeros centuriones, Cornelio Marcial[391], a Vitelio con el encargo de quejarse de que no se había respetado lo pactado. Sin duda, se quejaba, el acto de abdicación del imperio había sido una simulación y simple apariencia para engañar a tantas personas distinguidas. ¿Por qué, pues, se había dirigido Vitelio desde los Rostros hasta la casa de su hermano, situada sobre el Foro y que atraería las miradas de la gente, y no al Aventino y a la casa de su esposa? Eso era lo que cuadraba a un particular que quisiera evitar toda [2] apariencia de ser emperador. Por el contrario, Vitelio había regresado al Palacio imperial, la ciudadela misma del imperio; desde allí había enviado una columna armada que había sembrado de cadáveres inocentes la parte más concurrida de Roma sin respetar siquiera el Capitolio. Después de todo, él, Sabino,

era un simple ciudadano y un senador más. Mientras la disputa entre Vespasiano y Vitelio se dirimía en choques entre legiones, tomas de ciudades y rendiciones de cohortes, y en tanto que las Hispanias, las Germanias y Britania le abandonaban, él, el hermano de Vespasiano, se había mantenido leal, hasta que [3] Vitelio tomó la iniciativa de invitarle a negociar. La paz y la concordia son útiles para los vencidos, para los vencedores simplemente son hermosas. Si se arrepentía de los acuerdos alcanzados, no debía apuntar con la espada contra Sabino, a quien había engañado pérfidamente, ni contra el hijo de Vespasiano, apenas un adolescente[392]. ¿Qué ventaja obtendría de la muerte de un solo anciano y un solo joven? Lo que tendría que hacer Vitelio era salir al encuentro de las legiones y luchar allí por la supremacía del poder, lo demás vendría determinado por el resultado de la batalla. A estos reproches Vitelio, lleno de miedo, respondió con pocas palabras para justificarse echando la culpa a los soldados por ímpetu excesivo, cosa que no se podía comparar con su propia mesura. Aconsejó también a Marcial que se marchara a escondidas por un pasadizo secreto del Palacio, no fuera a ser que los soldados[393] pudieran matarle como intermediario de un acuerdo que detestaban. Vitelio, que no tenía poder ni para mandar ni para prohibir, ya no era un emperador, sino simplemente la causa de una guerra.

71. Apenas había regresado Marcial al Capitolio[394] cuando aparecieron soldados enfurecidos sin jefe alguno y actuando cada cual por su cuenta. Moviéndose las columnas con rapidez rodearon el Foro y los templos que se levantan sobre él y desplegaron la formación por la colina de enfrente hasta las primeras puertas de la ciudadela capitolina. Había desde antiguo unos pórticos a mano derecha de la Cuesta Capitolina según se ascendía. Los defensores se subieron a los tejados de los pórticos y arrojaban piedras y tejas contra los vitelianos. Estos no tenían en sus [2] manos armas excepto las espadas y pensaron que llevaría mucho tiempo hacer traer catapultas y proyectiles. Arrojaron antorchas contra un pórtico que sobresalía y avanzaban detrás del fuego. Y habrían entrado por las puertas carbonizadas del Capitolio, si Sabino[395] no hubiera derribado por doquier las estatuas, ornamento de la gloria de nuestros antepasados, y las hubiera apilado en la misma entrada a modo de una muralla. Entonces los asaltantes [3] invadieron las dos entradas opuestas del Capitolio, una cerca del bosque del Asilo[396] y otra por los cien escalones que conducen a la roca Tarpeya[397]. Ambos ataques resultaron imprevistos, pero el del Asilo fue más cercano y violento. Tampoco podían impedir que los enemigos treparan por los edificios colindantes, los cuales, construidos en altura durante largos períodos de paz, [4] igualaban el suelo del Capitolio. En este punto se duda[398] si fueron los atacantes los que prendieron fuego a las casas o si fueron los sitiados —es la versión más extendida— en su intento por detener el avance

de los asaltantes. Desde allí el fuego se extendió a los pórticos colindantes con los templos, luego las águilas de vieja madera[399] que sostenían la cubierta atrajeron y alimentaron las llamas. De esta forma, el Capitolio con las puertas cerradas ardió sin que nadie lo defendiera y nadie lo saqueara.

72. Este fue el desastre más lamentable y vergonzoso que sufrió el Estado del pueblo romano desde la fundación de Roma[400]. Sin ningún enemigo del exterior, con los dioses propicios —si ello es posible con nuestra conducta—, la sede de Júpiter Óptimo Máximo, fundada por nuestros antepasados como garantía del imperio, a la que no habían podido mancillar ni Porsena[401] cuando capituló la ciudad, ni los galos tras conquistarla[402], la ha destruido la locura de los emperadores. También antes había ardido el Capitolio en una guerra civil, pero fue el crimen de un particular[403]. Sin embargo, en esta ocasión fue asediado a la vista de todos, a la vista de todos fue incendiado, y ¿por qué motivos militares?, ¿qué compensación había para un desastre tan grande? El Capitolio sin duda se mantuvo en pie todo el tiempo que hemos luchado por la patria. El rey Tarquinio [2] Prisco lo había dedicado como ofrenda en la guerra contra los sabinos y había echado sus cimientos más con la esperanza de una futura grandeza que por lo que ofrecían los hasta entonces humildes recursos del pueblo romano. Lo construyeron más tarde Servio Tulio con la ayuda entusiasta de los aliados y después Tarquinio el Soberbio con los despojos de los enemigos en la captura de Suessa Pometia[404]. Pero la gloria de aquella obra estaba reservada a la libertad republicana. Después de la expulsión de los reyes, Horacio Pulvilo, cónsul por segunda vez[405], lo inauguró con tal magnificencia que en adelante las inmensas riquezas del pueblo romano servirían más para decorarlo que para ampliarlo[406]. Fue reconstruido en el mismo sitio después de que [3] al cabo de 415 años[407] ardiera durante el consulado de L. Escipión y G. Norbano. El victorioso Sila se encargó de la tarea[408], pero no llegó a inaugurarlo: esto fue lo único que se le negó a su buena estrella[409]. El nombre de Lutacio Cátulo[410] permaneció entre las grandes obras de los Césares hasta Vitelio. Ese era el templo que entonces estaba siendo reducido a cenizas.

73. El incendio provocó, sin embargo, más pavor a los sitiados que a los sitiadores. En efecto, los soldados vitelianos no carecían ni de astucia ni de determinación ante el peligro, mientras que en el bando opuesto temblaban de miedo y su jefe, paralizado y como si estuviera hipnotizado, era incapaz de hablar o de oír, no seguía los planes de otros ni ponía en práctica los suyos, iba de aquí para allá ante el griterío de los enemigos, prohibiendo lo que había ordenado y ordenando los que había prohibido[411]. Como

sucede en las situaciones desesperadas, todos daban instrucciones y nadie las seguía. Al final, tiraron las armas y empezaron a buscar la huida y la manera de ocultarse [2] de sus enemigos. Irrumpieron los vitelianos, creando toda una gran confusión de sangre, hierro y llamas. Unos pocos soldados profesionales, entre los que destacaban especialmente Cornelio Marcial[412], Emilio Pacense, Casperio Nigro y Didio Esceva, se atrevieron a luchar y fueron degollados. Rodean a Flavio Sabino, desarmado y sin siquiera atreverse a huir, y al cónsul Quincio Ático[413], que atrajo la atención por las pocas trazas de su cargo y por su propia vanidad, pues había publicado ante el pueblo unos edictos ensalzando a Vespasiano e insultando a Vitelio. Los demás se escabulleron por medio de las más variadas [3] peripecias: unos se vistieron como esclavos, a otros los protegió la lealtad de sus clientes y se ocultaron entre los bagajes. Hubo quienes se enteraron del santo y seña, con que vitelianos se reconocían entre ellos, y entonces solicitándolo o dándolo encontraron un refugio en su osadía.

74. Domiciano[414], que en el primer ataque se había ocultado en la casa del guardián del templo, gracias a la astucia de un liberto se mezcló con un grupo de devotos vestido con un atuendo de lino[415] y, sin ser reconocido, se ocultó en la casa de Cornelio Primo, un cliente de su padre, cerca del Velabro[416]. Cuando Vespasiano llegó al poder, Domiciano derribó el cobertizo del guardián del templo y puso una pequeña capilla en honor de Júpiter Salvador con un altar de mármol grabado con la representación de sus aventuras. Más tarde, cuando consiguió el poder imperial[417], consagró un enorme templo en honor de Júpiter [2] Custodio con una efigie suya en los brazos del dios. Sabino y Ático, cargados de cadenas, fueron llevados a presencia de Vitelio, quien los recibió con palabras y gestos en absoluto hostiles, mientras clamaban quienes exigían su ejecución y el pago por los servicios prestados. Tras originarse el griterío entre los más cercanos, la escoria de la plebe reclamaba la ejecución de Sabino mezclando las amenazas con la adulación. Vitelio, de pie ante las gradas de Palacio y predispuesto al perdón, fue obligado a desistir de sus propósitos. Entonces, apuñalaron, mutilaron y decapitaron el cuerpo de Sabino y lo arrastraron hasta las escaleras Gemonias[418].

75. Este fue el final de un hombre nada despreciable[419]. Había prestado sus servicios al Estado durante treinta y cinco años, distinguiéndose tanto en la vida civil como en la militar. Su honradez y sentido de la justicia estaban fuera de toda duda. Hablaba demasiado: ese fue el único defecto que pudieron achacarle los murmuradores en los siete años de gobierno en Mesia[420] y en los doce que fue prefecto de la ciudad[421]. Al final de su vida, unos lo consideraron falto de energía, pero muchos moderado y

preocupado por salvar la vida de los ciudadanos. Desde luego, todo el mundo sostenía que antes del principado de Vespasiano la reputación de la familia residía en Sabino. Sabemos [2] que Muciano se había alegrado de su muerte. La mayoría mantenía que también la paz salió beneficiada, pues se acabó la rivalidad entre dos hombres, uno de los cuales se tenía por hermano del emperador y el otro se creía colega del imperio. Con [3] todo, Vitelio resistió la presión del pueblo que reclamaba el castigo del cónsul. Se sentía aliviado y quería, por así decirlo, corresponderle, pues Ático se había declarado culpable cuando al pueblo se le preguntó quién había incendiado el Capitolio. Con su confesión, a menos que se tratara de una mentira apropiada para la ocasión, había reconocido, al parecer, la odiosa acusación y exonerado al bando de Vitelio.

Conquista de Roma por los flavianos

76. Durante estos mismos días L. Vitelio acampó junto a Feronia[422] y amenazó con la destrucción de Tarracina, donde se habían encerrado los gladiadores y marineros que no se atrevían a salir de las murallas y exponerse en campo abierto. Como recordamos más arriba[423], Juliano estaba al frente de los gladiadores y Apolinar de los marineros, pero por su lascivia e indolencia se parecían más a bandoleros que a oficiales. No hacían guardias, no reforzaban [2] las partes débiles de las murallas. Se mostraban relajados de día y de noche, llenaban con su jolgorio los lugares de diversión de la costa, los soldados estaban esparcidos al servicio de sus placeres, mientras de la guerra solamente hablaban en los banquetes. Unos pocos días antes se había marchado Apinio Tirón[424], quien, al recaudar de mala manera por los municipios dinero y regalos, ganaba para la causa más odio que apoyo.

77. Entretanto, un esclavo de Vergilio Capitón[425] se pasó a L. Vitelio y le prometió que, si pudiera disponer de una fuerza armada, conquistaría la ciudadela que estaba indefensa[426]. Entrada la noche, situó a unas cohortes ligeras en las cimas de las colinas sobre las cabezas de los enemigos. Desde tal posición los soldados se lanzaron a la carrera más para una masacre que para un combate. Abatieron a enemigos inermes o cogiendo las armas, y a algunos recién salidos del sueño, en una situación en la que se sentían aturdidos por la oscuridad, el pánico, el sonido [2] de las trompetas y el griterío del enemigo. Unos pocos gladiadores ofrecieron resistencia y cayeron no sin vender caras sus vidas. Los demás se lanzaron precipitadamente hacia las naves, donde todo estaba envuelto en la misma confusión, mezclándose con los hombres del pueblo, a los que los vitelianos degollaban sin hacer distingo alguno. Seis galeras consiguieron escapar en el primer alboroto y a bordo iba el comandante de la flota Apolinar; las demás fueron

apresadas en la orilla o el mar se las tragó hundidas por el peso excesivo de quienes precipitadamente [3] se embarcaron en ellas. Juliano fue conducido ante L. Vitelio y, tras ser azotado de manera infamante, fue degollado ante sus ojos. Hay quienes criticaron a Triaria[427], esposa de L. Vitelio, por ceñirse la espada de los soldados y comportarse con soberbia y crueldad en la luctuosa masacre que siguió a la conquista de Tarracina[428]. Vitelio mismo envió a su hermano una carta laureada[429] preguntándole si ordenaba que regresara de inmediato o que continuara hasta el sometimiento de Campania. Tal hecho resultó providencial no solo para el partido de [4] Vespasiano, sino para el Estado. En efecto, si aquellos soldados recién salidos de una victoria y, además de su natural tenacidad, crueles en el éxito se hubieran dirigido a Roma, se hubiera producido un enfrentamiento nada pequeño que hubiera supuesto la destrucción de la ciudad. Lo cierto era que L. Vitelio, aunque infame, tenía iniciativa y sacaba fuerzas no de las virtudes, como los buenos, sino de los defectos, como los peores.

78. Mientras estos acontecimientos sucedían en el bando de Vitelio[430], el ejército de Vespasiano que había salido de Narnia[431] celebraba ocioso el festival de los Saturnales en Ocrículo[432]. El motivo de tan dañina demora era que estaban esperando a Muciano. No faltaron quienes lanzaron sospechas contra Antonio, alegando que se retrasaba con un propósito engañoso después de recibir una carta secreta de Vitelio, en la que se le ofrecía como premio de su traición el consulado, el matrimonio [2] con su hija[433] y una rica dote. Otros han mantenido que todo esto fue un invento para agradar a Muciano. Algunos pensaban que todos los generales tomaron la decisión de amenazar con la guerra antes que llevarla a Roma, dado que las cohortes más fuertes habían abandonado a Vitelio y parecía que, al verse privado de todas las defensas, su abdicación sería inminente. Pero todo se había estropeado, decían, por las prisas y posterior cobardía de Sabino, quien, después de tomar temerariamente las armas, había sido incapaz de defender frente a tres cohortes la ciudadela del Capitolio, perfectamente defendida e inexpugnable [3] incluso para grandes ejércitos. No es fácil echar a uno solo la culpa que fue de todos. En efecto, Muciano retrasaba a los vencedores con sus cartas ambiguas, mientras Antonio, con su complacencia a destiempo, se ganaba la condena con el hecho mismo de dirigir las críticas hacia otro[434]; y los demás generales, al dar la guerra por terminada, hicieron que su final fuera sonado. Ni siquiera Petilio Cerial, enviado por delante con mil jinetes, con el objetivo de acortar camino por la comarca Sabina y entrar en Roma por la vía Salaria[435], se había dado mucha prisa, hasta que la noticia del asedio del Capitolio los despertó a todos de golpe.

79. Antonio llegó por la vía Flaminia a Rocas Rojas[436] ya muy avanzada la noche, pero la ayuda fue tardía. Allí se enteró de la muerte de Sabino, del incendio del Capitolio, del pánico en Roma y de que todo eran desgracias. Se le informó también de que la plebe y los esclavos estaban siendo armados para defender a Vitelio. Además, el enfrentamiento ecuestre fue adverso para Petilio Cerial, pues, al avanzar desprevenido y como si se lanzara contra enemigos vencidos, los vitelianos lo recibieron con fuerzas conjuntas de caballería e infantería. Se luchó no [2] lejos de Roma entre edificios, jardines y recovecos de los caminos[437], los cuales, familiares a los vitelianos y extraños a sus enemigos, provocaron el miedo entre estos. Tampoco toda la caballería actuaba al unísono, pues se habían agregado algunos que se habían rendido hacía poco en Narnia y andaban especulando sobre las posibilidades de cada bando. Fue capturado el comandante del escuadrón Julio Flaviano, mientras que los demás se dispersaron en una vergonzosa huida, aunque los vencedores no les siguieron más allá de Fidenas[438].

80. Aquel éxito redobló el entusiasmo del pueblo. La plebe de Roma tomó las armas. Unos pocos se hicieron con escudos, los más cogieron cualquier arma que podían encontrar y reclamaban la señal de ataque. Vitelio les dio las gracias y les ordenó que corrieran a defender Roma. Más tarde, se convocó al Senado[439] y se eligió una delegación[440] para verse con los ejércitos flavianos con la finalidad de proponerles la concordia y la paz en [2] interés del Estado. Diversa fue la suerte de los legados. Los que se acercaron a Petilio Cerial corrieron un peligro extremo, porque los soldados rechazaban las condiciones de paz. Hirieron al pretor Aruleno Rústico[441]. Generó una mayor repulsa la propia dignidad de este hombre, más allá de que se hubiera violado su rango de embajador y pretor. Sus acompañantes fueron zarandeados, se mató al lictor que estaba más cerca por atreverse a apartar a la multitud y, si no hubiera sido porque Cerial les puso una escolta para defenderlos, la locura de la guerra civil hubiera llegado a mancillar hasta la muerte, ante las mismas murallas de la patria, el derecho de los embajadores, sagrado incluso entre los pueblos extranjeros. Con ánimos más tranquilos fueron recibidos los delegados que se presentaron ante Antonio[442], no porque los soldados fueran más disciplinados, sino porque el general tenía más autoridad.

81. Entre los delegados se encontraba Musonio Rufo[443], de la clase ecuestre, hombre dedicado al estudio de la filosofía y de las doctrinas estoicas. Mezclado con la tropa intentaba aconsejar a hombres armados disertando sobre las bondades de la paz y los peligros de la guerra. Ello provocó la burla en muchos y el aburrimiento en los más. Y no faltaron quienes estaban dispuestos a empujarle y pisotearle, si no hubiera sido porque, a instancias de los más moderados y las amenazas del resto, dejó de lado su

inoportuna sabiduría. También les salieron [2] al encuentro las vírgenes Vestales con una carta de Vitelio dirigida a Antonio. Solicitaba un día de tregua para la batalla final, pues, si aceptaban un retraso, todo se arreglaría más fácilmente. Las vírgenes fueron despedidas con los honores debidos. Se respondió a Vitelio que con el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio se habían roto las negociaciones usuales en la guerra.

82. Con todo, Antonio intentó calmar a las legiones[444], convocándolas a una asamblea para persuadirles de que acamparan junto al puente Mulvio[445] para entrar al día siguiente en Roma. El motivo de la demora fue el miedo a que los soldados, enardecidos por la batalla, no tuvieran consideración ni con el pueblo ni con el Senado y ni siquiera con los templos y santuarios de los dioses. Pero los soldados desconfiaban de cualquier aplazamiento como contrario a la victoria. Además, los estandartes relucientes por las colinas[446], aunque les siguieran civiles sin idea de la guerra, daban la impresión de un ejército enemigo. [2] Las fuerzas flavianas avanzaron en tres columnas. Una, según estaba, avanzó por la vía Flaminia, una segunda marchó a lo largo de la orilla del Tíber, mientras que la tercera se acercaba a la Puerta Colina por la vía Salaria[447]. La plebe fue puesta en fuga con una carga de la caballería. Los soldados vitelianos les salieron al encuentro, también ellos mismos en tres columnas. Los combates delante de la ciudad fueron muchos y de suerte varia, pero fueron las más de las veces favorables a los flavianos [3] superiores por la prudencia de sus jefes. Las únicas tropes que se vieron en apuros fueron las que se habían desviado hacia la parte izquierda de la ciudad junto a los Jardines de Salustio[448] por calles estrechas y resbaladizas. Los vitelianos, encaramados a los muros de los jardines, bloquearon con piedras y lanzas la subida de los atacantes hasta entrada la tarde, cuando quedaron rodeados por la caballería que había irrumpido por la Puerta Colina[449]. Columnas enemigas se enfrentaron también en el Campo de Marte[450]. A favor de los flavianos jugaba la fortuna y la victoria tantas veces lograda, mientras que los vitelianos lanzaban ataques solo por la desesperación y, aunque derrotados, volvían a formarse dentro de la ciudad.

83. El pueblo asistía a la lucha como si estuviera en los combates del circo, animando a unos y a otros en medio de griteríos y aplausos. Cada vez que un bando cedía, a los que se escondían en las tiendas o se habían refugiado en alguna casa exigían que los sacaran a la calle y los degollaran, apoderándose de la mayor parte del botín, pues los soldados, absorbidos en la sangre [2] y las matanzas, cedían los despojos al vulgo. Toda la ciudad presentaba una cara cruel y desfigurada[451]: en un sitio, combates y heridas; en otro, baños y tabernas; juntos sangre y pilas de cadáveres, al lado prostitutas y libertinos. Se ofrecían todas las pasiones de un ocio entregado a los vicios, todos los

crímenes típicos de un saqueo sin piedad, hasta el punto de que se podría pensar que la misma ciudad se había sumido en la locura y la disipación. Es cierto que antes también se habían enfrentado en [3] Roma ejércitos armados, con la victoria de Lucio Sila en dos ocasiones y de Cinna en una[452], y con no menos crueldad. Pero ahora reinaba una despreocupación inhumana sin que las diversiones[453] se interrumpiesen ni siquiera un instante. Y, como si esto no fuera más que un entretenimiento añadido a unos días de fiesta, la gente se regodeaba y disfrutaba sin preocuparse en absoluto por ninguno de los dos bandos y encantada con las desgracias del Estado.

Final de Vitelio

84. La mayor dificultad estuvo en el asalto del campamento pretoriano[454], donde resistían los vitelianos más decididos como su última esperanza. Esto espoleó a los vencedores, poniendo un especial empeño las antiguas cohortes[455]. Emplearon al mismo tiempo toda la maquinaria que se había inventado para la destrucción de las ciudades más fuertes: tortugas, catapultas, terraplenes y teas ardiendo, e iban gritando que todo el sufrimiento y peligro que habían soportado en tantas batallas lo [2] iban a coronar con esta operación. Roma, decían, había sido devuelta a Senado y al pueblo romano y los templos a los dioses. El honor del soldado estaba en su campamento: esa era su patria, ese su hogar. Si no lo recuperaban rápidamente, tendrían que pasar la noche en armas. Por su parte, los Vitelianos, aunque desiguales en número y suerte, dificultaban la victoria, retrasaban la paz, profanaban con sangre casas y altares, agarrándose al último consuelo que se deja a los vencidos. [3] Muchos, medio muertos, expiraron sobre las torres y baluartes de las murallas. Cuando las puertas se vinieron abajo, los supervivientes formaron un grupo compacto y cargaron contra los vencedores. Todos cayeron heridos de frente y vueltos hacia el enemigo[456]: tal fue la preocupación que tuvieron, incluso en el momento de la muerte, por un final glorioso. [4] Tras la captura de Roma, Vitelio fue trasladado en una litera a la casa de su esposa[457] en el Aventino por la parte trasera del Palacio, con la idea de que, si lograba pasar el día escondido, pudiera huir a Tarracina junto a las cohortes y su hermano. Luego, debido a su carácter veleidoso y a que al que recela de todo le desagradan especialmente los sucesos del momento, como ocurre en las situaciones de pánico, regresó a Palacio, enorme y desierto, pues incluso se habían escabullido los esclavos más humildes o rehuían encontrarse con él. Le aterraban la soledad y el silencio del lugar[458]. Intentaba abrir puertas cerradas: el vacío le producía horror. Cansado de su triste vagar, se ocultó en un vergonzoso escondite[459], del que le sacó a rastras el tribuno de la cohorte Julio Plácido. Le ataron las manos detrás de la espalda y lo condujeron [5] con la ropa desgarrada ofreciendo un espectáculo

lamentable. Muchos lo increpaban y nadie lloraba por él. Su repugnante final había acabado con la compasión. Uno de sus soldados de Germania salió al paso de Vitelio asestándole un golpe lleno de ira, aunque no se está seguro si fue para librarle cuanto antes de las burlas[460] o si su objetivo había sido el tribuno. De todas formas, cortó una oreja al tribuno e inmediatamente cayó acribillado a puñaladas[461].

85. A punta de espada se obligó a Vitelio ya a levantar la cara y exponerla a las burlas, ya a contemplar el derribo de sus propias estatuas y, especialmente, los Rostros[462] y el lugar del asesinato de Galba[463]. Finalmente, lo empujaron hasta las escaleras Gemonias[464], donde yacía el cuerpo de Flavio Sabino. Se le oyó una frase de un espíritu no innoble, cuando a un tribuno que lo insultaba, le respondió que pese a todo él había sido su emperador[465]. Entonces cayó bajo una lluvia de golpes[466]. Y el pueblo se ensañó con el muerto con la misma vileza con que lo había apoyado en vida[467].

86. Vitelio era originario de Luceria[468]. Tenía 57 años de edad[469]. Había alcanzado el consulado, sacerdocios[470], un nombre y una posición entre los mejores, pero todo lo había conseguido gracias al prestigio de su padre y sin el menor esfuerzo por su parte. Le entregaron el consulado quienes no lo conocían de verdad. Pocos lograron el favor del ejército con buenas acciones como él lo hizo a través de la cobardía. Sin embargo, tenía sencillez y generosidad, cualidades que pueden abocar a la destrucción, si no se practican con mesura. Y como pensaba que la amistad se asegura por el tamaño de los regalos y no por la firmeza del carácter, obtuvo en la vida más de lo que consiguió. No hay duda de que interesaba al Estado la derrota de Vitelio, pero no pueden hacer virtud de su traición quienes le entregaron a Vespasiano después de haber abandonado a Galba[471]. El día se precipitaba a su ocaso[472] y, debido al pánico de [3] magistrados y senadores, quienes se habían escabullido de la ciudad o se estaban ocultando por las casas de sus clientes, fue imposible convocar al Senado. Domiciano, cuando nada había que temer del enemigo, se presentó ante los líderes flavianos y fue saludado con el título de César[473]. Tropas numerosas, tal como estaban en armas, lo escoltaron hasta el hogar de sus antepasados.

[1] Antonio Primo, Cornelio Fusco, Vedio Áquila, Tampio Flaviano y Arrio Varo.

[2] Cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 250.

[3] Sería finales de agosto del año 69. Petovio era la actual Ptuj (en alemán Pettau), ciudad de Eslovenia. Estaba situada a medio camino entre Carnuntum y Burnum y entre Aquileya y Viminacium; cf. H. HEUBNER, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band III*, Heidelberg, 1972, págs. 9-13; K. WELLESLEY, *Cornelius Tacitus, The Histories, book III*, Sidney University Press, 1972, págs. 77 y 234-235.

[4] La legión *XIII Gemina* al mando de Vedio Áquila; cf. II 86, 1.

[5] Los Alpes Julios, cf. II 98, 2; III 8, 1; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 77.

[6] Los destacamentos de Dalmacia y Mesia junto con las fuerzas de Muciano procedentes de Siria; cf. WELLESLEY, *Histories* III, págs. 216-217.

[7] Se trataba de las legiones que, procedentes de Germania, ya se encontraban en Italia: *I Italica, V Alaudae, XXI Rapax* y *XXII Primigenia*.

[8] Cf. II 57, 1; 100, 1; III 22, 2. Eran las legiones *II Augusta, IX Hispana* y *XX Valeria Victrix*; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 14.

[9] En Bedriaco; cf. II 41-45.

[10] Sobre G. Licinio Muciano, cf. I 10, 1; HEUBNER, *Historien* III, págs. 14-15.

[11] Las escuadras del Ponto, Siria y Egipto.

[12] Era comandante de la legión *VII Galbiana*; cf. II 86. Sobre Antonio Primo, léase M. TREU, «M. Antonius Primus in de taciteischen Darstellung», *Würz. Jahrb. Altertumswissenschaft* 3 (1948), 241-262; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 251-252.

[13] Cf. II 93, 1.

[14] Cf. H. HEUBNER, «Männer, Pferde, Waffen», *Gymnasium* 70 (1963), 226-230.

[15] Sus bases se encontraban en Rávena y el cabo Miseno.

[16] Tácito se refiere al mar Adriático; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 17.

[17] Son preguntas retóricas; cf. LAUSBERG, *Elementos de retórica*…, págs. 222-223.

[18] Las legiones de Panonia eran la *VII Galbiana* y la *XIII Gemina*; cf. II 42-44; BASSOLS, *Historias* III, págs. 4-5; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 79; ASH, *The Histories*, pág. 284.

[19] Las legiones *III Gallica, VII Claudia* y *VIII Augusta*.

[20] Vitelio disponía teóricamente de más hombres (legiones *I Italica, V Alaudae, XXI Rapax, XXII Primigenia, I Germanica, IV Macedonica, XV Primigenia, XVI Italica*), pero sus legiones estaban diezmadas, mientras que las de Vespasiano estaban completas; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 253.

[21] Cf. II 41 y II 70 para otra versión.

[22] Se pasa bruscamente del estilo indirecto al directo, como señala BASSOLS, *Historias* III, pág. 5.

[23] Alusión velada a Tampio Flaviano, gobernador de Panonia; cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 6; HELLEGOUARC'H, *Histoires* II-III, págs. 253-254.

[24] Sigo la lectura con una intencionada paronomasia, propuesta por Leopold (*auctor actorque*), a la vista de CICERÓN. *Sest*. 61 (*dux auctor actor rerum illarum fuit*); *Filípicas* II 26 (*etenim si auctoribus ad liberandam patriam desiderarenrur illis actoribus, Brutos ego impellerem*) y NEPOTE, *Ático* III 2 (*hunc enim in omni procuratione rei actorem auctoremque habebant*); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 80. Otros leen *suasor actorque* de Jacob; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 19; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 254.

[25] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 254.

[26] A los consejos de guerra asistían normalmente los comandantes, los legados de las legiones, los tribunos militares y los centuriones de mayor rango; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 30, 1; VI 7, 8. En situaciones especiales se admitían a centuriones de menor rango y a soldados, como en II 81, 3; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 80.

[27] Cf. II 82, 3; 98, 1.

[28] Sobre Cornelio Fusco, cf. II 86, 3. El término *procurator* se usa técnica y políticamente como: a) gobernador de un reino pequeño cliente de Roma o de una región incorporada al imperio como una provincia

imperial (cf. I 11, 2); y b) oficial del tesoro imperial que se encarga de la administración de una provincia senatorial o de los impuestos de una provincia imperial. Estos procuradores o gobernadores pertenecían al orden ecuestre; cf. A. N. SHERWIN-WHITE, «Procurator Augusti», *Papers of the British School at Rome* 15 (1939), 11-26; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 81.

[29] Tampio Flaviano era gobernador de Panonia; cf. II 86, 3; BASSOLS, *Historias* III, págs. 8-9; HEUBNER, *Historien* III, págs. 20-21; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III,* pág. 255.

[30] A favor de Vitelio y en contra de Vespasiano.

[31] Aponio Saturnino era gobernador (*legatus*) de Mesia; cf. I 79, 5; II 85, 2; 96, 1; III 11, 1; HEUBNER, *Historien* III, pág. 22. En Mesia estaban acantonadas las legiones *III Gallica, VII Claudia* y *VIII Augusta.*

[32] La tribu estaba asentada en el bajo Danubio; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 12; WELLESLEY, *Histories III.* pág. 236.

[33] Cf. TÁCITO, *Germania* 38-40. Aquí se alude a los marcomanos y los quados; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 82-83; HEUBNER, *Historien* III, pág. 23; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 255-256; ASH, *The Histories*, págs. 284-285.

[34] Sobre el texto latino, léase a HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III,* pág. 256.

[35] Solo nombrado aquí. Fue gobernador de Recia; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 23.

[36] Sextilio Félix era gobernador (*procurator*) del Noricum; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 256.

[37] El *ala Auriana* tenía su base en Noricum; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 24; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 225.

[38] Es el actual río Inn, que sirve en gran parte como frontera entre Recia y Nórico.

[39] En Cremona (conquistada por Antonio Primo), Narnia y Roma.

[40] Antonio Primo era comandante de la legión *VII Galbiana* en Panonia; cf. II 86, 1-2; *Anales* XIV 40, 2; SUETONIO, *Vitelio* XVIII; HEUBNER, *Historien* III, págs. 24-28. La invasión de Italia se produciría sobre mediados de septiembre.

[41] Cf. Anales XIII 9, 2. Arrio Varo era *primipilus* o centurión de mayor rango de la primera cohorte de la legión *III Gallica* y había servido en Armenia al mando de Corbulón; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 28; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 256-257.

[42] Arrio Varro fue degradado por Muciano al puesto de *praefectus annonae*; cf. IV 68, 1-2; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 83.

[43] Cf. 1146, 3; 85, 1; III 8, 2.

[44] Las ciudades actuales de Oderzo y Altino; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 257.

[45] Cf. III 12.

[46] Son Padua, situada entre Verona y Módena, y Este, localizada sobre la ruta que va de Aquileya a Módena.

[47] En Ateste.

[48] Era el *ala Gallorum Sebosiana* estacionada en Panonia; cf. E. BIRLEY, «*Alae* named after their commanders», *Ancient Society* 9 (1978), 269; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 225.

[49] La actual Legnago (Forum Alieni); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 257-258. El puente fue levantado sobre el río Adige; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 29.

[50] Sobre el texto latino, léase la edición de WELLESLEY, pág. 193; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires III*, pág. 258.

[51] Aparece aquí y en II 44, 1. Se llegó a Padua el 23 de septiembre.

[52] El comandante de un campamento (*praefectus castrorum*) era un oficial con experiencia, que se encargaba del control de los edificios, de la disciplina, de los servicios médicos y del entrenamiento de los soldados; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 84.

[53] Es nombrado por PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VII 11, 3-4; cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 30; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 258.

[54] La metáfora está «inspirada en la acción de tirar de las riendas de los caballos», como apunta BASSOLS,

Historias III, pág. 13.

[55] Cf. J. GAGÉ, «Vespasien et la mémoire de Galba», *Rev. Étud. Anciennn*. 54 (1952), 290-315.

[56] Cf. II 23; I. A. RICHMOND, W. G. HOLFORD, «Roman Verona», *Papers Brit. School Rome* 13 (1935), 290-315; F. SARTORI, «Colonia Augusta Verona Nova Gallienana», *Athenaeum* 42 (1964), 361-372.

[57] La actual Vicenza.

[58] Aulo Cécina Alieno había nacido en Vicetia; cf. I 52, 3; 53, 1; HEUBNER, *Historien* III, págs. 31-32.

[59] Se suponía que las fuerzas de Vitelio pasarían por el Gran San Bernardo y Brenero desde Retia a Italia; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 15; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 85.

[60] Era la primera ciudad de Italia, desde donde partía la vía Claudia; cf. WELLESLEY, *Histoires III*, págs. 85-86.

[61] Egipto, Siria y Asia. En dichas provincias se encontraban ciudades ricas como Éfeso, Esmirna, Pérgamo y otras, que pagaban fuertes tributos a Roma; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 259.

[62] El viaje desde Egipto hasta Roma podía durar desde 53 hasta 73 días; cf. L. CASSON, «Speed under Sail of Ancient Ships», *Trans. Amer. Proc. Assoc*. 82 (1951), 136-148.

[63] Hoy Ostiglia, situada al norte del río Po cerca de Verona; cf. II 100, 3.

[64] Son los Valli Grandi Veronesi, situados a lo largo del curso del río Tártaro, que corre al norte del río Po.

[65] El río Po; cf. K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 207-209. Otros consideran que se trata del río Tartarus; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 260.

[66] Léase II 100, 1. Las dos legiones eran la *VII Galbiana* y la *XIII Gemina* (III 7, l); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 87.

[67] Se trataba de las legiones *VII Claudiana, III Gallica y VIII Augusta*.

[68] Cf. II 99, 2.

[69] Se llamaba *VII Claudia Pia Fidelis* y procedía de Mesia; cf. II 85, 1; III 5, 1.

[70] Vipstano Mesala estaba al mando de la legión, como tribuno, por la muerte del comandante Tetio Juliano; cf. II 85, 3; BASSOLS, *Historias III*, págs. 17-18. Vipstano Mesala escribió también una historia de esta guerra; cf. III 25, 2; 28, 1; IV 42, 1. Es uno de los personajes del *Diálogo de los oradores*. Cf. HEUBNER, *Historien* III, pág. 34; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*. pág. 260.

[71] Las legiones *VII Claudia, VII Galbiana* y *XIII Gemina*.

[72] Alusión a las tropas de Otón, vencidas en la primera batalla de Bedriaco que formaban parte del ejército de Antonio Primo.

[73] Cf. III 2, 3-4.

[74] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 261.

[75] DIÓN CASIO (LXV 10, 3) habla solo de una carta de Antonio Primo; cf. TREU, *Antonius Primus,* págs. 254-255.

[76] Las legiones *III Gallica*, estacionada en Gigen y de la que era comandante Dilio Aponiano (I 79, 5), y *VIII Augusta*, acantonada en Novae (Svištov), a la que mandaba Numisio Lupo como legado del emperador (I 79, 5), procedían del bajo Danubio; cf. HEUBNER, *Historien* III, págs. 35-36; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 261.

[77] Era la *VII Galbiana*, estacionada en Carnuntum (Panonia); cf. I 6, 2.

[78] Cf. II 86, 3; III 3, 4; 4, 1.

[79] Aponio Saturnino, gobernador de Mesia; cf. II 85, 2; III 5, 1.

[80] Recordaban los casos de Mario Celso, salvado por Otón (I 45, 2) y de Julio Burdón por Vitelio (I 58, 2).

[81] El latín *signa et bellorum deos* se puede interpretar o como una variación de *signa et aquilas* (cf. III 21, 2; 31, 3; 50, 1; 52, 1; 60, 1) o como los estandartes que portaban medallones de Júpiter, Marte, Belona, Minerva o la diosa Victoria. Las águilas de las legiones simbolizaban la vida de las mismas legiónes y se guardaban dentro del campamento en un templete (*aedes*); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 38; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 90; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 262.

[82] Cf. I 79, 5.

[83] Cf. II 96, 1 (defección de la legión *III Gallica*).

[84] Sobre Dilio Aponiano, cf. III 10, 1; de Vipstano Mesala, cf. III 9, 3.

[85] Cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 263.

[86] Padua.

[87] Los de Mesia y Panonia. Sus colegas (*legati legionum*) eran Dilio Aponiano (comandante de la legión *III Gallica*), Vipstano Mesala (al frente de la *VII Claudiana*), Numisio Lupo (mandaba la *VIII Augusta*) y Vedio Áquila (al mando de la *XIII Gemina*); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 92.

[88] Tácito continúa ahora con la narración que dejó al final del libro II; cf. HEUBNER, *Historien* III, págs. 40-43.

[89] Cf. II 100, 3; HEUBNER, *Historien* III, pág. 44.

[90] Cf. II 86, 3; III 4, 1.

[91] Seguramente, para guardar las apariencias, como señala BASSOLS, *Historias III*, pág. 25.

[92] La actual Atri. Las naves ligeras por antonomasia eran las *Liburnae* o *Liburnicae naves*, de dos hileras de remos. Su nombre lo tomaron de las naves piratas de Libumia en Histria; Cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 94.

[93] Memmio Rufino, no Vibennio Rufino, era comandante de un regimiento de caballería (*praefectus alae*); cf. *PIR* M 342, 343, 344; K. WELLESLEY «The codex Agricolae», *Class. Review* 19 (1969), 300; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 264-265.

[94] Sobre Hormo, liberto imperial, cf. III 28: IV 39, 1. Vespasiano ya había sido saludado como emperador el 1 de julio del año 69 en Alejandría con los título de César y Augusto: cf. II 80, 1.

[95] La narración de Tácito está ahora en el 18 de octubre del 69.

[96] Léase a JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 636-641; DIÓN CASIO, LXV 10, 3-4; 11, 1.

[97] Las legiones *I Adiutrix y la XIV Gemina*; cf. II 67-68.

[98] En las llanuras de Bedriaco.

[99] Cf. II 86, 1-2.

[100] Las siete legiones que procedían de Germania (*V Alaudae, XXI Rapax, XXII Primigenia, I Germanica, IV Macedonica, XV Primigenia, XVI Gallica*) y la *I Italica* que venía de Lugdunum.

[101] Sobre el texto latino, cf. K. WELLESLEY, «In defence of the Leiden Tacitus», *Rhein. Museum* 110 (1967), 217-220; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 266-267.

[102] La legión *V Alaudae*.

[103] Era el 18 de octubre el 69; cf. DIÓN CASIO, LXIV ll, 1; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», Class. Quarterly 6 (1956), 207-209: WELLESLEY, *Histories* III, pág. 97.

[104] Había sido tribuno militar de la legión *XIII Gemina* y legado de la *III Augusta*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 267.

[105] Sería un puente sobre el río Po; cf. P. TOZZI, «Tacito e la geografia della valle del Po», *Athenaeum* 48 (1970), 126-128; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 267.

[106] Cf. II 100, 1.

[107] Sobre la primera batalla de Bedriaco, léase II 39-45. La segunda batalla y segunda derrota de los vitelianos en Bedriaco tuvo lugar seguramente el 24 o 25 de octubre del año 69; cf. K. WELLESLEY, «Moonshine in Tacitus», *Rhein. Museum* 100 (1957), 244-252; HEUBNER, *Historien* III, págs. 49-59.

[108] Los sucesos habían sido la revuelta, el arresto y la marcha de Cécina.

[109] Cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 98.

[110] Cf. I 7, 1; HEUBNER, *Historien* III, pág. 59.

[111] Las rutas a través de Recia eran Aventicum-Gran San Bernardo hasta Mediolanum, Brigantium-Curia hasta Como, y Brigantium-Abudiacum hasta Verona; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 98.

[112] Unas 40 millas. El texto latino dice *secundis a Verona castris*, es decir, a dos campamentos de Verona, tomado metonímicamente por dos días de marcha, pues los campamentos se levantaban cada tarde después de la marcha diaria a través de la vía Postumia. Cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 30.

[113] El 24 de octubre del 69.

[114] Cf. J. MOLAGER, «Un procédé de style propre à Tacite», *Orpheus* 11 (1964), 25-32.

[115] Sobre Bedriaco y el asedio a Cremona, léase el «Appendix II» en WELLESLEY, *Histories* III, págs. 198-204.

[116] Cf. III 6, 1.

[117] El escuadrón de caballería (*turma*) se componía de unos 40 hombres y el regimiento (*ala*) abarcaba 12 escuadrones o 480 hombres; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 100.

[118] El comienzo del párrafo se inspira en SALUSTIO, *Catilina* LX 4; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 33, 2; HEUBNER, *Historien* III, pág. 62; HELLEGOUARC'H, *Histoires* II-III, pág. 269.

[119] La misión del abanderado (*vexillarius*) no era solo portar el estandarte (*vexillum*) del escuadrón, sino también fijar un punto de resistencia ante el enemigo, como hizo César en Dyrrachium (Durazzo); cf. CÉSAR, *Guerra civil* III 69, 4.

[120] El río Delmona.

[121] Las legiones *XXI Rapax* y la *I Italica*.

[122] Se calcula que habría unos 15 kilómetros entre Bedriaco y Cremona, según WELLESLEY, *Histories* III, pág. 102.

[123] Cf. III 9, 3. Vipstano Mesala estaba al mando de la legión *VII Claudiana*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 270.

[124] Son los comandantes de las cohortes auxiliares (*preaefecti*) y de las legiones (*legati*).

[125] Los calones o «porteadores» eran esclavos que seguían a sus dueños en la guerra para prestarle asistencia; los *lixae* o «cantineros» eran hombres libres que seguían al ejército para vender víveres a los soldados; cf. II 87, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 38.

[126] Cf. H. BARDON, «Tacite, *Hist*. 3.21-24 et Thucydide 7.43-44», *Hommages á M. Nidermann*, Bruselas, 1956, págs. 348-356.

[127] Según WELLESLEY (*Histories* III, pág. 104), se trataría de dos legiones completas (*V Alaudae y XXII Primigenia*) y varios destacamentos (*vaxilla*), lo que harían un total de unas cinco legiones; cf. II 100, 1 y III 22, 2. Según HEUBNER (*Historien III*, pág. 68), las seis legiones serían las siguientes: *I Germanica, IV Macedonica, V Alaudae, XV Primigenia, XVI Gallica y XXIII Primigenia.* El ejército completo estaría formado por las seis legiones citadas más destacamentos (*vexilla*) de las legiones *II Augusta*, *IX Hispana* y *XX Valeria*; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 38; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 271.

[128] Unos 45 kilómetros.

[129] La legión *XIII Gemina*.

[130] Es la vía que va desde Génova hasta Aquileya: Genua-Dertona-Placencia-Cremona-Opitergio-Concordia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 240.

[131] Eran las legiones *VIII Augusta* y *III Gallica*.

[132] Es decir, las cohortes pretorianas de Otón, licenciadas por Vitelio y restablecidas por Vespasiano; cf. II 67, 1.

[133] Cf. III 5, 1.

[134] Era el final del mes de octubre.

[135] Cécina estaba en prisión y Valente no había llegado aún.

[136] Las legiones citadas son: *IV Macedonica, V Alaudae, XV Primigenia, IX Hispana, II Augusta, XX Valeria Victrix, XVI Gallica, XXII Primigenia y I Germanica.*

[137] Las armas y uniformes ayudaban a distinguir a los dos bandos en una batalla excepto en una guerra civil; cf. VIRGILIO, *Geórgicas* I 489; LIVIO, VIII 6, 15; LUCANO, I 6-7; DIÓN CASIO, XLI 58; ASH, *The Histories*, pág. 286.

[138] La legión *VII Galbiana* fue reclutada por Galba en Hispania el 10 de junio del año 68; cf. SUETONIO, *Galba* X 2.

[139] Solo es nombrado aquí; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 70.

[140] Sobre la artillería antigua, cf. VEGECIO, II 25; J. N. WHITEHORN, «The Catapult and the Ballista», *Greece and Rome*, 15 (1946), 49-60; E. W. MARSDEN, *Greek and Roman Artillery: Historical Development*, Oxford, 1969, págs. 174-206.

[141] En realidad, en el códice Mediceo se lee la legión XIV (*quartae decimae legionis ballista*), pero los editores prefieren leer o XV (Heubner) o XVI (Sörbom y Wellesley), lectura que he seguido; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 71; WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», pág. 1.670; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 273.

[142] Cf. DIÓN CASIO, LXV 14, 2.

[143] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.670-l.671; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 274.

[144] Cf. DIÓN CASIO, LXIV 13, 1; K. WELLESLEY, «Moonshine in Tacitus», *Rhein. Museum* 100 (1957), 244-252.

[145] Eran las legiones *VII Gemina* y *XIII Gemina*.

[146] Cf. II 44, 3; 66, 1; 86, 1. Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.671-1.672.

[147] Alusión a la derrota de Bedriaco.

[148] Eran las legiones *VII Claudia, III Gallica y VIII Augusta*. Estas tropas de Mesia fueron las primeras que se adhirieron a Vespasiano en el mes de julio del 69; cf. II 85, 1; P. FABIA, «L'adhésion de l'Illyricum à la cause flavienne», *Rev. Étud. Anciennes* 5 (1903), 329-382.

[149] La legión *III Gallica*.

[150] En el año 36 a. C.; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 73.

[151] En el 63 d. C.; cf. *Anales*, XV 26, 1.

[152] Cf. I 79.

[153] Tácito quiere decir que únicamente un nuevo emperador podía incorporarlos de nuevo a la guardia pretoriana y a su campamento en Roma, de donde fueron expulsados por Vitelio y convertidos en aldeanos. Sobre el significado de *paganus* «civil», cf. E. BICKEL, «Pagani», *Rhein. Museum* 96 (1954), 1-47; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 110.

[154] Habían traicionado a Galba en favor de Otón y habían sido derrotados por los vitelianos en la primera batalla de Cremona.

[155] Cf. CICERÓN, *La naturaleza de los dioses* I 79; HERODIANO, IV 15, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 45.

[156] Así lo entiende WELLESLEY, *Histories III*, págs. 111-112.

[157] Hechos similares se encuentran como motivos expresivos en III 51; cf. [CÉSAR], *De bello Hispaniensi* XXVII 6; SILIO ITÁLICO, IX 66-177; ASH, *The Histories*, págs. 286-287.

[158] Era la legión *XXI Rapax*, con base en Vindonissa en la Germania Superior, pero formada por levas procedentes de Hispania; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 112.

[159] La legión *VII Gemina o Galbiana*.

[160] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 276.

[161] Cf. T. JOSEPH, «*AC rursus nova laborum facies*. Tacitus' Repetition of Virgil's Wars at *Histories* 3.26-34», en J. M. MILLER y A. J. WOODMAN, eds., *Latin Historiography and Poetry in Early Empire: Generic Interactions*, Leiden, 2010, págs. 155-169.

[162] Tácito alude a la campaña entre Otón y los generales vitelianos Valente y Cécina en el mes de abril del 69 durante la primera batalla de Bedriaco; cf. II 22-23 y 30-45.

[163] Desde Bedriaco a Cremona había unas 22 millas o 35 kilómetros.

[164] En este párrafo se alude a las tres posibles formas de actuar el ejército: ataque, retirada o atrincheramiento; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 113.

[165] Es decir, el ataque, conforme a lo que se ha dicho al final del capítulo anterior.

[166] La vía Postumia, que recorre Génova, Piacenza, Verona y Aquileya.

[167] Es decir, la derecha del camino desde el punto de vista de las tropas flavianas; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 114.

[168] Las legiones mencionadas son la *III Gallica*, la *VII Galbiana*, la *VIII Augusta*, la *VII Claudiana* y la *XIII Gemina*.

[169] Es decir, la puerta por donde se iniciaba la carretera a Brixia (Brescia); cf. BASSOLS, *Historias* III, pág. 49.

[170] La tropa que se acercaba a las murallas levantaba sobre sus cabezas los escudos formando una pantalla de metal en forma de tortuga (*testudo*) contra los proyectiles les lanzaban desde las murallas; cf. LIVIO, XLIV 9, 6; relieves de la Columna de Marco Aurelio; VEGECIO, IV 14; BASSOLS, *Historias* III, pág. 49.

[171] Es decir, la esperanza de saquearla y conseguir botín.

[172] Cf. III 9, 3.

[173] Plinio el Viejo (23-79 d. C.) escribió una historia de su tiempo (*A fine Aufidii Bassi libri XXXI*) que incluía el reino de Nerón, en el año 69 y parte del imperio de Vespasiano; cf. *Anales* XIII 20, 2; XV 53, 3-4; PLINIO EL JOVEN, Cartas, III 5, 4; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 7-8. Vipstano Mesala representa la fuente favorable hacia Antonio Primo, mientras que Plinio el Viejo muestra la versión desfavorable, que venía a coincidir con la oficial de los flavios; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 642; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 278.

[174] De Hormo no sabemos nada. El crimen es monstruoso, porque se ordenó el saqueo de Cremona, una ciudad romana y unos ciudadanos romanos.

[175] La imagen se remonta a TUCÍDIDES, III 81, 5 (*pása… idéa… thanátou*) y 98, 3; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 369 (*plurima mortis imago*); OVIDIO, *Metamorfosis* X 726 (*repetitaque mortis imago*); KUNTZ, *Die Sprache des Tacitus…*, págs. 79-80; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 278.

[176] Las legiones *III Gallica* y *VII Gemina*.

[177] Se podría entender o que maniobraban en un ataque combinado apoyándose unos a otros o que rivalizaban en valor; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 116.

[178] Cf. D. BAATZ, «Ein Katapult der Legio IV Macedonica aus Cremona», *Römische Mitteilungen* 87 (1980), 283-299: id., «Recent Finds of Ancient Artillery», *Britannia* 9 (1978), 1-17.

[179] Cf. VEGECIO, III 19, 5.

[180] Entre otros, Plinio el Viejo y Vipstano Mesala.

[181] Cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 81-83.

[182] Se deja muchas veces el término *Romani* para los habitantes de Roma y el de *Italici* para los habitantes de las colonias y municipios de la península Itálica, que eran ya ciudadanos romanos.

[183] Lo mismo habían hecho los espartanos cuando invadieron el Ática en la Guerra del Peloponeso; cf. TUCÍDIDES, II 65, 2; léase también *Historias* I 67, 2.

[184] Las tropas auxiliares.

[185] Eran símbolos de rendición; cf. I 66, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 54; R. ASH, «Waving the White Flag: Surrender Scenes at Livy 9.5-6 and Tacitus *Histories* 3.31 and 4.62», *Greece and Rome* 45 (1998), 27-44.

[186] Era la señal de una rendición sin condiciones; cf. HELLEGOUARC'H, Histoires *II-III*, pág. 279.

[187] La rendición debió de haber tenido lugar no más tarde el 31 de octubre del 69.

[188] Cécina había sido nombrado cónsul para los meses de septiembre y octubre del 69; cf. II 71, 6.

[189] JOSEFO (*La guerra de los judíos* IV 644) asegura que fue bien recibido por Vespasiano.

[190] La legión *XIII Gemina*.

[191] Cf. II 67, 2; 70, 1.

[192] Cf. DIÓN CASIO, LXIV 13, 3.

[193] Se tomó la frase del esclavo o del mismo Antonio Primo como presagio del incendio posterior de Cremona; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 56; HEUBNER, *Historien III*, págs. 87-88; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 122; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 280-281.

[194] Las fuerzas flavianas se componían de cinco legiones y los pretorianos (30.000 hombres) junto a las

tropas auxiliares y extranjeras (15.000 hombres), a las que había que restar las bajas en la batalla (4.500); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 123.

195 Es un ejemplo de *commutatio* o *antimetabolé* («*entrecruzamiento*») del tipo «conviene comer para vivir, no vivir para comer»; cf. II 37, 2; H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1967, III, págs. 219-221. Sobre la descripción del saqueo, léase a SALUSTIO, *Conjuración de Canilina*, LI 9-10; LIVIO, XXI 15. 1, XXIX 17, 15; cf. Introducción, págs. 22-23.

196 Se trata de una divinidad itálica que producía la malaria y a la que se rendía culto en el valle del Po para aplacarla; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 90; WELLESLEY, *Histories III*, pág.233; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 281.

197 Tiberio Sempronio Longo y Publio Cornelio Escipión fueron cónsules desde el 15 de marzo del año 218 hasta el 14 de marzo del año 217 a. C. Cremona fue fundada el 31 de mayo del citado año y fue destruida a finales de octubre del 69, es decir, a los 286 años y cinco meses de su fundación en un cómputo inclusivo; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 124; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 282.

198 Sobre este pasaje, léase a WELLESLEY, *Histories* III, págs. 124-125.

199 Los cartagineses y sus aliados atacaron infructuosamente Cremona en la Segunda Guerra Púnica (LIVIO, XXXI 10 y 21), pero durante el segundo triunvirato (40 a. C.) los veteranos ocuparon su territorio (VIRGILIO, *Bucólicas* I 70-72 y IX 28).

200 Se dirigieron a través de la vía Postumia hacia Verona, la base de los flavianos (III 50, 1); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 126.

201 Las legiones vitelianas *I Italica* y la *V Alaudae* y la flaviana *VII Claudia* fueron enviadas a Mesia. La legión *XXII Primigenia* reemplazó a la *VII Gemina* en el destacamento de *Carnuntum* (Petronell), mientras que la *XXI Rapax* regresó a sus cuarteles de *Vindonissa* (Windisch); cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 126.

202 Léase III 44.

203 El mensaje llegaría al gobernador (sucesor de Junio Bleso, cf. cap. 38) con residencia en Lugdunum; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 283.

204 El mensaje habría llegado a Hordeonio Flaco, gobernador de Germania Superior e Inferior, cuando Vitelio marchó a Italia (II 57, 1). Sobre Alpinio Montano, cf. IV 31, 1; V 19, 3.

205 El trayecto pasaba por Aventicum, Octodurus, Augusta Praetoria o Gran San Bernardo, Curia, Lacus Larius, el valle de Atesis y Tridento hasta la vía Claudia Augusta; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 127.

206 Tácito continúa narrando los hechos que había dejado en II 101. Pasa (la conjunción *at* marca el cambio), por tanto, a ocuparse de los asuntos de Vitelio; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 93-101. Cécina había salido de Roma sobre el 17 de septiembre del 69.

207 Estaba situado en las cercanías de Aricia (la actual Ariccia) en la vía Apia; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 284.

208 Sería sobre el 27 de octubre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 128

209 Aparece aquí y en II 92, 1.

210 Alfeno Varo había sido hasta ahora comandante del campamento viteliano; cf. II 29, 2. En la primera batalla de Bedriaco mandaba las fuerzas batavas; cf. II 43, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 102; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 284.

211 El 30 de octubre.

212 Cf. I 88, 1; HEUBNER, *Historien III*, págs. 102-103.

213 Cf. R. MAYER, «A Lost Allusion Recovered: Tacitus, Histories 3.37.1 and Homer, *Iliad* 19.301-2», *Class. Quarterly* 53 (2003), 313-315.

214 Cécina había sido nombrado cónsul para los meses de septiembre y octubre. Si la noticia de su traición llegó el 29 o el 30, solo quedaba un día de consulado, el 31 de octubre; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 63.

215 Se había, pues, cometido la ilegalidad de no haberse establecido la *abrogatio* o anulación de una magistratura; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 128-129.

216 G. Caninio Rebilo fue nombrado cónsul el último día del año 45 a. C.; cf. CICERÓN, *Cartas a los*

familiares VII 30, 1-2; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 94; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 129; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 285.

217 Sobre Junio Bleso, cf. II 59, 2; N. P. MILLER y P. V. JONES, «Critical Appreciations III: Tacitus *Histories* 3.38-9», *Greece and Rome* 25 (1978), 70-80; E. KEITEL, «Feast Your Eyes on This: Vitellius as a Stock Tyrant (Tac. Hist. 3.36-39)», en J. MARINCOLA, *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Malden, 2007, II, págs. 441-446.

218 Allí había una mansión imperial al sudeste de Roma; cf. SUETONIO, *Nerón* XLVII 1; P. GRIMAL, *Les jardins romains*, París; 1943, págs. 157-159; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 129-130; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 286.

219 De él dice SUETONIO (*Nerón* XXXV 5): «Desterró a Tusco, hijo de su nodriza, porque en su gobierno de Egipto se había bañado en los baños construidos con motivo de su visita»; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 104-105; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 286.

220 Junio Bruto fue uno de los asesinos de Julio César en el año 44 a. C. Marco Antonio se enfrentó a Octavio y fue derrotado en Accio en el año 31 a. C.; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 130-131.

221 Sobre la conducta sádica de Vitelio, cf. II 70, 4; SUETONIO, *Vitelio*, XIV 2; CICERÓN, *Contra Verres* II 5, 65; *Filípicas* XI 8; ASH. *The Histories*, pág. 288.

222 Valente abandonó Roma sobre el 25 de septiembre y se enteró de la rebelión de la flota de Rávena sobre el 15 de octubre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 132.

223 Las legiones *V Alaudae* y *XXII Primigenia*, a quienes mandaba indebidamente Cécina; cf. II 100, 1-2.

224 Serían tres cohortes urbanas con uno de los tres escuadrones de caballería que entraron en Roma con Vitelio (II 89, 1) y el *ala I Flavia Augusta Britannica*; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 109; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 133; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 288.

225 Cf. I 66, 3.

226 Cf. I 47, 1. La certeza de un próximo fin impulsa a los hombres a disfrutar de los placeres con mayor intensidad; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 68.

227 Rímini; cf. K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 209-211; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 288-289.

228 Sería sobre el 27 o 28 de octubre del 69.

229 La ciudad costera de esta provincia era Antípolis, la actual Antibes.

230 Comandante por esa fecha de la flota de Rávena; cf. II 86, 3; III 12, 3.

231 El Portus Herculis Monoeci es la actual Mónaco, situada a unos 22 kilómetros de Niza, la capital de los Alpes Marítimos, una provincia imperial; cf. ESTRABÓN, IV 6, 3; PLINIO, *Historia natural* III 47; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 235. Valente había partido desde la desembocadura del río Arno (*sinus Pisanus*), donde se encontraba la ciudad de Pisa.

232 Parece que había una bahía, hoy desaparecida, con un puerto (*Portus Pisanus*), al sudoeste de la actual Pisa; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 234.

233 Cf. II 12, 3.

234 Los Alpes occidentales estaban divididos en tres zonas: Alpes Peninos, Alpes Cotios y Alpes Marítimos, administrados cada uno por un *procurator*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 289.

235 Valerio Paulino era agente imperial (*procurator*), no gobernador, de la Galia Narbonense; cf. R. SYME, «Some Friends of the Caesars», *Amer. Journ. Philology* 77 (1956), pág. 272; HEUBNER, *Historien III*, pág. 112.

236 Cf. II 67, 2.

237 Fréjus. Sobre el *Forum Iuli Octovanorum colonia* fue fundado por Julio César el año 55 a. C. Su puerto, mejorado por Augusto, era una de las tres bases de la flota romana junto con Miseno y Rávena; cf. MELA, II 77; PLINIO el VIEJO, *Historia natural* III 35; *Anales* IV 5, 1.

238 Las islas d'Hyères en las cercanías de Toulon, sudeste de Francia, forman un grupo de tres islas: Porquerolles, Port-Cros e isla de Levant; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 290.

[239] Cf. I 6, 2; 31, 2-3; 36, 3; II 67, 2; 86, 4.

[240] Las legiones de Hispania eran la *I Adiutrix* (II 67, 2), la *VI Victrix* y la *X Gemina* (II 58, 2); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 137.

[241] Las provincias Lugdunensis, Belgica y Aquitania.

[242] En el año 42 Vespasiano estaba al mando de la legion *II Augusta* en Germania, pasando después a Britania; cf. SUETONIO, *Vespasiano* IV 1; HEUBNER, *Historien III,* pág. 113.

[243] Las legiones *IX Hispana* y *XX Valeria Victrix*; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 137-138.

[244] Cf. II 82, 3 (cartas enviadas por Vespasiano al ejército y sus jefes sobre su proclamación como emperador); III 35, 2 (cartas de Antonio Primo a los mismos sobre la victoria en Cremona).

[245] En la expresión latina (*stimulis accendabatur*) se refleja una doble metáfora que ya aparece en LIVIO, XXI 44, 4 (*accendit praeterea et stimulat animos*); cf. G. B. A. FLETCHER, *Annotations on Tacitus*, Bruselas, 1964, pág. 79.

[246] Sobre su historia, léase a I. A. RICHMOND, «Queen Cartimandua», *Journ. Rom. Stud*. 44 (1954), 43-52; D. BRAUND, «Observations on Cartimandua», *Britannia* 15 (1984), 1-6; S. MITCHELL; «Venutius and Cartimandua», *Liverp. Class. Monthly* 3 (1978), 215-219.

[247] Carataco era rey de los silures, pueblo del sur de Britania; cf. *Agrícola* XI 2; *Anales* XII 33-38; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 292.

[248] Sucedió en el año 51 a. C.; cf. *Anales* XII 33-37; SUETONIO, *Claudio* XVII 1-2; *CIL* VI 920; BASSOLS, *Historias III*, pág. 74; HEUBNER, *Historien III*, pág. 114; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 138-139.

[249] Cf. *Anales* XII 40, 2-3.

[250] Una «antítesis mordaz», como señala BASSOLS (*Historias III*, pág. 75), pues la guerra no terminó hasta el año 71.

[251] La revuelta del batavo Civil se estuvo gestando desde agosto a noviembre del 69; cf. IV 12-37, 54-79 y V 14-26; WELLESLEY, *Histories* III, págs. 139-140.

[252] Especialmente, Hordeonio Flaco y Dilio Vócula; cf. IV 34, 5; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 292.

[253] Las legiones vitelianas en Germania prefirieron desertar antes que apoyar a Vespasiano. Los aliados traidores fueron los batavos, los canninefates, los tréviros y otros pueblos galos; cf. IV 15-16.

[254] Cf. IV 12-37; 54-79; V 14-26.

[255] La actual Rumania. Los dacios se habían rebelado a principios de octubre del año 69 y no fueron vencidos por completo hasta las campañas de Trajano que culminaron en el año 105 d. C.; cf. ASH, *The Histories*, pág. 289.

[256] Cf. I 10, 1.

[257] La legión *VI Ferrata*; cf. II 83, 1.

[258] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 293.

[259] En los años 68-69; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 116; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 293.

[260] Probablemente las legiones *V Alaudae* y *I Italica* fueron enviadas a Mesia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 141.

[261] Polemón II dejó al morir en el año 63 a. C. el reino del Ponto a los romanos; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 77.

[262] La actual Trabson o Trebisonda (Trapezunte) de Turquía, situada sobre el mar Negro.

[263] Según JOSEFO (*La guerra de los judíos* II 367) la flota se componía de 40 barcos.

[264] Cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 118; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 143.

[265] Cf. ESTRABÓN, XI 2, 2; BASSOLS, *Historias III*, pág. 78. La digresión sobre la construcción de botes añade detalles etnográficos muy del gusto de la época; cf. ASH, *The Histories*, pág. 289.

[266] Probablemente, eran fuerzas procedentes de las legiones *IV Scythica* y *XII Fulminata*; cf.

WELLESLEY, *Histories III*, pág. 143.

267 Se trataría de un *primipilus* o centurión de mayor rango; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 118-119.

268 Khopi, río del Cáucaso; cf. PLINIO, *Historia natural* VI 14; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 227.

269 Se trata de una tribu del Cáucaso en la costa este del Ponto Euxino; cf. MELA, I 19; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237.

270 La noticia llegaría a Vespasiano a mediados de noviembre; cf. L. CASSON, «Speed under sail of ancients ships», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 82 (1951), 136-148. Vespasiano fue recibido cordialmente por el gobernador Tiberio Julio Clemente; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 144.

271 Cf. A. HENRICHS, «Vespasian's Visit to Alexandria», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 3 (1968), 51-80; O. MONTEVERDI, «Vespasiano acclamato dagli Alessandrini», *Aegyptus* 61 (1981), 155-170.

272 Italia y Roma dependían del trigo que llegaba de Egipto; cf. III 8, 2; *Anales*, II 59, 3.

273 Tácito vuelve a la narración que había dejado en III 35. La frase resume los acontecimientos narrados en los capítulos 36-48. Cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 120-124.

274 Era el mes de noviembre, el día 9, según WELLESLEY, *Histories III*, pág. 145.

275 Es decir, el grueso de las legiones, representadas metafóricamente por sus enseñas.

276 La legión *XI Claudia Pia Fidelis* tenía sus cuarteles permanentes en Burnum (Dalmacia); cf. II 67, 2.

277 Cf. II 86, 3; *Anales* XII 52; SYME, *Tacitus*, pág. 450, n. 2; W. ECK, «M. Pomponius Silvanus», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 9 (1972), 259-276; HEUBNER, *Historien III*, pág. 126-127.

278 L. Annio Baso fue probablemente gobernador de Damacia y cónsul en el 70; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 226; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 295.

279 «El Templo de la Fortuna» es la actual Fano, en la costa del mar Adriático en la vía Flaminia. Parece que Antonio Primo llegó a Fano sobre el 20 de noviembre.

280 Literalmente significa «dinero para tachuelas» o indemnización para comprar tachuelas para el calzado; Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VIII 3; BASSOLS, *Historias III*, pág. 84; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 147.

281 Serían Fabio Rústico, Plinio el Viejo (III 28, 1), Vipstano Mesala (III 25, 2; 28, 1) y Cluvio Rufo; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 147.

282 Se refiere a la batalla de Cremona.

283 En el año 87 a. C.

284 Era Gneo Pompeyo Estrabón, padre de Pompeyo el Grande; cf. LIVIO, *Periochae* 79; VALERIO MÁXIMO, V 5, 4; HEUBNER, *Historien III*, pág. 128; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 296.

285 Cornelio Sisenna fue un historiador romano del siglo I a. C. (ca. 120-67 a. C.), del que han quedado solo unos fragmentos; cf. ASH, *The Histories*, pág. 290.

286 La exploración estaba justificada por los miedos expresados en III 50, 3. En realidad existían rutas disponibles por Ancona, Ásculo y la vía Salaria o por Ancona, Septémpeda y la vía Flaminia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 148-149.

287 Pompeyo Silvano (III 50, 2), Tampio Flaviano (III 10, 4) y Aponio Saturnino (III 11, 3).

288 Fue senador en el 69, pretor en el 70 y cónsul en el 88; cf. IV 39, 1; 40, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 129; WELLESLEY, *Histories III,* pág. 234; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 297.

289 La legión *VII Claudiana Pia Fidelis*.

290 Las legiones *XIII Gemina* y *VII Galbiana*; cf. II 86, 1.

291 Eran Aponio Saturnino (II 85, 2), Vipstano Mesala (III 9, 3), Dilio Aponiano y Numisio Lupo (III 10. 1); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 297.

292 Sobre el texto latino (*alia, Asiam* o Moesiam), cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 297-298.

293 Estamos a comienzos de noviembre del año 69.

294 Continúa la metáfora médica (situación política = enfermedad); cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 89.

295 Una anécdota similar se cuenta de Otón; cf. SUETONIO, *Otón* X 1; PLUTARCO, *Otón* XV 3; DIÓN CASIO, LXIV 11.

296 La fecha era sobre el 14 de noviembre.

[297] Eran comandantes de la guardia pretoriana; cf. II 92, 1; III 36, 2; 61, 3.

[298] Cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 220.

[299] Es decir, una legión reclutada entre la infantería de marina de la flota de Miseno; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 91; HEUBNER, *Historien III*, pág. 133; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 299.

[300] De 15.000 a 20.000 hombres; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 152.

[301] Las cohortes de Roma estaban compuestas de dos cohortes pretorianas, cuatro urbanas y siete de vigilancia (*vigiles*); cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 91; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 220.

[302] La actual Bevagna, ciudad de Umbría; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233.

[303] Cf. DIÓN CASIO, LXV 16, 1.

[304] Cf. III 57, 1.

[305] Los que formaban el *consilium principis*; cf. *Anales* III 1, 2; VI 21, 3; SUETONIO, *Nerón* XXI 1.

[306] Sobre el 28 de noviembre.

[307] Se relaciona con T. Claudio Faventino, mencionado en una inscripción (CIL 31098); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 300-301. Un soldado podía ser licenciado con honores (*missio honesta*), con ignominia (*missio ignominiosa*) o por baja médica (*missio causaria*); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 154.

[308] El sucesor de L. Baso; cf. II 100, 3. Una inscripción de Miseno (*CIL* X, 3564) menciona a un M. Claudio Apolinar de Alejandría; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 301.

[309] Un desconocido, nombrado otra vez en III 76, 2.

[310] Estaba situada en la frontera del Lacio con Campania, entre Miseno y Tarracina.

[311] La actual Pozzuoli, situada en la bahía de Nápoles. Sobre otras rivalidades entre ciudades, cf. I 65 (Lugduno y Vienna), II 21 (Plasencia y alrededores), Lepcis y Ea (IV 50); ASH, *The Histories*, pág. 290.

[312] Cf. III 76, 1; PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 45.

[313] Es la actual Terracina, ciudad costera al sur del Lacio sobre la vía Apia; fue ocupada a principios de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 155 y 238.

[314] Es decir, la ocupación de Terracina.

[315] La actual Narni, ciudad de Umbría, a orillas del río Nar; cf. MARCIAL, VII 93; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233.

[316] La legión *II Adiutrix*, parte de la caballería y ocho cohortes; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 96. Los prefectos o comandantes de la guardia pretoriana eran Julio Prisco y Alfeno Varo.

[317] Lucio Vitelio partió de Roma el 10 de diciembre del 69.

[318] Sobre el vulgo, cf. Z. YAVETZ, «*Plebs sordida*», *Athenaeum* 43 (1965), 295-311.

[319] Serían los *Comitia tributa* o asamblea de ciudadanos romanos reunidos por tribus; cf. *Anales* III 4, 1; XIV 13, 2; F. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Diccionario de términos del mundo antiguo*, Madrid, 2005, pág. 62.

[320] La leva de esclavos se consideraba una medida peligrosa, pues podían levantarse contra sus señores; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 302.

[321] Cf. I 62, 2; II 62, 2.

[322] Es decir, «el cupo de esclavos y una cantidad de dinero», como se ha dicho más arriba.

[323] Cf. III 55, 3.

[324] Cf. III 56, 2.

[325] Recojo la bella traducción de J. L. CONDE, *Tácito, Historias*, Madrid, 2006, pág. 212.

[326] Cf. II 76, 1; cf. G. B. TOWNEND, «Some Flavian Connections», *Journ. Rom. Studies* 51 (1961), 54-61.

[327] Petilio Cerial pariente de Vespasiano. Fue comandante de la legión *IX Hispana* en Britania (*Anales* XIV 32-3), cónsul en el 70 y 74 y legado en Britania en los años 71-74; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 139; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 157 y 234. Aparece también en los libros IV y V durante las campañas de Germania. Tácito no pinta muy bien a este personaje, fuera porque era un perdedor (cf. *Anales* XIV 32, 3) o bien porque se hubiera dejado influir por su suegro Agrícola que había servido a las órdenes de Cerial en Britania

(*Agrícola* VIII 2-3); cf. A. R. Birley, «Petilius Cerialis and the conquest of Britannia», *Britannia* 4 (1973) 179-190; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 302-303; id., *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 165.

[328] Era hermano de Vespasiano y prefecto de la ciudad en aquel tiempo. Hubo sospechas de que Antonio Primo había dejado a su suerte tanto a Flavio Sabino como a Domiciano.

[329] La actual Casigliano, pequeña ciudad de Umbría; cf. ESTRABÓN, V 2, 10 (227 C).

[330] Las legiones venían de Verona; cf. III 52, 1.

[331] Como Tuder, Mevania, Perusia, Urvinum Hortense, Spoletium, Forum Flaminii; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 158.

[332] En Narnia (Narni).

[333] Allí se encontraban las ciudades de Miseno, Puteoli y Terracina; cf. III 57.

[334] Sobre el 13 de diciembre.

[335] Tribunos, centuriones y decuriones.

[336] La ciudad de Interamna o ciudad entre dos ríos era la actual Terni, ciudad de Umbría en el centro de Italia; estaba situada en las cercanías de Nera, Carsulae y Narnia; cf. *Anales* I 79, 2.

[337] Sobre Arrio Varo, cf. III 16, 1-2; 52, 2-3.

[338] En Narnia.

[339] Julio Prisco era un centurión que fue nombrado prefecto del pretorio por Vitelio. Alfeno Varo ocupó también el mismo cargo; cf. III 36, 2.

[340] Sería sobre el 10 de diciembre, antes de la rendición de los vitelianos en Narnia.

[341] Debe tratarse de Urvinum Hortense, la actual Collemancio, a 14 kilómetros de Mevania; cf. III 43, 2 y 44, 1; PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* III 114; HEUBNER, *Historien III*, pág. 143; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 158-159 y 238; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 304.

[342] Los ejércitos viejos eran los que habían permanecido en Germania tras la partida de Cécina, Valente y Vitelio

[343] La actual Anagni, ciudad del sur del Lacio.

[344] Se trata de un festival organizado por Nerón en el año 59 d. C.; léase *Anales* XIV 15, 1; XV 33, 1; XVI 21, 1; SUETONIO, *Nerón* XI 1; PLINIO, *Historia natural* XXXVII 2; DIÓN CASIO. LXII 19; BASSOLS, *Historias III*, pág. 105.

[345] Valente intentó promover a Verginio, gobernador de Germania Superior, a emperador después de la batalla de Vesontio en mayo del año 68; cf. I 7, 1; 8. 2; HEUBNER, *Historien III*. pág. 144; WELLESLEY, *Histories* III, pág. 159.

[346] Fonteyo Capitón, legado de Germania Inferior en el año 68 d. C., fue asesinado por sus oficiales, Fabio Valente y Cornelio Aquino; cf. I 7, 1-2; HEUBNER, *Historien III*, págs. 144-145.

[347] Esto sucedió, cuando saludó a Vitelio como emperador en la Colonia Agrippinensis (Colonia) el 2 de enero del 69.

[348] Especialmente, Cécina (III 13, 1) y Lucilio Baso (III 12, 2).

[349] La rendición se produjo el 15 de diciembre del año 69.

[350] La vía Flaminia; cf. T. ASHBY y A. R. L. FELL, «The via Flaminia», *Journ. Rom. Stud.* 11 (1921), 125-190.

[351] Narni y Terni respectivamente; cf. SILIO, VIII 457-458; MARCIAL, VII 93, 1-2.

[352] Los días 13 a 18 de diciembre.

[353] Vitelio tenía un hijo de seis años y una hija joven; cf. III 78, 1; SUETONIO, *Vitelio* VI.

[354] Cf. I 62, 2. El mismo estado de ánimo de Vitelio es descrito por DIÓN CASIO, LXIV 16.

[355] Cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 146-155.

[356] Son nombrados en III 72, 2.

[357] En Roma había siete *cohortes vigilum* al mando de un *praefectus vigilum* del orden ecuestre; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 161.

[358] Tácito alude a las tres cohortes pretorianas que permanecían en Roma; cf. WELLESLEY, *Histories* III,

págs. 220-221.

[359] Cf. III 59, 3. Flavio Sabino tenía 61 años, pues había nacido el año 8 d. C.

[360] La base fundamental del poder en Roma; cf. HELLEGOUARC'H. *Histoires II-III*, pág. 306.

[361] Sobre el texto latino, léase a HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág.306.

[362] Se trataría de resentimientos secretos por la elevación de Vespasiano al imperio; cf. WELLESLEY, *Histories* III, pág. 162.

[363] SUETONIO, *Vitelio* XV, 2: «Y derrotado o traicionado en todas partes pactó con Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, su rendición a cambio de su vida y cien millones de sestercios».

[364] El templo de Apolo había sido construido por Augusto en el Palatino; cf. J. H. BISHOP, «Palatine Apollo», *Class. Quarterly* 49 (1956), 187-192; NASH, *Pictorial Dictionary*..., I, págs. 31-32.

[365] Cluvio Rufo había sido gobernador de Hispania; cf. I 8, 1; II 58, 2; 65, 1. Silio Itálico (25/26-101 d. C.) fue cónsul en el año 68 y el autor del poema épico *Punica* sobre la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 158; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 307

[366] Cf. III 56, 3: WELLESLEY (*Histories III*. pág. 206) cita a L. Vitelio, hermano del emperador. A. Cécina, F. Valente. P. Sabino, Alfeno Varo y Julio Prisco.

[367] Cf. I 62, 2; II 59, 3; III 67,2.

[368] Sigo la lectura *casibus dubiis*, defendida por HEUBNER (*Historien III*, págs. 160-161), en lugar de *paucis diebus*, mantenida por K. WELLESLEY, «In defence of the Leiden Tacitus», Rh. *Museum* 110 (1967), 220-223; id., «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.673-1.674; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 307-308.

[369] Hasta el punto de que no tuvieron más remedio que ejecutarlo; cf. 62.1.

[370] Cornelio Fusco; cf. II 86, 3.

[371] La realidad fue que Pompeyo fue asesinado por los egipcios y que Marco Antonio acabó suicidándose.

[372] L. Vitelio, el padre del emperador, fue cónsul en los años 34, 43 y 47 a. C.; cf. I 52, 4; SUETONIO, *Vitelio* II 4; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 308.

[373] Durante los años 47-51 d. C.

[374] Sobre el término *audacia*, léase a CH. WIRSZUBSKI, «*Audaces*, a study in political terminology»,*Journ. Rom. Stud*. 51 (1961), 12-22.

[375] Se llamaba Galeria Fundana; cf. II 60, 2; 64, 2; cf. ASH, *The Histories*, pág. 291.

[376] Su nombre era Sextilia Augusta; cf. I 75, 2; II 64, 2; 89, 2; SUETONIO, *Vitelio* III 1; cf. H. HEUBNER, «Fessa aetate», *Rhein. Museum* 1 10 (1967), 225-229; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 237. Sobre la muerte de Sextilia, léase la versión de SUETONIO, *Vitelio* XIV 5.

[377] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 309.

[378] Sin embargo, Augusto había abdicado ante el Senado el 13 de enero del año 27 a. C. y Otón se había suicidado para acabar con la guerra civil (II 46-49); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 165.

[379] El asesinato de Julio César tuvo lugar el 15 de marzo del año 44 a. C. Casio Quérea y Gayo Sabino mataron a Calígula el 24 de enero del año 41 d. C. Nerón se suicidó el 9 de junio del año 68 d. C. Galba y su heredero Pisón fueron asesinados en el Foro el 15 de enero del 69 d. C.

[380] Sobre la abdicación de Vitelio, cf. SUETONIO, *Vitelio* XV; COURBAUD. *Le procédés d'art de Tacite*..., págs. 137-140; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 310.

[381] Cf. II 60, 2. G. Quintio Ático y Gneo Cecilio Símplice fueron cónsules durante los meses de noviembre y diciembre del 69 d. C.

[382] El templo de la Concordia fue levantado por el general Camilo en el año 367 a. C. Estaba situado en el noroeste del Foro romano y servía de sede al Senado; cf. NASH, *Pictorial Dictionary of Ancient Rome*, I, págs. 292-294.

[383] Era la calle principal de Roma que conducía desde la cima del Capitolio hasta el Coliseo.

[384] El 17 de diciembre; cf. III 65, 2; 67, 2.

[385] Cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 166-167.

[386] Se trataría de las tres cohortes pretorianas que estaban en Roma, formadas con efectivos procedentes de Germania; cf. I 94, 1; BASSOLS, *Historias III*, pág. 116.

[387] En el Quirinal; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 167; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 310-311.

[388] Probablemente era esposa de Junio Rústico Aruleno (III 80, 2) e hija de Lucio Verulano Severo; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 166; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 311; ASH, *The Histories*, págs. 291-292.

[389] T. Flavio Sabino, T. Flavio Clemente y, probablemente, Flavia Sabina.

[390] Era el 19 de diciembre del 69.

[391] Cf. III 71, 1; 73, 2; *Anales* XV 71, 2 (tribuno en época de Nerón); cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 167.

[392] Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51, tenía entonces 18 años.

[393] Sobre el texto latino, cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 312.

[394] Cf. I 2, 2.

[395] Cf. I 46, 1; K. G. WALLACE, «The Flavii Sabini in Tacitus», *Historia* 36 (1987), 343-358.

[396] Actualmente está la piazza del Campidoglio, donde se creía que Rómulo había levantado un refugio. El primer ataque de los vitelianos se produjo a unos 50 metros de la roca Tarpeya al sudeste del Capitolio. Fracasado este, intentaron otros dos, uno, por el norte. a través del bosque del Asilo y el otro, al sur, por la escalera de acceso a la roca Tarpeya. Léase a BASSOLS, *Historias III*, págs. 121-122.

[397] En el sudoeste de la colina del Capitolio; cf. NASH, *Pictorial Dictionary*…, II, pág. 409.

[398] La versión de Tácito culpa a los flavianos del incendio del Capitolio, mientras que la propaganda oficial hace responsable a Vitelio, como nos transmiten PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXIV 38; SUETONIO, *Vitelio* XV 3; JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 649; DIÓN CASIO, LXV 17, 3; HELLEGOUARC'H. *Histoires II-III*, pág. 313.

[399] Es decir, soportes de madera en forma de águilas; cf. VITRUVIO, IV 7, 5; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 171; HEUBNER, *Historien III*, pág. 170.

[400] Tácito redacta una especie de necrológica al monumento; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 148-153.

[401] En el año 507 a. C.; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXIV 139.

[402] El año 387 o 390 a. C.

[403] Sucedió en la guerra civil entre Mario y Sila el 6 de julio del año 83 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sila* XXVII.

[404] Tarquinio Prisco (616-579 a. C.) fue el quinto rey de Roma, Servio Tulio (578-535 a. C.) el sexto y Tarquinio el Soberbio (534-510 a. C.) el séptimo y último. Suessa Pometia era la capital de los volscos en el Lacio; cf. LIVIO, I 53. 2-3; 55, 1.

[405] Fue cónsul con P. Valerio Publícola en el año 507 a. C.; cf. POLIBIO, III 22, 1; LIVIO, II 8, 4; 21, 4; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 314.

[406] Sobre el Capitolio, léase a LIVIO, I 38, 53 y 55; NASH, *Pictorial Dictionary*…, II, pág. 409.

[407] En realidad son 425 años, desde el 507 al 83 con resta inclusiva.

[408] Sucedió después de la batalla de la Puerta Colina el 1 de noviembre del año 82; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXVI 61.

[409] Cf. PLINIO, *Historia natural* VII 138.

[410] El nuevo templo, ahora destruido, fue inaugurado el año 69 a. C. por Q. Lutacio Cátulo; cf. CICERÓN, *Contra Verres* II 4, 69: HEUBNER, *Historien III*, pág. 172.

[411] Es un ejemplo de la figura literaria *conmutatio o antimetabolé*; cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* IX 3, 85; LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, II, págs. 219-221.

[412] Sobre Cornelio Marcial, cf. LXX 1. De Emilio Pacense, cf. I 20, 3; 87, 2: II 12, 1. Sobre Casperio Nigro, cf. *Anales* XII 45, 2; XV 5, 2. Didio Seva solo es nombrado aquí.

[413] Fue cónsul *suffectus* o sustituto con Cecilio Símplice (III 68, 2) durante los meses de noviembre y diciembre del 69.

[414] Tácito se muestra más objetivo que los aduladores literarios de Domiciano, cuya escapada no fue nada heroica; cf. ESTACIO, *Tebaida* I 21.22; SILIO, III 609-610; MARCIAL, IX 101-114; JOSEFO, *La guerra de los judíos*, IV 649; SUETONIO, *Domiciano* I 1-2; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in Histories 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 211-214; ASH, *The Histories*, pág. 293.

[415] Así vestían los devotos de la diosa egipcia Isis, que tenía una capilla en el Capitolio; cf. HERÓDOTO, II 37, 2-3; TIBULO, I 3, 30; OVIDIO, *Amores* II 13, 18 y A. RAMÍREZ DE VERGER, «The Text of Ovid, *Am.* 2.13.17-18», *Amer. Journ. of Philology* 109 (1988), 86-91; *Ovidius, Carmina amatoria*, 2ª ed., Múnich-Leipzig, 2006, pág. 76; *Fastos* V 619; *Metamorfosis* I 747; PLINIO, *Historia natural* XIX 14; JUVENAL, VI 533. Domiciano estuvo oculto los días 20 y 21 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 175-176.

[416] Barrio de Roma, situado entre el Capitolio, el Foro y el Palatino; cf. HELLEGOUARC'H, *Histories II-III*, págs. 315-316.

[417] Domiciano reinó desde el 13 de septiembre del año 81 d. C. hasta el 18 de septiembre del 96. Cf. J. C. ANDERSON, «Domitian's Building Activity», *Historia* 32 (1982), 93-105.

[418] O «Escaleras de las lamentaciones o de los suspiros», donde los cuerpos de los criminales eran expuestos antes de arrojarlos al Tíber; cf. III 85; PLINIO, *Historia natural* VIII 15; SUETONIO, *Vitelio* XVII 2; BASSOLS, *Historias III*, pág. 129.

[419] Sobre los Obituarios en Tácito, cf. I 48, 1.

[420] Fue *legatus Augusti pro praetore* durante los años 48-54 d. C.; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 176; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 230.

[421] Probablemente, los años 56-60, 62-69 d. C.

[422] Tácito está narrando los sucesos de los días 16-19 de diciembre. Con Feronia se alude a un templete de la diosa Feronia (asociada a la fertilidad y a la abundancia), situado a tres millas de Tarracina; cf. HEUBNER, *Historien III*, págs. 177-178.

[423] Cf. III 57.

[424] Participó en la rebelión de la flota de Miseno; cf. III 57, 1.

[425] El noble Vergilio Capitón fue gobernador de Egipto en los años 47-52 d. C. El esclavo citado por Tácito fue ejecutado más tarde por su traición; cf. IV 3, 2; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 178 y 239; HEUBNER, *Historien III*, pág. 179; HELLEGOUARC'H, *Histories II-III*, pág. 317.

[426] Alusión al actual monte Sant'Angelo.

[427] Cf. II 63, 2.

[428] La conquista de Tarracina tuvo lugar no más tarde de la noche del 17 al 18 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 179.

[429] Las cartas de generales, en las se comunicaba una victoria, iban envueltas en ramos de laurel; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XV 133; BASSOLS, *Historias III*, pág. 133.

[430] Tácito continúa la narración dejada en III 63; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 181-186.

[431] El 16 de diciembre, fecha de la rendición de las fuerzas vitelianas; cf. III 63, 1.

[432] La fiesta de los *Saturnalia* se celebraba entre el 17 y el 24 de diciembre. Ocriculum es la actual Otricoli, ciudad de Umbría en la vía Flaminia; cf. ASH, *The Histories*, págs. 293-294.

[433] La segunda hija de Vitelio y Galeria Fundana; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 186.

[434] Es decir, «al procurar hacer recaer sobre otro (sobre Muciano) la indignación (causada por el incendio del Capitolio)», como explica BASSOLS, *Historias III*, pág. 136.

[435] Esto sucedía no antes del mediodía del 18 de diciembre; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 181. La vía Salaria era una calzada que comunicaba Roma con Ascoli en el mar Adriático: Porta Collina-Reate-Asculum-Truentum; cf. NASH, *Pictorial Dictionary*..., II, pág. 229; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 318-319.

[436] La localidad estaba situada a 13 kilómetros al norte de Roma cerca de la moderna Grottarossa en la vía Flaminia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 236-237.

[437] Se alude a los suburbios del noreste de Roma; cf. SUETONIO, *Nerón* 48.

[438] Estaba situada a 8 kilómetros de Roma.

[439] El día 19 de diciembre sobre el mediodía.

[440] Cf. K. WILLIAMS, «Tacitus' Senatorial Embassies of 69 CE», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell. 2012, págs. 222-231.

[441] Aruleno Rústico era un famoso estoico (grupo de Trásea Peto y Helvidio Prisco) que murió por orden de Domiciano en el año 94 d. C. Había sido tribuno en el 66. pretor en el 69 y cónsul *suffectus* en el 92. Cf. *Anales* XVI; 26, 4; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* I 5, 2; HEUBNER, *Historien III*, pág. 189; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 231; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 319; ASH, *The Histories*, pág. 294.

[442] Sería la tarde del 19 de diciembre.

[443] Musonio Rufo, que vivió durante el siglo I d. C., fue un filósofo estoico de gran influencia en Roma, maestro de Epicteto; cf. IV 10; C. E. LUTZ, «Musonius Rufus, the Roman Socrates», *Yale Class. Stud*. 10 (1947), 3-147; G. D. KILPATRICK, «A fragment of Musonius», *Class. Review* 63 (1949), 94; HEUBNER, *Historien III*, págs. 190-191; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 320; C. KING, *Musonius Rufus. Lectures and Sayings* (*with a preface by William B. Irvine*), Lulu, 2010.

[444] Sería en la mañana del día 20 de diciembre. El día 21 entraron en Roma las fuerzas flavianas, según Tácito, pero la realidad fue que Roma fue tomada el día anterior; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 183.

[445] Cf. I 87, 1; II 89, 1.

[446] Cf. DIÓN CASIO, LXIV 19, 2.

[447] Cf. III 78, 3.

[448] Cf. *Anales* XIII 47, 2 y nota de MORALEJO: «Los *Horti Sallustiani* se hallaban en las proximidades de la actual Vía Véneto»: cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 141; NASH, *Pictorial Dictionary*…, I, págs. 491-499.

[449] Cf. III 82, 2.

[450] Cf. I 86, 3; cf. BASSOLS, *Historias III*, pág. 141; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 321.

[451] La metáfora se encuentra en SALUSTIO (*Conjuración de Catilina*, XXXI 1) y en LIVIO (XXXI 24, 3).

[452] L. Sila en los años 88 y 82 a. C. y L. Cinna en el año 87 a. C.

[453] Se estaban celebrando las fiestas Saturnales (17-23 de diciembre): cf. III 77, 2.

[454] Estaba en las afueras de Roma junto a la puerta Colina; cf. III 82, 3.

[455] Eran las cohortes pretorianas de Otón, licenciadas por Vitelio (II 67, 1) y devueltas al servicio por Vespasiano (II 82, 3; III 43, 1); HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 322.

[456] Murieron más de 50.000 hombres; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos*, IV 650. La escena recuerda a los partidarios de Catilina caídos en la batalla de Pistoya el 63 a. C.; cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* LXI 3.

[457] Galeria Fundana; cf. SUETONIO, *Vitelio* VI.

[458] Se ha visto en esta frase *(terret solitudo et tacentes loci)* un eco de Virgilio, *Eneida* VI 265 *(loca nocte tacentia late)*; cf. también *ibidem*, VI 728 y 755; E. KEITEL, «The Virgilian reminiscences at Tacitus, *Histories* 3.84.4», *Class. Quarterly* 58 (2008), 705-708.

[459] Cf. SUETONIO, *Vitelio* XVI; DIÓN CASIO, LXIV 20.

[460] La anécdota es contada también por DIÓN CASIO (LXV 21, 1-2), pero no por Suetonio.

[461] Sobre la muerte de Vitelio, léase a SUETONIO, *Vitelio* XVII; cf. D. S. LEVENE, «Pity, Fear, and the Historical Audience: Tacitus on the Fall of Vitellius», en S. M. BRAUND y C. GILL, eds., *The Passions in Roman Thought and Literature*, Cambridge, 1997, págs. 128-149.

[462] Cf. III 70, 1; SUETONIO, *Vitelio* XV 2.

[463] Galba murió el 15 de enero del 69; cf. I 41, 2.

[464] Cf. III 74, 2.

[465] Cf. DIÓN CASIO, LXV 21, 2.

[466] El asesinato de Vitelio tuvo lugar el 20 de diciembre del 69; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 323.

[467] Sobre la actitud del vulgo hacia Vitelio, léase a Z. YAVETZ, «Vitellius and the 'Fickleness of the Mob'»,

Historia 18 (1969), 557-569; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 323-324.

[468] Cf. I 9, 1; 52; III 63, 3. SUETONIO (*Vitelio* I 3) lo hace nativo de Nuceria, en Apulia, a 15 kilómetros de Foggia.

[469] Vitelio había nacido el 7 o el 24 de septiembre del año 12 d. C. Tenía, pues, 57 años; cf. L. HOLZAPFEL, «Römische Kaiserdaten», *Klio* 15 (1918), 105-8; HEUBNER, *Historien III*, págs. 198-199.

[470] Vitelio fue cónsul en el año 48 con Vipstano Publícola y pertenecía a los *decemviri sacris faciundis* y al Colegio de los Hermanos Arvales; cf. HEUBNER, *Historien III*, pág. 199.

[471] Alusión a Alieno Cécina (II 100-101, III 13-14) y Lucilio Baso (III 12).

[472] La imagen del atardecer evoca tanto el final del libro III como una cierta melancolía por lo incierto de los acontecimientos.

[473] Cf. SUETONIO, *Domiciano* I 3; K. WELLESLEY, «Three Historical Puzzles in *Histories* 3», *Class. Quarterly* 6 (1956), 211-214.

LIBRO IV

SINOPSIS

(Año 69 d. C., últimos días; año 70 d. C., inicios)

Sucesos en Roma[1]

1. La ejecución de Vitelio marcó el final de las hostilidades más que el comienzo de la paz. Los vencedores recorrían Roma a la caza de los vencidos con un odio implacable; los cadáveres llenaban las calles, los foros y templos estaban teñidos de sangre, pues degollaban por doquier a las víctimas que la suerte les ponía por delante. Luego, al aumentar el libertinaje, buscaban y arrastraban a los que se escondían. Al que veían que llamara la atención por su estatura o juventud[2] lo degollaban sin distinguir a soldados y civiles. Esta crueldad provocada por los odios todavía [2] recientes se saciaba de sangre, pero después se transformó en codicia. No respetaban ningún lugar secreto o cerrado con el pretexto de que allí se ocultaban los vitelianos. Ese era el comienzo del allanamiento de casas y, si encontraban resistencia, esa era la excusa para matar. Los más pobres de la plebe y los peores esclavos no perdían la ocasión de traicionar rápidamente [3] a sus dueños ricos. Otros eran denunciados por sus amigos. Por todas partes se oían lamentos, gemidos: era la suerte de una ciudad conquistada, hasta el punto de que se echaba de menos la odiosa indisciplina anterior de las tropas de Otón y Vitelio. Los generales flavianos eran entusiastas para desencadenar una guerra civil, pero incapaces para controlar la victoria, pues en los disturbios y conflictos los peores son los que más pueden, mientras que la paz y la tranquilidad requieren buenas condiciones.

2. Domiciano había aceptado el título de César y el palacio imperial[3]. Todavía no se sentía preparado para las responsabilidades oficiales, pero actuaba como hijo del emperador para cometer estupros y adulterios[4]. La prefectura del pretorio se puso en manos de Arrio Varo[5], pero el poder supremo permaneció en manos de Antonio Primo. Este se apropiaba de dinero y esclavos procedentes de la casa imperial como si fuera el botín de Cremona. Los demás, sin brillo en la guerra por su modestia o por su humilde cuna, se quedaron igualmente sin [2] recompensas. Los ciudadanos, aterrados y dispuestos a la esclavitud, urgían a que se interceptara a L. Vitelio de regreso de Tarracina con sus cohortes y se apagaran los rescoldos de la guerra. Se envió la caballería a Aricia, mientras las columnas legionarias tomaron posiciones en Bovillae[6]. Vitelio no dudó en entregarse él y sus cohortes a la discreción del vencedor y sus soldados depusieron sus desafortunadas armas con no menos rabia que miedo. Largas filas de prisioneros desfilaron por [3] Roma escoltadas por gente armada. Nadie mostró un gesto de súplica, sino que serios y desafiantes soportaban impasibles los abucheos e insultos groseros de la plebe. Unos pocos que intentaron romper la formación fueron rodeados y aplastados. Los demás fueron puestos en prisión y a ninguno se le escuchó ninguna expresión indigna, dejando a salvo la fama de su valor incluso en circunstancias

tan adversas. Después se ejecutó a Lucio Vitelio, igual de vicioso que su hermano[7], pero más diligente durante su principado, aunque no compartió sus éxitos en la misma medida que sufrió sus fracasos.

3. Por los mismos días se envió a Lucilio Baso[8] con caballería ligera para restaurar el orden en Campania, pues los municipios[9] tenían los ánimos soliviantados, más por rivalidad entre ellos mismos que por insubordinación contra el nuevo emperador. Cuando vieron a las tropas se calmaron, y no se castigó a las colonias más pequeñas. La legión III se estableció en Capua[10] para pasar el invierno, quedando arruinadas las casas ilustres. Tarracina, por su parte, no obtuvo ninguna ayuda. Se tiende [2] más a vengar los agravios que a devolver los favores, porque la gratitud se ve como una carga y la venganza como una ganancia. Sirvió de consuelo el hecho de que el esclavo de Vergilio Capitón, quien, según contamos[11], había traicionado a Tarracina, fuera clavado en un madero con los mismos anillos que [3] llevaba desde que Vitelio se los había regalado[12]. Por otro lado, en Roma el Senado, lleno de alegría y esperanza, concedió a Vespasiano todos los honores imperiales al uso[13]. Y es que la guerra civil, que comenzó en las provincias de las Galias e Hispania y que arrastró a la guerra a las Germanias y luego al Ilírico para atravesar a Egipto, a Judea, a Siria y a cada provincia y ejército, parecía que había llegado a su fin con la sensación de [4] haber purificado a todo el mundo. Avivó el entusiasmo una carta de Vespasiano escrita como si la guerra no hubiera terminado. Esa fue la primera impresión, pero hablaba como si fuera el emperador: modestamente sobre él y como un hombre de Estado sobre los asuntos públicos. Al Senado a su vez no le faltó acatamiento: le otorgó por decreto el consulado junto a él y a su hijo Tito y a Domiciano, la pretura y los poderes de cónsul[14].

4. Muciano había enviado también al Senado un despacho que dio pábulo a las habladurías. Se decía que, si era un simple ciudadano, ¿por qué hablaba a título oficial? Hubiera podido decir lo mismo pocos días después en su turno de palabra en el Senado. Además, la misma saña contra Vitelio parecía tardía y forzada. Pero lo que resultaba ser un desprecio contra el Estado y un insulto al emperador es que se jactara de que el principado [2] había estado en sus manos y se lo había regalado a Vespasiano. Sin embargo, el resentimiento quedaba oculto, mientras que la adulación salía al exterior. Honrado con palabras grandilocuentes se le concedió a Muciano los honores del triunfo por la guerra civil, aunque sirviese de excusa la expedición contra los sármatas[15]. Antonio Primo recibió también las insignias de cónsul, y Cornelio Fusco y Arrio Varo las de pretor. Luego, dirigieron su mirada hacia los dioses y acordaron que se restaurara el

Capitolio. Todas [3] estas propuestas fueron presentadas por Valerio Asiático, cónsul electo[16]. Los demás senadores asentían con un gesto o una seña, mientras unos pocos que gozaban de una especial estima o estaban dotados de un carácter ejercitado en la adulación lo hacían con discursos formales. Cuando le llegó el turno a Helvidio Prisco, pretor electo, manifestó su opinión, respetuosa hacia el nuevo príncipe[17], pero sin trazas de falsedades. Fue acogida con entusiasmo por el Senado. Para Helvidio ese día, más que ningún otro, fue el comienzo de una gran ofensa y de una gran gloria.

5. Dado que esta es la segunda ocasión que me refiero a un hombre que habrá que citar más a menudo, parece que el asunto requiere[18] que haga una breve semblanza de su vida e intereses, así como la suerte que corrió. Helvidio Prisco era originario de una familia itálica de la ciudad de Cluviae[19] y su padre había sido el centurión de mayor rango de una legión. Desde su primera juventud dedicó su brillante talento a los estudios más elevados[20]. Su objetivo no era, como sucede con la mayoría de la gente, ocultar bajo un nombre pretencioso una inútil vida de ocio, sino ejercer la política más fortalecido contra los avatares [2] de la fortuna. Se adhirió a la escuela de filosofía[21] que considera la honestidad como el único bien y la deshonestidad como el único mal, mientras que el poder, la nobleza y demás cosas externas al alma no se tienen ni por buenas ni por malas. Todavía era cuestor cuando Trásea Peto lo eligió para yerno[22] y del carácter de su suegro se empapó, por encima de todo, de libertad. Como ciudadano, senador, esposo, yerno y amigo se mostró coherente en todas las obligaciones de la vida, despreciando las riquezas, siendo obstinado en la rectitud e impasible frente al miedo.

6. Algunos creían que perseguía la fama, dado que incluso los sabios de lo último que se desprenden es del deseo de gloria[23]. La caída de su suegro le condujo al exilio. Cuando regresó en el principado de Galba, emprendió la acusación de Eprio Marcelo[24], el delator de Trásea. Tal represalia, no se sabe si fue excesiva o ajustada[25] o más justa, había dividido las opiniones del Senado, pues, si caía Marcelo, significaba la caída de toda una multitud de culpables. Primero se desató una disputa llena [2] de amenazas, como atestiguan los magníficos discursos de uno y otro. Luego, ante la actitud ambigua de Galba y las protestas de muchos senadores, Prisco retiró las acusaciones. Se produjeron diferentes reacciones, acordes con el carácter humano: unos elogiaban su moderación, mientras otros echaban de menos su falta de firmeza. Por lo demás, en la sesión del Senado, en la [3] que se votaba sobre el imperio de Vespasiano, se había decidido enviar una delegación al príncipe. De ahí surgió un agrio altercado entre Helvidio y Eprio. Prisco proponía que los delegados fueran elegidos individualmente por

los magistrados bajo juramento, mientras Marcelo defendía el sorteo de acuerdo con la moción del cónsul electo[26].

7. Pero el empeño de Marcelo lo provocaba su propia vanidad, no fuera a ser que, si otros salían elegidos, diera la impresión de que él quedaba postergado. Y poco a poco se sucedieron turnos de réplica llegando a discursos largos y enconados[27]. Helvidio preguntaba por qué Marcelo temía tanto la decisión de los magistrados, pues tenía dinero y elocuencia suficientes para superar a muchos competidores, a no ser que le agobiara el recuerdo de sus maldades. Con el sorteo y la urna no se hacían distinciones entre formas de ser, mientras que el voto y el juicio del Senado se habían inventado para ahondar en la vida y la [2] reputación de cada candidato. El interés del Estado y el honor de Vespasiano exigían que la delegación que se le enviara estuviera compuesta por los miembros más irreprochables del Senado, con el fin de que hicieran llegar a los oídos del emperador consejos honestos. Vespasiano había mantenido una amistad con Trásea, Sorano[28] y Sencio, a cuyos acusadores, aunque no [3] fuera oportuno castigar, tampoco se les debía exhibir. Con aquella decisión del Senado se servía en cierto modo al príncipe para saber en quién debía confiar y a quiénes temer. Que no hay mejor instrumento del buen gobierno que los buenos amigos. Bastante tenía Marcelo con haber empujado a Nerón a la destrucción de tantos inocentes. Que disfrute de recompensas[29] e impunidad y deje a Vespasiano para los mejores.

8. Marcelo replicaba que no era suya la propuesta que se rebatía, sino la del cónsul electo[30], que era conforme a los viejos precedentes de echar a suertes las delegaciones, para que no hubiera cabida para ambiciones personales o enemistades. No había ninguna razón para que se abandonaran viejas tradiciones o que los honores dirigidos a un príncipe se convirtieran en agravio [2] para nadie. Todos estaban capacitados para rendirle pleitesía. Había que evitar sobre todo que la terquedad de algunos pudiera irritar un ánimo indeciso ante un nuevo principado y pendiente también de las miradas y palabras de todos. Él, añadía, recordaba la época en la que había nacido y la constitución que sus padres y abuelos habían dado a la ciudad. Admiraba aquellos tiempos lejanos, pero se atenía al presente. Deseaba que salieran buenos emperadores, pero soportaba a los que vinieran, fueran como fueran. La caída de Trásea no se debió más a su propio discurso [3] que a una decisión del Senado. La crueldad de Nerón se había burlado de él con farsas de ese tipo, y tal amistad no le producía a él menos angustia que a otros el destierro. Para terminar, Helvidio se podría igualar con los Catones y Brutos[31] en firmeza y valor, pero él era un miembro más de aquel Senado que se dejaba someter junto a los demás. Además aconsejaba a Prisco que no [4] saltara por encima del príncipe ni

agobiara con consejos a Vespasiano, un hombre de edad madura[32], premiado con los honores del triunfo y padre de dos jóvenes hijos. Al igual que a los pésimos emperadores les gusta el poder sin límites, también a los buenos les agrada que la libertad tuviera un límite[33]. Estos argumentos, lanzados por ambas partes en medio de grandes altercados, se acogían con reacciones diversas. Venció el bando que prefería que se eligieran los delegados mediante sorteo, pues incluso los senadores neutrales se inclinaban por apoyar la tradición y los más ilustres apoyaban lo mismo, porque temían concitar la envidia de sus colegas si se elegían ellos mismos.

9. Después siguió otra disputa. Los pretores del tesoro (pues entonces los pretores se encargaban de su administración) se habían quejado del déficit público y pedían una restricción de gastos[34]. El cónsul electo sugería que el príncipe se encargara de tal situación debido a la magnitud del problema y a la dificultad de su solución. Helvidio propuso que se procediera según [2] la opinión del Senado. Cuando los cónsules[35] procedían a invitar a los otros miembros a expresar su opinión, el tribuno de la plebe Vulcacio Tertulino[36] interpuso su veto, para que no se tomara ninguna decisión sobre un asunto tan grave en ausencia del príncipe. Helvidio había propuesto que se restaurara el Capitolio con financiación pública y Vespasiano contribuyera a ello. Los más moderados dejaron pasar en silencio tal propuesta, que después pasó al olvido, pero hubo quienes no la olvidaron.

10. Entonces se produjo el ataque de Musonio Rufo[37] contra Publio Céler[38], a quien acusaba de haber provocado la caída de Bárea Sorano[39] con un falso testimonio. Con tal proceso parecía que se reavivaban los odios provocados por las delaciones. Sin embargo, en este caso no se podía proteger a un acusado despreciable y culpable. Se recordaba a Sorano con reverencia, mientras Céler, que se tenía por filósofo, al testificar después contra Bárea, había traicionado y corrompido el ideal de amistad, de la que se tenía por maestro. Se señaló la vista para la sesión siguiente. Y, una vez que los ánimos habían removido viejos odios, la expectación se centraba no tanto en Musonio o Publio como en Prisco, Marcelo y los demás.

11. En tal situación, al estar el Senado en conflicto, los vencidos airados, los vencedores sin autoridad alguna, sin leyes, sin príncipe, Muciano entró en Roma e inmediatamente concentró todo el poder en sus manos. Se quebró el poder de Primo Antonio y Varo Arrio. Muciano disimuló mal el odio que sentía hacia ellos, aunque guardaba las apariencias. Sin embargo, la ciudad, astuta para detectar enemistades,

cambió y pasó su apoyo a Muciano. Solo cortejaban y halagaban a Muciano. Este, por su parte, no dejaba de aparecer moviéndose por casas y jardines rodeado de hombres armados; con ostentación, paseos y escoltas militares ejercía el poder de un príncipe, aunque prescindía de tal nombre. La mayor alarma se produjo con el [2] asesinato de Calpurnio Galeriano. Era hijo de Gayo Pisón[40] y no se había embarcado en ninguna aventura política, pero su nombre ilustre y su atractiva juventud eran objeto de las habladurías populares y en una ciudad todavía revuelta y entusiasmada con los últimos rumores había quienes le otorgaban sin fundamento los honores del principado. Por orden de Muciano lo detuvo una patrulla militar, y para que su muerte no atrajera mucho la atención si ocurría en la ciudad, a cuarenta millas de Roma, en [3] la vía Apia, murió tras desangrarse por las venas. Julio Prisco, prefecto de las cohortes pretorianas bajo Vitelio, se suicidó más por vergüenza que por coacción[41]. Alfeno Varo[42] sobrevivió a su cobardía e infamia. Asiático (era, en efecto, liberto) pagó su nefasto poder con el castigo propio de los esclavos[43].

La revuelta de los batavos (I)[44]

12. Por estas mismas fechas la ciudad recibía sin tristeza de ninguna clase la insistente noticia de un desastre en Germania. Se hablaba de aniquilación de ejércitos, de captura de los campamentos de invierno de las legiones, de rebelión de las Galias, pero como si no se tratase de desgracias. Para explicar las razones del origen de esta guerra y la conmoción tan grande que se produjo entre pueblos extranjeros y aliados, voy a remontarme más atrás. Los [2] batavos, mientras vivían más allá del Rin, formaban parte de los catos[45]. Por una rebelión interna fueron expulsados y ocuparon la última zona deshabitada de la costa de la Galia y una isla situada en la parte baja, bañada por el Océano al frente y por el río Rin a su la espalda y los lados[46]. No fueron explotados económicamente, [3] cosa rara cuando hay una alianza con un poder más fuerte, sino que aportaron al imperio únicamente hombres y armas[47]. Se curtieron largo tiempo en las guerras de Germania, luego su fama aumentó en Britania, adonde se trasladaron cohortes que dirigían los nobles de su pueblo según una antigua tradición. En su país disponían de una caballería selecta, entrenada especialmente para nadar. Eran expertos en atravesar el Rin en perfecta formación conservando armas y monturas.

13. Julio Civil y Claudio Paulo, de estirpe real, destacaban mucho sobre los demás. A Paulo lo ejecutó Fonteyo Capitón[48] con la falsa acusación de rebelión. Encadenaron a Civil y lo enviaron a Nerón. Galba lo absolvió, pero de nuevo bajo Vitelio se vio en

peligro, pues el ejército pedía su cabeza[49]: de ahí surgieron las razones de su odio y las esperanzas que abrigó a partir [2] de nuestras desgracias. Pero Civil era mucho más inteligente de lo que es usual en un nativo y se tenía por Sertorio o Aníbal, con quienes compartía su rostro desfigurado[50]. Para que no le atacaran como enemigo, si se rebelaba abiertamente contra el pueblo romano, aparentó una amistad con Vespasiano y la adhesión a su causa. Desde luego Antonio Primo le envió una carta[51] con instrucciones de alejar las tropas auxiliares movilizadas por Vitelio y retener a las legiones con la excusa de una revuelta en [3] Germania. Lo mismo le había indicado personalmente Hordeonio Flaco[52], quien se inclinaba por Vespasiano y estaba preocupado por el Estado, sobre el que se cernía la destrucción si se reanudaba la guerra y tantos miles de hombres en armas invadían Italia.

14. Así que Civil estaba decidido a rebelarse, aunque por el momento ocultaba sus propósitos más escondidos, dispuesto a tomar las demás decisiones según se desarrollaran los acontecimientos. Inició la insurrección del modo siguiente. Por orden de Vitelio[53] se estaba reclutando a la juventud batava. El reclutamiento, ya de por sí una carga pesada, lo agravaban la avaricia y el derroche de los funcionarios, quienes llamaban a los ancianos e incapacitados para obtener un rescate por su liberación, mientras que con los adolescentes de bella constitución (y la mayoría de los niños son de elevada estatura) cometían estupro[54]. Estos actos causaron resentimiento y [2] los responsables de la sublevación impulsaron a la gente a oponerse al reclutamiento. Civil convocó a los nobles y más decididos del pueblo en un bosque sagrado con la excusa de un banquete. Cuando vio que la noche y la euforia[55] habían calentado los ánimos, comenzó recordando la gloria y renombre de su pueblo y enumeró las injusticias, saqueos y demás desgracias de la esclavitud, pues ya no les consideraban, como antes, aliados, sino que los trataban como esclavos. ¿Cuándo [3] vendría un gobernador con poder[56], aunque trajera un séquito gravoso y arrogante? Ellos estaban a merced de prefectos y centuriones, quienes, una vez hartos de sangre y despojos, eran relevados por otros que buscaban nuevos bolsillos y términos diversos para el expolio. Les acuciaba una leva que separaba a los hijos de los padres y a los hermanos de sus hermanos, al parecer para siempre. Nunca, les decía, el poder [4] romano había estado más debilitado y en los campamentos de invierno no había más que botín y soldados ancianos. Solo había que alzar la vista y no temer los nombres sin sustancia de las legiones. Ellos, en cambio, tenían lo más granado de la infantería y la caballería, parentesco con los germanos y los mismos objetivos que las Galias. Ni siquiera a los romanos les resultaría desagradable esta guerra, cuyo incierto desenlace les daría crédito a ellos ante Vespasiano: de una victoria no se rinden cuentas.

15. Se escuchó a Civil en medio de un gran asentimiento y comprometió a todos ellos con un rito bárbaro[57] y juramentos tradicionales. Se enviaron legados a los canninefates[58], para que se unieran a sus planes. Este pueblo ocupa una parte de la isla y se parecen mucho a los batavos en su origen, lengua y valor, aunque son menos numerosos. Después, se atrajo mediante emisarios secretos a las tropas auxiliares de Britania y a las cohortes de los batavos enviadas a Germania, como relatamos más arriba[59], y que por entonces se hallaban en Mogontiaco. [2] Entre los canninefates había un tal Brinno, hombre de alocada osadía, pero de familia distinguida. Su padre se había atrevido a llevar a cabo muchas acciones hostiles y había despreciado impunemente las ridículas expediciones de Gayo[60]. Así pues, cayó bien tan solo por la fama de rebeldía que tenía su familia. Colocado sobre un escudo según la costumbre de su pueblo y aupado sobre los hombros de sus porteadores, le eligieron jefe[61]. Inmediatamente, tras llamar a los frisios[62], un pueblo del otro lado del Rin, irrumpió en los campamentos de invierno de dos cohortes cercanos al Océano[63]. Los soldados no habían previsto el ataque enemigo ni, de haberlo previsto, tenían fuerzas suficientes para rechazarlo: el campamento fue, pues, ocupado y saqueado. Luego cayeron sobre los proveedores [3] y mercaderes romanos que andaban confiados y dispersos como si estuvieran en tiempos de paz. Al mismo tiempo, amenazaban con destruir los fuertes de las fronteras, pero fueron incendiados por los prefectos de las cohortes al no poder defenderlos. Las enseñas y estandartes y los soldados que quedaban se reagruparon en la parte alta de la isla bajo el mando del primer centurión Aquilión: era un ejército más de nombre que de fuerza real, pues Vitelio había retirado el grueso de las cohortes y había cargado de armas a una caterva de haraganes procedente de las aldeas cercanas de los nervios y germanos[64].

16. Civil decidió que había que proceder con astucia. Se puso a criticar por su cuenta a los comandantes romanos por haber abandonado los fuertes fronterizos. Dijo que él aplastaría la revuelta de los canninefates con la cohorte bajo su mando[65] al tiempo que los romanos se podían retirar a sus respectivos campamentos de invierno. Pero que bajo tales consejos había un engaño para dispersar a las cohortes y destruirlas más fácilmente y que el líder de aquella guerra no era Brinno, sino Civil, quedó claro al destaparse poco a poco los indicios que los germanos, un pueblo amante de la guerra, no habían ocultado durante [2] mucho tiempo. Como la argucia no salió bien, pasó a la violencia y organizó a los canninefates, frisios y batavos en sus propias formaciones de cuña[66]. En el lado romano, se formó un frente no lejos del río Rin y las naves que habían atracado allí tras el incendio de los fuertes se colocaron de cara al enemigo. No se había combatido durante mucho tiempo cuando una cohorte de tungros[67] se pasó con

sus enseñas a Civil y los soldados, abatidos por la repentina traición, caían ya a manos de aliados [3] y enemigos. La misma traición se produjo también en las naves. Una parte de los remeros eran batavos y simularon incompetencia para obstaculizar el trabajo de marinos y atacantes; después, empezaron a dirigirse hacia el lado contrario y a exponer las popas frente a la orilla enemiga; finalmente, degollaron a timoneles y centuriones, si se negaban a hacer lo mismo, hasta que la flota entera de veinticuatro naves o huyó o fue apresada.

17. Tal éxito proporcionó a los rebeldes prestigio en el presente y provecho para el futuro. Obtuvieron las armas y naves que necesitaban y fueron aclamados como libertadores ganando mucha fama por las provincias germanas y galas. Las de Germania[68] enviaron inmediatamente legados ofreciendo ayuda y, en cuanto a la alianza con las Galias, Civil se valía de la astucia y la corrupción: devolvía a sus ciudades a los prefectos de las cohortes prisioneros y a los soldados les dejaba la decisión de marcharse o quedarse. A los que se quedaban se les ofrecía una milicia honrosa y a los que se marchaban los despojos de los romanos. Al mismo tiempo, en conversaciones privadas les [2] recordaba las desgracias que habían soportado durante tantos años llamando falsamente paz a lo que era en realidad un miserable esclavitud. Los batavos, decía, pese a que estaban exentos de tributos, se habían levantado en armas contra los dominadores de todos ellos. Los romanos habían sido destrozados y vencidos en el primer encuentro. ¿Qué pasaría si las provincias galas se sacudían el yugo? ¿Qué reservas quedaban en Italia? A las provincias se les vencía con la sangre de las provincias. No [3] debían preocuparse por el combate mantenido por Víndice[69]: los eduos y arvernos[70] habían sido aplastados por la caballería batava y entre las tropas auxiliares de Verginio había belgas[71] y, si se hacía un examen objetivo, la Galia había sucumbido a sus propias fuerzas. Ahora todos estaban en el mismo lado con la ventaja añadida de la disciplina militar desarrollada en los campamentos romanos. Ellos contaban con cohortes veteranas, esas que hacía poco habían doblegado a las legiones de Otón. Que [4] sean esclavos Siria, Asia y el Oriente acostumbrado a reyes. Todavía viven en la Galia muchos que han nacido antes de la imposición de tributos[72]. No hay duda de que con la aniquilación de Quintilio Varo[73] hacía poco se había desterrado la esclavitud de Germania, y en aquella guerra no se había desafiado al [5] príncipe Vitelio, sino al César Augusto. La naturaleza había concedido la libertad incluso a los animales irracionales, pero el valor era un bien propio de los hombres. Los dioses ayudaban a los más valientes. Por todo eso, ellos, libres, tendrían que lanzarse sobre los romanos, angustiados; ellos, frescos sobre los otros agotados. Mientras unos apoyaran a Vespasiano y otros a [6] Vitelio, el camino de en medio contra los dos quedaba expedito. De esta manera, Civil con sus ojos puestos en las

Galias y Germanias, amenazaba, si sus planes funcionaban, con llegar a ser el rey de las naciones más fuertes y ricas del mundo.

18. Por su parte, Hordeonio Flaco alimentó con su silencio las primeras intentonas de Civil. Pero, cuando los mensajeros, atemorizados, empezaron a traer noticias de la conquista de campamentos, de la destrucción de las cohortes y de la expulsión del nombre romano de la isla de los batavos[74], ordenó al legado Munio Luperco[75], que estaba al frente de un campamento de invierno con dos legiones[76], que saliera para enfrentarse al enemigo. Luperco envió precipitadamente a legionarios disponibles, a ubios de las cercanías[77] y a jinetes tréviros[78] que no andaban lejos de allí. Se añadió un escuadrón de batavos, que, aunque ya hacía tiempo había cometido traición, simulaba lealtad para traicionar a los romanos en plena batalla y obtener un mayor beneficio en su huida. Civil se hizo rodear de las enseñas [2] de las cohortes capturadas[79], con el fin de que sus soldados tuvieran ante sus ojos el reciente triunfo y el recuerdo de la derrota atemorizara a los enemigos. Ordenó a su propia madre y hermanas, así como a las esposas e hijos pequeños de todos que se colocaran en la retaguardia como acicate para la victoria o vergüenza para los derrotados[80]. Cuando sus filas resonaron con el [3] canto de los hombres y el aullido de las mujeres[81], las legiones y cohortes no respondieron de ninguna manera con igual griterío. El flanco izquierdo romano había quedado desprotegido con la huida del escuadrón batavo, hecho que se volvió inmediatamente en contra de nosotros. Con todo, los legionarios, pese a la crítica situación, conservaban el orden y las armas. Las tropas auxiliares de los ubios[82] y tréviros se dispersaron en vergonzosa fuga y anduvieron errantes por la llanura. Contra estas se lanzaron los germanos, intermedio que dio a las legiones la posibilidad de refugiarse en el campamento que tiene el nombre de Vetera[83]. El comandante del escuadrón batavo, [4] Claudio Labeón[84], estaba envuelto en una rencilla pueblerina con Civil. Como su muerte podía provocar resentimiento entre sus paisanos, o sembrar la discordia, si se le retenía allí, fue deportado a territorio de los frisios.

19. Por las mismas fechas a las cohortes de batavos[85] y canninefates que emprendían el camino hacia Roma por orden de Vitelio[86] les llegó un mensajero de parte de Civil. Tomaron de inmediato una actitud soberbia y agresiva, al tiempo que reclamaban una dieta para el camino, doble paga y un aumento del número de jinetes[87]. No había duda de que todos estos privilegios se los había prometido Vitelio, pero ellos los exigían [2] no para conseguirlos sino como pretexto para amotinarse. Más aún, Flaco con estas numerosas concesiones no había logrado otra cosa que el que le exigieran con

mayor ruido lo que sabían que se les iba a negar. Sin prestar atención alguna a Flaco se dirigieron a la Germania Inferior para unirse a Civil. Hordeonio convocó a tribunos y centuriones para consultarles sobre el empleo de la fuerza contra quienes se negaran a obedecer, pero debido a su cobardía natural y al miedo de sus oficiales, a quienes angustiaba la actitud ambigua de las tropas auxiliares y las legiones completadas con una leva precipitada, decidió mantener a los soldados dentro de los campamentos de invierno. Luego, arrepentido e influido por los mismos que antes le habían aconsejado lo contrario, escribió, como si tuviera la intención de seguirle, a Herennio Galo[88], legado de la legión I, que ocupaba Bonna[89], para que impidiera el paso a los batavos, prometiéndole que él iría con su ejército pisándole los talones. De hecho, los rebeldes podían haber sido aplastados, [3] si Hordeonio, por un lado, y Galo, por otro, hubieran movido sus tropas desde direcciones opuestas para cogerlos en medio. Pero Flaco abandonó su plan y en otra carta indicó a Galo que no molestara a los desertores en su retirada. De ahí se sembró la sospecha de que había estallado la guerra con la voluntad de los comandantes y que todo lo que había sucedido o se temía en el futuro no se debía a la indolencia de los soldados o el poderío de los enemigos, sino a la traición de los generales.

20. Los batavos, al acercarse al campamento de Bonna, enviaron por delante una delegación para exponer a Herennio Galo las reivindicaciones de sus cohortes. Ellos, venían a decir, no sostenían guerra alguna contra los romanos, por quienes habían luchado tantas veces. Estaban cansados de un servicio militar tan largo e improductivo y añoraban su patria y el retiro. Si nadie se oponía, continuarían el camino en paz, pero, si se les enfrentaban con las armas, se abrirían paso con las espadas. [2] Ante las dudas del legado, los soldados le empujaron a probar la suerte en el combate. Tres mil legionarios[90], algunas cohortes belgas sin instruir[91] junto con un número de paisanos y cantineros, cobardes aunque fanfarrones antes del peligro, se lanzaron por todas las puertas con la intención de rodear a los batavos, inferiores en número. Los batavos, veteranos en la milicia, se [3] apiñaron en cuñas[92] y cerraron filas por todas partes asegurando el frente, las espaldas y los flancos. Con esta formación rompieron las frágiles líneas de los nuestros. Al ceder los belgas[93], se hizo retroceder a la legión[94] y se dirigieron despavoridos a las rampas y las puertas. Allí se produjo un gran desastre: las fosas se colmaron de cadáveres y muchos perecieron no solamente por las heridas de la masacre, sino también por la avalancha y [4] sus propias armas. Los vencedores evitaron pasar por la Colonia Agripinense sin aventurarse a ningún enfrentamiento hostil en el resto del viaje. Se excusaban de la batalla de Bonna con el pretexto de que ellos habían buscado la paz y, al denegársela, les habían obligado a velar por sus propios intereses.

21. Con la llegada de las cohortes veteranas[95] Civil ya era el jefe de un ejército regular, pero todavía dudaba sobre sus planes y reflexionaba sobre la fortaleza de Roma. Entonces hizo que todos los hombres allí presentes juraran lealtad a Vespasiano y envió legados ante las dos legiones[96] que habían sido derrotadas en el combate anterior y se habían retirado a Vetera, con el fin [2] de que aceptaran el mismo juramento. La respuesta no se hizo esperar, espetándoles que ellos no seguían los consejos ni de traidores ni de enemigos. Vitelio, decían, era su emperador y por él mantendrían la lealtad y las armas hasta el último aliento. Por tanto, no correspondía a un tránsfuga batavo tratar los asuntos de Roma, sino esperar el castigo que merecía por su crimen. Cuando esta respuesta llegó a Civil, montó en cólera e hizo tomar las armas al pueblo entero de los batavos. Se les unieron los brúcteros y los téncteros[97], y mediante mensajeros se incitó a Germania al botín y a la gloria.

22. Ante estas amenazas de una guerra que surgía por todas partes, los comandantes de las legiones Munio Luperco y Numisio Rufo[98] empezaron a reforzar la empalizada y las cercas del campamento. Se destruyeron los edificios levantados durante una paz duradera y construidos a modo de municipio no lejos del campamento[99], con el objetivo de que no los pudieran usar los enemigos. Sin embargo, se tomaron pocas precauciones para abastecer el campamento y, en cambio, permitieron el saqueo. De ese modo, en pocos días de libertinaje se consumió lo que hubiera bastado para un largo período de escasez[100]. Civil [2] mandaba el centro de la formación con lo más granado de los batavos y ocupó ambas orillas del Rin con bandas de germanos, mientras la caballería galopaba por la llanura. Al mismo tiempo, las naves navegaban río arriba contra corriente. Los sitiados se sentían atónitos ante la doble cara de lo que era una guerra civil y una guerra exterior, pues, de un lado, estaban las enseñas de las cohortes veteranas y, de otro, las representaciones de fieras sacadas de sus selvas y bosques sagrados que estos [3] pueblos acostumbran a llevar al combate[101]. También aumentaba la esperanza de los sitiadores la amplitud de la empalizada, que, aunque destinada para dos legiones, apenas era defendida por cinco mil hombres armados[102], si bien, al romperse la paz, se había congregado allí una multitud de proveedores que ayudaban en la guerra.

23. Una parte del campamento[103] se elevaba sobre una suave colina y a la otra se accedía desde la parte llana. La verdad es que Augusto había creído que con aquellos campamentos de invierno se tendrían controladas y dominadas las Germanias. Nunca se había imaginado que se llegara a tal punto de desgracias como para que los germanos por propia iniciativa viniesen a atacar a nuestras legiones. De ahí que no se hubieran

realizado trabajos añadidos ni en el terreno ni en las fortificaciones: parecía [2] suficiente el poder de las armas. Los batavos y los pueblos del otro lado del Rin[104], a fin de exhibir con mayor claridad su valor por separado, formaron cada tribu por su cuenta, hostigando desde lejos. Luego, dado que la mayor parte de sus proyectiles se estrellaban inútilmente contra las torres y almenas de las murallas y desde arriba les herían con lanzamientos de piedras, dirigieron entre gritos un ataque contra la empalizada, la mayoría subiendo por las escalas que adosaron y otros trepando por la formación en tortuga de los suyos[105]. Y ya algunos estaban llegando arriba, cuando derribados a golpe de espada y otras armas sucumbieron bajo estacas y jabalinas: pueblos muy fieros al principio y desmedidos en el éxito. Pero entonces soportaban [3] también las adversidades por su ansia de botín. Incluso, hecho insólito en ellos[106], se atrevieron con las máquinas de guerra. No tenían ninguna pericia, pero desertores y prisioneros les enseñaron cómo ensamblar maderos a modo de puente o a empujarlos después tras colocarlos sobre ruedas, de tal manera que algunos subidos encima pudieran luchar como si lo hicieran desde un terraplén, mientras otros, ocultos dentro, pudieran socavar las murallas. Pero las piedras disparadas por las ballestas destrozaron aquel rudo artilugio. Y mientras preparaban cañizos [4] y manteletes, les dispararon desde máquinas de artillería lanzas incendiarias, siendo los propios asaltantes los que eran el blanco del fuego, hasta que, desesperando de la fuerza, cambiaron de táctica y decidieron esperar, pues no desconocían que dentro del campamento había alimentos para unos pocos días y una masa grande de no combatientes. Además, contaban con una traición a causa del hambre, con la voluble lealtad de los esclavos y con los imponderables de la guerra.

24. Entretanto Flaco, enterado del asedio del campamento, envió emisarios por la Galia para reclutar fuerzas auxiliares. Entregó un cuerpo escogido de legionarios[107] al comandante de la legión XXII Dilio Vócula[108], con órdenes de marchar lo más rápidamente posible a lo largo de la orilla del Rin, mientras el gobernador viajaba en barco aquejado de una enfermedad y odiado por los soldados. Y desde luego no se andaban con rodeos en sus críticas. Alegaban que se había permitido marchar de Mogontiaco a las cohortes bávaras, se había encubierto la intentona de Civil y se había ofrecido una alianza a los germanos. [2] Ni Primo Antonio ni Muciano, decían, habían contribuido más a la fortaleza de Vespasiano que Flaco. Se puede combatir abiertamente el odio declarado y las armas, pero la traición y el engaño están ocultos y por eso son inevitables. Civil plantaba cara a pie firme y formaba a sus tropas, mientras que Hordonio desde el lecho de su dormitorio solo daba órdenes que beneficiaban al enemigo: ¡tantas unidades armadas de hombres valientes estaban a las órdenes de la enfermedad de un solo anciano! Harían mejor con matar a un traidor y librarían su suerte y [3] valor

de ese nefasto agüero. Cuando se habían contagiado unos a otros con tales palabras, se enardecieron todavía más con una carta enviada por Vespasiano que Flaco, como no podía ocultarla, leyó ante la asamblea militar, y a quienes la habían traído los envió encadenados ante Vitelio.

25. Calmados así los ánimos, se llegó a Bonna a los cuarteles de la legión I[109]. Allí los soldados que se mostraban más hostiles echaban la culpa de la derrota[110] a Hordeonio. Por orden suya, decían, se había enfrentado el ejército a los batavos en la idea de que las legiones les seguirían desde Mogontiaco. Por su traición habían caído sin que hubiera llegado refuerzo alguno. Tal situación, mantenían, la ignoraban los demás ejércitos y no se había informado de ello al emperador[111], cuando esa sedición repentina pudo haberse sofocado con la intervención de tantas provincias. Hordeonio leyó al ejército copias de [2] todas las cartas que había enviado pidiendo ayuda a las Galias, Britania y las Hispanias, sentando un pésimo precedente de entregar las cartas a los aquilíferos[112] de las legiones, pues las leían antes a los soldados que a sus jefes. Entonces ordenó el arresto de uno de los sediciosos, más por ejercer su autoridad que porque un solo hombre fuera el culpable. El ejército se trasladó [3] de Bonna a la Colonia Agripinense, mientras afluían tropas auxiliares de los galos[113], quienes al principio apoyaban con energía la causa romana, pero, después, cuando aumentó la fuerza de los germanos, la mayoría de las ciudades tomaron las armas contra nosotros con esperanzas de libertad y con la ambición de formar un imperio, una vez que se hubieran sacudido la esclavitud. Seguía aumentando el resentimiento de las legiones[114], [4] sin que el arresto de un único soldado les hubiera intimidado. Además, este mismo soldado llegaba a acusar de complicidad al general, alegando que había actuado de intermediario entre Civil y Flaco y se le estaba incriminando con una acusación falsa porque era testigo de la verdad. Vócula, con admirable entereza, subió a la tribuna y ordenó que apresaran y llevaran a la ejecución al soldado que no dejaba de vociferar. Y mientras los malvados empezaban a temblar, los mejores ejecutaban las órdenes. Luego, al reclamar de común acuerdo a Vócula como su jefe, Flaco le confió todo el mando[115].

26. Sin embargo, había muchos hechos que exasperaban a aquellos ánimos rebeldes. La paga y la alimentación eran escasas, y las Galias se negaban tanto al reclutamiento como a los impuestos. Debido a una sequía inusual por estas latitudes, el Rin era apenas navegable y el abastecimiento estaba restringido. Se habían emplazado guarniciones por toda la orilla para impedir que los germanos lo vadearan, pero por esa misma razón [2] había menos provisiones y más gente para comer. Entre la gente inculta la escasez de agua se interpretaba como algo siniestro, como si también los ríos, las viejas defensas del

imperio, nos estuvieran abandonando. Lo que en tiempos de paz se atribuía al azar o a la naturaleza, entonces se llamaba destino fatal y cólera [3] divina. Al entrar en Novesio[116], se les unió la legión XVI[117]. El comandante Herennio Galo[118] fue nombrado adjunto de Vócula para asumir parte de sus responsabilidades. No se atrevieron a dirigirse hacia el enemigo, sino que levantaron el campamento en un lugar llamado Gelduba[119]. Allí entrenaban a los soldados con ejercicios de instrucción de combate, fortificación y vallado y demás maniobras de guerra. Y con el fin de que la moral subiese con el botín, se llevó al ejército de Vócula a las aldeas cercanas de los cugernos[120] que se habían aliado con Civil, mientras que una parte de las tropas permaneció con Herennio Galo.

27. Un día sucedió que no lejos del campamento encalló en los vados una nave cargada de trigo y los germanos intentaban arrastrarla a su orilla. Galo no estaba dispuesto a permitirlo y envió una cohorte a rescatar la nave. También aumentó el número de germanos y, al sumarse poco a poco refuerzos, se llegó a un combate regular. Los germanos se apoderaron de la nave en medio de una gran matanza de los nuestros. Los vencidos, [2] cosa que ya se había convertido en una costumbre, echaban la culpa no a su propia cobardía, sino a la traición de su comandante. Lo sacaron a rastras de su tienda, le rasgaron las vestiduras, llenaron su cuerpo de latigazos y le conminaron a confesar cuánto le habían pagado para traicionar al ejército y cuáles eran sus cómplices. La rabia se volvió contra Hordeonio. A este[121] lo señalaron como el instigador de la traición, a aquel como su ejecutor, hasta que el mismo Galo, aterrado por las amenazas de muerte, acabó por acusar a Hordeonio de traición. Lo encadenaron y solo fue liberado con la llegada de Vócula. Al día siguiente [3] este dio muerte a los responsables del motín: tan diferentes ejemplos de libertinaje y sumisión ofrecía el ejército. No hay duda de que los soldados rasos eran leales a Vitelio, mientras que los oficiales de mayor rango se inclinaban por Vespasiano. Eso explicaba la sucesión de crímenes y ejecuciones y esa combinación de furia y sumisión, hasta el punto de que no se podía controlar a quienes se podía castigar.

28. Por el contrario, Germania entera respaldaba a Civil con inmensos refuerzos, una vez que la alianza había sido sellada con intercambio de rehenes ilustres. Civil ordenó a los pueblos cercanos que saquearan a los ubios y tréviros y que otra fuerza atravesara el río Mosa para golpear a los menapios, morinos, pueblos del extremo norte de las Galias[122]. En ambos frentes se obtuvo botín, de manera más severa en el caso de los ubios[123], porque, siendo un pueblo de origen germánico, había abjurado [2] de su patria para tomar el nombre romano de Agripinenses[124]. Sus cohortes fueron destrozadas

en la aldea de Marcoduro[125], donde andaban despreocupados por hallarse lejos de la orilla. Tampoco los ubios se quedaron tranquilos sin buscar botín en Germania, al principio con impunidad, pero luego fueron cercados, y de hecho, durante toda esta guerra, su lealtad fue superior [3] a su suerte. Aplastados los ubios, Civil se convirtió en un rival más serio y más fiero con el éxito. Estrechaba el cerco de las legiones con las guardias en alerta, para que ningún mensajero secreto con noticias de la llegada de refuerzos pudiera saltar las líneas. Encomendó a los batavos la maquinaria bélica y las operaciones pesadas. A las fuerzas del otro lado del Rin que pedían combate les ordenó abrir una brecha en la empalizada y, cuando fueran rechazados, se reintegraran al combate, pues sobraba tropa y las bajas serían fáciles de asumir.

29. Ni siquiera la noche puso un final a las fatigas. Los asaltantes apilaron leños de los alrededores y formaron una fogata, mientras banqueteaban. Y en la medida en que cada cual se iba calentando con el vino, se lanzaban a la lucha con imprudente temeridad. En efecto, sus proyectiles no surtían efecto en la oscuridad. Los romanos, en cambio, veían con claridad las líneas de los bárbaros y dirigían sus golpes contra los que brillaban por su osadía o sus condecoraciones. Cuando Civil se dio cuenta [2] de la situación, ordenó apagar el fuego y sumirlo todo en una confusión de oscuridad y combate. Entonces se sucedieron gritos disonantes, encuentros indecisos, sin que fuera posible prever cómo acertar o esquivar los golpes. Donde surgía un griterío, allí se arracimaban los cuerpos y extendían sus brazos: de nada servía el valor, todo lo confundía el azar y los valientes caían a menudo bajo las armas de los cobardes. La furia de los [3] germanos era irracional; los romanos, en cambio, conscientes del peligro, no lanzaban al azar los venablos de hierro y piedras pesadas. Cuando el ruido de los zapadores o la colocación de las escalas en los muros les ponían al enemigo a su alcance, los empujaban con el escudo y los seguían con las jabalinas. Llegaron a acuchillar con puñales a muchos atacantes que conseguían escalar las murallas. Agotada así la noche, el día dio paso a nuevos combates.

30. Los batavos habían levantado una torre[126] con dos plataformas que acercaron a la puerta pretoria[127], por donde el terreno era más llano. Los defensores movieron contra ella grandes postes y la golpearon con vigas hasta quebrarla en medio de una gran mortandad de los que estaban subidos en ella, al tiempo que se luchaba contra los desorganizados enemigos mediante una salida repentina coronada por el éxito. Al mismo tiempo, los legionarios, superiores en experiencia y técnica, se pusieron [2] a construir más maquinaria de guerra. Un miedo especial produjo una máquina equilibrada y suspendida sobre ellos, la cual, al bajar de repente, alzaba por los aires a uno o más

enemigos ante los ojos de sus compañeros y, después de girar la carga, la depositaba dentro del campamento[128]. Civil perdió la fe en el asalto y comenzó de nuevo un asedio tranquilo intentando minar la lealtad de las legiones con mensajes y promesas.

31. Estos fueron los sucesos de Germania antes de la batalla de Cremona[129], de cuyo resultado informó una carta de Primo Antonio[130] que adjuntaba un edicto de Cécina. Un comandante de la cohorte de los vencidos, Alpinio Montano[131], atestiguó en persona la suerte de su bando. Las reacciones fueron dispares ante la noticia. Las tropas auxiliares de la Galia[132], que no tenían simpatías ni odios por los bandos contendientes y prestaban servicio sin entusiasmo, abandonaron rápidamente a Vitelio a instancias de sus comandantes, mientras que los soldados [2] veteranos se mantenían dubitativos. Sin embargo, ante el requerimiento de Hordeonio y la presión de los tribunos, prestaron juramento sin demasiada firmeza ni en sus gestos ni en sus corazones, y, al pronunciar el resto de las palabras del juramento, pasaban por el nombre de Vespasiano con titubeos o con un suave murmullo y, la mayoría, en silencio.

32. Luego, se leyó ante la asamblea la carta de Antonio a Civil que levantó las sospechas de los soldados, pues parecía escrita a un compañero de partido y se refería en términos hostiles al ejército de Germania. Más tarde, cuando llegaron al campamento de Gelduba, se repitieron las mismas palabras y los mismos actos, y se envió a Montano con instrucciones de que Civil debía abandonar las hostilidades y no enmascarar una agresión exterior con falsos pretextos. Si había pretendido ayudar a Vespasiano, sus esfuerzos ya habían sido más que suficientes. Al principio, Civil le respondió con astucia, pero cuando [2] comprendió que Montano era un hombre de carácter impetuoso y dispuesto a las revueltas, empezó a lamentarse de los peligros que durante veinticinco años había arrostrado en los campamentos romanos. «Estupenda recompensa he recibido —le dijo — por mis sacrificios, el asesinato de mi hermano[133], mi prisión y los crueles gritos de este ejército exigiendo mi ejecución, por lo cual reclamo su castigo de acuerdo con el derecho de gentes. En cambio, vosotros, tréviros y demás almas de esclavos, ¿qué premio esperáis por la sangre derramada tantas veces si no es una ingrata milicia, impuestos sin fin, azotes, hachas de ejecución y las ocurrencias de vuestros amos? Mira, [3] yo, el comandante de una sola cohorte, y los canninefates y batavos, exigua porción de las Galias, o hemos destruido aquellos vastos e inútiles recintos del campamento o los tenemos cercados con las armas y el hambre. Y, para terminar, si nos aventuramos, ganaremos la libertad o, si somos vencidos, quedaremos como antes». Con estas palabras despidió a un enardecido Montano, aunque le ordenó que entregara un informe más suavizado. Montano regresó como si la misión hubiera fracasado, ocultando lo

demás, que trascendió más tarde.

33. Civil se quedó con una parte de las tropas y envió contra Vócula y su ejército a las cohortes veteranas y los germanos más dispuestos al mando de Julio Máximo y Claudio Víctor, hijo de su hermana. Por el camino saquearon los cuarteles de invierno del regimiento de caballería situados en Asciburgio[134], y cayeron tan repentinamente sobre el campamento[135] que Vócula no pudo ni dirigirse a sus hombres ni desplegarlos para la batalla. Todo lo que pudo hacer en medio del tumulto fue aconsejarles que se hicieran fuertes en el centro con los legionarios, mientras que las tropas auxiliares se dispersaban por todos lados.[2] La caballería lanzó una carga, pero fue recibida por los enemigos bien ordenados y tuvieron que volver grupas junto a los suyos. A partir de ahí, se produjo una carnicería, no una batalla. Las cohortes de nervios[136], por miedo o deslealtad dejaron al desnudo los flancos de los nuestros, de modo que el ataque llegó hasta las legiones, las cuales, tras perder las enseñas, eran aplastadas dentro de la empalizada, pero, de pronto, con la [3] llegada de nuevos refuerzos, cambió la suerte de la lucha. Unas cohortes de váscones[137], que, reclutadas por Galba, se les había hecho venir por entonces, se estaban acercando al campamento, cuando oyeron el griterío de los contendientes. Atacaron por la espalda a los enemigos atentos a otra parte y provocaron un pánico desproporcionado a su número, pues se creyó que habían llegado las tropas al completo, unos de Novesio y otros de Mogontiaco[138]. Tal error infundió moral en los nuestros, pues, al confiar en las fuerzas ajenas, recuperaron las propias. Fueron [4] destrozados los combatientes más valientes de los batavos con toda su infantería; la caballería escapó con las enseñas y los prisioneros capturados en el combate inicial. Aquel día cayó en nuestro lado un mayor número de combatientes, pero eran los menos preparados para la guerra; los germanos, en cambio, perdieron lo más granado de sus tropas.

34. Los comandantes de ambos bandos[139] tuvieron la misma responsabilidad: merecieron las derrotas y no estuvieron a la altura de los éxitos. En efecto, Civil, si hubiera formado para la batalla con más efectivos, no habría podido ser rodeado por tan pocas cohortes, sino que habría irrumpido y destruido el campamento romano. Vócula, por su parte, no se informó de la llegada del enemigo y por ello fue vencido tan pronto como salió; después, con poca fe en la victoria, tras desperdiciar algunos días, movió el campamento hacia el enemigo. Pero, si se hubiera dado prisa por contraatacar de inmediato y seguir el curso de los acontecimientos, hubiera podido romper con ese mismo ataque el asedio de las legiones. Entretanto, Civil había probado la [2] moral de los sitiados[140], creando la impresión de que los romanos estaban perdidos y que la victoria se había decantado de su lado. Desfilaban con las enseñas y estandartes e incluso

se exhibía a los prisioneros. Uno de ellos, que en una acción heroica descubrió a viva voz la realidad de los hechos, fue acribillado allí por los germanos, lo cual dio más verosimilitud a su información. Al mismo tiempo, por la devastación y el incendio de las granjas ardiendo, se deducía que se estaba acercando el ejército [3] vencedor. A la vista del campamento, Vócula ordenó detenerse y rodear la posición con una fosa y una empalizada, pues, dejados allí los petates y bagajes, combatirían sin estorbos. Entonces, se levantó un griterío contra el general exigiendo luchar, pues de hecho la amenaza se había convertido en una costumbre. Sin tomarse siquiera el tiempo necesario para formar las líneas, en desorden y agotados se lanzaron al combate. Y, en efecto, allí estaba Civil, quien confiaba tanto en los defectos de [4] los enemigos como en el valor de los suyos. Varia fue la suerte de los romanos, pero los más sediciosos resultaron ser los más cobardes. Algunos, que se acordaban de la victoria reciente, mantenían la posición, producían heridas en el enemigo, se daban ánimos entre ellos y los más cercanos. Cuando recompusieron la formación, tendían las manos a los sitiados suplicándoles que no perdieran su oportunidad. Estos que veían todo desde las [5] murallas se lanzaron por todas las puertas. Quiso la fortuna que Civil cayese al resbalar su caballo y entonces por los dos ejércitos se extendió el rumor de que Civil estaba herido o muerto. Es increíble el pánico tan grande que cundió entre los suyos y qué entusiasmo entre los enemigos. Pero Vócula, en vez de lanzarse a perseguir a los fugitivos, se puso a reforzar la empalizada y las torres del campamento[141], como si el asedio se fuera a reiniciar pronto. Después de desaprovechar tantas veces la victoria, se sospechaba no sin razón que prefería la guerra a la paz.

35. Nada agobiaba tanto más a nuestras tropas como la escasez de provisiones. Se enviaron a Novesio los bagajes de las legiones con un tropel de no combatientes, a fin de transportar el trigo desde allí por vía terrestre, pues el enemigo controlaba el río. El primer convoy avanzó sin problemas, pues Civil no se [2] había recuperado lo suficiente. Cuando se enteró de que de nuevo se habían enviado a Novesio abastecedores de trigo y de que las cohortes asignadas como escolta marchaban como si estuvieran en plena paz, de que había pocos soldados junto a las enseñas, de que las armas permanecían en los carruajes y de que todos andaban dispersos a causa de su indisciplina, lanzó un ataque con sus tropas en formación, después de enviar por delante partidas para bloquear los puentes y caminos estrechos. Se luchó en un frente amplio y el combate se mantuvo indeciso, hasta que la noche puso fin a la lucha. Las cohortes se dirigieron a Gelduba, donde [3] el campamento permanecía como antes, defendido por los soldados allí apostados. No había duda de los peligros que tendrían que correr en su regreso aquellos porteadores cargados y hostigados. Vócula añadió a su ejército mil hombres escogidos de las legiones V y XV sitiadas junto a Vetera[142], soldados indomables y hostiles a sus jefes.

Partieron más hombres de lo que se había [4] ordenado y durante la marcha iban murmurando abiertamente que no tenían la intención de soportar más hambre y de aguantar las mentiras de sus comandantes. Por el contrario, quienes habían quedado atrás se quejaban de que se les había abandonado y traicionado con la retirada de una parte de las legiones. Tal fue el origen de un doble motín, pues unos pedían que Vócula regresara al campamento, mientras otros se negaban a que lo hiciera.

36. Entretanto, Civil puso cerco a Vetera, mientras Vócula se retiró a Gelduba y de allí a Novesio. Civil tomó Gelduba y después luchó con éxito no lejos de Novesio en un enfrentamiento ecuestre. Con todo, los éxitos no eran menos eficaces que las victorias para incitar a las tropas a acabar con de sus jefes. Y las legiones que aumentaron sus efectivos con la llegada de los legionarios de la V y XV[143], empezaron a exigir pagas extraordinarias al enterarse de que Vitelio había enviado dinero. [2] Y Hordeonio, sin dudarlo mucho tiempo, se lo dio en nombre de Vespasiano y eso fue principalmente lo que fomentó la sedición. Los soldados, entregados a la buena vida, festines y conciliábulos nocturnos, avivaron su antiguo resentimiento contra Hordeonio. Y, sin que ninguno de los legados y tribunos lo impidiera (la noche sin duda había eliminado todo freno), lo arrastraron desde su alcoba y lo mataron. Lo mismo estaba reservado para Vócula, pero se disfrazó con ropas de esclavo y logró escaparse en la oscuridad de la noche[144].

37. Cuando, calmados los ánimos, volvió el miedo, enviaron centuriones con cartas a las ciudades de las Galias para solicitar refuerzos y dinero. Ellos, con la precipitación, el miedo y la cobardía que caracterizan a una masa sin un líder[145], tomaron las armas alocadamente a la llegada de Civil y las abandonaron al [2] instante para emprender la fuga. La adversidad dio paso a la discordia, pues las tropas que venían del ejército de la Germania Superior[146] hicieron causa aparte. Con todo, se repusieron las estatuas de Vitelio en los campamentos y ciudades cercanas de los belgas, aunque Vitelio ya estaba muerto[147]. Después, se arrepintieron los legionarios de la I, la IV y la XXII[148], siguieron a Vócula y, tras renovar el juramento a favor de Vespasiano, se encaminaron a levantar el asedio de Mogontiaco. Los sitiadores, [3] un ejército mixto de catos, usipos y matiacos[149], se habían retirado hartos de botín y no sin sangre, pues nuestros soldados les habían atacado por el camino cuando estaban dispersos y desprevenidos. Además, los tréviros levantaron almenas y murallas a lo largo de su territorio, enfrentándose a los germanos con grandes descalabros en ambas partes. Su posterior rebelión manchó sus extraordinarios servicios prestados al pueblo romano.

Roma a comienzos del año 70 d. C.[150]

38. Entretanto Vespasiano, por segunda vez, y Tito, ausentes, iniciaron[151] el consulado, al tiempo que Roma se encontraba deprimida y angustiada por temores de todo tipo. Aparte de las calamidades que la amenazaban, echó sobre sí la falsa alarma de que África se había sublevado a instigación de L. Pisón[152]. Este se encontraba [2] al mando de la provincia y se encontraba muy lejos de tener un carácter rebelde. Pero, como la inclemencia del invierno impedía la navegación, la gente, que solía comprar los alimentos cada día y cuya única preocupación por el Estado se centraba en el abastecimiento de grano[153], temía y creía por eso que los puertos estaban cerrados y los suministros bloqueados. Los rumores los multiplicaban los vitelianos, quienes todavía no habían abandonado sus banderías. Tal rumor tampoco desagradaba a los vencedores, cuyas ambiciones, no colmadas tampoco en las guerras del extranjero, nunca pudo satisfacer ninguna victoria en una guerra civil.

39. El primero de enero, en la sesión del Senado[154] que había convocado el pretor urbano Julio Frontino[155], se aprobaron decretos de felicitación y agradecimiento a oficiales, ejércitos y reyes vasallos. Se privó de la pretura a Tetio Juliano[156] aparentemente por haber abandonado a la legión cuando esta se pasó a Vespasiano, pero en realidad era para transferir el cargo a [2] Plocio Gripo[157]. Hormo recibió el rango de caballero[158]. Y luego, tras la dimisión de Frontino, César Domiciano se hizo cargo de la pretura. Su nombre encabezaba las cartas y edictos, pero el poder estaba en manos de Muciano, dejando aparte las numerosas medidas que Domiciano se aventuraba a tomar por instigación de sus amigos o por su propio capricho. Pero la gran [3] amenaza para Muciano procedía de Primo Antonio y Varo Arrio[159]. Enaltecidos recientemente por la fama de sus logros y el respaldo de los soldados, el pueblo también los aclamaba. Esto se debía a que, fuera del campo de batalla, no habían cometido ningún acto de violencia contra nadie. También corría la voz de que Antonio había animado a Escriboniano Craso[160], que brillaba por sus ilustres antepasados y por la memoria de su hermano, a asumir el control del Estado. No le hubiera faltado el apoyo de un buen número de hombres, pero Escriboniano se negó, pues no era proclive a dejarse sobornar ni siquiera con garantías y se mostraba temeroso ante propuestas inseguras. [4] Así pues, Muciano, puesto que no podía aplastar abiertamente a Antonio, lo colmó de alabanzas en el Senado y lo abrumó con promesas confidenciales, proponiéndole Hispania Citerior[161], vacante tras la marcha de Cluvio Rufo. También distribuyó generosamente entre sus amigos tribunados y prefecturas. Después, cuando le había llenado la mente de vanas esperanzas

y ambiciones, eliminó sus fuerzas enviando a los campamentos de invierno a la legión VII[162], que profesaba un amor enorme hacia Antonio, y devolviendo a Siria a la legión III[163], una tropa estrechamente relacionada con Arrio Varo. Una parte del ejército se encontraba de camino hacia las Germanias[164]. De esta forma, liberada de cualquier elemento perturbador, Roma recobró su aspecto normal, sus leyes y las funciones de los magistrados.

40. El día en que Domiciano entró en el Senado[165] habló breve y discretamente sobre la ausencia de su padre y de su hermano, así como de su propia juventud. Y lo hizo con compostura y, como todavía no se conocía su carácter, sus frecuentes rubores se tomaban como prueba de su modestia[166]. Cuando el príncipe consultó sobre la rehabilitación de la dignidad de Galba[167], Curcio Montano[168] propuso que también se honrara la memoria de Pisón. Los senadores aprobaron ambas [2] propuestas, aunque la de Pisón quedó en nada. Luego se eligieron por sorteo una comisión encargada de devolver las propiedades robadas durante la guerra y otra para estudiar y promulgar las tablas de bronce que contenían los textos legales y que se habían destruido con el paso del tiempo[169], para expurgar el calendario oficial desfigurado por la adulación de la época[170] y para imponer restricciones al gasto público[171]. Se devolvió la pretura a Tetio Juliano, una vez que se supo que había buscado refugio al lado de Vespasiano, mientras que Gripo se mantuvo en su cargo[172]. A continuación se decidió [3] reabrir el caso entre Musonio Rufo y Publio Céler[173]. Se condenó a Publio y se dio satisfacción a los manes de Sorano[174]. A aquella jornada marcada por el rigor público tampoco le faltaron distinciones personales. Con Musonio se creía que se había actuado con estricta justicia, pero las opiniones diferían a propósito de Demetrio, filósofo cínico[175], pues había defendido a un culpable manifiesto con más ambición que honradez. En cuanto a Publio ni su talante ni su discurso le ayudaron nada en aquel momento de peligro. Ahora que se había dado la señal de venganza contra los delatores, Junio Máurico[176] solicitó al César[177] que pusiera a disposición del Senado los archivos imperiales para que se conociera a quiénes habían denunciado cada uno de los delatores. Domiciano replicó que en un asunto de tanta importancia debía consultar al emperador[178].

41. Por iniciativa de los miembros más notables el Senado se sometió a un juramento[179], por el que todos los magistrados a porfía y demás senadores, conforme les llegaba su turno de palabra, ponían a los dioses por testigos de que no habían cometido ninguna acción que pudiera haber perjudicado a nadie ni habían percibido recompensa o cargo alguno a cambio de la desgracia de ciudadanos romanos. Los senadores que tenían

conciencia de su infamia se ponían a temblar y cambiaban las palabras del juramento [2] con argucias diversas. Los senadores aplaudían a quienes juraban honestamente y abucheaban a los perjuros y esta especie de censura recayó con especial severidad sobre Sarioleno Vócula, Nonio Atiano y Cestio Severo[180], quienes se habían hecho famosos por sus delaciones en tiempos de Nerón. Sarioleno tenía que enfrentarse además a la acusación reciente de que había [3] seguido maquinando lo mismo en tiempos de Vitelio. Y los senadores no dejaron de señalarle con sus manos hasta que abandonó la cámara. Luego pasaron su atención a Pacio Africano[181], a quien también lo acosaban acusándolo de que había señalado ante Nerón para su ruina a los hermanos Escribonios[182], célebres por su estrecha unión y por sus riquezas. Africano ni se atrevía a reconocerlo ni podía negarlo. Pero volviéndose contra Vibio Crispo[183] que lo estaba acosando a preguntas, lo implicó en delitos que no tenían defensa posible, con lo que eludió la indignación del Senado creando una complicidad en sus crímenes.

42. Aquel día Vipstano Mesala[184] se ganó una gran fama por su lealtad y elocuencia. Sin tener todavía edad para entrar en el Senado[185], se atrevió a interceder a favor de su hermano Aquilio Régulo[186]. La ruina de las familias de los Crasos[187] y de Órfito[188] había provocado un profundo odio contra Régulo. Parecía que, siendo tan joven, se había encargado de la acusación voluntariamente no para salvar su propia piel sino con la esperanza de ganar poder. Además, la esposa de Craso, Sulpicia Pretextata[189], y sus cuatro hijos estaban allí para pedir venganza si el Senado abría el caso. Lo cierto es que Mesala no respondía a la acusación [2] ni defendía al acusado, pero al salir personalmente en socorro de su hermano en peligro había impresionado a algunos de los senadores. Curcio Montano se encargó de la réplica con un discurso Implacable[190], llegando al extremo de acusar a Régulo de que, tras el asesinato de Galba, había dado dinero al ejecutor de Pisón [3] y había atacado la cabeza de Pisón a mordiscos[191]. «Esa acción, desde luego, no te obligó a llevarla a cabo Nerón ni compraste tu honor o seguridad con tamaña salvajada. Aceptemos sin duda las excusas de quienes prefirieron perder a otros que correr riesgos ellos mismos. Pero en tu caso el destierro de tu padre, el reparto de los bienes entre los acreedores y tu edad todavía no apta para asumir cargos te habían dejado a salvo y nada había que Nerón [4] pudiera desear de ti, nada que pudiera temer. Por sed de sangre y ansia de recompensas manchaste con asesinatos de nobles tu capacidad intelectual, entonces todavía desconocida y sin experiencia en la defensa de nadie. Del cadáver del Estado robaste los despojos consulares[192], te cebaste con siete millones de sestercios y con tu reluciente vestimenta de sacerdote envolvías en la misma ruina a niños inocentes, ancianos distinguidos o damas nobles, al tiempo que

reprochabas a Nerón su falta de energía, pues lo molestaban a él y a los delatores[193] atacando a las familias una por una, cuando se podía arruinar al Senado entero con una sola palabra[194]. [5] Conservad, senadores, y proteged a un hombre de consejos tan expeditivos, para que toda nuestra generación aprenda y los jóvenes imiten a Régulo, como nuestros mayores lo hicieron con Marcelo o Crispo. La maldad, incluso cuando fracasa, encuentra seguidores: ¿qué decir si florece y se hace fuerte? Y si no nos atrevemos a enfrentarnos a quien es todavía un excuestor, ¿nos atreveremos cuando haya sido pretor y cónsul? ¿Es que creéis que Nerón ha sido el último tirano? Eso mismo pensaban quienes sobrevivieron a Tiberio y a Gayo, hasta que luego surgió otro más detestable y cruel. No abrigamos ningún temor con Vespasiano: [6] esa sí es la edad de un príncipe, esa sí es la moderación[195]. Pero los ejemplos duran más que las costumbres[196]. Hemos perdido vigor, senadores, y ya no somos aquel Senado que, tras la muerte de Nerón, exigía el castigo de los delatores y sus cómplices según la costumbre de nuestros antepasados[197]. Tras un mal príncipe, el primer día es el mejor».

43. El Senado escuchó el discurso de Montano con tal asentimiento, que Helvidio[198] concibió la esperanza de que incluso se podría arruinar a Marcelo. Así que inició su discurso con un elogio de Cluvio Rufo[199], que era muy rico y excelente orador, y nunca había puesto en peligro a nadie en la época de Nerón. Luego, se puso a presionar a Eprio con acusaciones y con el ejemplo citado, provocando el entusiasmo de los senadores. [2] Cuando Marcelo se dio cuenta de la maniobra, haciendo como que se marchaba del Senado, espetó: «Nos vamos, Prisco[200], y te dejamos con tu Senado. Puedes hacer de rey ante la presencia del César». Le siguió Vibio Crispo, los dos furiosos, pero con gestos diferentes: Marcelo con ojos amenazadores, Crispo socarrón[201], hasta que acudieron corriendo sus amigos y les hicieron volver. Al ir subiendo de tono la disputa y dado que una mayoría de buenos y una minoría de poderosos se enfrentaban con odios implacables, transcurrió la jornada en medio de aquella discordia.

44. La siguiente sesión del Senado[202] la abrió Domiciano insistiendo en la necesidad de acabar con el resentimiento, el odio y las imposiciones[203] del pasado. Muciano intervino prolijamente a favor de los delatores. Al mismo tiempo, advertía en tono suave y como de ruego a quienes reabrían acciones legales para abandonarlas después. Los senadores renunciaron a aquella libertad recién estrenada, tan pronto como se encontraron con una oposición. [2] Muciano, para que no diera la impresión de que se despreciaba la opinión del Senado y se dejaban impunes todos los crímenes cometidos en la época de Nerón, devolvió a Octavio Sagita y a Antistio Sosiano[204], de rango senatorial,

al exilio en las mismas islas de donde habían escapado. Octavio había mantenido una relación indecorosa con Poncia Postumina[205] forzándola y al no aceptar ella el matrimonio la mató al ver su amor imposible[206]. Sosiano, de costumbres depravadas, había causado la ruina de muchas personas. Los dos habían sido condenados y enviados [3] al destierro por un riguroso decreto del Senado y, aunque a otros se había permitido volver, a ellos se les confirmó la misma pena. Esto, sin embargo, influyó poco para suavizar el resentimiento contra Muciano. Después de todo, Sosiano y Sagita significaban poco, aunque regresaran. Lo que se temía de verdad era el talento de los delatores, su riqueza y el poder ejercido con malas artes.

45. Un proceso instruido en el Senado según las costumbres antiguas sirvió para acercar durante un tiempo los sentimientos contrarios de los senadores. El senador Manlio Patruito[207] presentó la queja de haber sido golpeado en la colonia de Siena en una reunión de mucha gente y por orden de los magistrados. Y el agravio no había acabado ahí. Habían organizado ante sus narices llantos, lamentos y retratos como se hace en las honras fúnebres junto con ultrajes e insultos que se dirigían contra el Senado en su totalidad[208]. Se citó a los imputados y, celebrada [2] la vista oral, se castigó a los convictos. Además se promulgó un decreto del Senado por el que se recomendaba a la plebe de Siena[209] que supiera comportarse. Por las mismas fechas, Antonio Flamma[210] ante la acusación de los habitantes de Cirene fue condenado según la ley contra la concusión[211] y enviado al destierro por crueldad.

46. En medio de estos sucesos estuvo casi a punto de estallar un motín. Los pretorianos licenciados por Vitelio[212], que se habían agregado al bando de Vespasiano, pedían que se les reincorporara en el servicio de las cohortes pretorianas, mientras que los legionarios seleccionados para el mismo destino exigían la paga prometida[213]. Y no era posible deshacerse de la guardia viteliana sin un gran baño de sangre[214]. Pero el coste de mantener una fuerza tan grande de hombres tendría que ser [2] enorme. Muciano entró en el campamento para hacer una estimación más correcta de las pagas que correspondían a cada cual, y formó a los victoriosos flavianos con sus armas y condecoraciones, dejando un espacio pequeño entre ellos. Después, a los vitelianos, tanto a los que dijimos que se habían rendido en Bovillae[215] como a los demás[216], recogidos por Roma y sus suburbios, se les hizo comparecer casi a pecho descubierto. Muciano ordenó apartarlos y colocar por separado a los soldados de Germania, Britania y a los procedentes de otros ejércitos. En [3] un primer momento aquella imagen los había dejado atónitos, pues en la parte opuesta veían lo que parecía un ejército que les

amenazaba con armamento ofensivo y defensivo, mientras ellos estaban rodeados, desnudos y desfigurados por la mugre. Pero cuando se empezó a separarlos de un lado para otro, el miedo se apoderó de todos y especialmente de los soldados germanos, pues pensaban que con tal separación se les destinaba a la muerte. Empezaron a estrechar sus pechos con sus compañeros de filas, se entrelazaban las nucas con sus manos, se daban los últimos besos, suplicándoles que nos los dejaran solos ni permitieran que corrieran una suerte diferente cuando su causa había sido la misma. En sus ruegos ponían por testigos ya a Muciano, ya al príncipe ausente y finalmente al cielo y a los dioses, hasta que Muciano se dirigió a todos ellos como soldados con el mismo juramento y el mismo emperador, con lo que disipó aquel miedo sin fundamento. Y, en efecto, incluso el ejército vencedor apoyaba con su griterío sus lágrimas de súplica. Así acabó el asunto por aquel día. Pocos días después acogieron [4] una alocución de Domiciano con la confianza ya recobrada. Ahora rechazaban las tierras que se les ofrecía y exigían las pagas. Se trataba de súplicas, pero no se les podía contradecir, por lo que fueron admitidos en la guardia pretoriana. Más tarde, a los que habían cumplido la edad y años de servicio reglamentarios[217] se les licenció con honores, mientras que otros lo fueron como castigo, pero por separado y uno a uno, que es el método más seguro para hacer morir el consenso de una multitud.

47. Por lo demás, ya fuera porque había una auténtica necesidad o se quisiera aparentar que la había, se decidió en el Senado que se tomara en préstamo de los particulares deuda pública por valor de sesenta millones de sestercios[218]. Se puso al frente de tal operación a Pompeyo Silvano[219]. No pasó mucho tiempo antes de que desapareciera la necesidad o se dejara de simularla. Luego, Domiciano propuso una ley por la que quedaban anulados los consulados que Vitelio había concedido[220] y se decretó un funeral de Estado en honor de Flavio Sabino[221], señal extraordinaria de la inestable fortuna que confunde lo más alto con lo más bajo.

África

48. Por aquella misma época fue asesinado el procónsul L. Pisón[222]. Podré dar explicaciones de esta muerte de la manera más objetiva posible si me remonto más atrás para recordar brevemente sus antecedentes, que no son ajenos a las causas de tales crímenes. La legión que había en África y las tropas auxiliares[223] destinadas a defender las fronteras del imperio obedecían a un procónsul durante los reinados de Augusto y Tiberio. Más tarde, Gayo César[224], de carácter retorcido y temeroso de Marco Silano[225]

que controlaba África, quitó la legión al procónsul para entregarla a un comandante militar enviado a tal efecto. El cupo de ascensos se repartió [2] por igual entre los dos, pero al interferirse las órdenes de cada uno de ellos el desacuerdo estaba servido y aumentado por una malsana competitividad. Creció el poder de los legados debido a la duración de su cargo[226] o también porque los inferiores tienen mayor interés en superar a los superiores, mientras que los procónsules más brillantes andaban más preocupados por la seguridad que por las intrigas del poder.

49. Pero por entonces la legión de África estaba al mando de Valerio Festo[227], joven dado al lujo, ambicioso y angustiado a causa su parentesco con Vitelio. Si este hombre en conversaciones frecuentes tentó a Pisón para una rebelión o se resistió a las tentaciones, no se sabe, pues nadie asistió a sus negociaciones secretas y, tras la muerte de Pisón, la mayoría optó por ganarse el favor del asesino. De lo que no cabe duda es que la provincia y los soldados no sentían simpatía por Vespasiano. Incluso algunos vitelianos, huidos de Roma, ponían ante los ojos de Pisón las vacilaciones de las Galias, los preparativos de Germania, los riesgos personales que corría y la reflexión de que para un gobernador sospechoso en la [2] paz la guerra es más segura. Mientras esto sucedía, Claudio Sagita, comandante del regimiento de caballería de Petra[228], se adelantó en feliz travesía al centurión Papirio[229], enviado por Muciano, y aseguró que el centurión tenía órdenes de asesinar a Pisón, que ya había caído su primo y yerno Galeriano[230] y que la única esperanza de salvación estaba en actuar con audacia. Había, sin embargo, dos formas de actuar osadamente, según prefiriera tomar inmediatamente las armas o dirigirse en naves a la Galia para ofrecerse como líder a los ejércitos vitelianos[231]. Pisón no se dejó impresionar en modo alguno ante estas incitaciones. [3] Cuando el centurión enviado por Muciano tocó el puerto de Cartago, empezó a voz en grito a desear todo lo mejor a Pisón como si Pisón fuera emperador, y a quienes les salían al paso, atónitos ante lo asombroso de un suceso tan repentino, los animaba a que se unieran a tales aclamaciones. El vulgo, crédulo, corría hacia el foro reclamando la presencia de Pisón. Con sus gritos de alegría sumían todo en la confusión sin preocuparse [4] por averiguar la verdad, pero sí ansiosos por adular. Pisón, por indicación de Sagita o por su natural reserva, no apareció en público ni se entregó a los aplausos del vulgo. Interrogó al centurión y, al descubrir que había buscado acusarlo y matarlo, ordenó proceder contra él. Lo hizo no tanto por salvar su vida como por rabia contra aquel verdugo, pues, siendo uno de los asesinos de Clodio Macro[232], había vuelto con las manos manchadas con la sangre del comandante de la legión a matar al procónsul. Luego, reprobó a los cartagineses mediante un edicto que delataba su angustia. Recluido en su casa, ni siquiera atendía a sus responsabilidades habituales, con el fin de no dar motivo alguno de nuevos

alborotos, ni siquiera por casualidad.

50. Pero cuando llegó a oídos de Festo la consternación del vulgo, la ejecución del centurión y otros asuntos, falsos o verdaderos, como es usual en los rumores, envió jinetes para matar a Pisón. Estos cabalgaron a toda velocidad todavía en la penumbra del amanecer e irrumpieron en el palacio del procónsul espada en mano. Muchos de ellos no conocían a Pisón, pues había seleccionado a auxiliares cartagineses y moros para aquel asesinato. No lejos de su dormitorio se cruzaron [2] casualmente con un esclavo, a quien preguntaron quién era Pisón y dónde se encontraba. El esclavo, con heroica mentira[233], les respondió que él era Pisón y al momento fue degollado. Pero no mucho después cayó muerto Pisón, pues había uno que le conocía, Bebio Masa, un agente imperial en África, ya entonces una ruina para la gente de bien y destinado a figurar más de una vez en nuestra historia entre las causas de las desgracias que más tarde tendríamos que soportar[234]. Festo [3] desde Adrumetum[235], donde se había quedado para estudiar la situación, se dirigió a reunirse con la legión y ordenó arrestar al comandante del campamento Cetronio Pisano[236] por rencillas personales, aunque lo tildaba de cómplice de Pisón. Castigó a algunos soldados y centuriones y recompensó a otros, sin que lo merecieran ni los unos ni los otros, pero lo hacía [4] para que se creyera que había aplastado una rebelión armada. Más tarde arregló las disputas entre los habitantes de Ea y los de Leptis[237], quienes habían comenzado con robos de cosechas y ganado entre campesinos y ya andaban enfrascados en enfrentamientos armados en toda regla. En efecto, el pueblo de Ea, inferior en número, había llamado en su auxilio a los garamantes[238], gente indómita y muy dada a saquear a sus vecinos. De ahí que el pueblo de Leptis se encontrara en grandes apuros y, con sus tierras arrasadas en una gran extensión, estuviera temblando de miedo dentro de sus murallas, hasta que intervinieron las cohortes y los escuadrones de caballería, derrotaron a los garamantes y recuperaron todo el botín excepto el que los nómadas habían vendido a los pueblos del interior haciéndolo pasar por sus inaccesibles campamentos de chozas[239].

Alejandría

51. Por lo que respecta a Vespasiano[240], después de la batalla de Cremona y de las buenas noticias que llegaban de todas partes[241], muchos miembros de los dos estamentos[242] que con igual fortuna que audacia se habían enfrentado a una travesía invernal del Mediterráneo le anunciaron la muerte de Vitelio. Embajadores del rey Vologeso estaban allí presentes para ofrecerle cuarenta mil jinetes partos[243]. Era una

señal magnífica y de buena suerte disponer de tan [2] considerable fuerza de aliados y no necesitarlos. Se dieron las gracias a Vologeso con el encargo de que enviara una embajada al Senado y supiera que el imperio estaba en paz. Vespasiano, cuando prestó atención a Italia y a los asuntos de Roma, recibió noticias desfavorables de Domiciano, en el sentido de que estaba traspasando los límites apropiados a su edad y a lo que era permisible en un hijo[244]. Así que confió a Tito la parte más poderosa del ejército para terminar la guerra con los judíos[245].

52. Cuentan que Tito, antes de marcharse, rogó a su padre en una larga conversación[246] que no se dejara soliviantar a la ligera por los que calumniaban a Domiciano, sino que adoptara una actitud sin prejuicios y conciliadora hacia su hijo. Ni legiones ni flotas, decía, eran defensas tan sólidas como una familia numerosa, pues los amigos disminuyen, cambian y se acaban con el tiempo, con la fortuna, con las ambiciones a veces o el error. En cambio, para cada cual su propia sangre es inseparable, especialmente en el caso de los emperadores, pues mientras sus éxitos son provechosos para otros, las desgracias afectan a los más allegados. Ni siquiera se mantendría la unión entre hermanos si el padre no les diera [2] ejemplo. Vespasiano, no tanto ablandado hacia Domiciano como encantado por la lealtad familiar de Tito, le aconsejó tener buen ánimo y engrandecer a la patria con la guerra y las armas, que él se encargaría de la paz y de los asuntos familiares. Entonces, cargó sus barcos más veloces de trigo para confiarlos a un mar todavía encrespado. Y es que Roma se debatía en una situación tan crítica que no había trigo en los graneros para más de diez días[247], pero en esto la socorrieron los suministros enviados por Vespasiano[248].

La restauración del Capitolio

53. La restauración del Capitolio[249] se encargó a Lucio Vestino[250], un hombre del estamento ecuestre, pero cuyo prestigio y reputación lo habían situado entre los nobles. Los adivinos que convocó le aconsejaron que llevara los restos del antiguo templo a los pantanos[251] y que el templo se levantara sobre los mismos cimientos, pues los dioses no querían que se cambiara su antigua forma. El 21 de junio, en un día [2] apacible, todo el espacio dedicado al templo fue rodeado de ínfulas y guirnaldas. Hicieron su entrada soldados con nombres de buen augurio portando ramos favorables de olivo y laurel[252]. Después, las vírgenes Vestales, acompañadas de niños y niñas cuyos padres y madres vivían, rociaron el lugar con agua sacada de manantiales y ríos. Entonces el pretor Helvidio Prisco[253], [3] guiado en el ritual por el pontífice Plaucio Eliano[254], purificó el

área con el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro[255] y, tras esparcir sus entrañas sobre el césped, invocó a Júpiter, Juno y Minerva[256] y a los dioses protectores del imperio, para que aquel proyecto prosperara y pudieran levantar con la ayuda divina aquellas moradas suyas iniciadas por la devoción de los hombres. El pretor tocó las ínfulas con las que estaba atada la primera piedra[257] y unas cuerdas entrelazadas. A un mismo tiempo los demás magistrados, sacerdotes, el Senado, los caballeros y una gran parte del pueblo, esforzándose con entusiasmo y alegría, [4] arrastraban la enorme piedra. Y por doquier arrojaron a los cimientos monedas de plata y oro y pepitas de metales, no refinadas en horno alguno, sino en su estado natural. Los adivinos prescribieron que no se profanara la obra con piedra u oro destinados a otra finalidad. Se elevó la altura del edificio. Se creía que era el único cambio que permitía el sentimiento religioso y era lo único que faltaba al esplendor del antiguo templo.

La revuelta de los batavos (II)

54. Entretanto[258], cuando la noticia de la muerte de Vitelio[259] se extendió por las Galias y las Germanias, la guerra se había multiplicado por dos. En efecto, Civil actuó sin tapujos y se lanzó contra el pueblo romano, mientras que las legiones vitelianas preferían incluso ser esclavas de un poder extranjero que del emperador Vespasiano. Los galos habían recobrado la moral pensando que nuestro ejército corría la misma suerte en todos los sitios. Se había extendido el rumor de que los campamentos de invierno de Mesia y Panonia se encontraban asediados por sármatas[260] y dacios, [2] y las mismas historias falsas se decían de Britania. Pero nada les había impulsado tanto a creer que el fin del imperio estaba cerca como el incendio del Capitolio. Los galos habían conquistado Roma en otro tiempo[261], pero el imperio sobrevivió porque la morada de Júpiter había quedado intacta[262]. Ahora, sin embargo, con aquel fuego fatal, se había dado una señal de la ira divina y de que el dominio del mundo pasaba a los pueblos del norte de los Alpes. Tal era el mensaje que vaticinaban los druidas[263] en su vana superstición. También se había difundido [3] el rumor de que los líderes galos que Otón envió contra Vitelio habían pactado, antes de separarse, no renunciar a la libertad, si la sucesión de continuas guerras civiles y las desgracias internas acababan por destruir al pueblo romano.

55. Antes del asesinato de Hordeonio Flaco[264] no hubo indicio alguno del que se pudiera deducir una conspiración. Tras la muerte de Hordeonio se produjo un intercambio de mensajeros entre Civil[265] y Clásico[266], comandante del regimiento de caballería de los tréviros[267]. Clásico superaba a otros en alcurnia y riquezas. Descendía

de linaje de reyes y sus antepasados gozaron de prestigio tanto en la paz como en la guerra. Se jactaba personalmente de contar entre sus antepasados con más enemigos que aliados del pueblo romano. También se vieron envueltos [2] Julio Tutor y Julio Sabino, tréviro el primero y lingón el segundo. Vitelio había puesto a Tutor al mando de la ribera del Rin[268]. A Sabino, por su parte, de natural engreído, lo ensoberbecía la falsa pretensión de una estirpe noble, pues andaba diciendo que la belleza de su bisabuela había atraído al divino Julio y que durante la guerra de las Galias había llegado a ser su [3] amante[269]. Estos hombres mantuvieron conversaciones secretas para sondear la disponibilidad de los demás. Cuando implicaron y comprometieron a quienes consideraban idóneos, se reunieron en la Colonia Agripinense en una casa privada, pues [4] esta ciudad repudiaba oficialmente proyectos semejantes. Con todo, participaron en el encuentro algunos ubios y tungros, aunque el mayor peso quedaba en poder de los tréviros y lingones, que no toleraron largas negociaciones. Rivalizaron entre ellos para proclamar que el pueblo romano andaba enloquecido con las discordias, las legiones habían sido aniquiladas, Italia estaba devastada, Roma a punto de ser tomada y todos los ejércitos romanos estaban ocupado cada uno en sus propias guerras. Si aseguraban los Alpes con guarniciones, las Galias, una vez consolidada su libertad, tendrían que decidir los límites que deseaban imponer a su poder.

56. Tales propuestas se aprobaban al mismo tiempo que eran expuestas. Sobre los restos del ejército viteliano hubo sus dudas. La mayoría era partidaria de matar a los alborotadores, a los traidores y a los manchados con la sangre de sus jefes. Se impuso el criterio de indultarlos, no fuera a ser que, eliminada la esperanza de perdón, se multiplicara la resistencia. Era mejor atraerlos a una alianza. Si mataban únicamente a los comandantes de las legiones, el resto del ejército raso se sumaría fácilmente a ellos por su conciencia de culpabilidad y por la esperanza de impunidad. Tal fue el tenor de la primera reunión y se despacharon por las Galias emisarios para hacer una llamada a la guerra. Los conspiradores simularon obediencia para aplastar a Vócula[270] cuando estuviera más desprevenido. Desde luego a Vócula [2] no le faltaban informantes, sino fuerzas para reprimir a los rebeldes teniendo a su disposición unas legiones incompletas y desleales. Entre soldados dudosos y enemigos ocultos pensó que lo mejor en las circunstancias presentes era actuar con el mismo disimulo y las mismas argucias con las que se le atacaba. Y así bajó hasta Colonia Agripinense. Hacia allí huyó, tras sobornar a [3] sus guardianes, Claudio Labeón, de quien dijimos[271] que había sido apresado y confinado junto a los frisios. Este hombre prometió que, si se le confiaba un destacamento, marcharía contra los batavos para conseguir que la mayor parte de aquel pueblo volviera a aliarse con Roma. Tras recibir una pequeña fuerza de infantería y caballería, no intentó ninguna aventura contra los batavos, sino que arrastró a las armas a

algunos nervios y betasios[272], además de lanzar incursiones, más a escondidas que en combate abierto, contra los cannenifates y mársacos[273].

57. Vócula, atraído por el engaño de los galos, marchó contra el enemigo[274]. Y no estaba lejos de Vetera[275], cuando Clásico y Tutor se adelantaron con la excusa de explorar el terreno y pactaron en firme con los germanos. Y entonces, por primera vez, se separaron de las legiones[276] y rodearon su campamento con empalizada propia, mientras Vócula protestaba porque las guerras civiles no habían perturbado tanto al estado romano como para que incluso los tréviros y los lingones se pudieran [2] burlar de él. Todavía, decía, le quedaban provincias leales, ejércitos victoriosos, la buena suerte del imperio y la venganza de los dioses. Así fue cómo Sacróviro[277] y los eduos en su día y recientemente Víndice[278] y las Galias fueron derrotados en sendas batallas. Las mismas fuerzas divinas y el mismo destino aguardaban de nuevo a los transgresores de los tratados. El divino Julio y el divino Augusto habían conocido bien el temperamento de los galos y por culpa de Galba y sus reducciones tributarias los galos habían adoptado una actitud hostil. Ahora eran enemigos, porque soportaban un yugo suave, pero, cuando [3] se vieran despojados y privados de todo, serían amigos. Pronunció estas palabras en tono desafiante, pero, después de ver que Clásico y Tutor persistían en su traición, se dio la vuelta y se retiró a Novesio[279]. Los galos acamparon a dos millas en la llanura. Se compraba la lealtad de los centuriones y soldados que allí acudían, de manera que (infamia sin paralelo) un ejército romano iba a jurar lealtad a extranjeros e iba a ofrecer como prenda de un crimen tan grande la muerte o prisión de sus comandantes. Vócula, pese a que muchos le aconsejaban la huida, creyó que había que armarse de coraje. Así convocó a una asamblea militar y pronunció el siguiente discurso[280]:

58. «Nunca os he hablado más preocupado por vosotros ni más tranquilo por mí. En efecto, oigo con gusto que hay un plan para matarme y aguardo la muerte en medio de tantos males como un digno final de mis desgracias[281]. Por vosotros siento vergüenza y pena, pues contra vosotros no se prepara una batalla con el ejército formado —esa es la ley de la guerra y el derecho de los enemigos—, sino que Clásico espera hacer la guerra contra el pueblo romano con la ayuda de vuestras manos y os muestra el imperio de las Galias y el juramento de lealtad a él. ¿Hasta [2] este punto a vosotros, si en estos momentos os han abandonado la suerte y el valor, os fallan también las lecciones del pasado, cuando las legiones romanas elegían morir antes que abandonar sus puestos? Muchas veces aliados nuestros soportaron la destrucción de sus ciudades y que se les quemara vivos junto a sus esposas e hijos, cuando su única recompensa por ese final era

la lealtad y el buen nombre[282]. En estos momentos, las legiones[283] [3] están sufriendo hambre y asedio en Vetera, pero ni el terror ni las promesas les hacen ceder. Nosotros, además de armas, hombres y las excelentes defensas del campamento, disponemos de trigo y suministros adecuados, por mucho que dure la guerra. El dinero hace poco alcanzó incluso para el pago de unas recompensas, que, ya las consideréis donadas por Vespasiano o por Vitelio, sin duda las habéis recibido de un emperador romano. [4] Si, después de tantas campañas victoriosas, de todas las derrotas que habéis infligido al enemigo en Gelduba y en Vetera, teméis el combate en campo abierto, eso es desde luego una actitud indigna de vosotros. Pero es que hay una empalizada, unos muros y estrategias de dilación hasta que acudan refuerzos y ejércitos [5] de las provincias vecinas. Puede que yo no os guste, pero hay otros comandantes, tribunos, en fin, centuriones o soldados. Que no se divulgue por todo el orbe de la tierra esta monstruosidad, que Civil y Clásico se disponen a invadir Italia con vosotros como comparsas. ¿Es que, si los germanos y galos os condujeran hasta las murallas de Roma, llevaríais las armas contra vuestra patria? Me horroriza imaginarme una infamia tan grande. ¿Se montarán guardias para el tréviro Tutor? ¿Un batavo dará la señal de batalla? ¿Y seréis los refuerzos de las hordas gemanas? ¿Cuál será después el desenlace de vuestro crimen, cuando las legiones romanas vayan derecho contra vosotros? ¿Como tránsfugas salidos de otros tránsfugas y como traidores salidos de otros traidores andaréis errantes, odiados por los dioses, entre el [6] nuevo y el antiguo juramento? A ti, Júpiter, el Mejor y el más Grande, a quien durante ochocientos veinte años[284] hemos honrado con tantos triunfos, a ti, Quirino[285], padre de la ciudad de Roma, os suplico y ruego que, si no fue vuestra voluntad conservar este campamento puro e inviolado bajo mi mando, no permitáis, pese a todo, que Tutor y Clásico lo mancillen y profanen, y que a los soldados romanos les concedáis o la inocencia o un arrepentimiento rápido y sin culpa».

59. Se acogió el discurso en medio de reacciones diversas entre la esperanza, el miedo y la vergüenza. Vócula se retiró y, cuando estaba dándole vueltas a su final, sus libertos y esclavos le impidieron adelantarse voluntariamente a morir tan vergonzosamente. Y ocurrió que Clásico envió a Emilio Longino[286], un desertor de la legión I[287], quien rápidamente le quitó la vida. [2] En cuanto a los comandantes Herennio y Numisio[288], el arresto pareció suficiente. Luego, Clásico, revestido con el uniforme de general romano[289], se presentó en el campamento. Sin embargo y pese que era un hombre curtido en toda clase de fechorías, solo encontró las palabras apropiadas para pronunciar en alta voz el juramento. Los presentes[290] juraron lealtad al imperio de las Galias. Concedió un importante ascenso al asesino de Vócula y recompensó al resto con arreglo a las maldades que cada cual había cometido. A continuación, Tutor y Clásico se

[3] repartieron las responsabilidades. Tutor rodeó Colonia Agripinense con un fuerte contingente y obligó a sus habitantes y a cuantos soldados había en la orilla superior del Rin a prestar el mismo juramento[291]. Mató en Mogontiaco a los tribunos y expulsó al comandante del campamento, que se habían negado a jurar. Clásico, por su parte, ordenó a los más corrompidos de las tropas que habían capitulado que se acercaran a la guarnición sitiada[292] para ofrecerle el perdón, si aceptaban la situación presente; en caso contrario, no les quedaría ninguna esperanza y tendrían que soportar el hambre, la espada y la muerte. Los emisarios lo ratificaron con su propio ejemplo.

60. A los sitiados la lealtad, por un lado, y el hambre, por otro, les hacían dudar entre el honor y la infamia. Mientras se mantenían entre dudas, iban faltando los alimentos habituales y los inusuales. Habían consumido mulas, caballos y demás animales, que, aunque, impuros y asquerosos, la necesidad obligaba a usarlos[293] Finalmente, se vieron obligados a arrancar matorrales, raíces y hierbas que crecían entre las piedras, dando una lección de resistencia en las desgracias, hasta que mancharon su ilustre hazaña con un deshonroso final, al enviar a Civil [2] emisarios para suplicar por su vida. Pero sus ruegos no fueron escuchados antes de que jurasen lealtad a las Galias. Entonces Civil, tras pactar el botín del campamento para él, puso guardias para retener el dinero, a los porteadores y los bagajes y concedió escoltas para acompañar a los que partían con lo puesto. A unas cinco millas aparecieron los germanos y atacaron a la columna desprevenida. Los más luchadores cayeron en sus puestos, muchos en la huida a la desbandada. Los demás regresaron para refugiarse en el campamento. Es verdad que Civil protestaba y echaba en cara a los germanos la ruptura criminal [3] de la palabra dada. Sin embargo, si fingía o era incapaz de controlar a sus sanguinarios aliados, no se sabe con certeza. Saqueado el campamento[294], le prendieron fuego y todos los que habían sobrevivido a la batalla perecieron en el incendio.

61. Civil, después de sus primeras acciones militares contra los romanos, hizo un voto propio de los bárbaros: teñirse su cabello de rojo y dejárselo crecer[295]. Cuando, por fin, consumó la matanza de las legiones, se lo cortó[296] Se decía también que había ofrecido a su hijo pequeño algunos prisioneros para que los acribillara con sus flechas y dardos de niño. Por lo demás, ni él ni ningún batavo prestaron juramento de lealtad a las Galias, pues confiaba en las fuerzas de los germanos y estaba convencido de que, si había que luchar contra los galos por el control de la situación, tendría la ventaja de su reputación y de su superioridad. Munio Luperco[297], comandante de la legión, fue enviado [2] entre otros presentes a Véleda[298]. Esta joven gozaba de gran influencia entre la tribu de los brúcteros según una antigua costumbre de los germanos por la que a una

gran parte de las mujeres se las consideraba profetisas e incluso diosas al incrementarse la superstición. El caso es que el prestigio de Véleda había crecido porque había predicho los éxitos de los germanos y la destrucción de las legiones. Pero Luperco fue asesinado [3] en el camino. Algunos centuriones y tribunos, nacidos en la Galia[299], fueron retenidos como prenda de la alianza. Los campamentos de invierno de las cohortes, regimientos de caballería y legiones fueron desmantelados e incendiados con la única excepción de los situados en Mogontiaco[300] y Vindonissa[301].

62. Se ordenó a la legión XVI que se trasladara de Novesio a Tréveris junto con las tropas auxiliares[302] que se habían rendido con ellas, fijándose el día, antes del cual debían abandonar el campamento[303] Todo ese intervalo de tiempo los soldados lo pasaron en medio de distintas preocupaciones. Los más cobardes estaban aterrados ante el precedente de los asesinados en Vetera, los mejores sentían bochorno y vergüenza: ¿qué viaje era aquel? ¿Quién sería el guía del camino? Todo quedaba al arbitrio de quienes se habían convertido en los dueños de su vida y de su muerte. Otros, sin preocuparse para nada de la vergüenza, se cargaban de dinero y de los objetos más queridos[304]. Algunos ponían a punto el armamento y se cargaban de [2] dardos como si se aprestaran para el combate. Mientras andaban ocupados en estos quehaceres, les llegó la hora de partir, que resultó más triste de lo esperado. En efecto, mientras estaban dentro de la empalizada, no se notaba su humillante situación, pero el campo abierto y la luz del día descubrieron la ignominia. Las efigies de los emperadores[305] estaban arrancadas de cuajo y las enseñas sin adornos[306], mientras por doquier relucían brillantes los estandartes de los galos. La columna avanzaba en silencio como en una larga procesión fúnebre. La dirigía Claudio Santo, de aspecto siniestro por tener un ojo de menos[307] y de carácter algo débil. La infamia se redobló, cuando se sumó [3] a ellos la otra legión[308] después de abandonar el campamento de Bonna. Y, cuando corrió la noticia de la capitulación de las legiones, todos los que hacía poco temblaban ante el nombre de Roma, salían ahora corriendo de campos y casas y desparramados por todas partes se regodeaban ante el insólito espectáculo. [4] El ala Picentina[309] de caballería no soportó la insultante alegría del populacho y, tras no hacer caso de las promesas o amenazas de Santo, se marcharon a Mogontiaco. Y en el camino se encontraron casualmente con Longino, el asesino de Vócula. El lanzamiento de dardos contra él supuso el comienzo de la redención de sus culpas llevada a cabo más adelante. Las legiones no variaron para nada su ruta y acamparon delante de las murallas de Tréveris[310].

63. Civil y Clásico, crecidos por el éxito, dudaban si iban a permitir a sus tropas saquear Colonia Agripinense[311]. La crueldad de su carácter y el deseo de botín los inclinaban a la destrucción de la ciudad, pero se oponían a ello la estrategia militar y la utilidad de conseguir fama de clemencia cuando estaban iniciando un nuevo imperio[312]. A Civil también lo doblegó el recuerdo de un favor recibido, pues a su hijo, detenido en el estallido de las hostilidades en Colonia Agripinense, lo habían [2] mantenido dignamente en custodia. Pero las tribus al otro lado del Rin odiaban la ciudad por su riqueza y prosperidad y el único desenlace de la guerra que contemplaban era que este lugar fuera de todos los germanos sin distinción o al destruirlo se dispersaran también los ubios[313].

64. Así pues, los téncteros[314], una tribu separada por el Rin, enviaron una embajada con la orden de presentar sus demandas ante el consejo de los ciudadanos de Colonia Agripinense. El más fiero de los delegados habló de la siguiente manera: «Damos gracias a los dioses comunes y al más grande de ellos, Marte[315], porque habéis regresado al cuerpo y al nombre de Germania y os felicitamos, porque al fin seréis libres entre libres. Pues hasta el día de hoy los romanos habían cerrado ríos y tierras y de alguna manera el cielo mismo, con el propósito de impedir nuestras comunicaciones y encuentros o, lo que es más insultante para hombres nacidos para la guerra, para que tuviéramos que reunirnos inermes y casi desnudos bajo vigilancia y pagando por ello. Sin embargo, para que nuestra amistad y [2] alianza quede sellada para siempre, os pedimos que derribéis las murallas de la colonia, baluarte de vuestra esclavitud, pues incluso los animales salvajes olvidan su valor si los mantenéis encerrados; que matéis a todos los romanos de vuestro territorio, pues difícilmente se avienen la libertad y los amos; y que los bienes de las víctimas pasen a la comunidad, para que nadie pueda ocultar nada ni hacer causa aparte. Que se nos permita a [3] nosotros y a vosotros establecemos en las dos orillas, como en otro tiempo se permitió a nuestros antepasados, pues, como la naturaleza ofreció la luz del día a todos los hombres, así abrió todas las tierras a los guerreros valientes. Recuperad las costumbres y forma de vida tradicionales y renunciad a los placeres[316], con los que los romanos tienen más fuerza contra los sometidos que con las armas. Como un pueblo puro, íntegro y olvidado de la esclavitud viviréis como iguales a ellos o gobernaréis sobre otros».

65. Los ciudadanos de Colonia Agripinense se tomaron un tiempo para deliberar y, dado que ni el miedo por el futuro les permitía asumir las condiciones, ni el temor del presente despreciarlas abiertamente, le respondieron así: «La primera oportunidad que nos ha deparado la libertad, la aprovechamos con más ganas que precaución, con el fin

de unirnos a vosotros y al resto de germanos, hombres de nuestra misma sangre. En cuanto a las murallas de la ciudad, en un momento en que los ejércitos de Roma se están concentrando, resulta más seguro reforzarlas que destruirlas. Si en nuestro territorio había extranjeros [2] procedentes de Italia o de las provincias, la guerra ha acabado con ellos o bien cada cual ha huido a su propia tierra. Los que llegaron hace mucho tiempo[317] y se unieron con nosotros en matrimonio y los que llegaron después, aquí tienen su patria. Y no os consideramos tan injustos como para que pretendáis que [3] matemos a nuestros padres, hermanos e hijos. Hemos suprimido el peaje y los impuestos sobre el comercio[318], que el paso sea libre, pero de día y sin armas, hasta que con el paso del tiempo las disposiciones novedosas y recientes se conviertan en una tradición. Tendremos de árbitros a Civil y Véleda, ante cuya [4] presencia quedarán sancionados los pactos». Una vez apaciguados con esta respuesta los téncteros, los legados enviados ante Civil y Véleda con regalos consiguieron todo según los deseos de los ciudadanos de Colonia Agripinense. Con todo, se les denegó acercarse o hablar personalmente con Véleda. Se les apartaba de su presencia para inspirar un mayor respeto. Ella permanecía encerrada en una torre y se escogía a uno de sus parientes para transmitir sus instrucciones y respuestas como si fuera el intermediario de una divinidad.

66. Civil, reforzado con la alianza del pueblo de Colonia Agripinense, decidió atraerse a las ciudades cercanas y atacar a las que se opusieran. Tras ocupar la tierra de los sunucos[319] y encuadrar a sus jóvenes en cohortes, Claudio Labeón[320], para impedirle que siguiera avanzando, le opuso resistencia con suturbamulta de betasios, tungros y nervios[321], confiado en su posición, pues se había adelantado a tomar el puente sobre el río Mosam[322]. La lucha en estos espacios estrechos fue equilibrada, [2] hasta que los germanos cruzaron a nado el río y se lanzaron sobre la espalda de Labeón. Al mismo tiempo, Civil, actuando con atrevimiento o según un plan preconcebido, se metió entre la columna de los tungros y a voz en grito les dijo: «No hemos declarado la guerra para que los batavos y tréviros dominen sobre otros pueblos: lejos quede tal arrogancia de nosotros. Aceptad mi alianza. Me paso a vosotros, ya me queráis como jefe o como soldado[323]». La soldadesca empezaba a conmoverse [3] y a envainar las espadas, cuando Campano y Juvenal, líderes de los tungros, le entregaron su tribu entera. Labeón consiguió huir. Civil aceptó también la sumisión de betasios y nervios y los incorporó a sus tropas. Su poder era enorme, pues las ciudades estaban o aterrorizadas o inclinadas voluntariamente a su causa.

67. Entretanto Julio Sabino[324] destruyó los recordatorios[325] de la alianza con Roma, se hizo saludar como César y lanzó a una multitud grande y desorganizada de paisanos

contra los sécuanos[326], ciudad vecina y leal a nosotros. Los sécuanos no rehuyeron el combate. La fortuna ayudó a los mejores y los lingones fueron derrotados[327]. Sabino abandonó la batalla con tanto miedo como temeridad tuvo al arrostrarla. Y para que se extendiera el rumor de que había muerto, prendió fuego a la granja en la que se había refugiado, haciendo creer que se había suicidado [2] allí. Con todo, de las estratagemas y los escondites con que prolongó después su vida durante los nueve años siguientes, así como de la fidelidad de sus amigos y del ejemplo extraordinario de su esposa daremos en su lugar apropiado[328] Con la victoria de los sécuanos se detuvo el empuje de la guerra. Poco a poco las ciudades recobraron el buen sentido y empezaron a respetar el derecho y los tratados. Los remos[329] tomaron la iniciativa de difundir un edicto por las Galias para que enviaran emisarios a una conferencia y decidieran si preferían la independencia o la paz.

68. Pero en Roma todas estas noticias pesimistas agobiaban a Muciano con el miedo de que los generales, aun siendo excelentes (pues ya había seleccionado a Galo Annio[330] y a Petilio Cerial[331]), no fueran capaces de soportar toda la carga de la guerra. Tampoco se debía dejar Roma sin un jefe. Se temían las pasiones incontrolables de Domiciano, mientras que se mantenían sospechas, como dijimos[332], sobre Primo Antonio y Varo Arrio. Varo, prefecto del pretorio, conservaba la fuerza de las [2] armas. Muciano lo relevó del puesto y lo puso al frente del abastecimiento del trigo para que no se quedara sin un consuelo. Y para no desairar a Domiciano, que simpatizaba con Varo, nombró comandante de los pretorianos a Arrecino Clemente[333], unido a la casa de Vespasiano por matrimonio y por ello muy querido de Domiciano. Muciano alegó que su padre había desempeñado muy meritoriamente ese cargo bajo G. César[334], que su nombre sería popular entre los soldados y que el propio Clemente, aunque de rango senatorial, era competente para desempeñar los dos cargos[335]. Todos los ciudadanos más ilustres se [3] enrolaron en la expedición y algunos otros usando su influencia. Domiciano y Muciano se preparaban también, pero con sentimientos diferentes, pues el primero tenía prisas por ambiciones de juventud, mientras que el segundo iba dando largas para contener el entusiasmo de Domiciano. Temía que, si se apoderaba del ejército, con la impetuosidad de sus años y sus malos consejeros, tomara decisiones perjudiciales para la paz y para la guerra. Las legiones victoriosas[336] VIII, XI, XIII, la XXI [4] del bando viteliano y la II de las alistadas recientemente cruzaron por los Alpes Peninos y Cotianos y otra parte por el monte Grayo[337]. Se hizo venir de Britania a la legión XIV y de Hispania [5] a la VI y a la I[338]. Así pues, con la noticia de que el ejército venía y por su propio carácter, los pueblos de las Galias adoptaron una actitud más suave y se reunieron en Remi[339]. Allí les

esperaba una embajada de los tréviros, encabezada por Julio Valentino[340], un acérrimo instigador de la guerra. Este, en un meditado discurso, lanzó todas las críticas habituales contra los grandes imperios y derramó insultos y odio contra el pueblo romano, pues era un hombre turbulento para provocar revueltas y agradable a la mayoría por su elocuencia exaltada.

69. Pero Julio Áuspice, un notable de los remos, habló sobre el poder de Roma y las bondades de la paz. Dijo que incluso los cobardes pueden declarar una guerra, pero que solo los más valientes la sostienen, y que las legiones estaban ya sobre sus cabezas. Julio logró contener a los más sensatos con su respeto y actitud leal y a los jóvenes apelando a los peligros y al miedo. Así que aplaudían el buen ánimo de Valentino, pero seguían el [2] consejo de Áuspice. Era claro que en las Galias existía una oposición a los tréviros y lingones, porque en la revuelta de Víndice[341] se habían alineado con Verginio. A muchos les disuadió la rivalidad entre las provincias. ¿Quién sería el líder de la guerra? ¿De dónde vendrían las leyes y los auspicios? Si todo salía bien, ¿qué ciudad elegirían como capital del imperio? Todavía [3] no habían conseguido la victoria y ya había discordia, alardeando entre altercados unos de sus fueros y otros de su poder, riquezas o antigüedad. Y por disgusto del futuro acabó agradandoles el presente. En nombre de las Galias escribieron una carta a los tréviros, para que se abstuvieran de las armas, pues el perdón era posible y había intercesores dispuestos a ayudarles si mostraban arrepentimiento. Pero Valentino se opuso y tapó los oídos a sus ciudadanos, aunque se dedicaba menos a los preparativos de guerra que a frecuentar las asambleas militares.

70. Así pues, ni los tréviros ni los lingones ni las restantes ciudades rebeldes actuaban de acuerdo a la magnitud del riesgo que habían asumido. Ni siquiera los jefes tomaban decisiones a una. Civil recorría las tierras intransitables de los belgas[342] intentando apresar a Claudio Labeón[343] o expulsarlo del país; Clásico pasaba la mayoría del tiempo en la indolencia como si estuviera disfrutando de un imperio ya ganado; tampoco Tutor se dio prisa en bloquear con guarniciones la ribera superior de Germania[344] y los pasos de los Alpes. Y entretanto la legion [2] XXI[345] desde Vindonissa y Sextilio Félix[346] a través de Recia con cohortes auxiliares irrumpieron en el país. Se sumó el regimiento Singular de caballería[347], movilizado en otro tiempo por Vitelio y pasado después al partido de Vespasiano. Lo mandaba Julio Brigántico[348], hijo de una hermana de Civil, quien detestaba a su tío tanto como su tío a él, como suele ocurrir con [3] los odios entre familiares, que son acérrimos. Tutor había aumentado recientemente sus tropas de tréviros con una leva de vangiones, ceracates y tribocos[349] y las reforzó

con soldados y jinetes veteranos, tentando a los legionarios[350] con promesas u obligándoles con amenazas. Estas tropas al principio aniquilaron a una cohorte enviada por Sextilio Félix, pero después, cuando se aproximaba el ejército romano y sus comandantes, volvieron a su antigua alianza mediante una deserción honrosa, seguidos [4] por los tribocos, vangiones y ceracates. Tutor, acompañado por [4] los tréviros, evitó Mogontiaco y se retiró a Bingio[351], confiando en aquel lugar, porque había cortado el puente sobre el río Nava[352] Pero fue descubierto y derrotado por una incursión de cohortes que mandaba Sextilio tras descubrir un paso por el río[353]. Esta derrota golpeó la moral de los tréviros y el pueblo abandonó las armas y se dispersó por los campos. Algunos de sus jefes, para dar la impresión de que ellos eran los primeros en el cese de las hostilidades, corrieron a refugiarse en las ciudades que no habían renunciado a la alianza con Roma. Las legiones, [5] que, como hemos mencionado antes[354], habían sido conducidas desde Novesio y Bonna hasta el país de los tréviros, prestaron juramento a Vespasiano por propia voluntad. Estos sucesos ocurrieron en ausencia de Valentino. Cuando él estaba a punto de llegar, furioso y dispuesto a reducir todo a desorden y destrucción, las legiones se replegaron hacia el territorio de los mediomátricos, pueblo aliado[355]. Valentino y Tutor obligaron a los tréviros a volver a las armas, tras matar a los comandantes de las legiones Herennio y Numisio[356], con el objetivo de minimizar las posibilidades de perdón y fortalecer el vínculo criminal.

71. Esta era la situación de la guerra, cuando Petilio Cerial llegó a Mogontiaco. Con su llegada renacieron las esperanzas. Petilio estaba ansioso por luchar y, como valía más para despreciar al enemigo que para guardarse de él[357], enardecía a los soldados con la violencia de sus palabras, pues estaba dispuesto a no retrasar ni un minuto el combate, tan pronto como se le permitiera enfrentarse al enemigo. Devolvió a las ciudades las [2] tropas reclutadas por las Galias y las invitó a transmitir que las legiones[358] se bastaban para defender el imperio. Los aliados podían regresar a sus tareas de los tiempos de paz sin preocupaciones, con la convicción de que la guerra que pasara a las manos romanas estaba prácticamente terminada. Esta actuación aumentó la obediencia de los galos. En efecto, ahora que habían recobrado a su gente joven, soportaron mejor los impuestos y se mostraron más dispuestos a cumplir sus obligaciones por el [3] mero hecho de ser despreciados. Sin embargo, cuando Civil y Clásico se enteraron de la derrota de Tutor, de la matanza de tréviros y de que todo marchaba a favor de sus enemigos, se llenaron de miedo y precipitación. Al tiempo que concentraban sus tropas dispersas, enviaron continuos mensajes a Valentino [4] para que no se arriesgara a un enfrentamiento decisivo. Estas circunstancias indujeron a Cerial a actuar con más rapidez[359]. Envió a la tierra de los mediomátricos oficiales con órdenes de dirigir a las legiones[360] contra el

enemigo por un camino más corto. Luego, tras reunir a las tropas que había en Mogontiaco[361] y las que trajo consigo[362], llegó en tres días a Rigodulo[363], lugar en el que Valentino se había instalado con un numeroso contingente de tréviros, pues estaba protegido por colinas y por el río Mosela. Además, habían añadido trincheras y barricadas de piedra. [5] Pero tales defensas no impidieron al general romano ordenar atacar a la infantería y apostar una formación de caballería en la colina, pues despreciaba a un enemigo, reclutado a la ligera, al que no iba a ayudar más la posición que a sus hombres el valor. Les costó un poco de tiempo la subida, mientras estaban expuestos a los disparos del enemigo, pero cuando se llegó al cuerpo a cuerpo, los tréviros fueron desalojados de sus posiciones como edificio que se derrumba. Una parte de la caballería, que había dado un rodeo por las cimas más bajas, apresó a los nobles belgas[364], entre los que se encontraba el jefe Valention.

72. Al día siguiente Cerial entró en la colonia de Tréveris[365]. Sus hombres estaban deseosos de destruir la ciudad, pues era la patria, decían, de Clásico y de Tutor, los criminales que habían cercado y masacrado a las legiones. ¿Qué crimen tan grande había cometido Cremona en comparación con Tréveris? A esa ciudad se la arrancó del seno de Italia por haber ocasionado a los vencedores el retraso de una sola noche. La colonia de Tréveris se mantenía en pie e intacta en la frontera de Germania, ufanándose de los despojos de los ejércitos y de la matanza de generales[366] El botín pasaría al tesoro imperial. A ellos les era suficiente incendiar y destruir esta colonia rebelde para compensar así el saqueo de tantos campamentos. Cerial, por su [2] parte, por miedo a ganarse una mala reputación si se llegaba a creer que los soldados le estaban tomando gusto al libertinaje y la crueldad, reprimió sus iras. Y ellos obedecieron, pues el fin de la guerra civil los había hecho más moderados con los enemigos externos. La atención se centró después en el aspecto miserable de las legiones[367] llegadas desde la tierra de los mediomátricos. [3] Los hombres estaban de pie tristes por la conciencia de su infamia[368] y con los ojos clavados en tierra. No hubo intercambio de saludos cuando se encontraron los ejércitos ni hubo respuestas a las muestras de consuelo o de ánimo, sino que se escondían por las tiendas evitando hasta la luz del día. Lo que les tenía paralizados no era tanto el aprieto o el miedo como la vergüenza y el deshonor. Incluso los vencedores estaban atónitos, pues no se atrevían a hablar o a suplicar, sino que pedían perdón entre lágrimas y en silencio. Finalmente, Cerial calmó los ánimos diciéndoles que habían sido obra del destino los acontecimientos ocasionados por las diferencias entre los soldados y sus comandantes o por el engaño del enemigo. Les conminó a que consideraran aquel día como el primero de sus servicios militares y de su lealtad y les aseguró que ni el emperador ni él se acordaban de sus anteriores fechorías. Entonces, se integraron en el

mismo campamento y se cursó un edicto por las compañías para que nadie en una disputa o pelea echara en cara a sus compañeros la traición o la derrota.

73. Luego, Cerial convocó a tréviros y lingones a una asamblea y pronunció el siguiente discurso[369]: «Yo nunca he practicado la oratoria[370] pero sí he defendido con las armas el valor del pueblo romano. Sin embargo, puesto que las palabras tienen un gran peso entre vosotros y el bien y el mal se valoran no por su propia naturaleza sino por los gritos de los agitadores, he decidido plantearos unas pocas cuestiones que, una vez que ha terminado la guerra, os será a vosotros más útil oírlas que a mí decirlas. En vuestra tierra y en la de los demás galos entraron [2] los generales y emperadores romanos no por ambición alguna, sino porque atendieron la invitación de vuestros antepasados, a quienes las disputas estaban abocando a la destrucción, y eso fue después de que los germanos, llamados para ayudaros, impusieran la esclavitud tanto a aliados como a enemigos. Es de sobra conocido la gran cantidad de batallas que hemos librado contra los cimbros y teutones y los sacrificios tan grandes y los resultados con que hemos llevado adelante las guerras en Germania[371]. Y no hemos ocupado las orillas del Rin para defender Italia, sino para que ningún otro Ariovisto[372] se apodere del reino de las Galias. ¿Es que creéis que Civil, los batavos y las tribus [3] al este del Rin os quieren más a vosotros que lo que querían sus antepasados a vuestros padres y abuelos? Los germanos siempre tendrán el mismo motivo para invadir las provincias galas: sus ansias, la avaricia y su querencia a cambiar de aires, con la finalidad de abandonar sus humedales y desiertos y apoderarse de esta tierra fertilísima y de vosotros mismos. Pero sus pretextos son la libertad y otras palabras hermosas. La realidad es que nadie ha deseado la esclavitud y el sometimiento de otros sin usar esos mismos términos.

74. »Tiranías y guerras siempre ha habido en las Galias, hasta que pasasteis a nuestra jurisdicción[373]. Nosotros, pese a sufrir muchas provocaciones, según los derechos del vencedor solo os hemos impuesto lo necesario para conservar la paz, pues no se puede asegurar la paz entre naciones sin ejércitos ni ejércitos sin soldadas ni soldadas sin impuestos. Todo lo demás es compartido por igual entre nosotros. Vosotros mismos mandáis, vosotros mismos gobernáis estas y otras provincias. No existe [2] discriminación ni exclusión alguna. Vosotros disfrutáis de las ventajas de los buenos emperadores aunque viváis lejos, mientras que los tiranos se ensañan con los que tienen cerca. De la misma manera que soportáis años de escasez, lluvias excesivas y demás desgracias naturales, así debéis soportar el derroche y la avaricia de vuestros gobernantes. Vicios habrá en tanto haya hombres, pero no duran siempre y se compensan con la llegada de tiempos mejores, a menos que tengáis acaso la esperanza de

un régimen más moderado cuando Tutor y Clásico os gobiernen, o que se necesiten de menos impuestos que ahora para disponer de los ejércitos que os protegerán de germanos y britanos. [3] En efecto, si expulsáis a los romanos —¡los dioses no lo permitan!— ¿qué otra cosa vendrá sino guerras entre todos los pueblos? La fortuna y la disciplina de ochocientos años han consolidado este edificio compacto que no se puede destruir sin la ruina de sus destructores. Pero sois vosotros quienes corréis el mayor peligro, porque estáis en posesión de oro y riquezas, [4] principales causas de la guerra. Por eso, amad y apoyad la paz de Roma[374] que pertenecen con igual derecho a vencedores y vencidos. Que os sirvan de lección los ejemplos de lo uno y lo otro que tenéis para no preferir la insubordinación y la ruina a la obediencia y la seguridad[375]». Con tal discurso Cerial tranquilizó y levantó el ánimo a unos hombres que se temían medidas más severas.

75. Los tréviros estaban en manos del ejército vencedor, cuando Civil y Clásico enviaron una misiva a Cerial en los términos siguientes: «Aunque se ocultaba la noticia, Vespasiano había muerto, Roma e Italia estaban agotadas por la guerra civil, y Muciano y Domiciano[376] eran nombres vacíos y sin peso alguno. Si Cerial quería el imperio de las Galias, ellos se contentaban con los límites de sus propias ciudades, pero si prefería combatir, tampoco se negaban a ello». Cerial no contestó nada a Civil y Clásico, pero envió al mensajero que había llevado la carta y la misma carta a Domiciano. Los enemigos, pese a [2] tener las fuerzas divididas, llegaron de todas partes. La mayoría culpaba[377] a Cerial de haber permitido que se agruparan, cuando podía haberlos interceptado por separado. El ejército romano construyó un foso y una empalizada alrededor del campamento, en el que se habían asentado antes a la ligera y sin protección. lado

76. Las opiniones se encontraban divididas entre los germanos[378]. Civil sugería que había que esperar a las tribus del otro del lado del Rin, de manera que podrían aplastar a las fuerzas romanas dominadas por el terror que les infundían. «¿Y qué otra cosa eran los galos sino botín para los vencedores?», decía. Con todo, los belgas, que constituían la fuerza real entre ellos[379], estaban [2] a su lado abiertamente o de corazón. Tutor afirmaba que con las dudas crecía el poder de los romanos, pues los ejércitos se estaban concentrando desde todas partes. Una legión, decía, había sido transportada desde Britania, otras habían sido llamadas desde Hispania y llegaban desde Italia[380]. Y no se trataba de soldados novatos, sino de veteranos experimentados en la guerra. Y, desde luego, los germanos que estaban esperando, no sabían de órdenes ni obediencia, sino que todo lo hacían a capricho[381]. Dinero y regalos, lo único con lo que podían comprarlos, había más entre los romanos. Y nadie quiere tanto la guerra [3] que no prefiera a igual

precio la paz al peligro. Pero si se enfrentaban al enemigo de inmediato, Cerial no contaría más que con las legiones formadas de los restos del ejército de Germania y ligadas por pactos a las Galias. Y el hecho mismo de que hacía poco derrotaran en contra de lo esperado a una tropa desorganizada de Valentino solo había servido para alimentar su temeridad y la de su jefe. Volverían a arriesgarse y caerían en manos no de un jovenzuelo inexperto[382], más ducho en arengar a la tropa que en combatir con espadas, sino en las de Civil y Clásico. Tan pronto como los tuvieran a la vista, volverían a recordar el miedo, la huida, el hambre y la vida precaria que habían llevado quienes habían caído prisioneros tantas veces. [4] Tampoco los tréviros o lingones estaban retenidos por propia voluntad. Volverían a tomar las armas en cuanto se les pasara el miedo. Tal diversidad de pareceres la resolvió Clásico adhiriéndose a la opinión de Tutor, y ejecutan el plan inmediatamente.

77. El centro de la formación se asignó a los ubios y lingones[383]. En el frente derecho estaban las cohortes batavas y en el izquierdo los brúcteros y téncteros. Unos por las montañas, otros por la calzada, otros entre la calzada y el río Mosela cayeron sobre los romanos tan repentinamente que Cerial, todavía en la cama de su dormitorio (no había pasado la noche en el campamento[384]), se enteró al mismo tiempo de la lucha y de que los suyos estaban siendo vencidos. Recriminaba el pánico de los mensajeros, hasta que descubrió con sus propios ojos la derrota completa: el asalto al campamento de las legiones, la desbandada de la caballería, la ocupación por el enemigo del puente sobre el Mosela que une la colonia con la orilla más lejana. [2] Cerial, intrépido en esta situación confusa, hizo retroceder con sus manos a los fugitivos y se lanzó a pecho descubierto en medio de los proyectiles. Con su afortunada osadía y el concurso de los mejores guerreros recuperó el puente y lo reforzó con un destacamento selecto. Después, de regreso al campamento, vio que las compañías de las legiones[385] capturadas en Novesio y Bonna estaban en desbandada, que había escasos soldados junto a las enseñas y que las águilas estaban prácticamente rodeadas. [3] Encendido de ira les dijo: «No estáis desertando de Flaco ni de Vócula. Aquí no hay traición alguna[386] Solo tengo que pedir disculpas por creer ingenuamente que, olvidados de los pactos con los galos, habíais regresado al recuerdo de vuestro juramento con Roma. Me sumaré al grupo de los Numisios y Herennios[387], para que así todos vuestros comandantes hayan tenido que morir a manos de sus soldados o de los enemigos. Corred, informad a Vespasiano o, pues están más cerca, a Civil y Clásico, que habéis abandonado a vuestro general en el campo de batalla[388]. Vendrán legiones que no van a permitir que yo quede sin venganza ni vosotros sin castigo».

78. Esa era la verdad y los tribunos y prefectos se lo echaban en cara en los mismos términos. Formaron por cohortes y compañías, pero la formación no podía desplegarse porque el enemigo estaba por todas partes y las tiendas y bagajes les estorbaban, pues se luchaba dentro del vallado. Tutor, Clásico y Civil, cada cual desde sus posiciones, alentaban la lucha de los suyos, urgiendo a los galos[389] con la libertad, a los batavos con la gloria, a los germanos[390] con el botín. Y todo se desarrollaba a favor de los enemigos, hasta que la legión XXI[391], agrupándose en un espacio más abierto que las demás, aguantó primero el ataque [2] enemigo y después lo rechazó. Y no sin ayuda divina cambiaron de repente los ánimos y los enemigos volvieron la espalda[392]. Decían ellos mismos que se habían aterrorizado a la vista de las cohortes, las cuales en el primer ataque, tras dispersarse, se habían agrupado en la cima de las colinas dando la impresión de nuevos refuerzos. Con todo, lo que les perjudicó, cuando iban ganando, fue la vergonzosa disputa que mantuvieron entre ellos por el botín, pues dejaron de ocuparse del enemigo. Cerial, si es verdad que por su descuido casi arruinó la situación, lo cierto es que la restableció con su firmeza. Y, siguiendo el curso de la suerte, tomó y destruyó el mismo día el campamento enemigo.

79. La tranquilidad no les duró mucho a los soldados. Los habitantes de Colonia Agripinense pedían socorro ofreciendo a la esposa y hermana de Civil y a la hija de Clásico, que se les habían entregado como prendas de la alianza. Mientras tanto, habían matado a los germanos dispersos por las casas. De ahí su miedo y lo razonable de los ruegos de unos que pedían ayuda antes de que los enemigos recobraran fuerzas y se armaran para conseguir sus objetivos o satisfacer su venganza. Y en efecto, [2] Civil se dirigía hacia allí y no sin fuerzas, pues su cohorte más fogosa, intacta y compuesta de caucos y frisios[393], maniobraba en Tolbiaco[394], en territorio de Colonia Agripinense. Sin embargo una triste noticia lo apartó de sus planes. La cohorte había sido destruida por una treta de los habitantes de Colonia Agripinense, quienes adormecieron a los germanos con vino y opípara comida, después les cerraron las puertas y, tras prender fuego, los abrasaron. Simultáneamente, Cerial acudió en su ayuda [3] a marchas forzadas. Otro temor acechaba también a Civil, que la legión XIV[395] se uniera a la escuadra de Britania[396] y pudiera hacer una incursión contra los batavos por la parte por donde los baña el Océano. Pero el comandante de la legión, Fabio Prisco, condujo la legión por tierra[397] contra los nervios y los tungros, aceptándose la rendición de estas comunidades. Los canninefates tomaron la iniciativa de atacar la flota y hundieron o capturaron [4] a la mayor parte de las naves. Los mismos canninefates derrotaron a una multitud de nervios que se levantó espontáneamente para emprender la guerra en favor de los romanos. Clásico también libró una batalla favorable contra la caballería que envió Cerial a

Novesio. Estos reveses, menores pero numerosos, empañaban el prestigio de la victoria recién obtenida[398].

Retiro de Antonio Primo

80. Por esta misma época[399] Muciano ordenó ejecutar al hijo de Vitelio[400] con la excusa de que la discordia permanecería si no se destruían las semillas de la guerra. Tampoco permitió que Antonio Primo formara parte del séquito de Domiciano[401], preocupado por su popularidad entre la tropa y porque la soberbia de este hombre no podía soportar incluso a sus iguales y mucho menos a los superiores a él. Antonio [2] se dirigió a presencia de Vespasiano. Y si bien es cierto que no fue recibido como él esperaba, pese a todo no se encontró con el rechazo del emperador. Vespasiano se debatía entre dos sentimientos opuestos. Por un lado, apreciaba los servicios de Antonio, bajo cuya dirección se había ganado sin ninguna duda la guerra, pero por otro lado estaban las cartas de Muciano. Al mismo tiempo, los demás acusaban a Antonio de rencoroso y engreído, sin olvidar los escándalos de su vida pasada[402]. [3] Y tampoco él evitaba provocar enemistades con su arrogancia y la mención continua de sus méritos. Antonio trataba a los demás de cobardes y a Cécina de prisionero que se había entregado sin condiciones[403]. De ahí que poco a poco tuviera él menos peso e importancia, aunque permaneciera la apariencia de amistad con Vespasiano[404].

Vespasiano en Alejandría[405]

81. Durante los meses que Vespasiano pasó en Alejandría aguardando los días regulares de los vientos de verano y una travesía segura[406] ocurrieron muchos prodigios[407] que indicaban el favor del cielo y cierta inclinación de las divinidades hacia Vespasiano. Un hombre de la plebe de Alejandría[408], conocido por su enfermedad en los ojos, se agarró a sus rodillas suplicando un remedio para su ceguera congénita. Se lo aconsejaba el dios Serapis[409], al que aquella gente, propensa a la superstición, adoraba más que a otros dioses. Suplicaba al príncipe que se dignara rociar sus mejillas y globos oculares con la saliva de su boca[410]. Otro, inválido de una mano y por consejo del mismo dios, pedía que el César se la pisara con la planta de su [2] pie. Al principio, Vespasiano se reía y se negaba a hacerlo, pero, ante la insistencia de los dos, se debatía entre el temor de ganarse fama de vanidoso y el sentirse empujado a la posibilidad de éxito con el apoyo de los ruegos de los interesados y las voces de los aduladores.

Finalmente, ordenó que los médicos dictaminaran si tal ceguera y tal atrofia se podían curar con medios humanos. Los médicos hicieron distintas consideraciones. La visión del ciego, decían, no se había destruido por completo y se recuperaría, si se eliminaban los obstáculos; el otro tenía las articulaciones dislocadas[411], pero se podían restablecer, si se aplicaba el tratamiento correcto. Tal vez, añadieron, esa era la voluntad de los dioses y se había elegido al príncipe para tal menester divino. De todas maneras, mantenían, si funcionaba el remedio, reportaría gloria al César y, si fracasaba, esos desgraciados serían los que harían el ridículo. Así que Vespasiano pensó que nada se [3] resistía a su buena suerte ni existiría ya nada increíble para él. Con gesto sonriente y ante una multitud que asistía expectante hizo lo que se le ordenó. Al instante, la mano recobró su utilidad y el ciego volvió a ver la luz del día. Quienes fueron testigos de uno y otro caso lo recuerdan todavía ahora[412] que ya no hay nada que ganar con una mentira.

82. Estos sucesos ahondaron en Vespasiano el deseo[413] de visitar el santuario del dios para consultar sobre los asuntos del Estado. Ordenó mantener a todos apartados del templo. Y, cuando entró solo y se concentró en la contemplación de la divinidad, vio detrás de él a uno de los líderes de Egipto, llamado Basílides[414], de quien sabía que se encontraba retenido lejos de Alejandría a varios días de camino y aquejado de una grave enfermedad. [2] Preguntó a los sacerdotes si Basílides había entrado en el templo aquel día, preguntó a quienes se encontraba si lo habían visto por la ciudad. Finalmente, despachó a una partida de jinetes y averiguó que en el momento que lo encontró se hallaba a una distancia de ochenta millas. Entonces lo interpretó como una visión divina y dedujo el sentido del oráculo a partir del nombre de Basílides[415]

Digresión sobre Serapis

83. El origen de este dios[416] todavía no ha sido tratado por nuestros escritores. Los sacerdotes egipcios ofrecen la siguiente historia. Al rey Ptolomeo[417], el primero que consolidó el poder macedonio en Egipto, cuando estaba dotando a la recién fundada[418] Alejandría de murallas, templos y cultos religiosos, se le apareció en sueños un joven de extraordinaria belleza y de estatura superior a la humana, quien le encargó que enviara a sus amigos más fieles al Ponto y traer de allí una estatua suya. Ello sería beneficioso para su reino, y el lugar que la acogiera se haría grande y famoso. Al instante se vio al joven ascender al cielo envuelto en [2] una enorme llamarada de fuego. Ptolomeo, impresionado por este milagroso presagio, reveló su visión nocturna a los sacerdotes egipcios cuyo oficio era interpretar tales asuntos. Como ellos sabían poco del Ponto y de

los asuntos del extranjero, preguntaron a Timoteo, ateniense de la estirpe de los Eumólpidas,[419] y a quien había hecho venir de Eleusis[420] para presidir los ritos sagrados sobre ese culto advenedizo y sobre la naturaleza de aquella divinidad. Timoteo hizo averiguaciones entre quienes habían viajado al Ponto[421] y se enteró de que allí está la ciudad de Sinope[422] y no lejos de ella un templo de Júpiter Dite[423], famoso desde antiguo en la comarca. Y lo cierto es que había también una estatua de mujer, a la que la mayoría llaman Prosérpina[424]. Pero Ptolomeo, proclive a [3] asustarse, según la manera de ser de los reyes, cuando regresó la calma, y estando más interesado en los placeres que en la religión, empezó a despreocuparse poco a poco del asunto y prestaba atención a otros asuntos, hasta que la misma visión, ahora más terrible e imperiosa, vino a anunciarle su ruina y la de su reino, en el caso de no cumplir sus mandatos. Entonces ordenó enviar emisarios y regalos al rey Escidrotémide, [4] quien entonces reinaba en Sinope, y al embarcar les dio instrucciones de visitar el santuario de Apolo Pítico[425]. Disfrutaron de una travesía favorable y obtuvieron una respuesta del oráculo que no fue nada ambigua. Debían ir y traer la imagen del padre de Apolo[426] y dejar la de su hermana donde estaba.

84. Cuando llegaron a Sinope, presentaron a Escidrotémide las ofrendas, las súplicas y encargos de su rey. Este, indeciso en su interior, ya sentía miedo de la divinidad ya terror ante las amenazas de su pueblo, que se oponía a la transacción. A veces se dejaba convencer por los regalos y promesas de los emisarios. Así pasaron tres años, en los que Ptolomeo no cejaba ni en su interés ni en sus súplicas, con lo que iba aumentando la dignidad de los emisarios, el número de naves y la cantidad del oro ofrecido. [2] Entonces se le apareció a Escidrotémide una figura amenazadora advirtiéndole que no retrasara más las disposiciones del dios[427]. Como seguía dudando, empezaron a acuciar al rey diversas desgracias, enfermedades y la ira de los dioses evidente y cada día mayor. Convocó una asamblea y expuso las órdenes de la divinidad, sus visiones y las de Ptolomeo y sus desgracias en aumento. El pueblo empezó a apartarse del rey, a odiar a Egipto, [3] a temer por ellos mismos y a rodear el templo. A partir de aquí la leyenda se agrandó diciendo que el dios embarcó por decisión propia en naves atracadas en la costa. Después, milagrosamente llegaron a Alejandría a los dos días de recorrer un trecho de mar tan grande. Se erigió un templo digno de una gran ciudad en el lugar llamado Racotis[428]. Allí había existido una capilla dedicada a Serapis e Isis. Esta es la versión más extendida sobre el origen y [4] la llegada del dios. Tampoco ignoro que algunas autoridades sostienen que fue traído de la ciudad siria de Seleucia durante el reinado de Ptolomeo III. Otros mantienen que la iniciativa fue de este mismo Ptolomeo, pero que la sede desde la que se trasladó fue Menfis, famosa en otro tiempo y capital del antiguo

Egipto.[5] Respecto a la identidad del dios, muchos lo asimilaban a Esculapio[429], porque curaba a los enfermos, algunos a Osiris, la deidad más antigua de aquellas gentes, una gran parte a Júpiter como el dios señor de todo, y los más al padre Dite por los atributos[430] que son evidentes en sus estatuas o algunos le suponen.

Domiciano y Muciano en las Galias

85. Por su parte, Domiciano y Muciano[431], antes de acercarse a los Alpes, recibieron noticias del éxito entre los tréviros[432]. La principal confirmación de la victoria fue la presencia del jefe enemigo, Valentino[433], quien, sin perder el valor, reflejaba en el semblante la altivez con que se había comportado. Se le escuchó precisamente para conocer su carácter. Fue condenado y en el momento mismo de la ejecución a uno, que le reprochaba que su patria hubiera sido vencida, le respondió que la muerte le serviría de consuelo. Muciano, por su [2] parte, sacó como nueva una propuesta que había ocultado largo tiempo. Dado que por la misericordia de los dioses las fuerzas enemigas habían sido derrotadas, resultaría poco honroso que Domiciano, casi terminada la guerra, interfiriera en la gloria de otros. Si la estabilidad del imperio o la salvación de las provincias gálicas estuvieran en peligro, el lugar del César estaría en el frente de batalla, pero los canninefates y batavos debían ser asignados a comandantes inferiores, mientras Domiciano exhibiría la fuerza y la fortuna del principado en las proximidades de Lugduno sin envolverse en riesgos menores y reservándose para los graves.

86. Sus artimañas[434] se entendían, pero parte de la deferencia de Domiciano hacia él consistía en hacer que no se notaran. Así llegaron a Lugduno. Se cree que desde allí Domiciano envió emisarios secretos a Cerial para tantear su lealtad y ver si estaría dispuesto a entregarle el poder del ejército cuando se presentara. Si con tal plan ideaba una guerra contra su padre o preparaba recursos y fuerzas contra su hermano, no quedó claro[435], pues Cerial contemporizó sabiamente y eludió el requerimiento [2] como el capricho vano de un niño. Cuando Domiciano comprendió que los mayores despreciaban su poca edad, empezó a descuidar incluso las pequeñas responsabilidades imperiales que antes ejercía[436]. Bajo un manto de sencillez y moderación se encerró en sí mismo y simuló interés por las letras y amor a la poesía[437], con el objetivo de ocultar sus pensamientos y evitar competir con su hermano, cuya forma de ser, distinta a la suya y más amable, la interpretaba al revés[438].

[1] Cf. H. HEUBNER, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien*, Band IV, Heidelberg, 1976, págs. 13-17.

[2] Tales características eran propias de los germanos que habían luchado a favor de Vitelio en las cohortes auxiliares; cf. M. BASSOLS DE CLIMENT, *Cornelio Tácito, Historias, libro cuarto*, Madrid-Barcelona, 1955, pág. 2.

[3] Cf. III 86, 3; SUETONIO, *Domiciano* I 3. Galba también había ostentado el nombre de César (SUETONIO, *Galba* XI; DIÓN CASIO, LXIII 29, 6). Este había otorgado el mismo título a su heredero Pisón (I 29, 2; 30, 2), mientras Vitelio había rehusado tal nombramiento (I 62, 1; II 62, 2).

[4] Cf. IV 39, 1; SUETONIO, *Domiciano* I 3; III; K. H. WATERS, «The character of Domitian», *Phoenix* 18 (1964), 49-77.

[5] Cf. III 6, 1; IV 39, 4; 68, 1.

[6] Bovillae, la actual Bovilas, estaba situada a cuatro millas de Roma en la vía Apia, mientras que Aricia se encontraba a doce millas; cf. III 46, 2.

[7] Cf. III 77, 4.

[8] Cf. II 100, 3; 101, 2; III 12, 1.

[9] Capua y Puteoli; cf. III 57, 1; G. E. F. CHILVER, *A Historical Commentary on Tacitus' Histories IV and V*, Oxford, 1985, pág. 24.

[10] Capua se había mantenido leal a Vitelio (III 57, 1), mientras que Tarracina había Optado por Vespasiano. La legión *III Gallica* fue devuelta a Siria (IV 39, 4); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 20; J. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, París, 2003[2], pág. 107.

[11] Cf. III 77, 1.

[12] Eran las insignias de la clase de los caballeros; cf. I 13, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 8.

[13] Así consta en el *Senatus consultum de imperio Vespasiani*; cf. *CIL* VI 930. Cf. I 47. 1; II 55, 2; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 25; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 107.

[14] Esto se debía a que Vespasiano y Tito se encontraban en Oriente.

[15] Cf. III 46, 2.

[16] Era yerno de Vitelio. Cf. I 59, 2; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 26.

[17] J. Lipsius (1547-1607) y otros establecieron una laguna en este lugar; cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 6-8 y 26; edición de WELLESLEY, pág. 194.

[18] Tácito dedica los capítulos 5 y 6, 1-2 a una digresión sobre la vida de Helvidio Prisco, como en *Anales* (XV 72, 2) sobre Ninfidio Sabino; cf. J. MALMOUX, «C. Helvidius Priscus», *Parola del Passato* 30 (1975), 23-40; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 23; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 27.

[19] En el texto de Wellesley (pág. 127) se omite lo que parece una glosa (*regione Italiae Carecina*); cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 27; WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», pág. 1.674.

[20] Tácito se refiere a los estudios filosóficos para diferenciarlos de los *studia civilia* (oratoria y derecho); cf. BASSOLS, *Historias IV*, págs. 11-12.

[21] Tácito se refiere a los estoicos; cf. P. BRUNT, «Stoicism and the Principate», *Papers of the British School at Rome* 43 (1975), 1-35.

[22] Cf. II 91, 3; *Anales* XVI 21; DIÓN CASIO, LXII 26, 4; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 24.

[23] La idea, tan antigua como Platón (ATENEO, 507D), se encuentra en SÉNECA, *Cartas a Lucilio* CXIII 32; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 25; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 28.

[24] Cf. II 53, 1; K. R. BRADLEY, «The career of Titus Clodius Eprius Marcellus, cos. II A.D. 74», *Symbolae Osloenses* 53 (1978), 171-181; J. PIGON, «Helvidius Priscus, Eprius Marcellus and *iudicium senatus*: observations on Tacitus, *Histories* 4.7-8», *Class. Quarterly* 42 (1992), 235-246; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 25.

[25] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.674-1.675.

[26] L. Valerio Asiático; cf. IV 4, 3.

[27] Cf. J. PIGOŃ, «Helvidius Priscus, Eprius Marcellus, and iudicium senatus: observations on Tacitus,

Histories 4.7-8», *Class. Quarterly* 42 (1992), 235-246.

[28] Q. Marcio Barea Sorano fue cónsul *suffectus* en el año 52 d. C. y procónsul de Asia en el 63-64; fue condenado a muerte por Nerón en el año 66; cf. *Anales* XVI 23, 1; 30, 1; 33, 2; R. SYME, *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970, pág. 96; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 27; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 111. Sobre Sencio se duda si se trata de Gneo Sencio Saturnino, cónsul en el año 41 d. C.; cf. ASH, *The Histories,* pág. 295.

[29] Eprio Marcelo había recibido cinco millones de sestercios por delatar a Trásea; cf. *Anales* XVI 33, 2.

[30] Era Valerio Asiático; cf. IV 4, 3.

[31] Tácito alude a Lucio Junio Bruto, quien expulsó al último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, e instauró la república en el año 509 a. C., y a Marco Junio Bruto, uno de los asesinos de Julio César en las Idus de marzo del año 44 a. C. También se hace referencia a Marco Porcio Catón el Censor (234-149 a. C.) y a su nieto Catón de Útica (95-46 a. C.), opositor de Julio César; cf. ASH, *The Histories*, págs. 295-296.

[32] Vespasiano contaba entonces con 59 años de edad.

[33] Cf. *Agrícola* XLII 6; *Anales* IV 20, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 111-112.

[34] Los encargados del tesoro público eran los *praetores aerarii Saturni*; cf. P. A. BRUNT, «The fiscus and its development», *Journ. Rom. Stud.* 56 (1966), 75-91; SYME, *Ten Studies…*, pág. 658; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 29; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, págs. 29-30; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 112. El Estado romano se encontraba en ruina al comienzo del imperio de Vespasiano; cf. SUETONIO, *Vespasiano* XVI 3.

[35] Eran G. Quincio Ático (III 73, 2) y Gn. Cecilio Símplice (III 68, 2); cf. DIÓN CASIO, LXV 17, 1; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 30.

[36] Es probablemente el senador que se salvó de la condena en la conjuración de Pisón contra Nerón del año 65; cf. *Anales* XVI 8, 3. El veto de los tribunos, prácticamente desaparecido, servía simplemente para aplazar asuntos sin gravedad; cf. CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 30. Esta es la última vez que se menciona el veto (*intercessio*) de un tribuno de la plebe; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 113.

[37] Cf. III 81, 1; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, págs. 30-31.

[38] P. Egnacio Céler era un filósofo estoico, procedente de Berytus (Beirut), según DIÓN CASIO (LXII 26, 1) o de Tarso, según los escolios a JUVENAL, III 117. Delató a Bárea Sorano (*Anales* XVI 32, 2-3) y acabó también siendo condenado (IV 40, 3) por falsedad; cf. J. K. EVANS, «The trial of P. Egnatius Celer», *Class. Quarterly* 29 (1979), 198-202; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 31; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 113.

[39] Cf. IV 7, 2.

[40] Gayo Pisón, padre de Calpurnio Galeriano (cf. 49, 2; *PIR2* III G 301), se suicidó en el año 65 d. C. después de conspirar contra Nerón; cf. *Anales* XV 59, 5; CHILVER, *Historical commentary IV-V*, pág. 32; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 114; E. CHAMPLIN, «The Life and Times of Calpurnio Piso», *Museum Helveticum* 46 (1989), 101-124.

[41] Cf. II 92, 1; III 61, 3.

[42] Cf. II 29, 2; III 36, 2; 61, 3.

[43] Asiático, elevado al orden ecuestre (II 57, 2), murió crucificado, como se hacía con los esclavos; cf. SUETONIO, *Vitelio* XII; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 33.

[44] Tácito había anunciado (III 46, 1) que narraría las revueltas de Germania. Sobre los batavos, cf. *Germania* XXIX 1-2; véase también a HEUBNER, *Historien IV*, págs. 33-36; P. A. BRUNT, «Tacitus and the Batavian Revolt», *Latomus* 19 (1960), 494-517; E. MERKEL, *Der Bataveraufstand bei Tacitus*, Heidelberg, 1966, Diss.; L. BESSONE, *La rivólta batavica e la crisi del 69 d. C.*, Turín, 1972; R. URBAN, *Bataveraufstand: Der 'Bataveraufstand' und die Erhebung des Iulius Classicus*, Trier, 1985; R. RUTHERFORD, «Voices of Resistance», en C. S. KRAUS, J. MARINCOLA y C. PELLING, eds., *Ancient Historiography and its Contexts. Studies in Honour of A. J. Woodman*, Oxford, 2010, págs. 312-330.

[45] Los catos, tribu muy belicosa de los germanos, estaba asentada entre Taunus, Werra y Diemel; cf.

Germania XXIX 1.

[46] Esta isla, llamada *insula Batavorum* (la actual Beturve), tenía una extensión de 60 millas y estaba situada entre el Rin y Waal; cf. *Anales* II 6, 4; PLINIO, *Historia natural* IV 101; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 37; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 32-33; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 115; ASH, *The Histories*, pág. 296.

[47] Sigo la lectura de los manuscritos, defendida por E. PARATORE, *Tacito*, Roma, 1962, págs. 217-218: *nec opibus Romanis societate validiorum atriti viros tantum armaque imperio ministrant*. Sobre la aportación militar de los batavos a Roma, cf. I 59, 1; II 17, 2; IV 16, 1.

[48] Cf. I 7, 1; III 62, 2.

[49] Cf. I 59, 1.

[50] Por la pérdida de un ojo, como sucedió en los casos de Sertorio (SALUSTIO, *Historias*, I 88) y Aníbal (LIVIO, XXII 2, 11); cf. JUVENAL, X 158.

[51] Cf. V 23, 6; cf. M. TREU, «M. Antonius Primus in der taciteischen Darstellung», *Würzburger Jahrbücher für die Altert*. 3 (1948), 258-259.

[52] Era gobernador de Germania Superior; cf. I 9, 1; II 57, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 10-13; J: H: D'ARMS, «Tacitus, *Histories* 4.13 and the municipal origins of Hordeonius Flaccus», *Historia* 23 (1974), 497-504.

[53] Vitelio se había llevado en su marcha hacia Roma casi todos los efectivos de las legiones romanas apostadas en el Rin; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 25.

[54] Cf. *Anales* XIV 35, 1. Sobre constitución física de los germanos, cf. *Germania* IV 2-3; CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 39, IV 1; VELEYO PATÉRCULO, II 106.

[55] Es decir, «el alborozo nocturno» (hendíadis) que produce el alcohol; cf. IV 79, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 25.

[56] Desde la partida de Vitelio no había en la Germania Inferior gobernador con rango consular (*legatus Augusti pro praetore*) investido del *ius et potestas imperandi*; cf. II 57, 1.

[57] Alusión probable a un sacrificio humano; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 118.

[58] La tribu estaba asentada en Kannemerland, al norte de Lek; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 101; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 35-6; HELLEGOUARC' H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 118.

[59] Cf. II 69, 1.

[60] Tácito se refiere a las campañas de Calígula contra los germanos en los años 39-40 d. C.; cf. *Germania* XXXVII 4; *Agrícola* XIII 2; SUETONIO, *Calígula* XLIII-XLVII; DIÓN CASIO, XLIX 21.

[61] El rito de alzar al jefe sobre un escudo como parte del ceremonial de entronización es de origen germánico. Cf. ZÓSIMO, III 9, 2; A. RAMÍREZ DE VERGER, *Coripo, El Panegírico de Justino II*, Sevilla, 1985, págs. 119-121.

[62] Eran vecinos de los canninefates; cf. *Germania* XXXIV; *Anales* I 60, 2; IV 72-74; XI 19, 1; XIII 54; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 36.

[63] Sobre los problemas textuales de este pasaje, léase a K. WELLESLEY, «Three Notes on Tacitus», *Class. Review* 12 (1962), 119; id., WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.675-1.676.

[64] Los nervios estaban asentados cerca de la actual Bruselas; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* II 15, 3. Con el nombre de germanos se hace alusión a los tungros, pues todas las tribus de aquellos lugares se consideraban como germanas; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 37.

[65] Cf. I 61, 2.

[66] Cf. *Germania* VI 6, VII 3.

[67] Se trataría de la cohorte III de tungros incorporados como tropas auxiliares al ejército romano; cf. G. ALFÖLDY, *Die Hilfstruppen der römischen Provinz Germania Inferior*, Düsseldorf, 1968, pág. 46; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 120.

[68] Abarca la Germania Superior y la Inferior.

[69] Cf. I 6, 2.

[70] Sobre los eduos, cf. I 51, 4. Los arvernos, mencionados solo aquí, ocupaban la ciudad de Auvergne en Aquitania.

[71] Eran los tréviros y lingones; cf. I 53, 3; 57, 2; 64, 2; IV 69, 2.

[72] Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 121.

[73] Sucedió el año 9 d. C. en Teutoburgo. Tres legiones fueron masacradas y Varo acabó suicidándose.

[74] Cf. IV 12, 2.

[75] Era el comandante de la legión *XV Primigenia*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 51-2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 38.

[76] Las legiones *XV Primigenia* y la *V Alaudae* tenían su base en Vetera (Birten); cf. IV 35, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 121.

[77] Al sur de la Colonia Agripinense (Colonia); cf. *Germania* XXVIII 5.

[78] Cf. II 14, 1.

[79] Cf. IV 15, 2.

[80] Sobre esta costumbre germana, cf. *Germania* VII 3; *Anales* IV 51, 2; CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 51; PLUTARCO, *Mario* XIX y XXVII.

[81] Sobre los cantos salvajes de los guerreros no romanos, cf. II 22, 1; *Agrícola* XXIII 1; *Germania* III 1; *Anales* I 65, 1. Sobre los aullidos de las mujeres, cf. *Germania* VII 3; CURCIO RUFO, IV 16, 15; PLINIO, *Cartas* VI 20, 4.

[82] Los ubios, situados, primero, en la ribera derecha del Rin y, después, en la izquierda tenían por capital a Colonia Agripinense (Colonia); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 121-122. Sobre los tréviros, cf. I 53, 3.

[83] La actual Xanten; cf. H. LEHNER, *Vetera*, Berlín, 1930; M. E. CARBONE, «The first relief of Castra Vetera», *Phoenix* 21 (1967), 296-298.

[84] Cf. IV 56, 3; 66, 1; 70, 1; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 122.

[85] Eran ocho cohortes auxiliares de la legión *XIV Gemina*; cf. I 59, 1.

[86] Cf. I 59, 1; II 97, 1; IV 15, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 36.

[87] El número habitual de jinetes en una cohorte era de 120 hombres; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 54. Sobre la paga exigida por los batavos, cf. CHILVER, *Historiess IV-V*, pág. 40; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 122-123.

[88] Cf. IV 70, 5; 77, 3; *PIR2* H 108; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 123.

[89] La actual Bonn. Se trata de la legión *I Germanica*.

[90] La mitad de una legión.

[91] Se trata de cohortes reclutadas precipitadamente que entraban en acción sin ninguna instrucción previa.

[92] Cf. II 42, 2; IV 16, 2.

[93] Los nervios, tungros e incluso los tréviros.

[94] La legión *I Germanica*; cf. 19, 2.

[95] Cf. IV 17, 3; 22, 2; 33, 1.

[96] Eran la *XV Primigenia* y la *V Alaudae*.

[97] Los téncteros (*Germania* XXXII 1, 2; XXXIII 1) vivían entre el Rin, el Ruhr y Lippe, mientras que los brúcteros (*Germania* XXXIII 1) habitaban más al norte entre Lippe y Ems; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 57-58; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 41-42.

[98] Sobre Munio Luperco, cf. IV 18, 1. Numisio Rufo era el comandante de la legión *XVI Gallica* estacionada en Novesio; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 58; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 42; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 124.

[99] Tácito alude a construcciones exteriores al campamento, realizadas durante un largo período de paz, como almacenes, tiendas, tabernas y otros; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 40.

[100] Cf. IV 60, 1.

[101] Cf. *Germania* VII 3.

[102] El grueso de la legión *XV Primigenia* y una parte de la *V Alaudae*; cf. IV 18, 1.

[103] Alusión a Vetera Castra; cf. IV 18, 3.

[104] Los brúcteros, téncteros y frisios; cf. IV 15, 1-2; 21, 2.

[105] Los soldados avanzaban con los escudos sobre sus cabezas formando como un caparazón de una tortuga; cf. VEGECIO, *Compendio de técnica militar* IV 14; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 43.

[106] Cf. SÉNECA, *Diálogos* VII 26, 3.

[107] La legión *XXII Primigenia* y la *IV Macedonica*; cf. II 100, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 43.

[108] Dilio Vócula fue tribuno en la legión *I Germanica* en Bonn, cuestor en el Ponto y comandante de la legión *XXII Primigenia*; cf. *ILS* 983; P. FABIA, «Dillius Vocula», *Studi Romani* 2 (1914), 153-188; SYME, *Tacitus*, 784-785; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 43; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 126. Tácito lo describe como un héroe romano en el Rin; cf. IV 58.

[109] La legión I Germanica; cf. I 55, 2: 57, 1; IV 24, 1.

[110] En Vetera; cf. IV 20, 2-3.

[111] Es decir, a Vitelio.

[112] Eran los portadores de las águilas, las enseñas de las legiones. Su rango, similar al de alférez, era inferior al de un centurión.

[113] Seguramente, los tréviros y lingones.

[114] La legión *I Germanica* de Bonna y banderas de las legiones *IV Macedonica y XXII Primigenia*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 65; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 127.

[115] Tácito se refiere al mando militar, pues Hordeonio Flaco retenía el mando sobre la provincia; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44.

[116] Estaba situada en las proximidades de la actual Neuss, cercana a Düsseldorf, al oeste del Rin. Allí tenía su base la legión *XVI Gallica* desde el año 43 d. C.; cf. H. NISSEN, «Die Geschichte von Novaesium», *Bonner Jahrbücher* 111-112 (1904), 1-96; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44.

[117] Solo quedaba un destacamento de la *XVI Gallica*, pues el grueso de ella había partido para Italia; cf. II 100, 1; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 49.

[118] Era el legado de la legión I; cf. IV 19. 2.

[119] La actual Gellep, situada a 18 kilómetros de Novesio y a 35 de Vetera; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 67; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 44; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 127.

[120] Tribu que vivía entre los ubios y los batavos; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 68.

[121] Hordeonio en *Novesio* y Galo en Gelduba: cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 128.

[122] Los menapios habitaban entre los ríos Mosa y Scheldt; los morinos, pueblo belga, vivían al sudoeste de los menapios en la costa; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 69; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 45.

[123] Los ubios vivía en la Colonia Agripinense mezclados con los romanos desde la fundación de la ciudad en el 50 d. C. como Colonia Claudia Augusta Ara Agripinensis; cf. *Anales* XII 27, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 45.

[124] El nombre romano era el de Colonia Agrippinensium, la actual Colonia, donde se había instalado una colonia de veteranos de guerra en el año 50. El nombre se dio en honor de Agripina la Menor, esposa de Claudio que había nacido allí; cf. ASH, *The Histories*, pág. 298.

[125] La actual Düren, situada entre Aachen y Colonia; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 70.

[126] BASSOLS, *Historias IV*, pág. 54: «Se trata de una torre de madera montada sobre ruedas para poderla acercar a la ciudad sitiada. Constaba de varios pisos o plataformas para, de este modo, poder dominar las fortificaciones enemigas y desalojar de ellas a sus defensores».

[127] Era la puerta principal del campamento, por la que se llegaba al *praetorium*, el puesto de mando del campamento; cf. IV 23, 1.

[128] La máquina de guerra recibía el nombre de *tolleno*; cf. VEGECIO, *Compendio de técnica militar* IV 21;

HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 129.

[129]Antes del 25 de octubre del 69; cf. III 55. Las noticias de la toma de Cremona llegaron a Novesio la primera semana de noviembre; cf. BASSOLS, *Historias IV*. pág. 56; CHILVER. *Histories IV-V*, pág. 46.

[130] Se trata de una carta diferente a la citada en IV 13 y cuyo contenido se recuerda en V 26; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 129-130.

[131] Cf. III 35, 2.

[132] Cf. IV 24, 1.

[133] Cf. IV 13, 1.

[134] Estaba situada cerca de la actual Asberg, entre Gelduba y Vetera; cf. *Germania* III 3; HEUBNER, *Historien: IV*, pág. 78; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 47; T. BECHERT, *Asciburgium*, Duisburgo, 1974; id., «Asciburgium», *Bonner Jahrbücher* 179 (1979), 475-498.

[135] En Gelduba, hoy Gellep; cf. IV 26, 3.

[136] Cf. IV 15, 3.

[137] Sería las cohortes I y II *(cohortes Hispanae Vasconum)*, reclutadas por Galba cuando era gobernador de la Hispania Tarraconense; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 60; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 79; CHILVER, *Histories IV-V*. pág. 47; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 131.

[138] En Novesio estaba Hordeonio Flaco (IV 31, 2), comandante de las fuerzas del Rin, mientras que en Mainz estaban acantonadas las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

[139] Julio Civil y Dilio Vócula.

[140] Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia* en Vetera.

[141] El de Vetera.

[142] Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*.

[143] Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*.

[144] Sobre este capítulo, léase a E. FRAENKEL, «Eine Form römischer Kriegsbulletin», *Eranos* 54 (1956), 189-194.

[145] Cf. I. KAJANTO, «Tacitus attitude to war and the soldier», *Latomus* 29 (1970), 699-718.

[146] Las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*, estacionadas en Mogontiaco; cf. I 8, 2; 9, 1.

[147] Vitelio fue asesinado el 20 o 21 de diciembre del 69; cf. III 82-85.

[148] Las legiones *I Germanica, IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

[149] Sobre los catos (territorio actual de Hessen), cf. IV 12, 2. Los usipos se encontraban entre Sieg y Lahn; los matiacos vivían entre Taunus y Main, cerca de la actual Wiesbaden; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 86; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 133.

[150] Cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 87-90.

[151] El inicio del consulado marca el comienzo del año 70 d. C., pero ambos se encontraban en Judea. Vespasiano había sido cónsul *suffectus* en los últimos meses del año 51.

[152] L. Calpurnio Pisón era hijo del cónsul del año 27 d. C. del mismo nombre. Fue cónsul con Nerón en el año 57 (*Anales* XIII 31, 1); cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 70; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 90-1; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 50 HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 134.

[153] Cf. I 89, 1; JUVENAL, X 81 (*panem et circenses*).

[154] Cf. SYME, *Tacitus*, págs. 187-188.

[155] Los cónsules se encontraban lejos de Roma. Sexto Julio Frontino (ca. 40-103) fue pretor de Roma el año 70, cónsul *suffectus* en el 73 y el 98, cónsul ordinario en el 100; escribió *Strategemata, De aquaeductu urbis Romae* y *Liber gromaticus*. Cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 91; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 50; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 134; ASH, *The Histories*, pág. 299.

[156] Fue comandante de la legión *VII Claudia*; cf. I 79, 5; II 85, 2; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 91-2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 51.

[157] Fue comandante de la legión *VII Claudiana* (III 12, 3) y senador en tiempos de Vespasiano; cf. II 85, 2; III 52, 3.

[158] Sobre Hormo, liberto de Vespasiano, cf. III 12, 3; 28.

[159] Sobre Antonio Primo, cf. II 86, 1; sobre Arrio Varo, cf. III 6, 1.

[160] Era hermano de Pisón, a quien había adoptado Galba; cf. I 15, 2; 47, 2; 48, 1; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 51.

[161] Cluvio Rufo (*PIR2* C 1206) era gobernador de Hispania Citerior (Tarraconensis) *in absentia*; cf. I 8, 1; II 65, 1; III 65, 2; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 93-94.

[162] La legión *VII Galbiana* o *Gemina*; cf. I 6, 2; II 11, 1; 86, 1; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 51-52; ASH, *The Histories*, pág. 299.

[163] La legión *III Gallica*; cf. I 10, 1; II 74, 1; IV 3, 1 SUETONIO, *Vespasiano* VI 3.

[164] Eran las legiones *VIII Augusta, XI Claudia, XIII Gemina*; cf. IV 68, 4.

[165] Sería el 9 de enero del año 70 d. C.

[166] El rubor se asociaba con la modestia (PLINIO, *Cartas* I 14, 8; SÉNECA, *Cartas* XI 1). Sin embargo, Domiciano disimulaba su desvergüenza con un excesivo rubor; cf. *Agrícola* XLV 2; PLINIO, *Panegírico de Trajano* XLVIII 4; SUETONIO, *Domiciano* XVIII 1.

[167] Sin embargo, léase lo contrario en SUETONIO, *Galba* XXIII; J. GAGÉ, «Vespasien et la mémoire de Galba», *Rev. Etud. Ancien*. 54 (1952), 290-315.

[168] Personaje desconocido y confundido con su padre, del mismo nombre; cf. *Anales* XVI 28, 1; 29, 2; 33, 2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 52; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 136.

[169] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VIII 5.

[170] En el año 65 se cambió el nombre del mes de abril por el de Nerón, mayo por el de Claudio y junio por el de Germánico; cf. *Anales* XV 74, 1; XVI 12, 2; SUETONIO, *Calígula* XV 2; *Domiciano* XIII 3; *Historia Augusta, Vida de Cómodo* XI 8.

[171] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VIII 5-IX, 1.

[172] El de pretor; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 53.

[173] Cf. IV 10.

[174] Cf. IV 7, 2.

[175] Era discípulo de Diógenes y Crisipo y amigo de Séneca; cf. *Anales* XVI 34, 1; SUETONIO, *Vespasiano* XIII; DIÓN CASIO, LXVI 13, 3; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 137; ASH, *The Histories*, pág. 299.

[176] Era hermano de Q. Junio Aruleno Rústico (III 80, 2); cf. PLINIO, *Cartas* IV 22, 3; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 97-8; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 137.

[177] Domiciano.

[178] Vespasiano.

[179] Este juramento era pronunciado por los dos cónsules y por futuros emperadores, como Nerva, Trajano, Adriano y otros (DIÓN CASIO, LXXV 2, 1); cf. A. R. BIRLEY, «The Oath not to put Senators to death», *Class. Review* 12 (1962), 197-199.

[180] Nada se sabe de estos tres delatores.

[181] C. Pacio Africano fue cónsul *suffectus* en el año 67 y procónsul de África en el 77-78; cf. H. W. BENARIO, «C. Paccius Africanus», *Historia* 8 (1959), 496-498; P. A. GALLIVAN, «Some Comments on the *Fasti* for the Reign of Nero», *Class. Quarterly* 24 (1974), 304; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 99; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 138.

[182] Rufo y Próculo Escribonio habían sido gobernadores de la Germania Superior e Inferior respectivamente. Nerón forzó sus suicidios para apropiarse de sus riquezas; cf. DIÓN CASIO, LXIII 17, 2-7.

[183] Cf. II 10; IV 10; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 99.

[184] Sobre el interlocutor del *Diálogo de los oradores*, cf. III 9, 3; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 54.

[185] No había cumplido 25 años; cf. *Anales* XV 28, 3; DIÓN CASIO, LII, 20, 1.

[186] El senador M. Aquilio Régulo fue descrito así por PLINIO, *Cartas* I 5, 15: «Es, pues, un hombre rico, intrigante, cuidado por muchos y temido por la mayoría»; cf. R. SYME, *Journ. Rom. Stud*. 43 (1953), 161;

HEUBNER, *Historien IV*, pág. 100; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 138; ASH, *The Histories*, pág. 300.

187 Tácito se refiere especialmente a M. Licinio Craso Frugi, cónsul en el año 64 d. C. y hermano de L. Calpurnio Pisón Liciniano, adoptado por Galba; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 100.

188 Sexto Cornelio Escipión Salvidieno Órfito fue cónsul en el año 51 junto a Claudio y fue ejecutado al final del reinado de Nerón; cf. SUETONIO, *Nerón* XXXVII 1; DIÓN CASIO LXII 27, 1; *Anales* XVI 12, 2.

189 Sulpicia Pretextata, esposa de Licinio Craso, era hija de Quinto Sulpicio Camerino, cónsul en el año 46 d. C.; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 101.

190 Cf. IV 40, 1; R. H. MARTIN, «The speech of Curtius Montanus: Tacitus, *Histories* IV 42», *Journ. Rom. Stud*. 57 (1967), 109-114.

191 Sobre la enemistad de Régulo con Pisón, hijo adoptivo de Galba, cf. PLINIO, *Cartas* II 20, 2. Régulo había delatado a Licinio Craso Frugi, hermano de Pisón; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 76.

192 Se debe referir a las insignias consulares quitadas a los cónsules condenados por algún delito grave; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 55. BASSOLS (*Historias IV*, pág. 76) lo interpreta como los despojos procedentes de Craso y Órfito, condenados por sus delaciones.

193 Alusión a Eprio Marcelo y Vibio Crispo; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 140.

194 Cf. I 82, 1; SUETONIO, *Nerón* XXXVII 3.

195 La *moderatio* se consideraba una de las cualidades específicas del buen emperador; cf. M. DELLA MORTE, «Alcune osservazioni sul termine *moderatio*», *Boll. Stud. Lat*. 10 (1980), 26-37; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 140.

196 Sobre el texto latino, cf. K. WELLESLEY, «Tacitus, *Hist*. IV 42, 6», *Liv. Class. Monthly* 10 (1985), 24; id., «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», pág. 1.676-1.677.

197 La flagelación y decapitación.

198 Cf. II 91, 3.

199 Cf. I 8, 1.

200 Cf. II 10, 1.

201 La escena aparece posiblemente en *Diálogo de los oradores* V 6-7; cf. JUVENAL, IV 81-83; E. PARATORE, *Tacito*, 2ª ed., Roma, 1962, págs. 195-196.

202 Tuvo lugar probablemente el 15 de enero del 70; cf. R. S. ROGERS, «A criminal trial of A. D. 70», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 80 (1949), 347-350.

203 Con «imposiciones» (*necessitates*) se refiere a las muertes impuestas por razón de Estado (F. SOCAS).

204 Octavio Sagita fue condenado (*Lex Carnelia de sicariis*) por un asesinato (Poncia Postumina) durante su tribunado en el año 58; cf. *Anales* XIII 44. Antistio Sosiano fue condenado (*Lex de Maiestate*) por haber escrito un libelo contra Nerón durante su pretura del año 62; cf. *Anales* XIV 48; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 106; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 56; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 141.

205 Poncia Postumina es la mujer asesinada por Octavio Sagita, citado antes; cf. SYME, *Tacitus*, pág. 627, n. 4.

206 La falta de control de Sagita fue consecuencia de su locura ante un amor imposible (*impotens amoris*) hacia Poncia; cf. *Anales* XIII 44, 1: *Pontiae…amore vaecors*, «loco de amor por Poncia». Sobre «el mal de amores», cf. R. MORENO, ed., *Diccionario de motivos amatorios*…, págs. 259-262.

207 Es desconocido. Un senador de nombre C. Matidio Patruino murió en el año 78 como *magister* de los Hermanos Arvales; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 56.

208 Cf. I 82, 1; IV 42, 4; PETRONIO, *Satiricón* LXXVIII 5-6.

209 La colonia Sena Iulia, hoy Siena; cf. PLINIO, *Historia natural* III 51.

210 Se identifica con un procónsul de Creta y Cirene en el año 70: cf. J. REYNOLDS, «Four Inscriptions from Roman Cyrene», *Journ. Rom. Stud*. 49 (1959), 97; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 108; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 142.

211 Era la *Lex Iulia repetundarum* del año 59 a. C.; cf. P. A. BRUNT, «Charges of Provincial

Maladministration», *Historia* 10 (1961), 189-227; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 108.

[212] Cf. II 67, 1; III 55, 2; cf. P. FABIA, «Les prétoriens de Vitellius», *Rev. Philologie* 38 (1914), 32-75; M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938, pág. 243; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 57.

[213] Los pretorianos recibían dos denarios al día, el doble que los legionarios.

[214] Cf. II 63, 1; IV 2, 2.

[215] Cf. IV 2, 2.

[216] Las fuerzas que se rindieron en Narnia (III 58, 1; 63, 1); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 109.

[217] El soldado se licenciaba a los cincuenta años o después de veinte años de servicio como legionario o dieciséis como miembro de la guardia pretoriana.

[218] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* XVI 3. La cantidad de sesenta millones de sestercios serviría para hacer frente a los gastos inmediatos del Estado, como pagar a los soldados; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 58.

[219] Cf. III 50, 2.

[220] Cf. III 55, 2; SUETONIO, *Vitelio* XI 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 84; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 112.

[221] Hermano mayor de Vespasiano; cf. I 46, 1.

[222] Cf. IV 38, 1.

[223] La legión *III Augusta* (I 11, 2), la *cohors VII Lusitanorum equitata*, la *cohors I Chalcidenorum equitata* y la *cohors XV Voluntariorum*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 113; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 145.

[224] Calígula.

[225] Marco Junio Silano, cónsul del año 19 d. C., estuvo casado con Emilia Lépida, biznieta de Augusto, con la que tuvo tres hijos; fue, asimismo, gobernador de África en los años 36-39; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 113; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 59-60; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 145.

[226] Los legados conservaban el mando el tiempo que fijaran los emperadores, mientras que el mandato de los procónsules duraba un año; cf. ASH, *The Histories*, pág. 300.

[227] Era legado de la legión *III Augusta*; cf. II 98, 1; PLINIO, *Cartas* III 7, 12; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 114.

[228] Cf. I 70, 2; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 115.

[229] Probablemente se trate de G. Papirio Equo, centurión de la legión *III Augusta*; cf. *ILS* 246; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 61.

[230] Cf. IV 11, 2.

[231] Sobre la tendencia de Tácito de ofrecer dos alternativas sobre un mismo hecho, léase a D. SULLIVAN, «Innuendo and the 'weighted alternative' in Tacitus», *Class. Journal* 71 (1976) 312-326; D. WHITEHEAD, «Tacitus and the loaded alternative», *Latomus* 38 (1979), 474-495.

[232] Cf. I 7, 1.

[233] Nótese el expresivo oximoron (*egregio mendacio*) o paradoja entre términos antitéticos.

[234] Masa llegó a ser un famoso delator en tiempos de Domiciano; cf. *Agrícola* XLV 1; PLINIO, *Cartas* VII 33, 4-8; JUVENAL, I 35; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 117; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 146-7; ASH, *The Histories*, pág. 301.

[235] Es la actual Susa, al sur de la antigua Cartago: cf. PLINIO, *Historia natural* V 25.

[236] Era *praefectus castrorum* del la legión *III Augusta*, asentada en Theveste; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 89; ASH, *The Histories*, págs. 300-301.

[237] Las actuales Trípoli y Lebda respectivamente; cf. M. F. SQUARCIAPINO, *Leptis Magna*, Basilea, 1966; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 61.

[238] Habitaban en la actual Fezzan, en los oasis del Sáhara occidental; cf. C. DANIELS, *The Garamantes of Southern Libya*, Nueva York-North Harrow, 1970; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 118; CHILVER, *Histories IV-V*. pág. 61; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 147.

[239] Estas chozas son descritas por SALUSTIO (*Guerra de Jugurta*. XVIII 8) así: «Por lo demás, todavía

las casa de los númidas del campo, que llaman mapales, alargadas y con las paredes y techo en comba, se parecen a los cascos de los barcos». Cf. E. MÜLLER-GRAUPA, «Mera mapalia», *Philologus* 85 (1930), 302-312.

240 Vespasiano se encontraba en Alejandría, donde había llegado a finales de noviembre o comienzos de diciembre del 69; cf. II 82, 3; III 48, 3; IV 38, 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 119-122; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 61-62.

241 Cf. III 48, 3.

242 Los caballeros y los senadores.

243 Cf. II 82, 3. Suetonio (*Vespasiano* VI 4) dice que Vologeso, rey de los partos (51-79 d. C.) puso a disposición de Vespasiano cuarenta mil arqueros; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 122.

244 ¿Se trataría de que Domiciano llevaba una vida disipada o de que había planeado alguna empresa contra su propio padre? Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 148.

245 La narración de la guerra contra los judíos comienza en el libro V.

246 La preocupación de Tito no era solo por la conducta de Domiciano, sino también por la actitud de Muciano y sus ambiciones; cf. J. A. CROOK, «Titus and Berenice», *Amer. Journ. Philology* 72 (1951), 164-165.

247 Sin embargo, Séneca (*La brevedad de la vida* XVIII 5) habla de siete u ocho días de abasto y el mismo Tácito calcula unos quince días (*Anales* XII 43, 2); cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 63.

248 Cf. III 48, 3.

249 Cf. III 71, 4 (el incendio del Capitolio). Sobre su reconstrucción, léase a H. BARDON, «La naissance d'un temple», *Rev. Étud. Latines* 33 (1955), 166-182; G. B. TOWNEND, «The Restoration of the Capitol in A. D. 70», *Historia* 36 (1987), 243-248.

250 Lucio Julio Vestino, de la clase de los caballeros, procedía de Vienne (Galia) y llegó a ser prefecto de Egipto en los años 59-62; su hijo, M. Julio Vestino Ático, fue cónsul en el año 65 (*Anales* XV 48, 1); cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 53; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 64; ASH, *The Histories*, pág. 301.

251 En Ostia; cf. Anales XV 43, 3.

252 Macrobio (*Saturnales* III 20, 2) ofrece una lista de árboles que traían buena suerte, como el roble, la encina, la higuera blanca, el manzano y otros.

253 Cf. II 91, 3; IV 4, 3; 5, 1; 6, 3; 7, 1; 8, 3; 9, 1; 10; 43, 1.

254 Tito Plaucio Silvano Eliano fue gobernador de la provincia Tarraconense y cónsul dos veces; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 126; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 65; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 150-151.

255 Es decir la *suovetaurilia*, el sacrificio más solemne, tal como se ha dejado constancia en la columna de Trajano; cf. U. W. SCHOLZ, «Suovetaurilia und Solitaurilia», *Philologus* 117 (1973), 3-28; ASH, *The Histories*, pág. 301.

256 La tríada capitolina; cf. I 86, 1; VIRGILIO, *Eneida* IX 448; LIVIO, XX-VIII 51, 8; OVIDIO, *Fastos* VI 37; F. BÖMER, *Die Fasten*, Heidelberg, 1958, II, págs. 339-341.

257 La escena describe un acto muy parecido a la ceremonia de nuestros días de la solemne colocación de la primera piedra en el inicio de la obra de un gran edificio público.

258 Tácito vuelve a la narración de los hechos que había dejado en el capítulo XXXVII, enero del año 70.

259 Cf. III 85.

260 Cf. III 46, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 94.

261 En el año 390 a. C.; cf. LIVIO, V 48-49.

262 El Capitolio era el símbolo de la permanencia del Estado romano; cf. III 72, 1; VIRGILIO, *Eneida* IX 448-9; HORACIO, *Odas* I 37, 6-8; III 5, 12; 30, 7-9; LIVIO, I 55,4-6; V 53,6.

263 Cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* VI 13-14; SYME, *Tacitus*, 457-458; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 129-130.

264 Cf. IV 36, 2; I 9, 1.

265 Cf. I 59, 1.

[266] Cf. II 14, 1.

[267] El *ala Trevirorum*; cf. II 14, 1.

[268] Es la región comprendida entre Vinxtbach, cerca de Reinek, y Nahe; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 152-153.

[269] Sobre a actividad sexual de Julio César, léase a SUETONIO, *El divino Julio* XLIX-LII.

[270] Cf. IV 37, 2.

[271] Era el rival batavo de Civil; cf. IV 18, 4.

[272] Sobre los nervios, cf. IV 15, 3; 33, 2. Los betasios, pueblo belga, habitaban entre los ríos Mosa y Scheldt; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 133.

[273] Vivían en la boca del Scheldt; cf. PLINIO, *ibid*.

[274] Julio Civil.

[275] Cf. IV 36, 1.

[276] Eran las legiones *I Germanica*, con sede en Bonn, y la *XVI Gallica*, con base en Novesio; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 99.

[277] Julio Sacróviro era jefe de los eduos, líder de la revuelta gala contra Roma en el año 21; acabó suicidándose después de su derrota; cf. *Anales* III 40-47; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 134; ASH, *The Histories*, pág. 302.

[278] Cf. I 6, 2.

[279] Allí estaba asentada la legión *XVI Gallica*; cf. IV 26, 3.

[280] SYME (*Tacitus*, págs. 685-686) señala que Tácito se inspiró, tanto en la forma como en el contenido, en el discurso de Publio Cornelio Escipión contra unos amotinados; cf. LIVIO, XXVIII 27-29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 154-155.

[281] La muerte como descanso y final de los sufrimientos es un tópico de las consolaciones; cf. F. LILLO, *Palabras contra el dolor. La cansolación filosófica latina de Cicerón a Frontón*, Madrid, 2001, págs. 57-58, 188-189, 245-250.

[282] Tácito evoca los ejemplos de Sagunto (LIVIO, XXI 14, 4) o Petelia (LIVIO, XXIII 20 y 30).

[283] Las legiones *V Alaudae* y *XV Primigenia*; cf. IV 35, 3; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 101; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 137.

[284] El mismo cálculo se hace en I 1. 1. En realidad fueron 823 años.

[285] Advocación de Rómulo, padre de la ciudad de Roma; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 155.

[286] Conocido solo en Tácito como el asesino de Vócula; cf. IV 62, 4.

[287] En la legión *I Germanica* había servido Vócula como *tribunus militum*; cf. *ILS* 983; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 139; CHILVER, *Histories* IV-V, pág. 69.

[288] Sobre Herennio Galo, legado de la legión *I Germanica*, cf. IV 19, 2; sobre Numisio Lupo, legado de la legión *XVI Gallica*, cf. I 79, 5; IV 22, 1.

[289] Las insignias del supremo poder militar eran el manto de púrpura (*paludamentum*), los lictores y los *fasces* o hachas; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 139-140.

[290] Los que quedaban de las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 104.

[291] Los soldados de las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia*.

[292] En Vetera; cf. IV 21-23, 28, 34 y 36.

[293] Seguramente, ratas.

[294] El de Vetera Castra. La descripción del asedio y saqueo del campamento recuerda a los de Casilinum en el año 216 a. C. (LIVIO, XXIII 19, 13) y de Petelia (LIVIO, XXIII 30, 3). Aparecen los tópicos tradicionales de saqueo, incendio y muerte de los varones; cf. G. M. PAUL, «*Urbs capta*: Sketch of an Ancient Literary Motif», *Phoenix* 36 (1982). 144-155.

[295] Cf. PLINIO, *Hstoria natural* XXVIII 191; MARCIAL, VIII 33, 20. Suetonio (*Julio* LXVII 2) cuenta que Julio César se dejó crecer la barba y el cabello hasta vengar la derrota de su legado Titurio;

HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 157.

296 Cf. *Germania* XXXI 1; SILIO, IV 200-201; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 106; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 142.

297 Era legado de la legión XV *Primigenia*; cf. IV 18, 1.

298 Era una profetisa de los brúcteros; cf. *Germania* VIII 3; ESTACIO, *Silvas* I 4, 90; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 143; CHILVER, *Histories* IV-V, pág. 71: HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 157.

299 Cf. P. FABIA, «Officiers gaulois dans les légions romaines au ler siècle de notre ère (Tac. *Hist*. IV, 61 et 74)», *Rev. Étud. Ancienn*. 14 (1912), 285-291.

300 Cf. K. V. DECKER y W. SELZER, «Mogontiacum: Mainz von der Zeit des Augustus bis zum Ende der römischen Herrschaft», *ANRW* II 5.1 (1975), 483-494.

301 Vindonissa, la actual Windisch, era la base de la legión *XXI Rapax*, aunque el grueso de sus fuerzas había partido para Italia con Cécina; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 108; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 144.

302 La legión *XVI Gallica* con el *ala Picentina*; cf. IV 26, 3.

303 Vetera Castra. La capitulación del campamento parece un eco de la rendición de los romanos ante los samnitas en las Horcas Caudinas del año 321 a. C.; cf. LIVIO, IX 5, 11-6, 2; SYME, *Tacitus. II*, pág. 686; ASH, *The Histories*, pág. 302.

304 Los soldados guardaban el dinero y joyas en los cinturones; cf. SUBTONIO, *Vitelio* XVI.

305 Las efigies de los emperadores Galba y Vitelio; cf. BASSOLS, *Historias IV*. pág. 109.

306 Cf. I 41, 1.

307 Igual que Aníbal y Q. Sertorio; cf. SALUSTIO, *Historias* I 88; PLUTARCO, *Sertorio* I 4; IV 3. Sobre derrotas y humillaciones militares sufridas por los romanos, cf. R. ASH, «Waving the White Flag: Surrender Scenes at Livy 9.5-6 and Tacitus, *Histories* 3.31 and 4.62», *Greece & Rome* 45 (1998), 27-44.

308 La legión *I Germanica* con base en Bonn; cf. IV 19, 2; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 145.

309 El *ala Gallorum Picentina* o *Picentiana* era un regimiento auxiliar de caballería adscrito a la legión *XVI Gallica* con sede en *Novesio*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 146; E. BIRLEY, «*Alae* named after their commanders», *Ancient Society* 9 (1978), 268.

310 La actual Trier, situada sobre el río Mosela y cercana a Luxemburgo, Francia y Bélgica.

311 Cf. H. SCHMITZ, *Colonia Claudia Ara Agripinensium*, Colonia, 1956; P. La BAUME, «Das römische Köln», *Bonner Jahrbücher* 172 (1972), 271-292.

312 *El imperium Galliarum*.

313 Cf. IV 28, 1-2.

314 Cf. IV 21. 2.

315 En *Germania* (IX 1) se dice que los germanos rendían especialmente culto a Mercurio; cf. *Anales* XIII 57, 2; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 111.

316 Cf. *Agrícola* XXI 2.

317 Se refiere a los veteranos asentados en Colonia Agripinense en el año 50 d. C.; cf. *Anales* XII 27, 1.

318 Los germanos tenían que pagar una gabela para poder entrar en Colonia Agripinense; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 113; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 149; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 160.

319 Eran vecinos de los ubios y vivían al oeste del Rin, entre el Ruhr y el Erft; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 106; HEUBNER, *Historien* IV, pág. 151; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 73; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 161.

320 Cf. IV 18, 4.

321 Cf. IV 56, 3.

322 Estaría situado en la zona que luego se llamaría Traiectus Mosae (Maastricht); HELLEGOUARC'H, *Tacite*. *Histoires IV-V*, pág. 161.

323 Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 3, 15; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* XX 16; LX 4; SUETONIO, *Augusto* X 4.

324 Cf. IV 55, 2.

[325] Consistían en tablas de bronce con los términos de los acuerdos; cf. LIVIO, II 33, 9; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 116.

[326] Los sécuanos vivían entre el Jura y los Vosgos; cf. I 51, 4.

[327] Cf. FRONTINO, *Estratagemas* IV 3, 14.

[328] La narración se encontraría en los libros perdidos de las *Historias*. El suceso fue contado por PLUTARCO (*Amatorius* XXV = *Moralia* 770D) y DIÓN CASIO, LXVI 16. Sabino y su esposa vivieron durante nueve años en una cueva y tuvieron dos hijos. Fueron descubiertos más tarde y matados; cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 116; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 152; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 162.

[329] Habitaban entre Aisne y Mame y su capital era Durocortorum, la actual Reims.

[330] Era comandante de la legión XIV; cf. I 87, 2; II 1 1, 2; V 19, 1.

[331] Cf. III 59, 2; V 14, 1; 19, 1; P. FABIA, «Tacite, *Histoires* IV 68», *Mélanges G. Boissier*, París, 1903, págs. 191-6; G. B. TOWNEND, «Some Flavian Connections», *Journ. Rom. Studies* 51 (1961), 58-59; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 74.

[332] Cf. IV 39, 3; 11152, 2-3; 78.

[333] Clemente fue prefecto del pretorio en el año 70, cónsul en el año 73 y gobernador de Hispania en los años 81-83. Su hermana, Arrecina Tertula, fue la primera esposa de Tito (SUETONIO, Tito IV 2); cf. TOWNEND, «Flavian Connections», págs. 56-58; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 153; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 75 HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, págs. 162-3; ASH, *The Histories*, pág. 303.

[334] Calígula. El padre de Clemente, M. Arrecino Clemente. participó en el complot para asesinar a este emperador; cf. HELLEGOUARC' H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

[335] El comandante de la guardia pretoriana era normalmente de la clase ecuestre, no de la senatorial.

[336] Eran las legiones VIII Augusta, XI Claudia, XIII Gemina, XXI Rapax y *II Adiutrix*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 154; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 75; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

[337] El monte *Graius* es el actual Pequeño San Bernardo; cf. II 66, 3. Los Alpes Peninos se encuentran en el sudoeste de Suiza en la frontera con Francia e Italia. Los Alpes Grayos se sitúan al sur de los Peninos y más al sur están los Alpes Cotios, entre el Piamonte y el Delfinado; cf. Moralejo, *Historias*, pág. 288.

[338] *XIV Gemina, VI Victrix y I Adiutrix*; cf. HEUBNER. *Historien IV*, pág. 154; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 163.

[339] La actual Reims.

[340] Tácito describe su muerte en IV 85, 1.

[341] Cf. I6, 2; 89, 1.

[342] Sería el noroeste de Bélgica; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 156.

[343] Cf. IV 18, 4; 66, 1.

[344] La zona entre Basilea y Bingen; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 164.

[345] La legión *XXI Rapax* con base en Vindonissa, la actual Windisch.

[346] Era gobernador de Noricum; cf. III 5, 2; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 76.

[347] Era el *ala I Flavia Singularium civium Romanorum*; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 157.

[348] Cf. II 22, 3.

[349] Los vangiones tenían por capital Barbetomaguso, la actual Worms; cf. Germania *XXVIII* 4. Los tribocos tenían por capital Breucomagus, hoy Brumath al norte de Estraburgo. Los ceracates ocupaban la zona entre el Nahe y Mainz; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 157; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 77; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 164.

[350] De las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia* con base en Mogontiaco (Mainz).

[351] Sería Bingenbrück en la orilla izquierda del Nahe frente a la actual Bingen.

[352] Hoy el río Nahe.

[353] Sobre este combate, léase a K. SCHUMACHER, «Die Tutor-Schlacht bei Bingen», *Mainzer Zeitschrifr* 6 (1911), 15-17; HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 165.

[354] Cf. IV 62, 1 (legión *XVI Gallica*) y 62, 3 (legión *I Germanica*), además de refuerzos de las legiones *V*

Alaudae y la *XV Primigenia*: Cf. BASSOLS, *Historias IV*, pág. 123.

355 Los mediomátricos, vecinos de los tréviros, eran una tribu celta con su capital en Divodurum (Metz) y eran vecinos de los tréviros: Cf. I 63, 1.

356 Cf. IV 19, 2: 22, 1; 59, 1.

357 Cf. III 79, 1; IV 75, 2; 77, 1; *Anales* XIV 32, 3.

358 Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* que se habían trasladado desde Trier a Metz; cf. CHILVER, *Histories IV-V*. pág. 77.

359 Desde Metz a Trier (60 millas) y desde Mainz a Trier (90 millas); cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 159-160.

360 Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* se dirigieron desde Metz a Mainz, unos 230 kilómetros.

361 Se trataría de los restos de las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia* junto con el *ala Picentina*; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite*. *Histoires IV-V*, pág. 165.

362 La legión *XXI Rapax*.

363 La actual Riol, en la orilla derecha del río Mosela a ocho millas de Trier; cf. K. SCHUMACHER, «Die Erstürmung von Rigodulum (Riol) an der Mosel», *Mainzer Zeitschrift* 6 (1911), 17-19; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 160; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 77-78.

364 Tréviros y lingones.

365 Tácito reconoce implícitamente el *status* de colonia romana a Trier (Augusta Trevirorum), aunque PLINIO (*Historia natural* IV 106) la designa como *civitas libera antea*, lo cual implicaría que habría perdido su condición de colonia romana a partir de su rebelión contra los romanos. Cf. E. M. WIGHTMANN, *Roman Trier and the Treveri*, Londres, 1970; R. SCHINDLER, «*Augusta Trevirorum*», *Bonner Jahrbücher* 172 (1972), 258-270; H. W. BENARIO, «Tacitus' Knowledge of Trier», *Class. Journal* 83 (1988), 233-239.

366 Alusión a las muertes de Hordeonio Flaco (IV 36, 2), Dilio Vócula (IV 59, 1), Herennio y Numisio (IV 70, 5).

367 Eran las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. IV 71, 4.

368 Se habían rendido en Vetera; cf. IV 62.

369 Tácito pone en boca de Cerial una defensa del imperialismo romano. En *Agrícola* (XXXII-XXXIII) Tácito mantiene lo contrario, es decir, una feroz crítica contra dicho imperialismo a través del jefe britano Calgaco. Cf. S. J. BASTOMSKY, «Tacitus, *Histories* IV 73-74: a unique view of Roman rule?», *Latomus* 47 (1988). 413-416.

370 Era casi un tópico decir que un soldado no se distinguía por sus dotes oratorias, porque prefería la acción a la palabra; cf., p. e., TUCÍDIDES, I 86, 1; SALUSTIO, *Historias* II 47; *Guerra de Jugurta* LXXXV 31 *quae illi litreris, ea ego militando didici* (palabras del general Mario); LIVIO, XXVIII 27, 1.

371 Cf. *Germania* XXXVII 5-6. También hay un recuerdo de las victorias de los romanos sobre los teutones en Aquae Sextiae en el año 102 a. C. y sobre los cimbros en Vercellae en el 101 a. C.; cf. ASH, *The Histories*, pág. 304.

372 Ariovisto fue líder de los suevos y se enfrentó a J. César, quien lo venció en la batalla de los Vosgos en el año 58 a. C.; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 31-53; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 128.

373 La juntura *in nostrum ius* es casi un eufemismo por imperialismo.

374 Es decir, la paz en todo el imperio bajo el mando de Roma.

375 Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 168.

376 Estaba en Italia, aunque había abandonado Roma; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 80.

377 Cf. IV 71, 3; 76, 3; 78, 2; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 167-168; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 168-169.

378 En realidad, se refiere a galos y germanos, pues Tutor y Clásico eran galos.

379 Sobre la superioridad de los belgas sobre los galos, cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 1, 3; BASSOLS, *Historias IV,* pág. 132.

380 Los refuerzos fueron los siguientes: la legión *XIV Gemina* de Britania; las legiones *VI Victrix* y I

Adiutrix de Hispania; las legiones *VIII Augusta*. *XI Claudia. XIII Gemina* y *II Adiutrix* de Italia: cf. IV 68, 4; C. D. GORDON. «Subsidies in Roman Imperial Defence», *Phoenix* 3 (1949), 60-69; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 168.

[381] Sobre la falta de disciplina de los germanos, cf. II 14, 3; *Germania* VII 1; XI 1; XV 1; XXX 2; César, *Guerra de las Galias* IV 1, 9.

[382] Valentino tendría unos treinta años; cf. CHILVER, *Histories IV*, pág. 80.

[383] Sobre la batalla de Trier, léase a E. SADÉE, «Die Örtlichkeit der Schlacht bei Trier im Bataverkriege, 70 n. Chr.», *Bonner Jahrbücher* 132 (1927), 165-184.

[384] Se encontraba en Trier; cf. BASSOLS. *Histories IV*, pág. 134; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, págs. 169-170.

[385] Las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica* habían capitulado en Novesio; cf. IV 57, 3.

[386] Cf. IV 55, 1; 59, 1.

[387] Cf. IV 59, 1; LXX 5.

[388] Como le ocurrió a Sila en Orcómenos contra Arquelao del Ponto en el año 85 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sila* XXI 2.

[389] Los tréviros y lingones.

[390] Los brúcteros y téncteros.

[391] La legión *XXI Rapax*.

[392] Parece una imitación de SALUSTIO, *Historias* IV 60.

[393] Los caucos habitaban en las costas del mar Norte (*Germania* XXXV 2-4), mientras que los frisios vivían al oeste de los caucos, entre los ríos Rin y Ems; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 171.

[394] La actual Zülpich, al sudoeste de Colonia; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág.172.

[395] La legión *XIV Gemina*; cf. IV 68, 4.

[396] La flota tenía su base principal en Gesoriacum (Boulogne) y bases secundarias en Britania; cf. *Germania* XXV 1; XXXVIII 4; G. STARR, *The Roman Imperial Navy* 31 *B.C.-A.D.* 324, Chicago, 1993 (= 1941). págs. 152-153; HEUBNER, *Historien IV*, pág. 173.

[397] Desde Gesoriacum hasta Colonia Agripinense. Fabio Prisco (*PIR*2 F 98) era tribuno de la legión *I Germanica* y posteriormente fue cuestor en Acaya; cf. HEUBNER, *Historien IV*, pág. 173; CHILVER, *Histories IV*, pág. 82; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 171.

[398] La narración de la revuelta de los batavos continúa en V 14; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite. Histoires IV-V*, págs. 171-172.

[399] El capítulo 80 hay que leerlo junto al 68, en el que se da cuenta de las medidas que tomó Muciano antes de partir para el Rin; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 175-176; CHILVER, *Hisrtories IV*, págs. 82-83.

[400] Era Vitelio Germánico, nacido en el año 62 d. C.; cf. II 59, 3; SUETONIO, *Vitelio* XVII; DIÓN CASIO, LXV 22, 2.

[401] Serían las personas que formaban parte de la comitiva de Domiciano y Muciano en el viaje a las Galias para sofocar la rebelión; cf. J. A. CROOK, *Consilium Principis*, Cambridge. 1955. pág. 25; BASSOLS, *Historias IV*, pág. 138.

[402] Cf. II 86, 1.

[403] Cf. III 13-14.

[404] Antonio Primo acabó su vida en su retiro de Toulouse; cf. MARCIAL, IX 29; X 23; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, pág. 172.

[405] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VII; DIÓN CASIO, LXVI 8, 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 175-176; HELLEGOUARC'H, *Tacite*, *Histoires IV-V*, págs. 172-173.

[406] El mejor tiempo para la navegación eran los períodos que iban desde el 10 de mayo al 10 de julio y desde el 19 de agosto al 17 de septiembre; cf. HEUBNER, *Historien IV*, págs. 176-177. Vespasiano abandonó Alejandría a finales de agosto o comienzos de septiembre; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 83; ASH, *The Histories*, pág. 304.

[407] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* V; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 177-178; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 173.

[408] Estas curaciones también fueron contadas por SUETONIO (*Vespasiano* VII 2) y DIÓN CASIO (LXVI 8, 1).

[409] Sobre el culto a Serapis, cf. J. E. STAMBAUGH, *Sarapis under the Early Ptolemies*, Leiden, 1972; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 178-179. El dios Serapis se asociaba con el mundo subterráneo; su templo era el *Serapeum* en Alejandría.

[410] Era un remedio usual contra la ceguera; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, XXVIII 37, LXXVI

[411] Sería consecuencia de la gota o la artritis, como señala DIÓN CASIO, *ibid.*

[412] Tácito escribió las *Historias* en tiempos de Trajano (98-117 d. C.).

[413] El deseo de gobernantes de visitar lugares famosos se hizo casi tópico entre los historiadores (*póthos*-Motiv); ARRIANO, II 3, 1 y III 3, 1 (Alejandro Magno); *Anales* II 54, 1 (Germánico); *Historias* II 2, 2 (Tito); cf. HEUBNER, *Historien IV,* pág. 182; CHILVER, *Histories IV-V,* pág. 84; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V,* págs. 174-175.

[414] El nombre Basílides deriva del término griego *basileús* (rey). Basílides, liberto, había sido procurador de Egipto en el año 49 y sacerdote de Serapis veinte años después. Aparece en II 18, 3 como emisario de Tiberio Alejandro ante Vespasiano y Muciano. Cf. K. SCOTT, «The Role of Basilides in the Events of A. D. 69», *Journ. Rom. Studies* 24 (1934), 138-140. Hay quien cree que se trata de dos personajes diferentes, como P. DERCHAIN y J. HUBEAUX («Vespasien au Sérapéum», *Latomus* 12 [1953], 38-52), aunque no hay razón para que un liberto no llegara a ser procurador de Egipto; cf. HEUBNER, *Historien IV,* págs. 182-183; CHILVER, *Histories IV-V,* pág. 85.

[415] «Hijo de rey», en griego.

[416] Cf. HEUBNER, *Historien IV,* págs. 184-186; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 175-176.

[417] Ptolomeo Sóter reinó en Egipto los años 360-283 a. C.; cf. BASSOLS, *Historias IV,* pág. 142; HEUBNER.*Historien IV,* págs. 186-187 HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 176; ASH, *The Histories*, pág. 305.

[418] En el año 331 a. C.

[419] Era la familia ática que tradicionalmente se hacía cargo de forma hereditaria del culto a Deméter; BASSOLS, *Historias IV,* pág. 143.

[420] La ciudad de Eleusis estaba situada cerca de Atenas; en ella se encontraba un santuario dedicado a Deméter, donde se celebraba el festival anual de los Misterios de Eleusis en honor de la diosa; cf. ASH, *The Histories*, pág.305.

[421] La costa norte de Asia Menor, pero aquí el nombre está tomado en un sentido geográfico muy amplio. Sinope era la capital del Ponto.

[422] Estaba situada en la Paflagonia, región de la costa del mar Negro entre. Bitinia y el Ponto.

[423] Era Zeus Ctonio o Plutón; cf. II 84, 5 (identificado con Esculapio).

[424] Prosérpina o Perséfone fue raptada y llevada a los infiernos por su tío Plutón.

[425] En Delfos.

[426] Júpiter. Heraeus cambió p*atris* por p*atrui* («tío»), ya que Prosérpina no era propiamente hermana de Apolo; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 86.

[427] Apolo Pítico.

[428] Era un barrio de Alejandría, donde se encontraba el templo a Serapis, construido por Ptolemeo III Evergetes (246-221 a. C.); cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 178.

[429] Dios romano de la medicina.

[430] El perro Cerbero y una serpiente a su lado, la cabeza barbada de joven, como Zeus; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 86.

[431] Partieron de Roma antes del 21 de junio; cf. IV 53, 2. La expedición de Domiciano fue realizada contra

el consejo de sus amigos que la veían innecesaria; cf. SUETONIO, *Domiciano* II 1; HEUBNER, *Historien IV*, págs. 207-208.

432 Cf. IV 71 y 78.

433 Julio Valentino había sido hecho prisionero en Rigodulo; cf. IV 71, 5.

434 Las de Muciano.

435 Tácito, como era usual en él, ofrece dos interpretaciones, aunque su posición suele estar en la segunda de ellas; cf. IV 49, 2 y nota. Domiciano, de todas formas, deseaba rivalizar con su hermano Tito en hazañas bélicas; cf. SUETONIO, *Domiciano* II 1.

436 Como el nombramiento de oficiales en el ejército; cf. DIÓN CASIO, LXVI 2, 3.

437 Su afición a la literatura fue recordada por PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* Prefacio, 5; VALERIO FLACO, I 12-21; ESTACIO, *Aquileida* I 13-19; MARCIAL, V 5, 7; QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* X 1, 91; cf. SUETONIO, *Domiciano* IV 4.

438 El libro IV termina con una reflexión sobre el carácter de Domiciano.

LIBRO V

SINOPSIS

(Año 70 d. C.)

Tito en Judea

1. Al comienzo de ese mismo año[1] Tito César, elegido por su padre para conquistar Judea[2] e ilustre militar cuando él y Vespasiano eran simples particulares, gozaba de una fuerza y una reputación todavía mayores[3], pues provincias y ejércitos rivalizaban en su apoyo. Más aún, él, en su conducta, para que se le considerara por encima de su buena suerte, se mostraba brillante y decidido en las armas. Con su trato afable estimulaba el sentido del deber, mezclándose las más de las veces con los soldados rasos en los trabajos y marchas militares sin que se perdiera el respeto a su condición de general. Tres legiones lo recibieron en Judea, [2] la V, la X y la XV[4], los veteranos de Vespasiano. El emperador le asignó también la XII[5], procedente de Siria, y soldados de la XXII y la III, que hizo venir de Alejandría[6]. Le acompañaban veinte cohortes de infantería aliada y ocho regimientos de caballería, así como los reyes Agripa y Sohemo y tropas auxiliares del rey Antíoco[7]. También había un grupo fuerte de árabes[8] hostiles a los judíos por el odio habitual entre vecinos, además de muchos particulares, a los que había hecho venir de Roma e Italia con la esperanza de hacerse un hueco en el favor de un príncipe todavía sin compromisos. Con estas tropas entró en territorio enemigo con las columnas formadas, explorándolo todo y preparado para intervenir. Instaló el campamento no lejos de Jerusalén.

Digresión sobre los judíos[9]

2. Con todo, puesto que voy a tratar de los últimos días de una famosa ciudad[10], parece adecuado exponer sus orígenes. Se recuerda que los judíos se exiliaron de la isla de Creta y se asentaron en la parte más lejana de Libia en los tiempos en que Saturno, expulsado a la fuerza por Júpiter, abandonó su reino. La prueba se deduce de su nombre. En Creta se encuentra el famoso monte Ida y sus habitantes, los ideos, se empezaron a llamar judíos al alargarse el nombre en su forma bárbara[11]. Algunos mantienen que durante [2] el reinado de Isis[12] la población excedente de Egipto fue evacuada a las tierras vecinas bajo la guía de Jerosolimo y Judá. Muchos afirman que son de la raza de los etíopes, a quienes el miedo y el odio forzaron a emigrar durante el reinado de Cefeo[13]. Hay quienes informan que unos refugiados asirios, un [3] pueblo sin tierras, se apoderaron de una parte de Egipto y más tarde habitaron sus propias ciudades, las ciudades hebreas y los lugares más cercanos a Siria. Otros dicen que los judíos tienen un origen ilustre, siendo los sólimos[14], un pueblo alabado en los poemas de Homero[15], quienes fundaron una ciudad y le dieron el nombre de Jerusalén a partir del suyo propio.

3. La mayoría de los autores[16] están de acuerdo en que, cuando se desató una epidemia en Egipto que desfiguraba los cuerpos[17], el rey Bóccoris[18] acudió al oráculo de Amón[19] para pedir remedio y se le ordenó que purificara su reino y expulsara a otras tierras a esa raza, pues era odiosa a los dioses. Así, buscaron al pueblo judío, los reunieron y lo abandonaron en el desierto. Mientras los demás se quedaron paralizados entre lágrimas, Moisész[20], uno de los desterrados, les advirtió que no esperaran ayuda alguna de dioses u hombres, pues ambos los habían abandonado, y que, al contrario, debían confiar en ellos mismos y en el guía que primero les ayudase a erradicar las desgracias del presente. Ellos aceptaron y, sin saber absolutamente nada, emprendieron el [2] camino confiados a la suerte. Pero nada les agobiaba más que la falta de agua[21], y ya se habían tendido en el suelo por toda la llanura muy cerca de la muerte, cuando una recua de asnos salvajes que volvía de pastar se retiró a una peña a la sombra de un bosquecillo. Moisés los siguió y descubrió abundantes veneros de agua siguiendo el rastro del suelo que tenía hierba. Esto les sirvió de alivio y, tras caminar sin descanso durante seis días, al séptimo ocuparon unas tierras, expulsaron a sus habitantes y allí fundaron una ciudad y erigieron un templo[22].

4. Moisés, para asegurarse en el futuro la alianza de su pueblo, estableció una nueva religión contraria a la de los demás seres humanos. Para los judíos es profano todo lo que es sagrado entre nosotros y, a su vez, entre ellos se permite lo que entre nosotros es un sacrilegio[23]. En el Templo consagraron una imagen [2] del animal[24] bajo cuya guía habían superado su vagabundeo y la sed, después de sacrificar un carnero con la intención, al parecer, de ultrajar a Amón[25]. También sacrificaron un buey, porque los egipcios veneran a Apis. Se abstienen de comer cerdo[26] por el recuerdo de una plaga, pues en otro tiempo vieron sus cuerpos afeados por la sarna, enfermedad propia de este animal. Sus frecuentes ayunos todavía hoy dan testimonio del [3] hambre que sufrieron antiguamente durante largo tiempo, y el pan judío sin levadura alguna se conserva como prueba de la prisa con la que cogieron el grano[27] para llevárselo. Dicen que acordaron que hubiera descanso el séptimo día, porque ese fue el que les trajo el final de sus fatigas[28]. Luego, atraídos por los encantos de la pereza, también dedicaron a la indolencia uno de cada siete años[29]. Otros creen que esto lo hacen en honor de [4] Saturno[30], ya sea porque los elementos primitivos de la religión los dieron los ideos, que se dice fueron expulsados con Saturno y fundaron la raza judía, o porque, de los siete planetas que gobiernan a los mortales, Saturno es el astro que tiene la órbita más alta y el de mayor poder, y la mayoría de los cuerpos celestes completan su camino y trayectoria por múltiplos de siete[31].

5. Estos ritos, cualquiera que fuera su origen, están sancionados por su antigüedad. Las demás prácticas de los judíos, siniestras y repugnantes, se impusieron por su misma depravación[32]. En efecto, la gente peor, tras abandonar la religión de sus ancestros, amontonaba allí tributos y donaciones[33], con lo que crecieron las riquezas de los judíos, y también porque existe entre ellos una lealtad inquebrantable y una misericordia siempre fácil hacia sus hermanos judíos, pero contra todos los [2] demás sienten un odio propio de enemigos. En los banquetes comen aparte, en los dormitorios duermen separados. Aunque es un pueblo muy inclinado al sexo, evitan acostarse con extranjeras. Entre ellos no hay nada prohibido. Establecieron la práctica de la circuncisión para reconocerse por tal diferencia[34]. Los que se han convertido a sus costumbres hacen lo mismo y la primera lección que reciben es despreciar a los dioses, renegar de su patria, y tener en poca estima a sus padres, hijos y [3] hermanos. Sin embargo, se toman medidas para aumentar la población. Y así no es lícito matar al hijo no deseado[35] y creen que las almas de los caídos en combate o ejecutados son inmortales; de ahí se explica su deseo por tener niños y su desprecio a la muerte. Prefieren enterrar los cuerpos a incinerarlos, siguiendo en esto la costumbre de los egipcios. Tienen la misma creencia sobre los dioses infernales, pero piensan distinto sobre los celestiales. Los egipcios veneran a una gran cantidad de [4] animales e imágenes esculpidas por ellos, mientras que los judíos creen en un solo dios concebido solo con su pensamiento. Consideran impíos a quienes fabrican imágenes de materiales perecederos con apariencia humana. Aquel ser supremo y eterno ni se puede imitar ni puede perecer. Así pues, no se erigen estatuas en sus ciudades y mucho menos en sus templos[36]. No ofrecen semejante adulación a los reyes ni honor a los Césares. [5] No obstante, puesto que sus sacerdotes acompañaban sus cantos con flautas y tímpanos, se adornaban con hiedra y en el templo se encontró una vid de oro, algunos pensaron que rendían culto al padre Líber[37], conquistador de Oriente, pero sus prácticas no coinciden en absoluto, pues Líber instituyó unos cultos festivos y alegres, mientras las costumbres de los judíos son absurdas y mezquinas.

6. Su país y su territorio limita con Arabia por la parte oriental, con Egipto por el sur, con Fenicia y el mar por el oeste y por el norte se abre ampliamente Siria[38]. Los cuerpos de sus habitantes son saludables y soportan bien los trabajos. Llueve raramente, el suelo es fértil, sus productos agrícolas son como los nuestros excepto el bálsamo[39] y la palmera. La palmera es alta y vistosa, el bálsamo es un árbol pequeño; cuando sus ramas se hinchan, si les aplicas el hierro, sus venas se marchitan, de modo que hay que abrirlas con trozo de piedra o cerámica. La [2] savia se usa en medicina. El principal monte que allí se levanta es el Líbano y es admirable que en medio de tanto calor se conserve umbroso y cubierto de nieve. Es el mismo que con sus deshielos alimenta al río Jordán.

El Jordán no desemboca en el mar, sino que cruza sin mermar un lago y después otro hasta ser retenido en un tercero[40]. Es un lago de inmenso perímetro, parecido a un mar, pero sus aguas tienen un sabor nauseabundo y por su insoportable olor resulta pestilencial para los habitantes de la zona. Ni el viento mueve sus aguas ni allí pueden vivir peces o aves marinas. Sus aguas inertes mantienen los objetos a flote como si fuera tierra firme. Los que saben nadar y los que [3] no se mueven en ellas por igual[41]. En una época determinada del año segrega betún y la técnica para recogerlo, como en los demás oficios, la muestra la experiencia. El betún es por naturaleza un líquido negro que se cuaja cuando se le rocía de vinagre y flota en la superficie. Quienes se dedican a ello, lo cogen con la mano y lo llevan a la cubierta del barco; después, sin ayuda de nadie, va deslizándose y cargando el barco, hasta que llegue el momento de trocearlo. Sin embargo, no puedes cortarlo con bronce o hierro, aunque huye de la sangre y de los vestidos manchados de la sangre que sueltan las mujeres en la menstruación. Esto es lo que cuentan los escritores antiguos, pero los conocedores del lugar afirman que los bloques de betún son empujados por las olas y arrastrados con las manos hasta la orilla. Después, cuando se han secado por el calor de la tierra o por la fuerza del sol, se cortan con hachas y cuñas como si fueran troncos o piedras.

7. No lejos de este lago se encuentra una llanura que, según cuentan, fue una vez fértil y poblada por grandes ciudades, pero que ardieron por una lluvia de rayos[42]. Con todo, aún quedan restos y la tierra misma, que parece abrasada[43], ha perdido su fertilidad[44]. En efecto, todas las plantas, espontáneas o sembradas por la mano del hombre, ya hayan crecido hasta su fase de hierba o flor o hayan alcanzado su apariencia adulta, se quedan negras, hueras y convertidas en cenizas. Yo, por mi parte, aunque [2] pudiera aceptar que ciudades antiguamente famosas fueron destruidas por un fuego del cielo, creo que las emanaciones del lago infestan la tierra y contaminan el aire que la recubre, y por eso los frutos de las cosechas y del otoño se pudren[45], pues el suelo y el aire son igual de malsanos[46]. También el río Belio[47] se desliza hacia el mar de Judea, en cuya desembocadura se recoge arena que se mezcla con nitro y se cuece para producir vidrio. Se trata de una playa pequeña, pero la extracción es inagotable.

8. Una gran parte de Judea se encuentra diseminada en aldeas, aunque también tienen ciudades[48]. Jerusalén es la capital de la nación[49]. Allí estaban el templo[50] con extraordinarias riquezas, la ciudad con una primera línea de fortificaciones, y después el palacio real. El templo quedaba dentro del recinto más reservado. Hasta las puertas solo tenían acceso los judíos, a partir del umbral se prohibía la entrada a todos excepto a los

[2] sacerdotes. Mientras Oriente estuvo en manos de asirios, medos y persas[51], los judíos fueron la parte más despreciable de sus sometidos. Después de la hegemonía de los macedonios, el rey Antíoco[52] se esforzó por acabar con su superstición e introducir las costumbres griegas para cambiar a mejor a este pueblo tan siniestro, pero se lo impidió la guerra contra los partos, pues en [3] aquella época se había producido la insurrección de Arsaces[53]. Entonces, los judíos, con los macedonios debilitados y los partos todavía sin fuerzas (los romanos estaban todavía lejos), instauraron su propio régimen monárquico. Los reyes, antes expulsados por la veleidad del vulgo, volvieron a recobrar el poder por las armas y provocaron el exilio de ciudadanos, la ruina de las ciudades, el asesinato de hermanos, esposas y padres y otras acciones despóticas típicas de la monarquía, al tiempo que fomentaban la superstición, porque el honor de ser ellos los sumos sacerdotes les servía para apuntalar su poder.

9. El primer romano que conquistó Judea fue Gneo Pompeyo[54], quien entró en el templo por derecho de conquista. Desde entonces se divulgó que dentro no había estatua alguna de dioses, que era un santuario vacío y que sus misterios no eran nada. Se derribaron las murallas de Jerusalén, pero el templo permaneció. Después, en nuestra guerra civil, cuando las provincias pasaron a la jurisdicción de Marco Antonio, Pácoro[55], el rey de los partos, se apoderó de Judea, pero Publio Ventidio mató al invasor y los partos fueron obligados a retirarse al otro lado del Éufrates, mientras que a los judíos los sometió G. Sosio[56]. Antonio [2] entregó el reino a Herodes[57] y Augusto aumentó su poder. A la muerte de Herodes, sin esperar la decisión del César un tal Simón[58] usurpó el título de rey. Fue castigado por Quintilio Varo[59], gobernador de Siria. Los judíos fueron reprimidos y se dividió el reino en tres partes gobernadas por los hijos de Herodes[60]. Hubo paz bajo el imperio de Tiberio[61]. Después, cuando G. César les ordenó colocar una estatua suya en el templo, prefirieron tomar las armas, pero la revuelta quedó en nada con la [3] muerte del César[62]. Claudio, con los reyes fallecidos o reducidos a casi nada[63], entregó la provincia de Judea a caballeros o libertos romanos. Uno de ellos, Antonio Félix[64], ejerció el poder real con una forma de ser propia de un esclavo, practicando toda clase de crueldades y caprichos[65]. Se había casado con Drusila, nieta de Cleopatra y Antonio, de manera que Félix era nieto político del mismo Antonio, mientras que Claudio era su nieto natural.

Rebelión de los judíos. Asedio a Jerusalén

10. Sin embargo, la paciencia de los judíos duró hasta que Gesio Floro llegó a ser

procurador[66]. Con él estalló la guerra[67]. Al legado de Siria Cestio Galo[68], que empezó a reprimir el levantamiento, lo recibieron con combates de suerte varia y por lo general adversos para él[69]. Cuando Cestio murió de muerte natural o por suicidio, Nerón envió a Vespasiano[70], quien, ayudado por su buena estrella y su reputación, así como por sus excelentes oficiales[71], ocupó en dos veranos con su ejército victorioso todas las llanuras, aldeas y ciudades excepto Jerusalén[72]. El [2] año siguiente[73], dedicado a la guerra civil, transcurrió en paz al menos entre los judíos[74]. Cuando se consiguió la paz en Italia, volvieron también los problemas en el exterior. Y aumentaba la irritación el hecho de que únicamente los judíos no se hubieran rendido. Al mismo tiempo, parecía conveniente que Tito permaneciera junto al ejército para enfrentarse a todos los sucesos o eventualidades que pudieran surgir en el nuevo principado.

11. Así pues, una vez que plantaron el campamento, como dijimos[75], delante de las murallas de Jerusalén, Tito hizo desfilar a las legiones[76] en orden de batalla. Los judíos formaron sus líneas al pie de las mismas murallas, dispuestos a luchar más lejos si el combate les era favorable y con la retirada segura, si eran rechazados. Se envió contra ellos a la caballería junto con la infantería ligera, pero la lucha se mantuvo indecisa[77]. Después, los enemigos se retiraron y en días sucesivos provocaron frecuentes escaramuzas delante de las puertas, hasta que las reiteradas pérdidas les empujaron al interior de [2] las murallas. Los romanos se dispusieron ahora al asalto. Y es que no les parecía digno rendir por hambre al enemigo; además, los soldados querían enfrentarse al peligro, unos por valor y muchos por su fiereza y deseo de recompensa. En cuanto a Tito, tenía en su imaginación Roma, sus riquezas y placeres[78] y le parecía que todo eso se iba a retrasar si no caía pronto Jerusalén. [3] Pero la ciudad, escarpada por su mismo emplazamiento, había sido fortificada por obras colosales, con las que estaría suficientemente protegida incluso en una llanura. En efecto, las dos colinas que se levantaban a una gran altura[79] quedaban encerradas por muros levantados hábilmente en forma oblicua o combados hacia dentro, para que los flancos de los asaltantes quedaran al descubierto de los disparos de proyectiles. El borde de la roca era abrupto y donde el monte lo permitía se elevaban unas torres[80] de sesenta pies, y en las vaguadas hasta de ciento treinta y cinco y ciento veinte pies. Presentaba un aspecto impresionante y desde lejos parecían iguales. Dentro otros muros rodeaban el palacio real[81] y por su altura destacaba la torre Antonia[82], así llamada por Herodes en honor de M. Antonio.

12. El templo[83] se había construido a modo de ciudadela con muros propios, superiores a los demás en construcción y factura. Los pórticos que rodeaban el templo

constituían por sí mismos una defensa formidable. Había una fuente de agua perenne[84], había subterráneos en los montes y había estanques y cisternas para embalsar el agua de la lluvia. Sus fundadores habían [2] previsto guerras frecuentes por la diferencia de sus costumbres y por eso se tomaron todas esas precauciones frente a un asedio por muy largo que fuera. Además, después de la conquista de Pompeyo, el miedo y la experiencia les había enseñado mucho. Más aún, aprovechándose de la codicia de la época de los Claudios compraron el privilegio de fortificar su ciudad y en tiempos de paz construyeron murallas como si estuvieran en guerra. La población aumentó por el gran aluvión de desplazados debido a la derrota de las demás ciudades[85], pues los más desesperados se habían refugiado allí y actuaban por ello con [3] mayor rebeldía. Había tres generales y tres ejércitos. Simón[86], a quien también llamaban Bargiora, defendía el circuito más externo y largo de las murallas, Juan[87], el centro de la ciudad, y Eleazar[88], el templo. Juan y Simón dominaban por el número de efectivos y por el equipamiento, Eleazar por su posición estratégica. Pero entre ellos se provocaban combates, traiciones e [4] incendios, y llegó a arder una gran cantidad de trigo. Después, Juan envió a un grupo de hombres con el pretexto de celebrar un sacrificio para asesinar a Eleazar y a sus seguidores, llegando a apoderarse del templo. De esta manera, la ciudad se dividió en dos facciones, hasta que con la llegada de los romanos una guerra exterior produjo la concordia entre ellos.

13. Ocurrieron prodigios que ni con víctimas ni con ofrendas votivas podía expiar un pueblo dado a la superstición y contrario a los ritos propiciatorios[89]. Se vieron en el cielo ejércitos que se enfrentaban entre ellos, armas rutilantes y se vio brillar el templo a causa de un súbito fuego surgido de las nubes. Se abrieron de pronto las puertas del santuario y se oyó una voz sobrehumana que decía que los dioses se habían marchado, y al mismo tiempo se produjo el enorme tumulto de su salida[90]. Esto [2] pocos lo interpretaban con miedo, pues la mayoría estaba persuadida de que los antiguos escritos de los sacerdotes decían que precisamente por este tiempo el Oriente se impondría y que hombres procedentes de Judea dominarían el mundo[91]. Esta misteriosa profecía se refería a Vespasiano y a Tito, pero el vulgo, como es normal en la ambición humana, interpretaba en su provecho tales grandezas del destino y ni siquiera en la adversidad abrían sus ojos a la verdad. Se nos ha dicho que el [3] número total de sitiados de todas las edades, varones y hembras, ascendía a seiscientos mil[92]. Había armas para todos los capaces de llevarlas y había más personas audaces de lo que se podía esperar de tal grupo. La obstinación fue igual en hombres y mujeres y, ante la posibilidad de que se les obligara a abandonar sus hogares, sentían mayor miedo por la vida que por la muerte[93]. Contra tal ciudad y tal pueblo Tito decidió luchar con [4] el empleo de terraplenes y manteletes,

puesto que el terreno no permitía el asalto u operaciones por sorpresa. La tarea se distribuyó entre las legiones y no hubo combate alguno hasta que se dispuso de toda la maquinaria para asaltar ciudades, tanto la inventada por los antiguos como por la moderna ingeniería[94].

La revuelta de los batavos (III). Derrota de Civil

14. Y entretanto Civil[95], después de su revés en Tréveris, recompuso su ejército en Germania y acampó junto a Vetera, pues la posición era segura y tenía la idea de elevar la moral de los bárbaros con el recuerdo de los éxitos allí obtenidos. Cerial[96] le siguió hasta allí tras doblar sus fuerzas con la llegada de las legiones II, VI y XIV[97]. Además, las cohortes y los regimientos de caballería, reclamados [2] hacía tiempo, se habían dado prisa después de la victoria. Ninguno de los dos comandantes era irresoluto, pero los mantenía alejados una amplia llanura húmeda por propia naturaleza. Civil había construido una presa en forma oblicua sobre el Rin, de manera que el río desviado con tal obstáculo se desbordara por las inmediaciones. Tal era la naturaleza del lugar, traicionera por sus pantanos inseguros y perjudicial para los nuestros, pues los soldados romanos iban cargados con las armas y sentían pavor a nadar, mientras que a los germanos, acostumbrados a los ríos, la ligereza de sus armas[98] y su elevada estatura les permitían sobresalir por encima del nivel de las aguas.

15. Así pues, cuando los batavos empezaron las escaramuzas, los más valientes de los nuestros iniciaron el combate[99]. Pero pronto siguió el pánico, cuando armas y caballos quedaron engullidos en profundos pantanos. Los germanos saltaban por los vados que conocían bien y, eludiendo por lo general nuestro frente, rodeaban a nuestros hombres por los flancos y la espalda. No se luchaba como en un combate de infantería de cerca y de lejos, sino que, como en una batalla naval, flotaban entre las aguas o, si aparecía algún punto para hacer pie, se apoyaban allí[100] con todas sus fuerzas, heridos con ilesos, los que sabían nadar con los que no, y todos se enredaban para mal de unos y otros. La mortandad fue menor de lo que hacía presagiar la confusión, [2] porque los germanos no se atrevieron a salir del pantano y regresaron a su campamento. El desenlace de este combate llevó a los dos generales, aunque por diferentes motivos, a precipitar la lucha final. Civil deseaba explotar el éxito, Cerial borrar su ignominia. Los germanos estaban embravecidos por el éxito, a los romanos los estimulaba la vergüenza. La noche transcurrió para los bárbaros entre cánticos y griteríos, para los nuestros en medio de enojos y amenazas.

16. Al amanecer del día siguiente Cerial formó a la caballería y a las cohortes auxiliares en la vanguardia y a las legiones en segunda línea[101], mientras que el general se reservó una fuerza escogida para el caso de una emergencia. Civil se presentó, no con su columna desplegada, sino con una formación en cuña[102]. Los batavos y cugernos ocuparon el lado derecho, los [2] transrenanos la parte izquierda más cercana al río[103]. Los generales no pronunciaron sus arengas al estilo de una asamblea militar ante todos, sino que se dirigían a ellos conforme cabalgaban ante cada grupo de los suyos. Cerial recordó la antigua gloria del nombre romano y sus victorias antiguas y recientes, y que para destruir para siempre a un enemigo, traidor, cobarde y vencido anteriormente, era más necesaria la venganza que el combate. Recientemente, siendo menos[104], les decía, habían luchado contra un número superior y, sin embargo, habían derrotado a lo mejor de la fuerza de los germanos y solo quedaban los que llevaban la huida en sus corazones y las heridas en las [3] espaldas. Después, incitaba a las legiones con estímulos dirigidos a cada una de ellas, llamando a los hombres de la XIV conquistadores de Britania[105]; diciendo que Galba se había convertido en emperador[106] por la autoridad de la legión VI y que en la batalla de aquel día los hombres de la legión II iban a consagrar por primera vez los nuevos estandartes y la nueva águila[107]. Luego, cabalgando hasta la altura del ejército de Germania[108] les tendía sus manos para pedirles que recuperaran su propia ribera y su propio campamento[109] a costa de la sangre enemiga. Se produjo un griterío unánime de entusiasmo, pues algunos estaban deseosos de combate después de una larga paz y otros, cansados de guerras, anhelaban la paz, además de que todos esperaban recompensas y una vida tranquila en el futuro.

17. Civil tampoco formó a su ejército en silencio, pues apeló al escenario de la batalla como testigo de su valor, diciendo que los germanos y batavos se alzaban sobre vestigios de gloria pisoteando las cenizas y los huesos de las legiones. Adondequiera que los romanos dirigiesen su mirada, se toparían con el cautiverio, la derrota y toda clase de presagios siniestros. No debían amedrentarse, les decía, por el incierto resultado de la batalla de Tréveris[110], pues allí su propia victoria había sido un obstáculo para los germanos, ya que se olvidaron de las armas y dejaron sus manos sin utilidad ocupadas en el botín. Pero luego todo había sido favorable para ellos[111] y adverso para el enemigo. Se habían tomado las medidas que un hábil general debe [2] tomar: campos encharcados que ellos conocían bien y pantanos dañosos para nuestros enemigos. Ante su mirada estaban el Rin y los dioses de Germania[112], con cuya protección iniciarían el combate acordándose de esposas[113], padres y patria. Aquel día sería el más glorioso de su historia o el más ignominioso para [3] sus descendientes. Una vez que se aprobaron sus palabras

con ruido de las armas y danzas salvajes[114], como era su costumbre, comenzó la batalla con tiros de piedras, balas y otros proyectiles, sin que nuestros soldados entrasen en el pantano, a pesar de que los germanos les hostigaban para atraerlos hacia él.

18. Cuando agotaron los proyectiles y se fue enardeciendo la lucha, el enemigo cargó con mayor fiereza. Con sus enormes cuerpos y sus larguísimas lanzas herían a distancia a nuestros soldados que resbalaban y flotaban en el agua. Al mismo tiempo, una columna de brúcteros[115] cruzó a nado desde el dique que dijimos se había levantado en el Rin. La situación se volvió allí confusa y ya empezaban a ceder las líneas de las cohortes aliadas, cuando las legiones entraron en acción, reprimieron la acometida [2] de los enemigos e igualaron el combate. Mientras esto sucedía, llegó hasta Cerial un tránsfuga batavo que le aseguró que tomarían la espalda de los enemigos, si enviaba a la caballería por la parte más lejana del pantano, pues el terreno era firme allí y los cugernos, a quienes se les había encomendado la defensa, estaban un tanto descuidados. Se enviaron con el desertor dos regimientos de caballería que rodearon al enemigo desprevenido. Cuando esto se supo por el griterío originado, las legiones cargaron de frente y los germanos, derrotados, huyeron hacia el Rin. Aquel día hubiera significado el fin de la guerra, si la flota romana[116] se hubiera apresurado a seguirlos, pero ni siquiera la caballería insistió, pues de repente se puso a llover y la noche ya estaba cerca.

19. Al día siguiente la legión XIV[117] fue enviada a la Germania Superior para unirse a Galo Annio[118]. La legión X procedente de Hispania[119] completó el ejército de Cerial. Civil recibió refuerzos de los caucos[120]. Sin embargo, no se atrevió a defender con las armas la capital de los batavos[121], sino que se llevó todo lo que se podía transportar, prendió fuego a lo demás y se retiró a la isla[122], pues sabía que no había botes para construir un puente y que el ejército romano no podía atravesar de otro modo. Más aún, destruyó el dique que había levantado Druso [2] Germánico[123], con lo cual el Rin[124], que tiende a fluir hacia la Galia por su cauce en pendiente, se desbordó al removerse las barreras que lo contenían. Drenado por así decirlo el río, el cauce así disminuido había formado una especie de tierra firme [3] entre la isla y los germanos. También cruzaron el Rin Tutor[125] y Clásico[126] y 113 senadores tréviros, entre los que se encontraba Alpinio Montano, del que recordamos más arriba[127] que Antonio Primo había enviado a las Galias. Le acompañaba su hermano Décimo Alpinio. Junto a ellos los demás dirigentes inspirando compasión o con regalos los regalos intentaban conseguir refuerzos entre tribus deseosas de probar.

20. De hecho, quedaba tanta guerra que en un solo día Civil dirigió un cuádruple ataque contra las posiciones ocupadas por las cohortes, los regimientos de caballería y las legiones, contra la legión X en Arenacium[128], contra la II en Batavoduro[129], y contra Grinnes y Vada[130], los campamentos de las cohortes y regimientos de caballería. Civil dividió sus tropas, de forma que él, Veraz, hijo de su hermana, Clásico y Tutor dirigieran sus propias fuerzas. No esperaban alcanzar todos los objetivos, pero confiaban que, al atreverse a muchas empresas, la fortuna les sonreiría en algún punto. Además, pensaban que Cerial no era muy precavido[131] y, mientras corría de acá para allá según los distintos avisos que recibía, podía ser interceptado [2] en el camino. Las fuerzas encargada de tomar el campamento de la legión X pensaron que el asalto sería difícil y así, cuando los soldados salieron del campamento y andaban cortando madera, los hostigaron y mataron al comandante del campamento, a cinco centuriones de primer rango y a unos pocos soldados, mientras que los demás se refugiaron en las defensas. Mientras tanto, un contingente de germanos intentaba destruir un puente iniciado en Batavoduro, pero la noche puso fin a este combate indeciso[132].

21. La situación fue más peligrosa en Grinnes y Vada[133]. Civil atacaba a Vada, Clásico a Grinnes. No podían detener a los asaltantes, pues habían perdido a los hombres más valientes, entre los que había caído Brigántico, comandante de la caballería, de quien ya mencionamos[134] su lealtad a los romanos y su hostilidad hacia su tío Civil. Pero cuando Cerial acudió al rescate con un grupo escogido de caballería, cambió nuestra suerte y los germanos fueron lanzados en desorden hacia río[135]. Cuando [2] Civil intentaba contener a los que huían, fue reconocido y atacado con dardos, pero abandonó el caballo y cruzó a nado el río. Veraz huyó también de la misma forma. Unas barcazas aprestadas para ello se llevaron a Tutor y a Clásico. Y ni siquiera entonces intervino en la lucha la escuadra romana, como se había ordenado, sino que lo impidió el miedo y la dispersión de los remeros en otros servicios de la milicia. Ciertamente, Cerial [3] daba por lo general poco tiempo para cumplir sus órdenes, pues era un hombre de decisiones repentinas, aunque brillante en los resultados. Le asistía la buena suerte[136], aun cuando le fallara el arte de la milicia. Por eso, él y su ejército se preocupaban menos por la disciplina. Unos pocos días después, aunque evitó caer prisionero, no evitó la infamia.

22. Cerial se había dirigido a Novaesium y Bonna[137] con el objetivo de pasar revista a los campamentos que se construían para que las legiones pasaran el invierno. Regresaba en una flotilla naval sin mantener la formación[138] ni cuidar las guardias. Lo advirtieron los germanos y le tendieron una emboscada. Eligieron una noche de negras

nubes y dejándose arrastrar por la corriente del río penetraron en la empalizada sin encontrar [2] resistencia. La matanza se inició con ayuda de una treta. Cortaron los vientos de las tiendas y empezaron a degollar a los soldados que habían quedado cubiertos por sus propias lonas. Otra columna hostigaba a la flotilla, les lanzaba cabos y tiraban de las popas. Y si antes habían actuado en silencio para sorprender, ahora que se inició la matanza todo se llenó de griteríos para provocar más terror. Los romanos, que se habían despertado por los golpes, buscaban las armas, se precipitaban a las calles del campamento, pocos con su equipo militar, la mayoría con la ropa liada en el brazo y las espadas [3] desenvainadas. El general, medio dormido y casi desnudo, se salvó por un error de los enemigos, pues se llevaron la nave pretoria, distinguida por la enseña, pensando que el general se encontraba allí. Cerial había pasado la noche en otro sitio, como muchos creyeron, a causa de su relación adulterina con Claudia Sacrata[139], una mujer ubia. Los centinelas excusaban su propia falta con la desvergüenza de su general, alegando que se les había ordenado guardar silencio para no molestar su sueño. De este modo, al suspenderse los toques y contraseñas, también ellos se habían entregado al sueño. Ya con mucha luz los enemigos se retiraron con las naves capturadas, llevándose la nave pretoria por el río Lupia[140] como un regalo para Véleda[141].

23. A Civil le entró el deseo de escenificar una batalla naval. Completó la tripulación de todas las birremes y naves que se movían con un solo banco de remos[142]. Añadió un gran cantidad de barcazas, que transportaban treinta o cuarenta hombres con el armamento acostumbrado en las libúrnicas. Las barcazas apresadas se valían asimismo de paños multicolores en lugar de velas, no sin prestancia. Eligió un espacio que era como el mar, hacia donde la desembocadura del río Mosa descarga el agua del Rin en el Océano[143]. La razón de formar la flota, además de [2] la vanidad congénita de los batavos, era interceptar, a partir del miedo que ello provocaría, los convoyes de aprovisionamiento que llegaban a la Galia. Cerial, con más asombro que miedo, dirigió contra ellos la flota, que era inferior en número, pero superior por la experiencia de los remeros, la técnica de los pilotos y el tamaño de las naves. Estos tenían a su favor la corriente del río, a aquellos les impulsaba el viento. Y así se cruzaron y se separaron tras intentar el lanzamiento de proyectiles ligeros. Civil, sin atreverse a nada más, se retiró al otro lado del [3] Rin. Cerial arrasó violentamente la isla de los batavos, pero dejó intactos los campos y granjas de Civil siguiendo una conocida táctica de los generales[144]. Entretanto, con la llegada del otoño y la caída de lluvias persistentes durante quince días, el río se desbordó y cubrió la isla, cenagosa y llana, dejándola como si fuera una laguna. Ni la flota ni los suministros estaban a mano y los campamentos, situados en lo llano, eran arrastrados por la fuerza del río.

24. Entonces se pudo haber aplastado a las legiones, cosa que los germanos habrían querido, pero Civil se atribuyó el mérito de haberlos desviado con engaños de su objetivo[145]. Y no se alejaba de la verdad, puesto que a los pocos días se produjo la rendición. El hecho es que Cerial, mientras enviaba mensajeros secretos ofreciendo la paz a los batavos y a Civil el perdón, aconsejaba a Véleda y a su pueblo cambiar su fortuna en aquella guerra, que después de tantas derrotas les era adversa mediante un oportuno servicio al pueblo romano. Los tréviros[146], les recordaba, habían sido destrozados, los ubios se habían rendido, los batavos habían perdido su patria. No habían recibido de la amistad[147] de Civil otra cosa que no fueran heridas, destierros [2] y luto. Civil, un exiliado y extranjero, era una carga para quienes lo acogieran y bastante delito habían cometido ellos con haber atravesado tantas veces el Rin. Si estaban tramando algo más, de su parte estaría la ofensa y la culpa y de la de Roma la venganza y los dioses.

25. Las promesas se mezclaban con las amenazas. Cuando se quebró la lealtad de los transrenanos[148], surgieron también murmuraciones entre los batavos. No se debía prolongar más tiempo la ruina, reflexionaban, ni un solo pueblo podía abolir la esclavitud del mundo entero. ¿Qué provecho habían sacado de los incendios y matanzas de las legiones[149] sino atraer a más fuerzas y más poderosas? Si Vespasiano era el hombre por el que habían hecho la guerra, Vespasiano ya estaba en el poder. Pero si con las armas estaban desafiando al pueblo romano, ¡qué pequeña fracción del género humano representaban los batavos! Tenían que fijarse en los retos y nóricos[150] y en las cargas [2] que soportaban los demás aliados, mientras que a ellos no se les imponían tributos, sino tan solo colaborar con hombres valientes. Eso era lo más cercano a la libertad. Y si había que elegir a señores, era más honroso soportar a los príncipes de los romanos que a las mujeres de Germania[151]. Así se expresaba el pueblo, [3] y los nobles con más dureza. Civil, mantenían estos últimos, los había lanzado a las armas por su propia locura. Y para encubrir sus desgracias familiares[152] había provocado la destrucción de su pueblo. Los batavos se habían convertido en enemigos de los dioses, cuando se sitiaba a las legiones, se asesinaba a sus comandantes y se emprendía una guerra necesaria para un solo hombre pero fatal para ellos. Se había llegado ya a una situación desesperada, a no ser que empezaran a tener sentido común y demostraran arrepentimiento con el castigo de la persona culpable[153].

26. No pasó desapercibido a Civil tal cambio de opinión y decidió anticiparse, no solo porque estaba harto de desgracias, sino también por conservar la vida[154], cosa que la mayoría de las veces hace romper grandes aspiraciones. Solicitó una entrevista. Se

cortó el puente sobre el río Nabalia[155] y los generales avanzaron hasta los bordes del puente cortado. Civil [2] inició su discurso en estos términos[156]: «Si yo me estuviera defendiendo ante un legado de Vitelio, ni mis actos merecerían perdón ni mis palabras credibilidad. Entre nosotros todo es enemistad. Él desató las hostilidades, yo las redoblé. En cuanto a Vespasiano mi respeto viene de antiguo[157] y, cuando [3] era un simple particular, nos llamábamos amigos. Este hecho lo sabía Antonio Primo, cuya carta me impulsó[158] a la guerra con el objetivo de impedir que las legiones de Germania y los jóvenes de la Galia cruzaran los Alpes. Lo que Antonio me aconsejaba en su carta, me lo recordaba en persona Hordeonio Flaco[159]. Las armas que yo levanté en Germania son las mismas que levantaron Muciano[160] en Siria, Aponio[161] en Mesia, Flaviano en Panonia[162] ***».

[1] El año 70 d. C. El comienzo del libro V, como el del II, se dedica a Tito.

[2] Cf. II 4, 3; IV 51, 2.

[3] Tito había sido tribuno militar en Germania y Britania, pretor y legado de la legión *XV Apollinaris* en Judea durante los años 66 a 69; cf. II 77. 1; SUETONIO. *Tito*, IV 1-3, JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 8; B. W. JONES, *The emperor Titus*, Londres-Sidney, 1984. págs. 7-17; *H*ELLEGOUARC'H. *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 181.

[4] Las legiones *V Macedonica, X Fretensis y XV Apollinaris*. La legión *X Fretensis* debe su nombre a sus victorias navales en el estrecho de Sicilia *(Fretum Siculum)*.

[5] La legión *XII Fulminata*.

[6] De las legiones *XXII Deiotariana* y la III Cyrenaica: Cf. II 79, 1.

[7] Herodes Agripa II era rey de Traconitis y Galilea; Sohemo era rey de Sofene y príncipe de Émesa en Siria; Antíoco IV reinaba en Comagene (Siria) y parte de Cilicia; cf. II 81, 1; H. HEUBNER-W. FAUTH, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien*, Band V: Fünftes Buch, Heidelberg, 1982, págs. 17-18.

[8] Según JOSEFO (*La guerra de los judíos* III 68), el árabe Malco II, rey nabateo (40-70 d. C.), había enviado mil soldados de caballería y cinco mil de infantería.

[9] El excurso etnográfico sobre los judíos se extiende hasta el capítulo 11. Todo lo referente a Tácito y los judíos está comentado exhaustivamente, bibliografía incluida, en HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 20-157; consúltese también a K. WELLESLEY, *Tacitus, The Histories*, Londres, 1995, págs. 318-319; A. FELDHERR, «Barbarians II: Tacitus' Jews», en A. FELDHERR, ed., *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, 2009, págs. 301-316.

[10] Cf. F. M. ABEL, «La topographie du siége de Jérusalem en 70», *Revue Biblique* 56 (1959), 238-258.

[11] Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 182.

[12] Diosa egipcia, esposa de Osiris y madre de Horus; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 22-23.

[13] Padre de Andrómeda, heroína salvada de un monstruo por Perseo; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* IV 663-771; PLINIO, *Historia natural* IX 11; HEUBNER- FAUTH, *Historien V*, pág. 25-26.

[14] Eran los habitantes originarios de Licia; cf. HERÓDOTO, I 173, 2; PLINIO, *Historia natural* V 94. De su nombre (Sóluma = Salem) *precedido de Hiero*-(«sagrado») se derivaría Hierosoluma o Jerusalén; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 29; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 183.

[15] HOMERO, *Ilíada* VI 184-185; *Odisea* V 282-284; cf. HEUBNER-FAUTH, Historien V, pág. 28.

[16] La versión antisemítica de Tácito procede de Lisímaco (*FGH* III C 621 F 1 = JOSEFO, *Contra Apión*, I 309). Hay otras tres versiones sobre el éxodo de los judíos: DIODORO DE SICILIA, XXXIV, fragm. 1; POMPEYO TROGO (= JUSTINO, XXXVI 2, 12-15); JOSEFO, *Contra Apión* I 304-311; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 183-184.

[17] Por la lepra.

[18] Es probablemente Bokenranef, faraón de la XXIV dinastía (721-715 a. C.); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 184; ASH, *The Histories*, pág. 307.

[19] El oráculo de Amón estaba en el oasis Siwah en el desierto de Libia; cf. HERÓDOTO, I 46, 3; II 42; IV 181.

[20] Cf. Éxodo XVI 1-2; JUSTINO, XXXVI 2, 14; JOSEFO, *Contra Apión* 309; J. G. GAGER, *Moses in Greco-Roman Paganism*, Nasvill-Nueva York, 1972.

[21] Éxodo XV 22-23.

[22] Cf. DIODORO, XL 3, 3.

[23] Sobre el antisemitismo, cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* III 7, 21; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 185.

[24] Sobre la supuesta idolatría de los judíos, cf. TERTULIANO, *Apología* XVI 3, donde llama a Tácito *sane ille mendaciorum loquacissimus*; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 39; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 185.

[25] Cf. V 3, 1.

[26] Cf. JUVENAL, VI 160; XIV 98-88.

[27] Cf. Éxodo XII 15-20, 34-39.

[28] Cf. HORACIO, *Sátiras* I 9, 67-70; TIBULO, I 3, 18; OVIDIO, *Arte de amar* I 76-77 y 413-414; *Remedios de amor* 219-220; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*. pág. 186.

[29] Cf. Deuteronomio V 15; Levítico XXV 4. Es el año sabático de los judíos.

[30] El séptimo día es el día en honor de Saturno *(Saturday en inglés)*, el sábado o Sabbath; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 54.

[31] Cf. CICERÓN, *La república* VI 17; DIÓN CASIO, XXXVII 18-19.

[32] Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 60-61; R. SCHÄFER, *Judeophobia. Attitudes towards the Jews in the Ancient World*, Cambridge, Mass., 1997, esp. 185-192; L. FELDMAN, *Jew and gentile in the ancient world*, Princeton, 1993, esp. 149-153.

[33] Los judíos hacían donaciones anuales al Templo; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* VII 2; cf. ASH, *The Histories*. pág. 307.

[34] Cf. Génesis XVII 9-14; Levítico, XII 3; HORACIO, Sátiras I 9, 69-70; PETRONIO, LXVIII 8, CII 14; PERSIO, V 184; JUVENAL, XIV 99, 104; MARCIAL, VII 30, 5; E. M. SMALLWOOD, «The Legislation of Hadrian and Antoninus Pius against circumcision», *Latomus* 18 (1959), 334-347; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 187.

[35] Cf. *Germania* XIX 5; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 74. Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.679-1.680.

[36] Cf. JUVENAL, XIV 97. Los persas (HERÓDOTO. I 131), galos (DIODORO SÍCULO, XXII 9) y los germanos (*Germania* IX 3) tampoco tenían imágenes de los dioses.

[37] Baco, el dios del vino; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 87-90.

[38] En dirección a Líbano. La descripción geográfica coincide. en líneas generales con PLINIO, *Historia natural* V 70; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 90-94.

[39] Era famoso por sus propiedades medicinales: cf. ESTRABÓN, XVI 2, 41; PLINIO, *Historia natural* XII 111-113; XVI 135: JOSEFO, *La guerra de judíos* IV 469; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 94; R. MACMULLEN, «Three Notes on Imperial Estates», *Class. Quarterly* 12 (1962), 279.

[40] Tácito alude a la laguna de Merwe, al lago Genezareth y al mar Muerto. Sobre el *Mare mortuum*, cf. JUSTINO, XXXVI 3. 6: HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 98-99; HELLEGOUARC'H. *Tacite. Histoires IV-V*, pág. 189.

[41] JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 477; PLINIO, *Historia natural* II 238; XXXV 179.

[42] Alusión a Sodoma; cf. Génesis XIX 23-28; ESTRABÓN, XVI 764; JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 483.

[43] Probable alusión al incendio de Sodoma y Gomorra; cf. Génesis 18-19; ASH, *The Histories*, pág. 308.

[44] Cf. OROSIO, I 5, 2

[45] Cf. OROSIO, I 5, 4.

[46] Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 40-42; PLINIO, *Historia natural* V 71-72.

[47] El río Belio, el moderno Naaman, nace en las montañas de Galilea y desemboca en el mar Mediterráneo en Fenicia; cf. PLINIO, *Historia natural* XXXVI 190.

[48] Cf. JOSEFO, *Contra Apión* I 197; *Antigüedades judías* XIV 74-76; PLINIO, *Historia natural* V 70-74; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 93; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 191.

[49] Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 106-114.

[50] Cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 109-114.

[51] Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 192.

[52] Antíoco IV Epífanes reinó durante los años 176-164 a. C.; cf. JOSEFO, *Antigüedades* I 12 265-266.

[53] Arsaces se levantó contra Antíoco II (260-245 a. C.). Tácito parece que confunde este levantamiento con la guerra de los Macabeos en los años 167-164 a. C.; JOSEFO, *Antigüedades judías* XII 265.

[54] En el año 63 a. C; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* I 133-159; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*,

págs. 124-125; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 193.

[55] Pácoro, hijo del rey de los partos Orodes, entró en Judea en el 40 a. C., pero fue asesinado dos años después.

[56] Publio Ventidio Baso y Gayo Sosio eran lugartenientes de Marco Antonio. Herodes venció a los últimos macabeos en el año 37 a. C. con la ayuda de Sosio y pasó a ocupar el trono de Judea; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 194.

[57] Herodes el Grande (ca. 73-4 a. C.) fue gobernador de Galilea en el año 47 a. C. Apoyó a Octaviano en la batalla de Accio (31 a. C.); cf. ASH, *The Histories*, pág. 309.

[58] Un antiguo esclavo de Herodes; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 57-59.

[59] P. Quintilio Varo había sido gobernador de Siria en los años 6-4 a. C.; fue vencido en Teutoburgo por Arminio en el año 9 d. C.; cf. IV 17, 4; VELEYO PATÉRCULO, II 117, 2.

[60] Arquilao gobernó en Judea, sur de Idumea y norte de Samaria; Herodes Antipas obtuvo Galilea y Perea; y Filipo se quedó con la zona este del Jordán; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 195.

[61] Fueron procuradores Valerio Grato (15-26 d. C.) y Poncio Pilato (26-36 d. C.); cf. E. M. SMALLWOOD, «Some Notes in the Jews under Tiberius», *Latomus* 15 (1956), 314-329; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 195.

[62] Calígula fue asesinado el 24 de enero del año 41; cf. E. M. SMALLWOOD, «The Chronology of Gaius' Attempt to Desecrate the temple», *Latomus* 16 (1957), 3-17.

[63] Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*. pág. 195.

[64] Era hermano de Palas, el favorito de Claudio. Fue procurador de Judea durante los años 52-60 d. C. Se casó con tres reinas (SUETONIO, *Claudio* 28). Su primera esposa, Drusila, era nieta de Antonio y Cleopatra. Después contrajo matrimonio con otra Drusila, hermana de Agripa II; no se tienen noticias de la tercera; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XX 7, 1; *Anales* XII 54; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 95; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 133-134; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs.195-196.

[65] Así lo traduce K. A. B. FLETCHER, «On the *Histories* of Tacitus again», *Liv. Class. Monthly* 11.7 (1986), 100.

[66] En los años 64-66 d. C. Gesio Floro era un griego de Clazómenas; cf. JOSEFO, *Antigüedades judías* XX 252, 277, 308, 404, 558.

[67] En el otoño del año 66 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 284.

[68] Fue cónsul *suffectus* en el año 42 d. C. y gobernador de Siria en el 63; cf. *Anales* XV 25, 3; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 95-96.

[69] Fue derrotado en la batalla de Betoron en octubre del año 66 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 540-555.

[70] Fue a comienzos del año 67, cuando Nerón se encontraba en Grecia; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 4-8.

[71] Entre ellos se encontraba M. Ulpio Trajano, el padre del futuro emperador Trajano. Era el comandante de la legión *X Fretensis*; cf. SYME, *Tacitus*, págs. 30-31.

[72] Los años 67 y 68 d. C.; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* III 522.

[73] El año 69 d. C.

[74] Vespasiano, sin embargo, no había conquistado todavía Jerusalén y las tres fortalezas de Herodium, Masada y Maqueronte; cf. CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 96; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 196.

[75] Cf. V 1, 2.

[76] Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 51 y 67.

[77] Tito estuvo a punto de perder la vida en una incursión contra los judíos; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 52-63; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 197.

[78] SUETONIO (*Tito* VII 1) lo pinta como un hedonista.

[79] Las colinas se llamaban Ágora y Adra; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 136-141.

[80] Jerusalén estaba rodeada por un circuito exterior de hasta 164 torres, según JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 4, 3 y 142-155.

[81] Era el palacio de Herodes; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 176-183.

[82] Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 238-247; M.-A. DE SION, *La forteresse Antonia à Jerusalem et la question du Prétoire*, París, 1956; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 198.

[83] Cf. V 8, 1. La descripción del templo se puede leer en JOSEFO, *La guerra de los judíos* V 184 ss.

[84] La llamada fuente de la Virgen está situada al sur del templo.

[85] Vespasiano y Tito las habían tomado durante los años 67-68 d. C.

[86] Simón, hijo de Gioras, había actuado de guerrillero contra los romanos en el año 68 y era saludado como el salvador de su pueblo. Acabó siendo ejecutado tras el triunfo flavio. Juan de Giscala mandaba sobre los galileos, mientras Eleazar lideraba al partido de los patriotas. Cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 503-504, VII 26-36 y 154; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 146-148; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 96-97; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

[87] Juan de Gisala era el líder de los galileos; figuró en el triunfo de los flavios, pero no fue ejecutado; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 84-86, 566-576; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

[88] Eleazar era hijo de Simón; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 562-565, V 5; IV y 98-105: HELLEGOUARC'H. *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 199.

[89] Cf. Jeremías X 2; JOSEFO, *La guerra de los judíos* VI 288-98: HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 149-151; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, págs. 199-201.

[90] Esto ocurrió en Pentecostés, a mediados de junio; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* VI 299. Para los romanos, este hecho significaba la premonición de una victoria; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 351-352; PLINIO, *Historia natural* XX-VIII 18; MACROBIO, *Saturnalia* III 9, 14.

[91] Cf. Daniel II 44; SUETONIO, *Vespasiano* IV 5; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 151-155; J. G. GRIFFITHS, «Tacitus and the Hodayot in the Dead Sea Scrolls», *Rhein. Museum* 113 (1970), 363-368; D. S. BARRET, «Tacitus, *Histories* V 13, 2 and the Dead Sea Scrolls Again», *Rhein. Museum* 119 (1976), 366.

[92] JOSEFO (*La guerra de los judíos* VI 420) habla de 1.1000.000 muertos durante el asedio a Jerusalén y 97.000 prisioneros, también de forma exagerada; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 155-156; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201.

[93] Cf. DIÓN CASIO, LXVI 6, 3.

[94] La guerra terminó a finales de septiembre del año 70, cuando Tito entró triunfalmente en Jerusalén. Tácito interrumpe el relato de la conquista de Jerusalén para volver a la revuelta de los batavos. La continuación del relato de los judíos puede leerse en DIÓN CASIO (LXVI 4-11) y en JOSEFO (*La guerra de los judíos* V y VI); cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201.

[95] Tácito continúa la narración de los hechos que había dejado en IV 79. Léase también a A. J. WOODMAN, *Tacitus Reviewed*, Oxford, 1998, págs. 70-85.

[96] Cf. III 59, 2.

[97] Las legiones *II Adiutrix*, la *VI Victrix* y la *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. IV 68, 4; 79, 3. Cerial disponía ya de las legiones *IV Macedonica, XXIII Primigenia, I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 201-202.

[98] Cf. *Anales* II 14, 3.

[99] Cf. T. WOODMAN, «Self-imitation and the substance of History: Tacitus, *Annals* 1.61-5 and *Histories* 2.70, 5.14-15», en D. WEST y T. WOODMAN, eds., *Creative Imitation and Latin Literature*, Cambridge, 1979, págs. 143-155 y 231-235.

[100] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», pág. 1.680; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 202.

[101] El objetivo era reducir las pérdidas de efectivos: cf. *Agrícola* XXXV 2-3.

[102] Cf. II 4, 2; IV 16, 2. Sobre la estrategia de Cerial, léase a J. S. RAINBIRD, «Tactics at Mons Graupius», *Class. Review* 19 (1969), 11-12.

[103] El río Lek, afluente del Rin. Sobre los batavos y cugernos, cf. IV 26, 3; sobre los transrenanos, cf. IV 23, 2.

[104] En Rigodulum y Treveri.

[105] Cf. V 5; VELEYO PATÉRCULO, II 97, 3; 129, 2. La legión era la *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. II 11, 1; 32, 2; 54, 1; *Anales* XIV 34-37 (victoria sobre los britanos en el año 61 d. C.); HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 162; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 202-203.

[106] Galba fue proclamado emperador el 3 de abril del año 68; cf. I 16, 2; III 44; SUETONIO, *Galba* X 2.

[107] Eran las legiones *VI Victrix* y *II Adiutrix*, que se había reclutado hacía poco tiempo; cf. IV 68, 4; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 162; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 98-99; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 203.

[108] Las legiones *I Germanica*, la *IV Macedonica*, la *XVI Gallica* y la *XXI Rapax*; cf. V 14, 1.

[109] En Vetera. Solo quedaban restos de las legiones *I Germanica* y *XVI Gallica*; cf. IV 59, 2.

[110] Cf. IV 77-79.

[111] Cf. IV 79, 4.

[112] El Rin, más que una deidad, constituía el símbolo de la resistencia de los germanos frente a Roma.

[113] Cf: IV 18, 2; *Agrícola* XXXII 3; *Germania* VII 3-4; XVIII 4, 7.

[114] Los germanos golpeaban los escudos con las armas en señal de aprobación; cf. *Germania* XI 6; CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 21. Sobre las danzas rítmicas, propias de guerreros bárbaros, cf. *Anales* IV 47, 2; LIVIO, I 20, 4; XXI 42, 3; XXIII 26, 9; XXV 17, 5; XXXVIII 17, 4; CURCIO, VII 10, 4; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 164.

[115] Cf. IV 21, 2.

[116] Debió de haber sido rehecha tras la derrota de IV 79, 3.

[117] La legión *XIV Gemina Martia Victrix*; cf. IV 16, 3.

[118] Annio Galo era gobernador de la Germania Superior y Petilio Cerial de la Inferior; cf. I 87, 2; IV 68, 1.

[119] La legión *X Gemina*; cf. II 58, 2; III 44..

[120] Cf. IV 79, 2.

[121] Batavoduro (zona de Nimega); cf. CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 99-100.

[122] La isla de los batavos; cf. IV 12, 2.

[123] El dique fue iniciado por Druso Germánico, hermano de Tiberio, en el año 9 a. C. y terminado por Pompeyo Paulino en el 55 d. C.; cf. *Anales* XIII 53, 2; II 6, 4; W. VOLLGRAFF, «Les travaux de Drusus dans la Germanie Inférieure», *Rev. Étud. Ancienn*. 42 (1940), 686-698; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 166; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 100; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 204; ASH, *The Histories*, pág. 311.

[124] En realidad, es el río Waal.

[125] Cf. IV 55, 2.

[126] Cf. IV 55, 1.

[127] La legión *X Gemina*; cf. III 35, 2.

[128] La legión *X Gemina* en Rindern, en las cercanías de la actual Kleve; cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 167; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 204.

[129] La legión *II Adiutrix*.

[130] Tal vez se trate de la actual Heerewaarden, al este de Rossum (Grinnes); HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 205.

[131] El defecto se recuerda también en IV 71, 1.

[132] Cf. IV 35, 2.

[133] Cf. V 20, 1.

[134] Sobre Brigántico, cf. II 22, 3. La referencia es a IV 70, 2.

[135] El río Waal.

[136] La que solía asistir a los generales flavianos; cf. III 46, 3; 82, 3; IV 78, 3.

[137] Cf. IV 26, 3 y IV 19, 2.

[138] Sobre la juntura latina, *disiecto agmine*, cf. HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 169.

[139] Una mujer de Colonia Claudia, desconocida por lo demás; cf. SYME, *Tacitus*, I, págs. 175 y 190.

[140] El actual río Lippe, afluente del Rin en Alemania.

[141] Cf. IV 61, 2-3.

[142] Cf. II 16, 2.

[143] Se trata del estuario que forman la confluencia de los ríos Maas y Waal; cf. PLINIO, *Historia natural* IV 101; MELA, III 24; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 172; CHILVER, *Histories IV-V*, págs. 101-102; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 207.

[144] La idea era levantar las sospechas de un pacto oculto con Civil, lo cual le debilitaría ante los suyos. Lo mismo hicieron Pericles con Arquídamo (TUCÍDIDES, II 13, 1), Coriolano con los patricios (LIVIO, II 39, 5-6) o Aníbal con Fabio Máximo (LIVIO, XXII 23, 4); cf. VALERIO MÁXIMO, VII 3; SILIO, VII 260-262; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 173. FRONTINO, *Estratagemas*, I 8, 2; JUSTINO, III 7, 8.

[145] Cf. V 26, 1; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 174.

[146] Sobre los tréviros, cf. IV 70-71; de los ubios, léase IV 79; sobre los batavos, cf. V 23, 3.

[147] En el sentido político del término como una alianza para conseguir objetivos comunes; cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 207.

[148] Cf. IV 23, 2.

[149] Alusión a la destrucción de Vetera; cf. IV 60, 3.

[150] Cf. I 11, 2.

[151] Alusión a Véleda; cf. IV 61, 2.

[152] Cf. IV 13, 1 (ejecución de Julio Paulo) y 32, 2 (arresto de Julio Civil).

[153] Civil.

[154] La misma idea se encuentra en *Anales* II 63, 4.

[155] Tal vez se trate del río Ijssel o el Vecht; A. DEDERICH, «Über die Nabalia von Tacitus», *Monatsschrift für die Geschichte Westdeuchlands* 4 (1878), 213-219; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 177; CHILVER, *Histories IV-V*, pág. 103; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208.

[156] El discurso de Civil se contradice con la carta que escribió a Cerial; cf. IV 75; ASH, *The Histories*, pág. 311.

[157] La amistad se remontaba al año 43 d. C., cuando Tito Flavio Vespasiano mandaba la legión *II Augusta*, pues unidades batavas habían participado en la expedición; cf. M. W. C. HASSALL, «Batavians and the Roman conquest of Britain», *Britannia* 1 (1970), 131-136; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208.

[158] Cf. IV 13, 2; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, págs. 177-178.

[159] Cf. IV 13, 3; 18, 1 (cambio de opinión de Hordeonio Flaco).

[160] Cf. I 76, 2.

[161] Sobre M. Aponio Saturnino, cf. III 5, 1. De L. Tampio Flaviano, cf. III 4, 1; 10, 2; HEUBNER-FAUTH, *Historien V*, pág. 178.

[162] En este punto terminan las *Historias* de Tácito, tal como han llegado a nosotros. El resto se ha perdido, por lo que nada sabemos del final de Civil. Conocemos, no obstante, que los batavos fueron muy bien considerados por los romanos, como se dice en *Germania* XXIX 2: «Conservan la honra y el testimonio de la antigua alianza, pues no son humillados con tributos, ni los arruinan los recaudadores de impuestos; exentos de cargas y contribuciones, quedan reservados para la guerra, como si fueran lanzas y armaduras». Cf. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires IV-V*, pág. 208-209. El libro V habría narrado el final de la guerra contra los judíos con el subsiguiente triunfo de Tito. Los siete libros siguientes, también perdidos, habrían tratado de los principados de Vespasiano (70-79), Tito (79-81) y Domiciano (81-96); cf. ASH, *The Histories*, pág. 312.

FRAGMENTOS Y TESTIMONIOS DE LAS HISTORIAS[1]

l. Entretanto, los judíos, sitiados por el asedio, puesto que no se les ofrecía oportunidad alguna ni de paz ni de rendición, morían de hambre extrema, y las calles se llenaban por doquier de cadáveres, pues era ya imposible cumplir con el deber de enterrar a los muertos. Es más, después de atreverse a consumir toda clase de comidas execrables no perdonaron a los cuerpos humanos, excepto la parte de ellos que la corrupción había arrebatado para alimentarse de ese modo. (Sulpicio Severo, *Crónica* II 30, 3)

2. Se cuenta que Tito convocó primero una reunión para deliberar si se debía destruir un templo tan grandioso. Así pues, algunos pensaban que no se debía destruir un santuario consagrado que era famoso por encima de todas las demás obras de los hombres. Si lo conservaban, argumentaban, sería un testimonio de la mesura de los romanos; si se destruía ofrecería una señal perenne de crueldad. Sin embargo, otros, por el contrario, incluido el mismo Tito, defendían la destrucción de este templo como una prioridad para aniquilar más completamente la religión de los judíos y cristianos. Estas religiones, en efecto, eran contrarias entre sí, aunque salidas de las mismas fuentes. Los cristianos habían crecido de los judíos y, si se cortaba la raíz, el tronco moriría fácilmente. (Sulpicio Severo, *Crónica* II 30, 6)

[4] 3. Por su parte, Tito sometió a los judíos a un duro y largo asedio. Con la maquinaria y todo tipo de artefactos bélicos derribó por fin las murallas de la ciudad no sin un gran derramamiento de sangre entre los suyos. Pero para conquistar el bastión interior del templo, que defendía una multitud recluida de sacerdotes y nobles, hubo necesidad de emplear mayor violencia [5] y tiempo. Cuando por fin se hizo con el control del templo y admiró su arquitectura y antigüedad, reflexionó mucho tiempo sobre si lo incendiaría para que sirviera de escarmiento a los enemigos o lo reservaría como prueba de su victoria. Pero, al estar creciendo la iglesia de dios extraordinariamente por todo el mundo, este templo según el veredicto de dios debía ser destruido como algo sin valor, vacío y sin ninguna utilidad buena para [6] nadie. Así pues, Tito, aclamado emperador por el ejército, incendió y destruyó el templo de Jerusalén, que desde el día de la primera construcción hasta el día de la última destrucción había permanecido en pie mil ciento dos años. Destruyó de raíz todos [7] los muros de la ciudad. Cornelio y Suetonio cuentan que en esta guerra murieron seiscientos mil judíos[2]. Josefo, por su parte, judío y que por entonces fue uno de los líderes de aquella guerra y que había

merecido el perdón y el favor de Vespasiano por haberle vaticinado el imperio, escribe que murieron por la espada o por hambre un millón cien mil judíos y que el resto de judíos, llevados por diferentes situaciones, se dispersaron por todo el mundo. El número de estos ascendió, se cuenta, a noventa mil [8] hombres. Vespasiano y Tito entraron en Roma celebrando su magnífico triunfo sobre los judíos. El desfile triunfal fue hermoso y no visto hasta ahora por nadie en los trescientos veinte triunfos que se habían celebrado desde la fundación de Roma hasta esa época. Tal fue el espectáculo: un padre y un hijo, llevados en un solo carro triunfal, celebraron una gloriosa victoria sobre los que habían ofendido al Padre y al Hijo. Estos inmediatamente, [9] una vez terminadas todas las guerras y levantamientos en el interior y en el exterior, declararon públicamente la paz en todo el mundo y decidieron ellos mismos cerrar con cerrojos en las puertas a Jano Gémino por sexta vez tras la fundación de Roma. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 9, 4-9)

4. Después, por citar textualmente a Cornelio Tácito, «siendo anciano Augusto, quedaron abiertas las puertas del templo de Jano[3] hasta el imperio de Vespasiano, tiempo durante el que se conquistaron nuevos pueblos en los extremos confines de la tierra a menudo con éxito y alguna vez con fracasos». (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 3, 7)

5. Gordiano, casi un niño, a punto de marchar a la guerra contra los partos en Oriente, abrió las puertas del templo de Jano[4], como escribe Eutropio. Si alguien las cerró después de Vespasiano y Tito, no recuerdo que nadie lo haya escrito, pero Cornelio Tácito señala que Vespasiano las abrió al año de su reinado. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 19, 4)

6. [Domiciano] declaró la guerra por medio de sus legados [3] a germanos y dacios con pareja ruina para el Estado, dado que en Roma él mismo destrozaba al pueblo y al Senado y en el exterior los enemigos se encarnizaban continuamente con un ejército mal dirigido. En efecto, explicaría largamente el número [4] de batallas que sostuvo Diurpaneo, rey de los dacios, con el general Fusco[5] y el número de derrotas de los romanos, si Cornelio Tácito, que cubrió esta historia con gran exactitud, no hubiera escrito que Salustio Crispo y otros muchos autores habían aprobado silenciar el número de nuestras pérdidas y que él mismo había optado por hacer lo mismo de manera especial. Pese a todo, Domiciano, henchido de una malvada soberbia, celebró un triunfo para celebrar una victoria sobre enemigos cuando se trataba de legiones exterminadas. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 10, 3-4)

7. Así pues, Teodosio creyó que al Estado, en ruinas por la ira de dios, había que restaurarlo por la misericordia de dios. Puso toda su confianza en la ayuda de Cristo y venció a los escitas, pueblos poderosos, temidos por todos los antepasados, evitados incluso por el famoso Alejandro Magno, como atestiguan Pompeyo[6] y Cornelio, y ahora equipados con caballos y armas de los romanos, después de que se haya extinguido el ejército romano. Atacó, pues, sin dudarlo a alanos, hunos y godos y los venció en grandes y numerosas batallas. (Orosio, *Historias contra los paganos* VII 34, 5)

8. Pero estos locrios, que viven cerca de Delfos, reciben el nombre de ozolos…; quienes, en cambio, fueron trasladados a Libia, se llaman nasamones, como informa Cornelio Tácito, y son oriundos de Naricios. (*Comentario* de Servio a Virgilio, *Eneida* III 399)

[1] Cf. T. D. BARNES, «The Fragments of Tacitus' *Histories*», *Class. Philology* 72 (1977), 224-231.

[2] Cf. V 13, 3.

[3] Cf. NASH, *Pictorial Dictionary*…, I, págs. 500-501.

[4] En el año 242 d. C.

[5] Cornelio Fusco sufrió una severa derrota por parte de los dacios. Fue gobernador de Panonia en el año 69 y comandante de la flota de Rávena. Se convirtió en consejero de Domiciano y jefe de su guardia personal; cf. II 86, 3; SUETONIO, *Domiciano* VII; MARCIAL, VI 76; DIÓN CASIO, LXVII 6.

[6] Pompeyo Trogo fue historiador romano del siglo I a. C. Su obra, *Historias filípicas*, se conserva en el *Epítome* de Justino, historiador del siglo II d. C.

APÉNDICES

APÉNDICE I
CRONOLOGÍA[1]

VIDA DE TÁCITO

9	Nacimiento de Vespasiano
14	Muerte de Augusto y principado de Tiberio (14-37)
17	Muerte de Tito Livio
30	Publicación de la *Historia* de Veleyo Patérculo
37	Muerte de Tiberio e imperio de Calígula (37-41)
39	Nacimiento de Tito
41	Asesinato de Calígula e imperio de Claudio (41-54)
51	Nacimiento de Domiciano
54	Muerte de Claudio y entronización de Nerón (54-68)
56-58 (ca.)	Nacimiento de Tácito
65	Conspiración de Pisón contra Nerón. Suicidio de Lucano y Séneca
68	Suicidio de Nerón. Galba emperador (68-69)
69	Año de los cuatro emperadores: Galba (asesinado el 15 de enero), Otón (suicidio el 16 de abril), Vitelio (asesinado el 20 de diciembre) y Vespasiano (69-79)
70	Toma de Jerusalén por Tito
70 (ca.)	Nacimiento de Suetonio
73	Conquista de Masada
75-79	Flavio Josefo publica *La guerrra de los judíos*
76-77	Matrimonio de Tácito con Julia, hija de Julio Agrícola
77	Plinio el Viejo publica su *Historia natural*
77-84	Agrícola, gobernador de Britania

97	Consulado de Tácito
98	Muerte de Nerva. Trajano emperador. Publicación de *Agrícola* y *Germania*
100	*Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven
101	Muerte de Silio Itálico
102	Publicación del *Diálogo de los oradores*
106-107	Publicación de las *Historias*
112-113	Proconsulado de Tácito en Asia
113 (ca.)	Muerte de Plinio el Joven. Columna de Trajano
115	Redacción de los *Anales*
117	Muerte de Trajano. Adriano emperador (117-138)
120 (ca.)	Muerte de Tácito. Publicación de *Anales*

ACONTECIMIENTOS EN LOS AÑOS 69-70

Año 68	
Abril	Galba, gobernador de Hispania Tarraconense se rebela contra Nerón
Mayo	Verginio Rufo, gobernador de Germania Superior, sofoca la rebelión de Víndice, gobernador de la Galia Lugdunense
Junio (9 u 11)	Suicidio de Nerón
Junio 16	Galba se proclama emperador en Hispania
Sept.-oct.	Llegada de Galba a Roma
Noviembre	Vitelio llega a Germania Inferior como gobernador
Año 69	
Enero	
1	Rebelión de las tropas de Germania Inferior
10	Galba adopta a Pisón como su sucesor
12	Fabio Valente, general de Vitelio, se dispone a cruzar los Alpes
15	La guardia pretoriana declara a Otón emperador de Roma. Asesinatos de Galba, Pisón y Vinio
28	Cécina, general de Vitelio, se dispone también a cruzar los Alpes.
Marzo	
8	Cécina llega a Italia con sus tropas

14	Otón sale de Roma para enfrentarse a las fuerzas de Vitelio
30	Fracaso de Cécina en el asalto a Plasencia
Abril	
5	Cécina fracasa en su emboscada de Cástores a las fuerzas otonianas
6	Llegada de Valente a Ticino
8	Otón llega a Brixelo en el norte de Italia
14	Derrota de Otón en la primera batalla de Bedriaco
16	Suicidio de Otón en Brixelo
19	El Senado reconoce emperador a Vitelio
Mayo	
23	Vitelio llega a Cremona
Junio	Avance de Vitelio hacia Roma
Julio	
1	Vespasiano es proclamado emperador en Alejandría
18	Llegada de Vitelio a Roma
Agosto	Conferencia de guerra en Petovio para diseñar la estrategia de Vespasiano. Protagonismo de Antonio Primo
Septiembre	Llegada de Antonio Primo al norte de Italia
Octubre	
4	Antonio Primo ocupa Verona
12	La flota de Rávena se rebela contra Vitelio
15	Revuelta de los batavos en Germania
24-25	Antonio Primo derrota a los vitelianos en la segunda batalla de Bedriaco
26-29	Saqueo de Cremona
30	Se anuncia en Roma la adhesión de Cécina a Vespasiano
Noviembre	
9	Antonio Primo se dirige a Roma
28	La flota de Miseno se une a Vespasiano y Vitelio regresa a Roma

Diciembre	
9	Antonio Primo llega a Cársulas, a unos 100 kilómetros de Roma
10	Valente, general viteliano, es ejecutado en Urbino
18	Vitelio intenta abdicar del poder
19	Incendio y destrucción del Capitolio en Roma. Asesinato de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano.
20	Entrada de Antonio Primo en Roma y asesinato de Vitelio
21	Vespasiano es reconocido como emperador porel Senado
30	Llegada de Muciano a Roma
Año 70	
Feb.mar.	Revuelta de los batavos
Agosto	Vespasiano se dirige a Roma
Septiembre	
2	Tito destruye el templo de Jerusalén
30	Rendición del rebelde batavo Julio Civil

[1] Cf. R. ASH, *Tacitus, The Histories*, Londres, 2009, págs. VII-XIV.

APÉNDICE II

EL EJÉRCITO ROMANO[2]

En Roma sobre el año 68 d. C. las tropas existentes ascendían a doce cohortes pretorianas (*cohortes praetoriae*)[3] con un total de 10.000 hombres (DIÓN CASIO, LV 24, 6) y cuatro cohortes urbanas (*cohortes urbanae*) con un total de 6.000 hombres. También había en Roma siete cohortes de vigilantes (*cohorts vigilum*), compuestas de 1.000 hombres cada una. Además, Galba había traído consigo a la legión *I Adiutrix*, reclutada por él mismo, de 5.500 soldados. Si a todo esto se añade una cantidad de unidades procedentes de Germania, Britania y el Ilírico de unos 2.500 hombres, la cantidad de fuerzas armadas existents en Roma a comienzos del año 69 ascendía a 31.000 soldados. La capital del imperio rebosaba de un ejército insólito, como el mismo Tácito anotó (I 6, 2 *plena urbs exerciru insolito*).

El imperio romano estaba controlado por unas fuerzas armadas de 31 legiones: *I Germanica, I Adiutrix, Í Italica, II Adiutrix, II Augusta, III Augusta, III Gallica, III Cyrenaica, IV Macedonica, IV Scythica, V Alaudae, V Macedonica, VI Ferrata, VI Victrix, VII Claudiana, VII Gemina o Galbiana, VIII Augusta, IX Hispana, X Fretensis, X Gemina, XI Claudia Pia Fidelis, XII Fulminata, XIII Gemina, XIV Gemina Martia Victrix, XV Apollinaris, XV Primigenia, XVI Gallica, XX Valeria Victrix, XXI Rapax, XXII Primigenia, XXII Deiotariana.* El 1 de enero del año 69 las legiones con una suma de unos 150.000 soldados se encontraban distribuidas a lo largo del imperio así:

Provincia de procedencia y nombre	Base	Apoyo
Aegyptum		
III Cyrenaica	Egipto	Vespasiano
XXII Deiotariana	Nicópolis	Vespasiano
Africa		
I Macriana Liberatrix («Liberadora»)		
III Augusta Pia Fidelis	Theveste	Galba, Vitelio

Provincia de procedencia y nombre	Base	Apoyo
Britannia		
II Augusta	Glevum (Gloucester)	Vespasiano
IX Hispana	Lindum (Lincoln)	Vitelio, Vespasiano
XX Valeria Victrix	Viroconium (Wroxeter)	Vitelio, Vespasiano
Dalmatia		
XI Claudia Pia Fidelis	Burnum (Knin)	Vespasiano
Gallia Lugdunensis		
I Italica («Italiana»)	Lugdunum (Lyon)	Vitelio
Germania Inferior		
I Germanica	Bonna (Bonn)	Vitelio
V Alaudae («Alondras»)	Vetera (Xanten-Birten)	Vitelio
XV Primigenia («Primogénita»)	Vetera (Xanten-Birten)	Vitelio
XVI Gallica	Novaesium (Neuss)	Vitelio
Germania Superior		
IV Macedonica	Mogontiacum (Mainz)	Vitelio
XIV Gemina Martia Victrix	Moguntiacum (Mainz)	Otón, Vespasiano
XXI Rapax («Arrebatadora»)	Vindonissa (Windisch)	Vitelio
XXII *Primigenia* («Primogénita»)	Mogontiacum (Mainz)	Vitelio

Provincia de procedencia y nombre	**Base**	**Apoyo**
Hispania		
I Adiutrix («Auxiliadora»)	Moguntiacum (Mainz)	Otón, Vespasiano
VI Victrix («Victoriosa»)	Novaesium (Neuss)	Galba, Vespasiano
X Gemina («Gemela»)	Noviomagus (Nijmegen)	Vespasiano
Italia		
II Adiutrix («Auxiliadora»)	Lindum (Lincoln)	Vespasiano
Moesia		
VII Claudiana Pia Fidelis	Viminacium (Kostolač)	Vespasiano
III Gallica	Oescus (Gigen)	Vespasiano
VIII Augusta	Novae (Svištov)	Vespasiano
Palaestina		
V Macedonica		Vespasiano
X Fretensis («Del estrecho»)	Jerusalén	Vespasiano
XV Apollinaris («de Apolo»)		Vespasiano
Pannonia		
VII Gemina/Galbiana	Carnuntum (Petronell)	Galba, Vespasiano
XIII *Gemina* («Gemela»)	Poetovio (Ptuj o Pettau)	Otón, Vespasiano
Syria		
IV Scythica («Escitia»)	Zeugma	Vespasiano
VI Ferrata («Acorazada»)	Raphaneae	Vespasiano
XII Fulminata («Provista de rayos»)	Raphaneae	Vespasiano

Las legiones disponían también de unas fuerzas auxiliares (*auxilia*) de refuerzo[4]. Los regimientos de fuerzas auxiliares se componían de 500 a 1.000 hombres y podían ser unidades de infantería (*cohortes*), de caballería (*alae*) o mixtas (*cohortes equitatae*). En Tácito destacan los regimientos de caballería que se distribuían en dieciséis o veinticuatro escuadrones (*turmae*) de una treintena de hombres cada uno en los regimientos de 500 hombres y de unos cuarenta en los de 1.000 hombres. Los regimientos eran mandados por centuriones *primipilares* o de primer rango o por prefectos de caballería de la clase ecuestre. En las *Historias* de Tácito aparecen los siguientes regimientos auxiliares: *ala I Flavia Gallorum Tauriana* (I 59, 2; 64, 3), *ala Siliana* (I 70, 1; II 17, 1), *ala Augusta Gallorum Petriana* (II 70, 2; IV 49, 2), *ala Gallorum Sebosiana* (III 6, 2), el *ala Gallorum Picentina o Picentiana* (IV 62, 4) y el *ala I Flavia Singularium civium Romanorum* (IV 70, 2).

La flota romana[5]

Tácito (*Anales* IV 5, 1) nos informa de la existencia de dos flotas en Italia en época de Augusto[6], la *classis Missenensis* con base en Miseno, al noroeste de la bahía de Nápoles, y la *classis Ravennas* fondeada en Rávena, la costa norte del mar Adriático. Ambas escuadras debieron de tener una dotación elevada de marinos, porque el mismo Tácito dice que de ambas flotas se formaron tres legiones (III 50, 3), que fueron reemplazadas por dálmatas.

En Alteburg tenía su base la *classis Germanica*, de la que Tácito nombra a su comandante Julio Burdón en el año 69 (I 58, 1). La flota de Britania (*classis Britannica*) fue utilizada por Agrícola en sus campañas del norte de Britania ya en tiempos de Domiciano (*Agrícola*, 24-25). Su base se encontraba en Gesoriacum, la actual Boulogne, al norte de Francia.

El río Danubio cobijaba dos flotas. La de Panonia (*classis Pannonica*) y la de Mesia (*classis Moesica*). La base de la primera estuvo probablemente en Taurunum (Zemun) en la boca del río Sava, afluente del Danubio. Es nombrada por Tácito en *Anales* XII 30, 2. La segunda escuadra patrullaba por el bajo Danubio desde época de Nerón.

En el este faenaban la *classis Pontica* con base en Trapezus (Trabson) y la *classis Syriaca*, de la que se tiene noticia a partir del año 119 d. C. La escuadra del Ponto ya aparece en la expedición de Agripa contra el reino del Bósforo (DIÓN CASIO, LIV 24).

La *classis Alexandrina,* con base permanente en Alejandría, actuaba ya en tiempos de Calígula. Tito se valió de ella en la guerra contra los judíos[7].

[2] Cf. C. CICHORIUS, «*Ala*», *RE* 1 (1894), 1223-1270; id., «*Cohors*», *RE* 4 (1900), 231-356; E. RITTERLING, «*Legio*», *RE* 12.1-12.2 (1924-25), págs. 1.186-l.829; J. B. CAMPBELL, «Legio», *Brill's New Pauly* VII, 356-370; G. L. CHEESMAN, *The auxilia of the Roman Imperial Army*, Oxford, 1914; C. G. STARR, *The Roman Imperial Navy,* Cambridge, 1960, 2ª ed.; J. C. MANN, «The raising of new legions during the Principate», *Hermes* 91 (1963), 483-489; D. B. SADDINGTON, «The Roman A*uxilia* in Tacitus, Josephus and other early Imperial Writers», *Acta Classica* 13 (1970), 89-124; id., *The Development of Auxiliary Forces from Caesar to Vespasian*, Harare, 1982; J. B. CAMPBELL, *The Emperor and the Roman Army,* Oxford, 1984; id., *The Roman Army. A Sourcebook,* London, 1994; A. GOLDSWORTHY, El *ejército romano*, Madrid, Akal, 2007; P. ERDKAMP, ed., *A Companion to the Roman Army*, Malden, 2007, esp. págs. 183-200 (K. GILLIVER) y 201-217 (D. B. SADDINGTON).

[3] Cf. A. R. MENÉNDEZ, *Pretorianos. La Guardia Imperial de la antigua Roma*, Madrid, 2006; id., «La guardia pretoriana en combate. II: rutinas de entrenamiento, operaciones, tácticas y despliegues», *Habis* 42 (2011), 229-252.

[4] Cf. G. L. CHEESMAN, *The auxilia of the Roman Imperial Army*. Oxford, 1914. A partir del siglo II d. C. se reclutaban, además de *alae* y *cohortes*, unidades sin una organización estricta (*numeri*); cf. P. SOUTHERN, «*The numeri* of the Roman Imperial Army», *Britannia* 20 (1989), 81-140.

[5] C. G. STARR, *The Roman Imperial Navy 31 B.C.-A.D. 324*, Chicago, 1993 (= 1941); D. B. SADDINGTON, «Classes. The evolution of the Roman Imperial Fleets», en P. ERDKAMP, *A Companion to the Roman Army*, Malden, 2008, págs. 201-217.

[6] Cf. SUETONIO, *Augusto* XLIX 1.

[7] JOSEFO, *La guerra de los judíos* IV 659.

APÉNDICE III

NOMBRES DE LUGARES Y PUEBLOS

Nombre antiguo	*Nombre moderno o zona de influencia*
Achaia	Acaya (Grecia)
Actium	Accio (en el golfo de Ambracia, Grecia)
Aedui	Eduos (tribu de los alrededores de Augustodunum, Autun)
Aenus	Aeno (río Inn)
Africa	África (Túnez y Libia)
Alani	Alanos (tribu de las estepas del Don y el Volga)
Albani	Albanos (pueblo de Azerbayán)
Albingaunum	Albenga
Albintimilium	Ventimiglia
Alia	Alia (Fosso della Bettina)
Allobroges	Alóbroges (tribu del Ródano-lago de Ginebra)
Altinum	Altino
Anagnia	Anagni
Andematunnum	Andematuno (Langres)
Antioquia	Antioquía (Antakya)
Antipolis	Antípolis (Antibes)
Appia, via	Vía Apia (Roma-Benevento-Bríndisi)
Aquae Sextiae	Aix-en-Provence
Aquinum	Aquino
Aquitania	Aquitania (sudoeste de Francia)
Arar	Arar (río Saóne)
Arenacum	Arenaco (Rindem)
Aricia	Ariccia
Ariminum	Arímino (Rímini)
Arverni	Arvernos (tribu de Auvergne, sur de Francia)
Asciburgium	Asciburgio (Asberg)
Asia	Provincia de Asia
Ateste	Ateste (Este)
Atria	Adria
Augusta Trevirorum	Tréveris (Trier)
Aventicum	Avéntico (Avenches)

Aventinum	Aventino
Baetasii	Bétasos (tribu de la zona de Lovaina)
Baetica	Bética (Andalucía)
Batavi	Batavos (tribu del centro de Holanda)
Batavodurum	Batavoduro (alrededores de Nimega)
Bedriacum	Bedriaco (Tomara, oeste de Bozzolo)
Belgae	Belgas (pueblo del norte de la Galia)
Belgica	Bélgica (provincia al norte y este de Francia, oeste de Suiza)
Belius	Belio (río Nahr Na'aman)
Berytus	Beirut
Bingium	Bingio (Bingen)
Boii	Boyos (tribu de la zona del Adda y el Po)
Bonna	Bonn
Bononia	Bolonia
Bovillae	Bovilas (alrededores de Frattocchie)
Brigantes	Brigantes (tribu del norte de Britania, río Trent)
Brixellum	Brixelo (Brescello)
Brixia	Brescia
Bructeri	Brúcteros (tribu del oeste de Germania)
Brundisium	Brundisio (Bríndisi)
Byzantium	Bizancio (Estambul)
Caeracates	Ceracates (tribu de Germania Superior)
Caesarea	Cesarea (entre Tel Aviv y Haifa)
Calabria	Calabria (sur de Italia)
Campania	Campania (sudoeste de Italia)
Campus Martius	Campo de Marte (zona de Roma)
Canninefates	Cannenefates (tribu de la zona de La Haya)
Capitolium	Capitolio (Campidoglio)
Cappadocia	Capadocia (este de Anatolia)
Capua	Capua (capital de Campania)
Carsulae	Cársulas (zona de Sangémini)
Castores	Cástores (zona de Ronca de' Golférami)
Chatti	Catos (tribu de la zona de Weser)
Chauci	Caucos (tribu del norte de Germania)
Chobus	Cobo (río del Cáucaso)
Cilicia	Cilicia (sudeste de Anatolia)

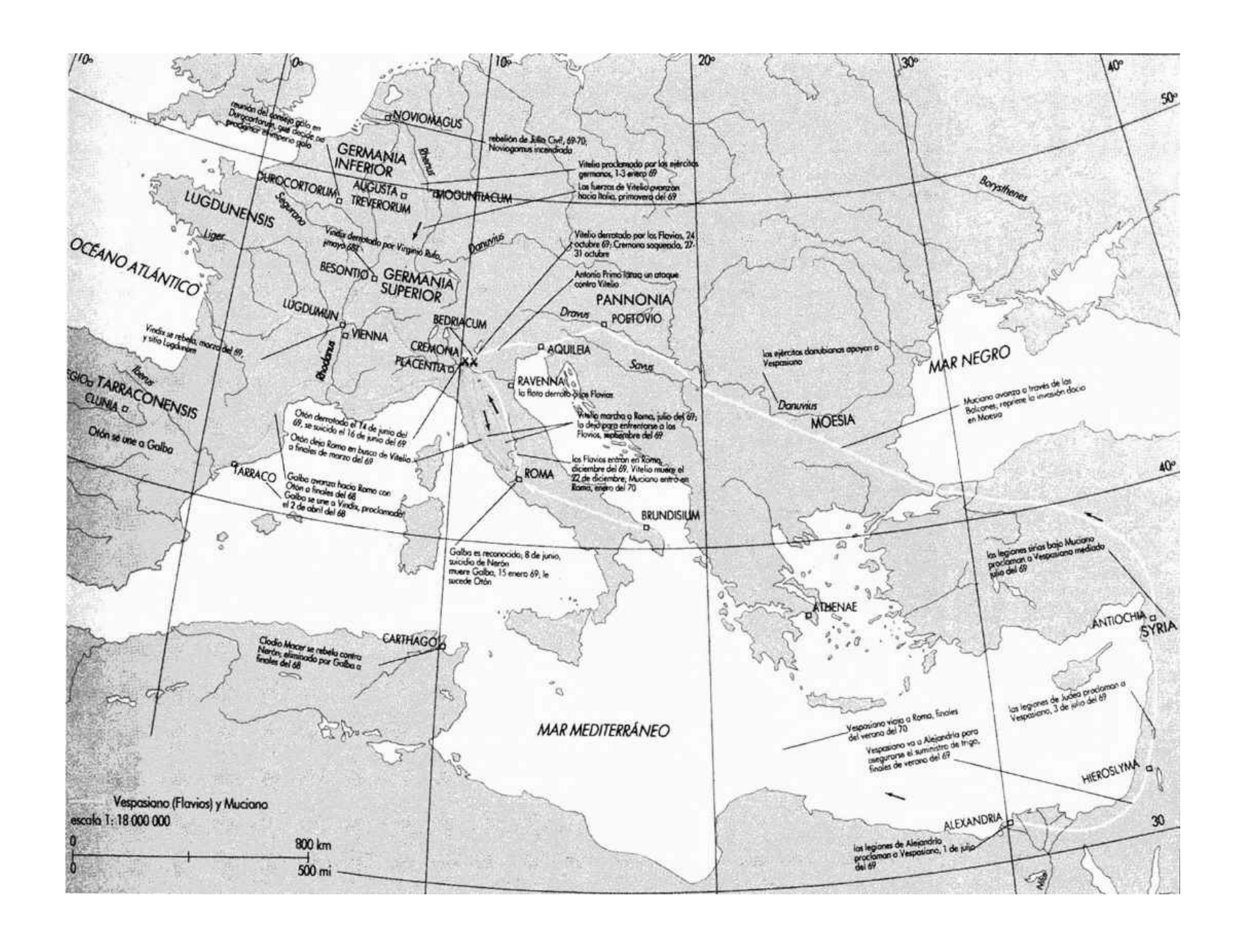
Cimbri	Cimbros (tribu del norte de Jutlandia)
Cottiae Alpes	Alpes Cotios (zona de Susa)
Cremera	Crémera (Fosso Valchetta o Fosso d’Aquatraversa)
Cremona	Cremona
Cugemi	Cugemos (tribu de la zona de Krefeld)
Curtius, lacus	Curcio (lago en el Foro romano)
Cyrene	Cirene (Shahhat, Libia)
Cythnus	Citno (isla de Kythnos, Thermia)
Dacia	Dacia (Rumania)
Dacii	Dacios (pueblo tracio de Rumania)
Dalmatia	Dalmacia (Croacia, Bosnia, Serbia)
Divodurum	Divoduro (Metz)
Dyrrachium	Dirraquio (Durazzo, Durës)
Emerita	Emérita (Mérida)
Eporedia	Eporedia (Ivrea, norte de Italia)
Etruria	Etruria (Toscana)
Fanum Fortunae	Fano
Ferentium	Ferento
Fidenae	Fidenas (Castel Giubileo)
Flaminia, via	Vía Flaminia (Roma-Narni-Bevagna-Rímini)
Forum Alieni	Foro de Alieno (Legnano)
Forum Iulii	Foro de Julio (Fréjus)
Frisii	Frisios (tribu de la zona de Holanda y Friesland)
Fundanus, lacus	Fundano (lago del Quirinal en Roma)
Galatia	Galacia (Anatolia central)
Garamantes	Garamantes (tribu del norte de África)
Gelduba	Gelduba (Gellep, zona de Krefeld)
Gemonias, escaleras	Gemonias (vía del Arco de Septimio Severo)
Germania Inferior	Germania Inferior (zona los Países Bajos y noroeste de Alemania)
Germania Superior	Germania Superior (zona de Alsacia, Suiza y norte del Rin)
Grayos, Alpes	Grayos (zona del Pequeño S. Bernardo
Grinnes	Grinnes (Rossum)
Hadrumetum	Hadrumeto (Sousse, Túnez)

Haemus	Hemo (Stara Planina y Rodopi Planina, (Balcanes)
Helvetii	Helvecios (tribu de Suiza occidental)
Hispalis	Híspalis (Sevilla)
Histria	Istria
Hostilia	Ostiglia
Ianiculum	Janículo (colina de Roma)
Iazyges	Yáziges (tribu sármata del Danubio)
Ida	Monte Ida (Creta)
Interamna	Interamna (Terni)
Lepcis	Lepcis (zona de Homs, Libia)
Leuci	Leucos (tribu de la zona de Toul)
Liguria	Liguria
Lingones	Lingones (zona de Langres)
Lucania	Lucania y sur de Campania
Luceria	Luceria (Lucera)
Lucus	Luco (Luc-en—Diois)
Lugdunum	Lugduno (Lyon)
Lusitania	Lusitania (Portugal y oeste de España)
Marcodurum	Marcoduro (Merken)
Marsaci	Mársacos (tribu de Holanda)
Marsi	Marsos (tribu de la zona al sur de Lippe)
Mattiaci	Matiacos (tribu de la zona de Wiesbaden)
Mauretania Caesariensis	Mauritania Cesariense (este de Marruecos y oeste de Argelia)
Mauretania Tingitana	Mauritania Tingitana (oeste de Marruecos)
Medi	Medos (pueblo del norte de Irán)
Mediolanum	Mediolano (Milán)
Mediomatrici	Mediomátricos (tribu de Metz)
Memphis	Menfis (Egipto)
Menapii	Menapios (tribu del oeste de Flandes)
Mevania	Mevania (Bevagna)
Minturnae	Minturno (desembocadura del río Garigliano)
Misenum	Miseno
Moesia	Mesia (sur del Danubio)
Mogontiacum	Mogontiaco (Mainz, Maguncia)
Morini	Morinos (tribu del oeste de Calais)

Mutina	Mútina (Módena)
Nabalia	Nabalia (río Ijssel)
Narbonense	Narbonense (Provence y Languedoc)
Narnia	Narni
Nava	Nava (río Nahe)
Nervii	Nervios (tribu de la zona de Scheldt y Mosa)
Noricum	Nórico (este de Austria)
Novaesium	Novesio (Neuss)
Novaria	Novara
Numidia	Numidia (este de Argelia y oeste de Túnez)
Ocriculum	Ocrículo (Otricoli)
Oea	Ea (Trípoli)
Opitergium	Opitergio (Oderzo)
Ostia	Ostia
Padus	Río Po
Paeligni	Pelignos (tribu de la zona de los Abruzos)
Pamphilia	Panfilia (sur de Anatolia)
Pannonia	Panonia (oeste de Hungría y este de Austria)
Paphos	Pafos (Chipre)
Parthi	Partos (pueblo de Irak e Irán)
Patavium	Padua
Perusia	Perugia
Pharsalia	Farsalia (Tesalia)
Philippi	Filipos (Macedonia)
Picenum	Piceno (zona de Áscoli)
Placentia	Plasencia (Piacenza)
Poetovio	Ptuj (Pettau, Eslovenia)
Pontus	Ponto (norte de Anatolia)
Portus Herculis Monoeci	Puerto de Hércules de Mónaco (Mónaco)
Portus Pisanus	Puerto de Pisa (zona de Livorno)
Postumia, via	Vía Postumia (Génova-Piacenza-Verona-Aquileya)
Puteoli	Putéolos (Pozzuoli)
Raetia	Recia (este de Suiza, Tirol y zona entre el Danubio y el Inn)
Ravenna	Rávena

Regium Lepidum	Regio Lépido (Reggio Emilia)
Remi	Remos (tribu de la zona de Reims)
Rhacotis	Racotis (barrio de Alejandría)
Rhoxolani	Rojolanos (tribu sármata del Danubio)
Rigodulum	Rigodulo (Riol)
Sabini	Sabinos (pueblo del noreste de Roma)
Salaria, via	Vía Salaria (Roma-Rieti-Áscoli-Piceno—Porto d'Ascoli)
Samnites	Samnitas (pueblo del sur de los Apeninos)
Sarmatae	Sármatas (tribu del norte del bajo Danubio)
Saxa Rubra	Rocas Rojas (Grottarossa, norte de Roma)
Scythae	Escitas (pueblo de Ucrania)
Sedochezi	Sedoquezos (tribu del Cáucaso)
Seleucia	Seleucia (Samandağ)
Sena	Siena
Sequani	Sécuanos (tribu de la zona del Saona, Jura, Vosgos y Rin)
Sinope	Sinope (Sinop, Turquía)
Sinuessa	Sinuesa (Terrne di san Ricco)
Stoechades insulae	Estécades (archipiélago de Hieres)
Suebi	Suevos (tribu del valle del Elba, al sur de Germania)
Suessa Pometia	Suesa Pomecia (Lacio)
Sunuci	Sunucos (tribu de la zona de Colonia)
Tarentum	Tarento
Tarracina	Terracina
Tencteri	Téncteros (tribu de la zona del río Lippe en Renania)
Teutoni	Teutones (tribu de Jutlandia o Dinamarca)
Thracia	Traeia (Bulgaria)
Ticinum	Pavía
Tingitana, v. Mauretania	
Tolbiacum	Tolbiaco (Zülpich, Westfalia)
Transpadana Italia	Norte del Piamonte y oeste de Lombardía
Trapezus	Trapezunte o Trebisonda (Turquía)
Treviri	Tréviros (tribu de la zona de Tréveris, Trier)
Triboci	Tribocos (tribu de Alsacia)
Tungri	Tungros (tribu de la zona de Tongres)
Ubii	Ubios (tribu de la zona de Colonia)
Umbria	Umbría

Urvinum	Urbino (Collemancio)
Usipi	Úsipos (tribu de la zona del río Lahn)
Vada	Heerewaarden (Holanda)
Vangiones	Vangiones (tribu de la zona de Worms)
Vascones	Vascones (tribu del País Vasco)
Vercellae	Vercelas (Vercelli)
Verona	Verona
Vetera	Vétera (Birten, cerca de Xanten)
Vicetia	Vicecia (Vicenza)
Vienna	Viena (Vienne)
Vindonissa	Vindonisa (Windisch)
Vocetius, mons	Vocecio, monte (Bözberg)
Vocontii	Voconcios (tribu de la zona de los Alpes)



NOVIOMAGUS
rebelión de Julio Civil, 69-70; Noviogamus incendiada
GERMANIA INFERIOR
Rhenus
Vitelio proclamado por los ejércitos germanos, 1-3 enero 69
Los fuerzas de Vitelio avanzan hacia Italia, primavera del 69
DUROCORTORUM
AUGUSTA TREVERORUM
MOGUNTIACUM
LUGDUNENSIS
Sequana
Liger
OCÉANO ATLÁNTICO
Vindex derrotado por Virginio Rufo, mayo 68
Danuvius
BESONTIO
GERMANIA SUPERIOR
Vitelio derrotado por los Flavios, 24 octubre 69; Cremona saqueada, 27-31 octubre
Antonio Primo lanza un ataque contra Vitelio
PANNONIA
Dravus
POETOVIO
LUGDUMUN
VIENNA
Rhodanus
Vindex se rebela, marzo del 69, y sitia Lugdunum
BEDRIACUM
CREMONA
PLACENTIA
AQUILEIA
Savus
Iberus
TARRACONENSIS
CLUNIA
Otón se une a Galba
RAVENNA
la flota derrota a los Flavios
Otón derrotado el 14 de junio del 69, se suicida el 16 de junio del 69
Otón deja Roma en busca de Vitelio a finales de marzo del 69
Vitelio marcha a Roma, julio del 69; la deja para enfrentarse a los Flavios, septiembre del 69
los Flavios entran en Roma, diciembre del 69. Vitelio muere el 22 de diciembre; Muciano entra en Roma, enero del 70
TARRACO
Galba avanza hacia Roma con Otón a finales del 68
Galba se une a Vindex, proclamado el 2 de abril del 68
ROMA
BRUNDISIUM
Galba es reconocido; 8 de junio, suicidio de Nerón
muere Galba, 15 enero 69; le sucede Otón
los ejércitos danubianos apoyan a Vespasiano
Danuvius
MOESIA
MAR NEGRO
Borysthenes
Muciano avanza a través de los Balcanes, reprime la invasión dacia en Moesia
las legiones sirias bajo Muciano proclaman a Vespasiano mediado julio del 69
ATHENAE
ANTIOCHIA
SYRIA
CARTHAGO
Clodio Macer se rebela contra Nerón; eliminado por Galba a finales del 68
MAR MEDITERRÁNEO
las legiones de Judea proclaman a Vespasiano, 3 de julio del 69
Vespasiano viaja a Roma, finales del verano del 70
Vespasiano va a Alejandría para asegurarse el suministro de trigo, finales de verano del 69
HIEROSLYMA
ALEXANDRIA
las legiones de Alejandría proclaman a Vespasiano, 1 de julio del 69
Nilus
Vespasiano (Flavios) y Muciano
escala 1: 18 000 000
0
800 km
0
500 mi
10°
0°
10°
20°
30°
40°
50°
40°
30

ÍNDICE GENERAL

Índice